UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

SISTEMA DE BIBLIOTECAS

FONDO RESERVADO

BIBLIOTECA CENTRAL

CLASIFICACIÓN:
F
3097
.T737

N.º DE INGRESO:
BCA-40236

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

Preliminares y Preludios

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE
Calle de Folvcs Azu'es, No. 173

1912

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

Preliminares y Preludios

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE
Calle de Polvos Azules, No. 173

1911

R. 985.03
T. L.

F
3097
T737

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

SOBRE NUESTRA OBRA

« Voy á escribir los terribles acontecimientos que, eslabonándose uno á uno, han venido á forjar la cadena que hoy arrastra el Perú; voy á narrar los hechos de que he sido testigo, los combates en que he tomado parte como simple unidad, como guarismo para llenar las relaciones posteriores de las batallas; pues ya que no fué mi suerte la de figurar en esas relaciones, habré vivido ¡ah! para contar á mis compatriotas cómo fueron segadas tantas existencias, cómo cayeron los buenos, los que cerraron sus ojos para no ver las desdichas de la Patria; no tan grandes por los desastres que la imprevisión nuestra ó la superioridad del enemigo nos deparara, sino por los extravíos de sus hijos

Extravíos como el que se pretendía consumar en Lima cuando el ejército de línea y la reserva libraban la última batalla; como el que se pretende consumar

BCA-40236

lioy mientras el Dictador va alocado por las serranías tratando de restablecer una resistencia necesaria hasta para la paz; humillando nuestra bandera y clamando misericordia al vencedor, como si no hubiera ya probado éste que no tiene corazón que puedan ablandar los ayes de las mujeres y menos ¡ah! las lágrimas de los Boabdiles; porque está escrito que no son lágrimas las limas que rompen las cadenas ».

1881

Esto escribíamos cuando aún vibraba eu nuestros oídos el ruido de las batallas de Lima. Posteriormente dimos á luz de nuestra narración la parte que hoy reproducimos, que no tiene otro mérito, que ser la expresión genuina de uno que fué testigo y parte al mismo tiempo de los acontecimientos.

Lima,—1903

No es, pues, la primera vez que emprendemos esta publicación: allá por los años 1886 salió á luz hasta la batalla de Tarapacá; no habiéndola continuado entonces por contratiempos que no viene al caso decir; y otros contratiempos

(el hurto de nuestro equipaje en un vapor uno, y un naufragio en el río Pachitea, otro), fueron también causa de que perdiéramos, no sólo los ejemplares de lo impreso y dado al público por entregas, sino los originales inéditos. La parte que logró salvarse, que es la primera en la división en que sale distribuida ahora, es la que fué publicada en el semanario «La luz eléctrica» que editaba el tan meritorio como infortunado escritor don Mariano Torres.

Con ese fragmento impreso y con apuntes originales escapados del gran naufragio, rehacemos hoy nuestra obra, ofreciéndola en toda su extensión; obra en la que pretendemos reproducir ante la generación que sucedió á los acontecimientos que en ella se refieren, y ante las que se sucederán, el espectáculo, tan verdadero como nuestros recuerdos nos los sugieran, de ese periodo, el más trágico de nuestra vida nacional. Ya que los grandes actores de ese drama sangriento van desapareciendo sin deponer ante la Historia su testimonio, séales permitido hacerlo á los que no fueron sino simples unidades en las filas de los defensores.

Para cumplir nuestro propósito, dividimos la narración en partes que sólo tienen entre sí el encadenamiento natu-

ral de los sucesos. La primera, en la que se refieren las antecedentes y causas de la guerra, el estado en que nos encontrábamos cuando nos dejamos sorprender por acontecimientos que pudieron ser previstos, y los preparativos y las primeras hostilidades de los beligerantes, y que constituye la introducción á la obra, está escrita en la forma objetiva que es de uso general; y alterna esta forma en las otras partes con la subjetiva, con la narración directa que el autor hace ahí donde, por haber sido actor, aunque ínfimo en los acontecimientos, sintió sus efectos con toda su intensidad.

Es este, por otra parte, un método cómodo y conveniente para quien, ni por su posición ni por sus aptitudes, se encontraba en condiciones de hacer la apreciación justa de los acontecimientos, y con él nos es fácil alcanzar el objeto que nos proponemos; cual es, antes que la descripción técnica de las batallas, pintar, caracterizar la lucha; expresar un estado de ánimo nacional, la sicología del pueblo que era al mismo tiempo objeto y sujeto en el tremendo drama: sus prejuicios, rayanos en la puerilidad; su exhaltación y su entusiasmo, al principio de la lucha; la abnegación de los buenos cuando, pasadas

las horas de la ilusión y del optimismo, llegaron las del desastre y el sacrificio; la intervención, seguramente inevitable, de la política con el egoismo de los que se dejaban cegar por el interés de su dominio político al extremo de sacrificar á él el gran objetivo de la defensa nacional, que era el porvenir de la Patria y la salvación común; elementos afectivos todos esos del gran drama, resortes del ánimo de un pueblo que procuramos evocar en las páginas que se van á leer. Y al contraponerlos unos á otros, al poner en evidencia su contraste, nacerá en el ánimo del lector reflexivo la convicción de que la debilidad de los pueblos es una cosa que, más que en la falta de elementos materiales, está en la incongruencia de sus elementos morales.

« La última noche de Porfías », intercalada entre " La batalla de San Juan " y " La batalla de Miraflores ", puede ser considerada como una obra distinta y pasada por alto, no obstante ser la parte predilecta del autor, por aquellos que no crean en la influencia de esas incongruencias, así como por los que no quieran participar ó conocer las teorías que el autor juzga fundamentales del deber y del patriotismo.

Al llegar á la última parte, "Aprecia-

ciones posteriores", abandonamos la forma subjetiva, que predomina en la mayor parte de la obra, y volvemos á la objetiva con que la comenzamos. Es esta última parte un resúmen complementario, al mismo tiempo que un ensayo de crítica militar, tendente á rectificar hechos falsos ó mal interpretados que informarían la verdadera historia, que algún día se ha de escribir, si no fueran contradichos cuando aún es tiempo de que una controversia ilustrada y honrada intervenga en el esclarecimiento de ellos.

La desconfianza de poder llenar nuestro propósito por no contar con más recursos para cumplirlo que la aceptación del público, determinó el que se haya anticipado la publicación de "La Batalla de San Juan" y "La Batalla de Miraflores", siendo causa de esa prefereneia el haber tomado en ellas el autor la participación que ya conocen los lectores; circunstancia de amor propio, sin duda; y rasgo de inmodestia exagerada, dirán los lectores.....

La causa con la que podríamos excusar, aunque fuera en parte, el deseo de atraer alguna atención hacia la persona del autor, será siempre un misterio para la generalidad de los lectores; pero el día en que los más encumbrados pues-

tos públicos hayan dejado de ser presa de logreros de alta escala, ó prebenda de casiques encumbrados por y para recíprocas complacencias; cuando las necesidades del progreso y de la defensa de la nación hayan dejado de ser un señuelo para engañar el pueblo incauto, el misterio se convertirá en un elemento de seguridad nacional difícil de ser contrastado.

Lima, Diciembre de 1911.

RECUERDOS

DE LA GUERRA CON CHILE

(Memorias de un distinguido)

PRELIMINARES Y PRELUDIOS

I

Antes de la declaratoria

Reposaba la América en uno de esos periodos de paz y tranquilidad que en el estado de agitación en que quedaron las repúblicas de este continente después de la Independencia, han sido sólo como inconsistentes rayos de luz solar que no han podido disipar las nubes de un cielo oscurecido por la tormenta: Chile, la nación pacífica de América, iba á arrebatarle esa bella perspectiva esta vez: en el secreto del Gabinete de Santiago se estaba forjando el rayo que iba á aniquilar á dos pueblos que hasta en-

tonces había llamado hermanos y hasta aliados.

Los vastos territorios que se extienden desde el Loa hasta el Paposo jamás llamaron la atención sino por su esterilidad. Cuéntase de un comodoro inglés, que encargado de tomar una represalia de Bolivia no encontró población que destruir con sus cañones en ese litoral. Verdadero ó nó este hecho, es lo cierto que la aparente esterilidad de esos territorios los hacía insignificantes para la industria, y que su extensión sólo servía para aterrar al viajero, que, antes que caminar por ellos, huía de ese inmenso fantasma de la soledad, donde las lluvias del cielo no riegan flores ni espinas.

Pero la tierra, que es la madre que amamanta al hombre, en ninguna parte es estéril; la Providencia, que jamás se equivoca en sus cálculos, ha distribuido sus dones con la más exacta equidad, y allí donde la soledad espanta al hombre, donde no crece un árbol para que lo cobije con su sombra ni mana una fuente que mitigue la sed del fatigado trabajador, ha puesto el oro y la plata con cuya perspectiva lo alegra, y lo anima con la esperanza de un próspero y próximo porvenir; y así halagado acepta la soledad, la sed y el hambre como

el precio de días felices. Sólo de esta manera puede concebirse que el hombre civilizado abandone las ciudades por los desiertos, las comodidades de una existencia mediocre, pero sin zozobras, por las penalidades y riesgos del aventurero. Descubriéronse en los desiertos de Atacama ricos veneros de oro y de salitre, y desde entonces la soledad empezó á desaparecer y la Industria plantó su tienda en el desierto. Donde antes sólo se divisaban horizontes de horizontes, se levantaron oficinas que se convirtieron en pueblos, y las caletas de la costa fueron bien pronto puertos florecientes por donde se exportaban los minerales del Toco y de Caracoles, y más tarde el salitre, que, á costa de hacer vegetalmente estériles los terrenos, los favorece con riqueza ingente. Antofagasta, Mejillones, Tocopilla y Cobija sólo entonces empezaron á figurar en las cartas geográficas.

Algunos minerales de los descubiertos lo fueron por chilenos, ó por lo menos explotados por capitales chilenos. La pobreza del suelo de su tierra, obliga con frecuencia al hijo de Chile á ir á buscar fortuna á otros países, donde natura y Gobiernos son pródigos en concesiones. El chileno es industrioso, porque la necesidad es el gimnasio en que

se desaarrollan las facultades productoras del hombre. Ningún país, y Bolivia entre ellos, tomó jamás á mal el tráfico de la industria extranjera; al contrario, ella mereció siempre protección; pero ningún Eatado cede sus derechos porque sean extranjeros los que explotan sus riquezas: el comercio, entonces, no sería lazo de unión entre los pueblos; sería lazo tendido á su buena fe.

Las sociedades que se formaron para explotar los minerales de Atacama, obtuvieron la posesión de terrenos á los que, gracias á la distancia que los separaba de los grandes centros políticos, las revoluciones que con igual frecuencia que á otras repúblicas han agitado á Bolivia, sólo llegaban cual eco de las tormentas de los Andes

El año 1869 Chile obtuvo del General Melgarejo la cesión del territorio comprendido al S. del grado 24. debiendo repartir por igual del producto fiscal de los comprendidos entre los grados 23 y 25. Muy fácil era arrancar cesiones gratuitas por medio de la lisonja ó la intriga á un hombre á quien sólo la más ciega fortuna pudo elevar á donde sólo debieran llegar los elegidos; más fácil le era, á quien los conculcaba todos, ceder los derechos de un pueblo;

pero sí era difícil que ese pueblo, en el ejercicio entero de sus derechos, ratificara la obra del fatídico dictador; así es que el tratado del 66 sólo tuvo una existencia efímera en lo que era oneroso, pues por lo demás, los capitales radicados en Atacama con motivo de ese inconveniente pacto, no sufrieron menoscabo alguno de otra naturaleza; al reasumir sus derechos Bolivia procedió con la más extricta equidad. No pudo la diplomacia chilena hacer revocar la resolución tomada por el gobierno boliviano; pero obtuvo la exención de todo nuevo tributo sobre los productos que explotaban los chilenos en esa zona. He ahí el origen de esta sangrienta guerra; esas concesiones gratuitas constituyen el derecho de Chile.

Los tratadoa, para ser durables, deben encerrar recíprocas conveniencias para los pueblos contratantes; de otro modo no son lazos de unión, sino lazo tendido al más incauto. Si en la falsa creencia de la absoluta pobreza de esos territorios un gobierno boliviano hizo concesiones que casi equivalían á la abdicación de su jurisdicción nacional; si tal cosa consignió una diplomacia capciosa, el derecho de revocar lo hecho por "lesión enormísima" quedábale expedito.

Viendo el gobierno de Bolivia que las riquezas de esos territorios excedían á los cálculos más halagüeños que pudieron preveerse, gravó el quintal de salitre con el módico impuesto de diez centavos. Entabló el de Chile gestiones para anular tal resolución: el de Bolivia remitió el reclamo á los tribunales; pero el designio del primero no era otro que apoderarse de esos territorios, y sintiendo la debilidad de su derecho apeló al derecho de la fuerza. Ya para entonces su escuadra, compuesta de dos acorazados y seis buenos buques de madera, era la primera del Pacífico por su poder y su organización; la razón que hasta entonces había puesto límite á sus pretensiones, desapareciera con su debilidad. La existencia precaria de los gobiernos bolivianos y los desiertos que separan los territorios que deseaba de los grandes centros, lo alentaba garantizándole la impunidad. ¿Qué podía ya detenerlo? ¿El temor de una intervención? Chile que, en medio de una paz envidiable, había observado los sacudimientos de sus vecinas, llevaba el alta y baja de las fuerzas de cada una, sabía las que podían oponer. No existía en el Pacífico más que el Perú que pudiera atravesársele en el camino, y el Perú estaba con su escuadra

desarmada, escuadra cuyas naves reputadas más fuertes apenas eran baterías flotantes; con una deuda gigantezca que se aumentaba más cada día y con un presupuesto que no alcanzaban á cubrir sus entradas; con su ejército minado por la conspiración; en fin, atravesando la crisis más memorable que ha habido. Fuera del Perú á nadie tenía que temer en este lado de los mares, y si la pretendida infidencia de Bolivia le daba un pretexto para apoderarse de su litoral, la postración del Perú tentaba su codicia con el rico departamento de Tarapacá. Chile se decidió, pues, á la guerra de conquista, á romper el principio fraternal sobre el que descansaba esta América que tanta sangre ha derramado por su libertad y sus derechos. Mientras hacia sus últimos aprestos, envió su embajador á La Paz para adormecer aún más al gobierno boliviano; y fué tan ciega la confianza de éste, que creyó en las excusas de don Pedro N. Videla, el embajador de Chile, cuando interpelado sobre el objeto de la presencia del "Blanco Encalada" en aguas bolivianas, contestó que era con el fin de protejer á los pueblos de ese litoral de "catástrofes posibles", aludiendo á catástrofes naturales que habían tenido lugar no mucho

tiempo antes: el porvenir ha descubierto el embozado sentido de esa respuesta, con la que se dió Bolivia por satisfecha. Aún la diplomacia no había dicho su última palabra, cuando el 8 de febrero hacía el representante chileno su *ultimatum* al gobierno boliviano, y cuatro días después, el 12, pedía sus pasaportes.

Dos días más tarde Antofagasta era tomado sorpresivamente, con no menos sorpresa que para Bolivia para la América, que se había acostumbrado á no temer la conquista sino de naciones extrañas á este continente. En la mañana del 14 de febrero, cuando nadie lo esperaba, cuando todos confiaban en que la diplomacia zanjaría un litigio cuya importancia no era para acarrear una guerra, Antofagasta dispertó alarmada con la presencia en sus aguas de la escuadra chilena con fuerzas de desembarque á bordo. Poco después el Prefecto del departamento de Cobija, don Severino Zapata, recibía la intimación del comandante don Emilio Sotomayor, intimación apoyada en cuatrocientos soldados y en el populacho chileno, que al ver su pabellón y al recordar su nacionalidad, se entregó á sus naturales excesos. No contando la plaza con más fuerza que los 40 celado-

res que antes bastaban á contener los instintos sanguinarios de esa plebe, y que ahora no bastarían á satisfacerla, hubo de ceder el Prefecto boliviano y de asilarse en el Consulado peruano, costándole al jefe chileno harto el impedir fuera asaltado por esas hordas enardecidas. La sangre de los indefensos paisanos bolivianos asesinados esa noche, corrió impunemente: la matanza y el robo, como en todas las victorias de Chile en esta guerra, siguió á la pacífica ocupación de Antofagasta, sin tener esta vez ni la excusa de una resistencia.

Los ciudadanos bolivianos tuvieron que abandonar inmediatamente, so pena de la vida, sus intereses, y ese que ayer fué su hogar, convertido en la guarida de los asesinos que asechaban su existencia.

Pero lo más notable y lo que mejor prueba la injusticia de Chile en esta guerra, es que de los intereses que se disputaban sólo una mínima parte pertenecia á sus nacionales.

Tal fué el origen y los primeros sucesos de esta guerra. Con paso cauteloso pero seguro, como el chacal cuando asecha una víctima, marchó Chile: importábale no despertar la alarma de sus vecinos, sobre todo del Perú que se opondria á sus designios de conquista; así

el 27 de enero disculpaba la presencia del "Blanco Encalada" en Cobija con una intención filantrópica, y el 12 de febrero su representante en La Paz pedía sus pasaportes, como que no era en dos días que iban á marchar los bolivianos á defender su litoral. Las razones con que Chile quiere justificar su atentado no son ni disculpas; los únicos títulos que puede prosentar sobre los territorios asaltados son sus cañones.

Estado político y militar del Perú

La noticia de la toma de Antofagasta, trasmitida por el cable, cayó como un rayo en el Perú. La *reivindicación*, que en 1864 había despertado á la América revelándole cuánto peligro encerraba su aislamiento, en 1872, emprendida por una República de este mismo continente, cuyos elcmentos bélicos aumentaban cada día, debió prevenirle que no debía ser prescindente en esta ocasión; mas sólo el Perú, á quien tanto como á Bolivia parecía hecha la ofensa, se puso en pie á sostener el credo americano. Por la prensa y por todo medio de ma-

hifestación la opinión del país se decla-
ró en favor del débil atropellado; aún
antes de saber que un pacto nos ponía
en la obligación de ir á verter nueatra
sangre por Bolivia, la alianza estaba re-
suelta de manera inapelable en los jui-
cios del pueblo.

Y no podía ser de otro modo: siempre
fué costumbre del Perú ponerse al la-
do del débil, al lado de la justicia; del
Perú cuyas arcas estuvieron abiertas
para Méjico, Centro América y Cuba,
cuando fué amenazada la independen-
cia de las primeras, para que la alcan-
zara la última; del Perú que había ini-
ciado y alentado la liga para libertar á
la Isla Cautiva. La neutralidad, cuales-
quiera que hayan sido los resultados de
la guerra, era imposible por parte del
Perú: sus intereses, sus tradiciones y
hasts sus simpatías se la vedaban; el
Jefe del Estado lo sabía. Pero si esto era
así, sólo la *inopia* de nuestros hombres
públicos permitió que los acontecimien-
nos tomaran desprevenidos.

No hubo, pnes, vacilación; la cuestión
se resolvió pronto, no como en Chile en
la oscuridad, sino á la meridiana luz: si
esa República no desistía, no había
posibilidad de paz.

Pero no sólo no iba á desistir Chile,
sino que sus antiguos rencores contra

nosotros se habían despertado. Aún ni
se sabía allá cual fuera la actitud del
Perú, cuando uno de sus diarios, dan-
do por segura su intervención, decía:
«No será la primera vez que derrote-
temos á la Confederación Perú-Bolivia-
na,» al mismo tiempo que insinuaba al
Ecuador la idea de una rectificación de
fronteras por el Norte, aprovechando de
la guerra en que el Perú se vería en-
vuelto por el Sur.

Ahora, vea el lector, en breve cuadro,
cuál era la situación política del Perú
en ese tiempo. El Congreso ordinario
del 78, año de tristísima racordación,
se había reunido amenazado de un de-
rrumbamiento tremendo. El partido
Nacional, ofreciendo la Dictadura al Ge-
neral Prado, había conmovido al Perú
con sus hojas incendiarias con el objeto
de provocar un *plebiscito* que diera fin
con la Constitución y con el partido
Civil. Prado, viendo de un lado la soli-
citud de sus amigos y de otro la enérgi-
ca actitud de ese partido, dejó impunes
todos los atentados cometidos contra el
orden: el coronel Suarez, que como Pre-
fecto de Arequipa había desconocido
abiertamente el poder legal de las Cá-
maras quedó impune; y así todos. Ven-
cido el primer obstáculo, cual era su
reunión, iniciaron las Cámaras sus tra-

bajos amenazadas por sus adversarios que iban amontonando las nubes que pronto debían estallar; una fusión promovida por el Jefe del Estado no tuvo lugar por la incompatibilidad de los elementos que se quería unir: Prado Presidente de la República y Pardo del Senado, se separaron sin haberse estrechado más que las manos. Parece que todas las pasiones políticas se habían dado cita para una batalla decisiva; la prensa era esgrimida con igual furor por todos, sin pensar á qué abismo podía conducir al país una revolución. El partido Civil, enorgullecido por su victoria, guiado por la influencia de don Manuel Pardo, era al mismo tiempo contenido por éste en la peligrosa pendiente en que quería precipitarse; el partido Nacional, apenas era tenido en la raya por el General Prado, cuya debilidad no sabría decirse si era amenaza ó garantía.

Corría el cuarto mes de esta lid de pasiones políticas; el Presidente de la República, cuya honradez le vedaba atentar contra el orden que representaba parecía resuelto á respetar la libertad de las Cámaras; la prolongación del peligro parecía alejarlo, cuando el sargento Melchor Montoya, que montaba la guardia en Senadores el 16 de noviem-

bre, asesinó en el momento de penetrar á la Cámara, á don Manuel Pardo, privando al Perú de uno de sus más notables hijos. Al mismo tiempo en la Cámara de Diputados el sargento Garay intentaba sublevar esa guardia. Este crimen, bastante grande en sí, cuyas dimensiones fueron todavía exageradas indignó al par que aterró á la sociedad: ¡qué sería de ella si los encargados de custodiarla eran sus más próximos y embozados enemigos! Vanas fueron las investigaciones de la justicia para encontrarle raíces al crimen si las tuvo: Montoya y Poitia, muertos posteriormente, guardarían, para sepultarlo en la tumba, el secreto. La indignación univerral que causó tan horrendo atentado refluyó favorablemente al partido Ciuil: ¡pobre compensación para tan grande como irreparable pérdida! Pues si por algún tiempo pudo creerse que el campo había quedado por el ciuilismo porque los partidos á él opuestos, sintiendo sobre sí la mirada interrogativa de la sociedad contuvieron sus arranques, el porvenir demostró que la bala de Montoya hirió á más que á un hombre, ó que ese partido no era más que un hombre.

He ahí los acontecimientos que tuvieron lugar muy pocos meses antes de la

guerra; cuando ésta se declaró, con sus pasiones nuevamente encandecidas, se preparaban á lanzarse á la lucha electoral; situación precaria é incierta: la tea de Chile, vino á alumbrar el abismo que habíamos abierto á los pies de la Patria.

Si tan inconsistente era la situación política del Perú, no eran más sólidas las armas con que iba á defender la integridad de dos naciones. El campo de batalla decisivo sería el mar, y el Perú no tenía qué oponer á su poderosa escuadra chilena sino cuatro buques de combate propiamente dicho: el "Huáscar" con un blindaje de 4 y media pulgadas en su sección más sólida y con 2 cañones de á 300 y con uno de á 40 por fuerza ofensiva, fué el escudo de la alianza durante largos meses, á pesar de que su artillería era en dos tercios inferior á cada uno de los acorazados enemigos y su blindaje apenas igual á la mitad: pruebas matemáticas son estas para aquilatar el valor de Grau, cuya alma parecía haberse encarnado en su nave.

La fragata "Independencia", que era la segunda nave de la escuadra, de espolón, como el "Huáscar", no tenía más que el ligerísimo blindaje de dos pulgadas; sus cañones de 150 libras, y era con

mayor razón que el "Huáscar", incapaz para medirse con cualquiera de los blindados chilenos; habiendo querido mejorarse su artillería con un cañón de mayor calibre, que se desmontó el 21 de mayo á los primeros tiros, no se consiguió sino quitarle algo de su velocidad. Seguían la corbeta "Unión" y la cañonera "Pilcomayo", ambas de madera armadas con cañones de 60 y 50' y de rápido andar la primera.

Como trasportes teníamos los vapores "Oroya", "Chalaco", "Limeña" y "Taliamán". Los monitores "Atahualpa" y «Manco Capac» apenas eran malas baterías flotantes; pues si su coraza podía hacerlos creer inexpugnables á los tiros del enemigo, sus cañones, de limitado alcance, no herían sino á corta distancia; su andar máximo apenas *si* llegó á cuatro millas por hora. Estos monitores fueron construídos para los ríos de los Estados Unidos, durante la sangrienta guerra separatista; pero si en un río su solidez quizá los haría verdaderos baluartes, no era así en el mar donde podían ser esquivados como escollos conocidos y visibles. Había pagado el gobierno peruano por cada uno de ellos lo que no valían los dos juntos.

Hemos de hacer constar aquí que á

más de las naves de combate que hemos enumerado, contaba Chile con una numerosa flota mercante, que incontinenti entró á tomar parte en las operaciones.

La imprevisión de nuestros gobiernos, que sólo se habían cuidado de tener fuerzas para sostener su precario poder, descuidando los otros ramos militares, fué causa de que nuestra marina estuviera abandonada al extremo de que al declararse la guerra se encontrara sin tripulación, servida, como estaba, en su mayor parte, por marineros chilenos que hubo que licenciar. No quedó más base para organizar un regular cuerpo de marineros que la Escuela de grumetes y la Columna "Constitución", formada esta última de gente robusta y resuelta, pero no adiestrada en las maniobras marineras, y aquéllos sin el aplomo que dá la navegación. Las Escuelas Preparatorias y Naval surtieron á la escuadra de guardias marinas con una juventud, si inexperta aún, ardiente y entusiasta, á los que la guerra cortó los estudios y á muchos de ellos la muerte el porvenir. Hubo, pues, necesidad de improvisar todo el personul naval, lo que se consiguió hasta donde era dable esperar gracias al distinguido cuerpo de oficiales de marina; jóvenes

ilustrados y patriotas que debían poner muy alto el pabellón del Perú.

Con tan exíguas fuerzas, con tan bisoña marina iba á lanzarse el Perú al océano á luchar con la escuadra chilena, con sus dos acorazados de 6 cañones de á 300 cada uno y nueve pulgadas de blindaje, y sus seis buques de madera tripulados por sus ribereños que pasan su vida luchando con las tempestades; y con todas estas indiscutibles ventajas de parte del enemigo, hundiría y apresaría sus buques, bombardearía sus puertos, rompería los bloqueos, en fin, los tendría en jaque. ¿No es digno de admiración que el mar fuera nuestro desde abril del 79 hasta marzo del 80? No obtuvo los laureles de la victoria; pero con sus esfuerzos, con la sangre de sus héroes y de sus mártires, supo colocar muy alto el nombre de su patria.

Ya hemos visto en qué proporción se hallaban nuestras fuerzas navales respecto á las de Chile: no eran superiores las terrestres. Componíase nuestro ejército de los batallones "Zepita" N° 2, "Ayacucho" N° 3, "Callao" N° 4, "Cazadores del Cuzco" N° 5, "Puno" N° 6, "Cazadores de la Guardia" N° 7 y «Lima» N° 8, en Infantería: escuadrones: "Húsares de Junín", "Lanceros de Torata" y "Guías" de caballería; el "Regi-

miento de Artillería" y el "Dos de Mayo" (también de artillería). Se llamaban batallones y regimientos, pero sólo eran cuadros. Los batalloaès no excedían de 300 plazas: el total de la artillería era á lo más de 500 plazas y 400 la caballería: Suponiendo igual número de plazas al ejército boliviano, se hubiera tenido un ejército de 6,000 hombres por parte de la alianza al declararse la guerra.

Chile, por su parte, tenía cuatro verdaderos y sólidos regimientos de infantería, dos de caballería y su correspondiente artillería perfectamente organizada y dispuesta. Pero si los ejércitos activos eran más ó menos iguales numéricamente por ambas partes, nos llevaba Chile la inmensa ventaja de su organización y uniformidad, sobre todo en el armamento, que en los ejércitos aliados era una miscelánea de todos los sistemas. En ellos se veía el Winchester, arma á propósito para cortos tiroteos, mas no para batallas de largo aliento; Chassepot peruano, igualmente peligroso para una batalla por la frecuencia con que se rompe el espiral que impulsa el percutor, quedando el soldado desarmado en medio del fuego, sembrando el desconcierto en las filas; Comblain, después Remigton y Peabody y por último Evans. Cañones de antiguo sistema; manejados por oficiales *comodines*, que tan pronto eran artilleros como infantes ó ingenieros, para hacer frente á una artillería de último modelo dirigida por facultativos y basta por oficiales europeos. En la caballeria no había término de comparación. [1]

Pero no era esta toda la superioridad de Chile: sus milicias, bien organizadas y á las que no había más que movilizar, constituia otra más importante todavía. Una vez que ocupó el litoral boliviano las trasportó allí, y éstas, unidas á los peones de los establecimientos y al contingente de repatriados del Perú, fueron transformados en pocos meses en verdaderos soldados. Antofagasta, su Cuartel General y plaza de instrucción, defendido por los desiertos, sólo podía ser atacada por su frente, el océano.

Los batallones peruanos estaban acantonados desde Piura y Cajamarca hasta el Cuzco, de suerte que tuvieron que ha-

[1] Deseando conservar la fisonomía del período de la guerra, que se revela en los juicios inmediatos que ella sugería que se preocupaban profundamente por los acontecimientos, reproducimos sin alteración toda esta parte de nuestro trabajo, no obstante de que hay en ella algunos juiciosque rectificaremos en "Apreciaciones" Posteriores.

cer largas marchas para llegar al teatro de la guerra. En su marcha de reconcentración venían reclutando, engrosándose de este modo, de suerte que pudieron llegar á Tarapacá con un número de plazas digno de un batallón.

Componía la flor de nuestro ejército los "Cabitos", [como se llamaba á los salidos de la Escuela de Clases y componían los batallones 5, 6, 7 y 8 principalmente], adolescentes de 15 á 20 años, que quedaron en su mayor parte tendidos desde Pisagua hasta Arica. En general la tropa del ejército era buena y los jefes y oficiales ló mejor que había en el Perú.

Imaginaban algunos gran superioridad en los ejércitos peruano y boliviano, fundándose en que las frecuentes revoluciones de sus países debían haberlos aguerrido; pero si pueden haber y han habido revoluciones justas y nobles, que eduquen un ejército en cierto modo, no es el estado de revuelta crónica buena escuela de táctica de valor ó patriotismo; la sangre derramada estéril é injustamente apaga éste y matá aquél: los pueblos conducidos sin entusiasmo por el caudillaje á una muerte sin gloria, cobran horror á la guerra y no saben distinguir la verdadera de la falsa gloria. Por otra parte, las revoluciones, reclutando su personal en todas las esferas, elevan á las más altas á hombres indignos, quitan su brillo á la carrera de las armas y alejando ella á los hombres de verdadero mérito.

III

Declaración de la guerra

Muy buenas disposiciones tenía el General Prado para conservar la paz: así lo acredita el envío de Lavalle como Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno de Chile, á interponer las buenas influencias del Perú con el fin de evitar la guerra. Lo mismo acredita el que algunas manifestaciones contra Chile, entre las cuales fué la más importante la del "Convictorio Carolino", se prohibieran por la autoridad local. Sólo la prensa independiente se manifestaba más y más airada contra las usurpaciones de Chile.

Pero, en reciprocidad, la prensa de Chile se sintió poseída de igual ardor, cuando menos, en contra nuestra. Aún era desconocido, al menos para el público, el pacto con Bolivia, aún no se sabía allá la actitud que asumiría el Perú

cuando el diario "Las Novedades" de Santiago aconsejaba á su gobierno un golpe de mano. — "Las naves peruanas, decía, están en desarme, el proceso de una misión diplomática puede darles el tiempo necesario para alistarse". Tal vez no hubiera sido el gobierno de Chile sordo á este consejo; pero después de la alarma dada con el asalto de Antofagasta, el Perú no podía ser atacado á mansalva. Pero no se detenían ahí los periodistas chilenos: mientras nuestra prensa lanzaba contra esa República toda clase de acusaciones conservándose en la altura de donde no deben descender los escritores, ellos, con un lenguaje inconveniente se cebaban insultando á nuestra sociedad y calumniando al bello sexo. Distinguíanse entre estos escritores Rafael Vial (muy conocido por la afrentosa aventura que le aconteció en el mismo Chile), que hasta la declaración de la guérra había ganado pan en el Perú vendiendo su pluma al mejor pagador, el colombiano Becerra y Justo Arteaga Alemparte. Don Benjamín Vicuña Mackena, que había recibido el título honorífico de miembro de la Universidtd de San Marcos, por su elocuente biografía de don Manuel Pardo, devolvió el título, retirando los conceptos de su obra. No parecía sino que

se quería borrar todo rastro de amistad para consagrar un odio eterno. El General Prado, por razón muy natural, depuso por el mismo tiempo el título de General con que Chile lo había honrado: el que iba á mandar los ejércitos contra Chile no debía ser más General de Chile.

Las negociaciones entabladas bajo tan malos auspicios no podían conducir á buen fin; y las esperanzas de conservar la paz se desvanecieron completamente cuando en Antofagasta y Valparaiso nuestras legaciones fueron insultadas por el populacho y nuestras armas arrancadas y pisoteadas. Bien que la policía interviniera, pero cuando estaban consumados, esos ultrajes indignaron al Perú; mas nadie pensó vengarlos en los inermes símbolos de las legaciones chilenas.

El 17 de marzo, el ministro de Chile en Lima, don Joaquín Godoy, interpelaba á nuestro Gobierno sobre los preparativos que hacía alistando la escuadra, cual si fuera á entrar en campaña, encargando naves á Europa y enviando tropas al Sur; se quejaba de la actitud asumida por la prensa y de la sobre excitación de los ánimos, y después de sus protestas de amistad, requería á nombre de su Gobierno la declaración formal de

que el Perú permanecería neutral en la contienda. El 21 del mismo, contestaba el ministro peruano de Relaciones Exteriores, "que habiendo el Perú acreditado una misión especial en Chile, precisamente destinada á entenderse con aquel Gobierno sobre todos los incidentes á que había dado ó podía dar lugar la situación creada en el litoral boliviano, de la que el Gabinete de Santiago no le había dado aún conocimiento, se impartían al Plenipotenciario que la desempeñaba las instrucciones convenientes, sobre los puntos á que se contraía en el despacho aludido". Efectivamente, al siguiente día se daban esas instrucciones: aparte de que la toma sorpresiva de Antofagasta era para inspirar alarmas y no confianza, el estar el departamento de Tarapacá poblado en gran parte por chilenos y bolivianos, lo que hacía temer conflictos, justificaba el envío de fuerzas á esos lugares. Por otra parte, los elementos aprestados por Chile eran muy superiores á los que se necesitaban para una guerra con Bolivia. En cuanto á las manifestaciones de simpatías por ésta; á más de que la opinión era libre, estaban plenamente justificadas por la insultante agresión á nuestras legaciones en Antofagasta y Valparaiso. Por análago motivo no podía ser dueño

el Gobierno de oponerse á las opiniones de la prensa, con tanta mayor razón, cuanto que era notoria la hostilidad de la chilena, que silenciaba completamente el nombre de Bolivia y se ocupaba exclusivamente del Perú, cual si el conflicto fuera ó debiera ser con éste. A la solicitud de neutralidad del Perú, contestaba que á nada podía comprometerse éste no conociendo los fines del Gobierno chileno, que ni aún había dado el manifiesto de estilo siempre que se rompen las relaciones entre dos países. Finalmente, el tratado secreto con Bolivia era puramente defensivo y todo temor destruíase con su propio texto.

No podía caber mayor franqueza; pero el Perú manifestaba mejor aún con su conducta que nada tenía que temer Chile de él siempre que se sometiera la cuestión á una discusión razonada. ¿Qué más pruebas de sus buenas disposiciones que ofrecerse como mediador, en vez de declararse beligerante, y justificado por el tratado y por la conducta de Chile, dar á su vez un golpe sorpresivo á su escuadra, única probabilidad de salir victorioso?

Mas no atendió Chile razones, ni oyó la voz del Perú, sino que, al contrario, le declaró la guerra: el 3 de abril pedía sus pasaportes el Ministro de Chile. Fun-

daba los motivos de la guerra en que "la causa de Chile debió hallar ardientes simpatías en el Perú, porque era justa, porque á su lado *campeaban la civilización y la buena fé*: y si consideraciones y miras divergentes hubiesen hecho olvidar por un momento los antecedentes de ambos pueblos, el Perú debió someterse á los deberes más obvios é imperiosos á que se hallan sujetas las naciones".

¿Y cuándo faltó el Perú á esos deberes? ¿Sería cuando el año 1877 se unió á Bolivia con un pacto? A parte de la razón de soberanía, el Perú, colindante con Bolivia, con intereses comunes, debía procurar estrechar unos vínculos que muchas veces, por falta de un tratado estable, habían estado á punto de relajarse. No existía en ese pacto mira hostil determinada ni indeterminada, como lo prueba el ser puramente defensivo y con restricciones suficientes para tranquilizar á cualquier vecino timorata; y, mejor que nada, el que tuvieran ambos estados sus costas hasta Tarapacá desguarnecidas, estando esos territorios poblados por un número de chilenos igual, por lo menos, al de nacionales. El hecho de aprestar el Perú su ejército á lo más podría significar desconfianza y previsión. En cuanto á que la causa de

Chile debió inspirar *profundas simpatías*, no sabemos cuando las inspiró la deslealtad y el abuso de la fuerza: no era, ciertamente, el asalto á mansalva del litoral boliviano, lo que podía dispertar generosas simpatías hácia sus autores en el pueblo peruano.

Natural y lógico era que las simpatías del Perú estuvieran de parte de Bolivia; dos entidades en la realidad, pero una en su esencia, si á veces las pasiones ó mal entendidos intereses las han llevado, como si pudieran ser verdaderas enemigas, á los campos de batalla, bien pronto se han reconciliado recociéndose hermanas. Separadas por un acto incalificable del LIBERTADOR, primero, por las armas de Chile después, la linea trazada entre ellas se ahondó con la guerra que el General Gamarra pagó con su vida: Ingavi dejó una herida que tardó en cicatrizar y que nuevas disideneias estuvieron á punto de reabrir; pero se acordaron de que habían sido un solo pueblo, de que tenían un mismo origen, un mismo idioma, unas mismas creencias y que eran unos sus intereses. En distintas épocas Chile, que jamás despegó los ojos de las riquézas de sus vecinos, trató de inducir á Bolivia á apoderarse del litoral peruano, ofreciéndole su apoyo en cambio de los territorios que hoy ha

asaltado; pero Bolivia prefirió siempre ser leal á la amistad del Perú, llevada hoy hasta el sacrificio por parte de éste.

El 4 de abril nuestro Gobierno enviaba sus pasaportes al señor Godoy y refutaba victoriosamente las razones con que el diplomático chileno quería justificar la ruptura de relaciones con el Perú. Pero de nada servía salir victorioso en el campo del derecho: Chile quería la guerra porque le convenía; porque si hasta antes de la toma de Antofagasta podía engañar al Perú con una política artera, ya éste estaba avisado y le sería más tarde difícil, si no imposible, el asalto de todos los territorios que ambicionaba.

Por su parto el Perú aceptó la guerra con entereza y entusiasmo y hasta con alegría. El 5 de abril el pueblo de Lima se reunía en la plaza de Armas á oir la voz de sus oradores. Rota la amistad á cuyos miramientos, y por no inspirar importunas antipatías, se habían mantenido en silencio las maquinaciones de Chile durante la paz, para introducir la anarquía entre sus vecinos, ya para levantarse sobre ellos violando hasta los mas sagrados pactos, todas esas maquinaciones eran denunciadas ahora. Quince ó veinte mil almas oían con recogimiento y aplaudían con calor; y el

delirio llegó al colmo cuando Casós ocupó la tribuna. Refirió las perfidias de Chile que los que le precedieron en el uso de la palabra habían olvidado; de Chile que pagaba á Buenos Aires "con monedas de ingratitud sus deudas de reconocimiento", alegando sobre la Patagonia derechos á los que renunció al ver los cañones argentinos, y vengando su propia cobardía insultando á la estátua de Buenos Aires. ¿Qué extraño era que pagara con igual moneda al Perú que vengó en 1866, combatiendo en Abtao y el Callao el incendio de Valparaiso? Refirió que Chile en 1867, mientras los otros Estados aliados, presididos por el Perú, trataban de solidificar su unión en un Congreso Americano, pactaba aisladamente una tregua indefinida con España; y en 1868 pactaba con la misma un convenio por el que ésta pudo sacar del Támesis, los acorazados "Victoria" y "Arapiles" en cambio de dos corbetas de Chile. Quince años, dijo el orador, hace que no os ponéis en comunicación con mis ideas, y hubiérase creído que se iba á eternizar ahora el eco de su oratoria.

Desgraciadamente el campo de la lucha no era el de la vana oratoria: desgraciadamente el campo de las batallas estaba muy lejos, separado por desier-

tos, donde el entusiasmo tiene que luchar con la fatiga y donde la sed mata la vida: desgraciadamente no teníamos una escuadra suficientemente poderosa para ir á retar á la enemiga en sus propias aguas; desgraciadamente la cuestión no era de palabras.

Al calor de ese entusiasmo formó el coronel Pereyra el batallón "Zuavos de Lima", que con el nombre de "Zepita" sucumbió gloriosamente en San Juan y Miraflores. Por esos mismos días se organizaron "La Escolta", la "Legión Carolina" y un cuerpo de Artillería en el Callao. Pero contingente más positivo aún dieron estas poblaciones: los cuerpos que salían á campaña aumentaban considerablemete sus plazas en el tránsito del cuartel á la estación, y los batallones "Ayacucho" y "Callao" aumentaron á mas del doble de su efectivo con altas voluntarias: El batallón Gendarmes pasó á la línea con el nombre de "Paucarpata", y los batallones 1, 2, 3 y 4 de Guardia Nacional fueron llamados al servicio activo. Además se organizó un cuerpo de caballería con el nombre de "Rimac".

Parecía en aquellos días que el Perú había olvidada su pasado y los partidos sus injurias. Piérola é Iglesias, dos futuros presidentes, venían á prestar sus

servicios. Trujillo, Cajamarca, Tarma, Jauja y Ancachs enviaban los primeros sus contingentes á Lima. Se iniciaron suscrieiones patrióticas y éra conmovedor ver á muchos pobres dar lo poco y único que poséían. Pero al lado de estas muestras de verdadero patriotismo también lo hubo falsificado; algunos dieron sumas elevadas.....en *eréditos ineobrables;* los *meeting* que en Lima y otras ciudades eran verdaderos comicios patrióticos, en muchos lugares, en los pueblos de la costa sobre todo, no era sino un pretexto para dar pábulo á su muy conocida y pronunciada afición al licor; y en la sierra servían para atemorizar á los indígenas ignorantes con la perspectiva de próximas levas; los soldados que venían del interior con el jactancioso nombre de voluntarios, no marchaban, en su mayor parte, con más voluntad que una res al matadero. Y aún así, el General La Puerta, al ocupar el poder, prohibió la venida á la capital de nuevos contingentes, sin pensar en que un desastre nos podía dejar sin ejército, aquí donde junto con el manejo del fusil había que enseñar el idioma y el deber al soldado. Se creyó que cuatro ó seis mil soldados serían suficientes para la defensa de Lima, ó se tuvo mucha fe en la masa de voluntarios que ésta podía pre-

sentar. Sin duda que guiados por su carácter genial, y hasta engañados por una confianza pueril (muchos creían que derrotar á los chilenos sería cosa tan fácil como arrear corderos) podían los limeños presentarse al frente del enemigo, como sabrían hacerlo; pero ¿podrían oponerse con éxito á un ejército victoriaso? No sabía el Gobierno que las derrotas abaten el espíritu de los pueblos y que entonces la disciplina puede salvarlos? No puede ignorar un militar, como nadie que haya estado en una batalla, la perplejidad del soldaño bisoño en esos momentos en que el humo y el polvo le ocultan al enemigo, cuando el órgano del oído está turbado y la mente no puede detenerse á interpretar un toque de corneta. Por eso debió instruirse el mayor número posible de tropas; pero no había en los altos poderes hombres que previeran nuestros desastres; y el Perú tenia que luchar interiormente con la fuerza de inercia de una gran parte de los pueblos y con la imprevisión de sus gobernantes, causas eficientes de nuestro desastre.

Y natural era que los abandonados habitantes de los pueblos no se conmovieran con las usurpaciones de Chile. La idea abstracta de la justicia y del derecho sólo halla cabida en pueblos que han

llegado á cierta altura intelectual ó al menos que han conocido sus beneficios; y aún en ellos muchas veces se subordina á mezquinos intereses [como sucede con la clase más pudiente é influyente á veces aquí]; pero en los pueblos incultos su violación sólo es notada cuando se siente. El incendio de miserables ranchos, el saqueo de pobres capillas, el robo de algunas reses que constituyen todo el patrimonio del pobre indio, ocasionarán después levantamientos populares en la sierra; pero ¿qué les importaba entonces que se perdiera Bolivia, Tarapacá ni Lima, ni riquezas que no las exhoneraban de las pesadas cargas con que los abruman sus autoridades y sus caciques?

Apenas declarada la guerra decretó el Gobierno la expulsión de los chilenos que se encontraban en el Perú; acto de fatales consecuencias en los posteriores acontecimientos de la guerra. Posible hubiera sido internar á esos 10 ó 15 mil chilenos y reemplazar las bajas que la guerra hiciera en nuestros campos. Las minas, para cuya elaboración son tan aptos les hubiera proporcionado trabajo bien retribuído; no que esa peonada, viéndose derrepente sin pan y sin modo de ganarlo, por el incentivo de la necesidad y por encono al Perú, fueron á du-

plicar el ejército de Chile con soldados conocedores palmo á palmo, mejor que muchos nuestros, de la provincia de Tarapacá y las quebradas adyacentes á Lima, futuros escenarios de la guerra.

IV

Los principios de la guerra

En el tiempo trascurrido desde el 14 de febrero á la declaración de guerra al Perú, no tuvo lugar más acción de armas que el combate de Calama. Hállase situado este pueblo en las márgenes del río Loa y su posición era importante. A ser más avisado el Gobierno boliviano lo hubiera ocupado con fuerzas que, bien dirigidas, hubieran hecho difícil, sino imposible el acceso á él, pues el terreno se presta á fácil defensa; y prueba de ello es la obstinada resistencia que un grupo de heroicos paisanos opuso á una fuerte columna enemiga. Los chilenos, que no desconocían la importancia de la posición, enmendaron el error que también habían cometido no ocupándolo desde el principio, ya que Bolivia no anduvo más listo, enviando á él una numerosa fuerza. El doctor Ladislao Cabrera había excitado el patriotismo de los escasos habitantes de esa comarca y había podido reunir 130 hombres, armados unos pocos con rifles de precisión y la mayor parte con escopetas de caza, trabucos y otras armas antiguas; pero sí firmemente resueltos á no permitir hollar impunemente sus hogares. Contra esos 130 salió, como hemos dicho, la expedición chilena mandada por el comandante Sotomayor, compuesta de 600 hombres de las tres armas, y llevando como segundo al comandante don Eleuterio Ramírez, el 19 de marzo. Penosa fué la travesía de las 24 leguas que separan Caracoles, punto de partida, de Calama, y vencida se trabó una reñida pelea en la que los bolivianos bicieron lujo de estéril valor. Sobresalió entre ellos Eduardo Abaroa que con solo doce hombres defendió un paso que no cedió sino con la vida. Fué necesario añadir el fuego al plomo para que cedieran esos bravos campesinos, que al fin abandonaron el campo dejando sobre él 19 cadáveres. Los chilenos tuvieron 7 muertos y otros tantos heridos.

El 6 de abril inició Chile las hostilidades contra el Perú; Tal día notificó el Almirante Revolledo el bloqueo de Iquique y anunciaba á los neutrales la posi-

SALA DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS

bilidad de hostilidades que no tardarían mucho en verificarse. El 3 del mismo zarpaba del Callao para las aguas de que Chíle se creía dueño absoluto, una división ligera compuesta de la corbeta "Unión" y cañonera "Pilcomayo", al mando del Contra-Almirance don Aurelio García y García. El 12 avistaban nuestros marinos á la corbeta "Magallanes" frente á Chipana y emprendían la caza de ella; pero fue suspendida después de 5 horas y después de haberse disparado algunos cañonazos sin consecuencias por ambas partes, por haber reventado uno de los calderos de la 'Unión'. Esto obligó á regresar al Callao á la división, donde aquel buque permaneció largos meses refaccionándose.

Mientras se iniciaban las operaciones de esta sangrienta guerra con el bloqueo de Iquique y se disparaban los primeros cañonazos sin la menor efusión de sangre, el ejército peruano continuaba su concentración y organización en Tarapacá. Antes de declararnos Chile la guerra habían ya marchado al Sur dos divisiones y sucesivamente desfilaron otras. La primera, al mando del coronel don Manuel Velarde, se componía de los batallones "Cazadores del Cuzco" cuyo jefe era el coronel don Víctor Fajardo, "Cazadores de la Guardia" Nº 7, su jefe

INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS

el coronel don Alejandro Herrera, además una batería de artillería á las órdenes del mayor Francisco Pastrana, compuesta de 4 cañones de á 7. Esta división, cuyo efectivo no pasaba de 800 hombres, se embarcó en el trasporte "Limeña" el 7 de marzo con destino á Iquique.

La 2a. división, cuyo comando se encargó el coronel don Belisario Suárez, se formó con el batallón "Dos de Mayo", que á las órdenes de su jefe don Manuel Suárez se hallaba en Ayacucho, y el batallón "Zepita" Nº 2 mandado por el coronel don Andrés A. Cáceros, estacionado en el Cuzco. Aquel se embarcó en Pisco el 30 de marzo, junto con el escuadrón "Guías" que, á las órdenes del coronel don Juan González se hallaba en Ica. "Zepita", trasladado á Puno, marchó á Mollendo por la vía férrea. Esta 2a. división se componía de 1,000 hombres; gente robusta y valiente, reclutado en Ayacucho y Cuzco.

La 3a. división se componía de los batallonés "Puno" Nº 6 y "Lima" Nº 8, comandados respectivamente por los coroneles Belisario Barriga y Remigio Morales Bermúdez, salió del Callao el 1º de abril en el «Chalaco»: la mandaba el General de Brigada don Manuel G. de La Cotera. Al llegar á Arica recibía la no-

ticia de la declaratoria de guerra, por cuya causa desembarcó allí: pero en seguida fué trasladada á Pisagua, á donde llegó poco después de haber estado en el puerto la corbeta «Chacabuco». Por esto se ve que el bloqueo de Iquique, emprendido no sólo con el objeto de privar al Perú de la valiosa entrada del salitre, sino que también de auxilio y comunicación á los soldados que lo guarnecían, no tuvo éxito en cuanto á lo último, pues á sólo veinte millas desembarcó la división «La Cotera»; y pocos días después conducía el mismo «Chalaco», cuyo capitán era el de fragata don Manuel A. Villavicencio, la 4a. división, que la componían, en número de 500, los Gendarmes de Arequipa y Puno, mandados por el coronel Alejo Besada.

A las anteriores fuerzas debe agregarse para completar el cuadro del Ejército del Sur, las Guardias Nacionales que se organizaron en el Departamento de Tarapacá, cuyo número ascendía á unos 1,000 bombres repartidos entre el batallón "Iquique", "Columna Naval", "Honor", "Loa" y otras, formadas con los playeros de Pisagua y demás puertos. La caballería de ese ejército la componían los escuadrones "Húsares de Junín" y "Guías", poco numerosos y

mal montados. La artillería tenía 16 cañones y era mandada por el coronel Emilio Castañón.

La 3a. división cambió su nombre con el de «Vanguardia» ocupando su lugar la 4a.; igualmente cambiaron sus Jefes. Un desacuerdo con el General Buendía, que lo era en Jefe del Ejército del Sur, dió lugar á que el General La Cotera se retirara para venir á ocupar en Lima puestos más importantes, por el momento, reemplazándolo el Coronel Justo P. Dávila. Más triste fué la causa por la que cambió de Jefe la 3a. división: el 18 de mayo, recorriendo la línea, se descarrilaba el carro que conducía al Coronel Besada y le ocasionaba la muerte: tomó el mando el heróico FRANCISCO BOLOGNESI.

El General Buendía, como hemos dicho, era General en Jefe, y de Estado Mayor General el de brigada don Pedro Bustamante, que era reemplazado por el Coronel Belisario Suárez, cuyo lugar ocupaba el Coronel Andrés A. Cáceres en el comando de la 2a. división.

La situación de este ejército á fines de abril era: divisiones «Vanguardia» y 3a. en la Noria y Pozo Almonte; 1a. en Iquique y 2.ª en el Alto de Molle. La caballería, á excepción de 50 húsares

que se hallaban en Iquique para el servicio, forrajeaba en Tarapacá.

Una de las necesidades más urgentes de la defensa era la fortificación de nuestros puertos del Sur que no ofrecían ningún abrigo á nuestra escuadra. Arica, por su constitución topográfica era el que más se prestaba á la defensa, y por su posición estratégica el que más importaba guardar. En consecuencia se nombró Comandante General de esa plaza al Contra Almirante don Lizardo Montero, y la fortificación de ella se emprendió bajo la dirección del Coronel don Arnaldo Panizo y el Capitán de fragata Faning, casi á presencia del enemigo, que no hizo nada para impedirla.

En esos primeros tiempos la ineptitud guió los pasos de los beligerantes; pero Chile aprovechó y sacó fruto de las lecciones de la experiencia, mientras que el Perú marchó de caída en caída hasta la catástrofe final.

Se colocaron en Arica 7 cañones de á 300 y de á 70 servidos por 60 artilleros y una columna de fleteros y playeros del Callao. Se organizó también la guardia nacional de Tacna, que antes de la llegada del ejército boliviano estaba defendido por la columna Gerdarmes de Tacna, Gendarmes de Arica,

"Granaderos" y escuadrón «Huata»; en todo 1,000 hombres.

Cuando conducía á la división Besada y á los Generales Buendía y Bustamante, se encontró de improviso el "Chalaco" con el acorazado chileno "Blanco Encalada", que lo persiguió sin más resultado que obligarlo á refugiarse en Arica, de donde dos días después los trasladó á Pisagua.

Pero si por ese entonces no emprendió Chile ninguna operación cuerda, emprendiólas bien ruines. El 16 de abril destruían sus buques los elementos de embarque en Huanillos y Pabellón de Pica, y el 18 del mismo mes una división naval á cuya cabeza estaba el acorazado "Cochrane", se presentaba en Mollendo con el fin de verificar igual operación, nueva en las guerras modernas. Los vecinos del puerto, con el apoyo de unos cuantos gendarmes, obligaron á retirarse las lanchas destacadas de las naves enemigas; pero éstas rompieron el fuego de sus cañones sobre una población que no contaba sino con unos cuantos fusiles para su defensa. Ese mismo día y con el mismo objeto, otra división, presidida por el "Blanco", destacaba sobre Pisagua fuerzas de desembarque que por dos veces intentaron poner pie en tierra y en ambas

tueron rechazadas; pero el fuego de sus cañones vengó sobre la desartillada población el rechazo de aus soldados. En este tiroteo fueron heridos un oficial y seis soldados del "Ayacucho", y hubieron 7 individuos más muertos ó heridos. El 1o. de mayo sufría igual suerte Mejillones: 20 individuos, de los cuales 12 eraa de tropa, rechazaban á los que conducían seis lanchas chilenas; uu segundo intento bajo la protección de los fuegoz de su escuadra tuvo el mismo éxito,

A tan menguadas empresas destinaba entonces Chile sn poderosa escuadra; los nuestros, al oponerse á ella, lo hacían aconsejados por un patriotismo imprudente, pues se exponían al incendio poblaciones enteras sin lograr la conservación de los elementos cuya destrucció se pretendía impedir.

Pero no necesitaban otras veces esos pretextos los chilenos. El 17 de abril notificó el Almirante Re rolledo que iba á destruír las máquinas destiladoras; no tuvo lugar esto, pero al día siguiente la «Esmeralda» disparaba hasta doce cañonazos sobre un tren que salía de Iquique, y en el que iban principalmente familias que huían de las amenazas de los chilenos. El 24 del mismo mes la "Magallanes", con el pretexto de haber visto luces sospechosas en el puerto, hizo varios tiros de artillería en la noche, cuando todos dormían. Parece que esto lo tomaban ya como un pasatiempo los bloqueadores,

Como hemos visto, de todos esos encuentros el único de alguna significación fué el de Pisagua, donde habían acantonadas 3 compañías del "Ayacucho" mandada por el Comandante Fernández. Merecen también elogiarse por su comportamiento en esa acción don Nicanor González y el grupo de paisanos á cuyo frente estaba, así por su valor como por el desprendimiento de que daban muestras; pues no se les ocultaba que la defensa en la que tomaban parte, sería el pretexto que tomarían los chilenos para destruir la población donde estaban constituidos sus hogares.

El fin práctico de estas hostilidades, dicen los chilenos, era obligar á nuestra escuadra á que les diera combate; pero la causa verdadera era verse burlados hasta por trasportes como el "Chalaco" y el "Talismán". Es muy notable el bloqueo *sui generis* que puso en práctica en Mollendo el Capitán Simpson, el mismo que estrajo una gran cantidad de mercaderías de un buque francés.

El 30 de abril llegaba á Tacna el ejército boliviano, que había salido de La Paz el 17; á su cabeza venía el General don Hilarión Daza, Presidente de esa República. La 1a. división la mandaba el General Carlos Villegas, y se componía del batallón "Colorados de Daza", "1o. de la Guardia", "Paucarpata" "9o. de La Paz" y "Húsares de Bolivar". Mandaba la 2a. división el General Castro Arguedas, y la componian los batallones "Victoria", "Sucre" y "Dalence". Los batallones "Illimani", «Cazadores de la Guardia», "Independencia 3o. de La Paz" y "Vengadores 3o. de Potosí", formaban la 3a, división cuyo Jefe era el General Pedro Villamil. La caballería la constituían los escuadrones "Escolta" y "Lanceros". Finalmente, al mando del Coronel don Eleodoro Camacho, vinieron el "Regimiento Murillo" de jóvenes distinguidos, "Libres del Sur" y "Cochabamba"; cuerpos ligeros que constituían la 'Legión Boliviana". Si este ejército hubiera tenido siquiera tantos cañones como nombres y apellidos tenían sus regimientos, batallones escuadrones, columnas, etc., no hubiera estado del todo mal; pero toda su artillería eran dos cañones y cuatro ametralladoras. Pero es cierto que, en los de nombres rimbombantes, los peruanos no les íbamos muy lejos.

A fines del mes de junio llegó una 4a. división mandada por el General Luciano Alcoreza y quedó en Bolivia la mitológica 5a. de Campero.

Dice Vicuña Mackena que era el nuestre un ejército "falto de todo con excepción de valor": esto lo probará mejor que nada la narración de los combates que se va á ver, y en cuanto á lo primero, sólo diremos, que en mayo la dotación de municiones de guerra no llegaba á 500,000 tiros. Algunos cuerpos llevaban 180 tiros por plaza, y eran los que más, otros, 90, y todavía podía aceptarse; pero los había que no tenían sino 40 y hasta 20, lo suficiente para un ejercicio de tiro. El coronel Antonio Benavides, Jefe del parque, se quejaba con fecha 3 de mayo de la escasez de víveres, y el 9 de la de municiones. Pero no las había tampoco en Lima, y es justo decir que se empleó bastante diligencia en procurarse elementos en el extrangero con buen éxito. Pero, como veremos á su debido tiempo, nada ó muy poco mejoró la condición del ejército del Sur, cuya dotación de municiones en julio no llegaba todavía á 900 mil, mientras el ejército chileno tenía dos ó tres millones en sus parques.

V

Los últimos apestos

Antes de contar la campaña del "Huáscar", que por sí sólo distrajo la atención del Perú, de Chile y del mundo entero, veamos qué hacian los poderes públicos por el triunfo de la causa nacional.

El Congreso extraordinario, convocado al estallar el conflicto, se reunió el 24 de abril; pero en vano esperó de él la nación la palabra de aliento, el soplo vivificador, algo que anunciara que marchaba á su cabeza con el entusiasmo y la fe que infunde el patriotismo, con la inquebrantable resolución de la lucha: no resonó en sus tribunas una voz que hiciera éco á las que el 6 de abril habían exaltado al pueblo de Lima; casi todas sus sesiones fueron caracterizadas por frías discusiones, como si quisiera desmentirse la fiebre patriotica de los comicios. Pero como quiera que nada se había de ganar con vana oratoria, juzgárasele por sus hechos:... algunos de sus proyectos hasta parecían

sugeridos por sentimientos muy distintos de los del amor patrio.

La primera y más urgente de sus resoluciones deberia ser proveer al Ejecutivo de recursos pecuniarios para la guerra, una vez que estaba privado el Estado de la valiosa y casi única entrada del salitre. Con el fin de subsanar la del erario, el Ministro Izcue, presentó al Congreso los proyectos siguientes:— 1o. aumentar la suma del billete circulante en más de 8 millones,— 2o. establecer la contribución personal, y 3o. crear un impuesto de 50 centavos plata sobre cada quintal de azúcar que se exportase. El primero de estos proyectos *no halló en el Senado* más oposición que la de aquellos que juzgaban *muy corta* la emisión propuesta; pero en la Cámara de Diputados la halló muy viva y en la prensa en "El Nacional" que se había constituído en defensor de los intereses del pueblo, porque era *un pobre recurso para el presente y para el porvenir la carencia de todo recurso*, que sin satisfacer las necesidades acabaría de depreciar el ya bien depreciado papel moneda y resgravaría el pan del pobre.

En reemplazo proponían los opositores el que se cobraran los derechos de aduana en plata, lo que si bien ocasio-

naría una alza en los artículos de consumo, esto quedaría compensado con el alza del papel, que sin la amenaza de nuevas emisiones tendería á ponerse á la par. Pero no eran estas consideraciones las que influían en el elevado círculo que constituía el Senado; los negocios bancarios que á tantos arruinaron, habían, al contrario, creado, fortunas colosales ilícitamente adquiridas, y la depreciación del papel constituía para *ciertos negociantes* ventajas que iban á defender al mismo seno de la representación nacional. El *papel moneda* tenía también su paladín en la prensa: "La Opinión Nacional".

El impuesto sobre el azúcar se vió después reducido á 2 °/₀ *ad valorem* y tuvo tardía ejecución, y en el mismo caso se halló la contribución personal. Apremiado el gobierno recurrió á un empréstito sobre la base de los donativos voluntarios, que no satisfizo las necesidades. Por último, el Congreso autorizó al Ejecutivo á celebrar un empréstito en Europa; autorización que parecía una ironía cuando el Perú no tenía ningún crédito. Por fin, después de mes y medio, dejó de gravar este Congreso sobre el erario.

Ya para ese tiempo había marchado el general Prado para el sur á dirigir las

operaciones de la guerra, dejando las riendas del Gobierno en los débiles brazos del general La Puerta, á quien todo su patriotismo era impotente para infundir la fuerza que requería su grave peso. Anciano de mérito, sin duda, por su pasado, pero nulo por sus achaques para el presente, su administración, flotando de influencia, su influencia no tuvo nunca base ni orientación.

Si el Congreso, defraudando las esperanzas del patriotismo, no se había puesto á la altura de la situación; si el Gobierno quedaba en las temblorosas manos del general La Puerta ¿estaba la dirección de las operaciones militares en manos más seguras? Preciso es decirlo: nó. El general Prado no era el hombre que requería la ardua empresa de está guerra: ella necesitaba, dada la lamentable situación del Perú, un genio de grande iniciativa y de energía inquebrantable y el general Prado no tenía esa energía, ni esa iniciativa, ni siquiera quien se la infundiera. Si por algún tiempo la fortuna nos fué propicia, debióse en primer lugar á Grau y á sus compañeros de heroismo, y después á la falta de una dirección regular de las operaciones por parte de Chile; pero en cuanto éste fijó un plan, Grau sucumbió y con él nuestra defensa naval.

No pudo conseguir el Perú en Europa los buques que necesitaba por falta de crédito; porque no hubo entre los acaudalados peruanos residentes allá, sin peligro de la guerra, quien ofreciera la garantía de una parte de esas fortunas extraidas de las guaneras de Chincha y de las salitreras de Tarapacá. Al expresarnos así no guía nuestra pluma ningún sentimiento bastardo: la tinta con que escribimos está mezclada con la hiel de nuestras desgracias.

El general Prado se había manifestado digno de la fortuna que lo elevó el 65; pero la situación de la Nación y los enemigos con los que iba á combatir eran muy distintos. Las riquezas del Perú se hallaban entonces intactas; y ahora teníamos la bancarrota en el Estado y la miseria en los hogares. Los españoles, á 4.000 leguas de su territorio, no tenían sobre nosotros más ventaja que el poder de sus buques en un encuentro naval, y suponiendo su completo triunfo, les quedaba por dominar toda la costa del Pacífico que les era hostil, de lo que no era capaz España entonces: en fin, esa guerra no fué sino una justa de caballeros. Ahora, al contrario, era la guerra moderna á la que se nos arrastraba, teníamos al enemigo en nuestras fronteras y era resuelto y poderoso.

El contraste de la "Unión" y el lamentable estado de abandono de nuestra escuadra al declararnos Chile la guerra, fueron causas de que por más de un mes no se emprendieran operaciones activas sobre el enemigo. Efectivamente, tanta había sido la incuria de los encargados de esa parte de la administración, que el "Huáscar" no había reparado aún las averías que le ocasionaron dos años antes los ingleses en Pacocha. Con respecto á la "Independencia", se decía que una hélice de bronce, y por exageración, que hasta las cureñas de los cañones habían sido *pasto de las ratas*. Esto era una alusión á la inescrupulosidad del manejo de las cosas del Estado en el ramo de marina especialmente. Los calderos traídos de Europa para reemplazar á los antiguos, arrojados en la playa, llevaban el mismo camino que las cureñas. Estos buques con el trasporte "Chalaco", compusieron la primera división naval á las órdenes de Grau que retenía el mando del 'Huáscar"; mandaba la "Independencia" el tan infortunado como valeroso Juan G. Moore.

Esta división estuvo lista á principios de mayo y se iba á hacer á la mar junto con la 3a. que la componían los

monitores "Atahualpa", "Manco Capac", y el trasporte "Limeña", y era mandada por el capitán de navío don Camilo N. Carrillo; pero el primero de los monitores al probar su máquina recién compuesta, volvió á su anterior estado de invalidez y á su antiguo fondeadero donde había de hallar su tumba.

El 13 de mayo hubo un amago de incendio á bordo de la "Independencia", el que fué atribuido á individuos de supuesta ó verdadera nacionalidad chilena; pero no habiendo tenido consecuencia seria, pudo zarpar esta 1a. división el 16 de mayo y con ella marchar al Sur el General Prado. A las 8 de la noche salía este Generel de Palacio despedido por las aclamaciones del pueblo que veía en él el arca de sus esperanzas: acompañado del señor Reyes Ortiz, secretario del General Daza, se embarcaba á media noche.

A pesar de lo avanzado de la hora el muelle y calles estaban henchidas de gente que quería ver antes de su partida á los futuros vencedores. Bien pronto la escuadra se perdió en la oscuridad. Marchaban, además del «Huáscar» y la «Independencia», los trasportes "Lima", Chalaco" y "Oroya" que conducían el séquito del Director de la

Guerra, su Escolta, cuadros de artillería y caballería y elementos de guerra. Pero no era á esto á lo que se daba importancia, sino á la marcha del General Prado bajo cuya dirección debería emprenderse una campaña gloriosa y victoriosa. No se equivocaba el instinto nacional enteramonte, en cuanto que allí iba Grau; no conocido hasta entonces más que por su modestia y habilidad profesional, pero en quien el pueblo adivinaba las virtudes que lo colocaron en el lugar más excelso de nuestros héroes; pero ¡ay! la victoria era otra cosa. Las ventajas que tan valeroso y entendido marino debía ganar para nuestras armas, se perdería todas en un rápido y sangriento encuentro, y el General Prado, el frustrado vencedor, regresaría al vetusto palacio de los virreyes, no cargado de laureles, sino encorbado por el peso de una responsabilidad que la vulgar injusticia le atribuiría á él sólo.

INDICE

MATERIAS	PAG.
Sobre nuestra obra.....	3
Recuerdos de la guerra con Chile, (memorias dc un distinguido).	
Preliminares y Preludios.	
I Antes dc la declaratoria...	10
II Estado político y militar del Perú	19
III Declaración de la guerra...	31
IV Los principios de la guerra.....	44
V Los últimos aprestos.....	56

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

EL HEROE DEL PACIFICO

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE
Calle de Polvos Azules, N o 173
1912

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

EL HÉROE DEL PACIFICO

LIMA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE

Calle de Polvos Azules, No. 173

1912

RECUERDOS

DE LA GUERRA CON CHILE

(Memorias de un distinguido)

I

A la Guerra

Un señor Torres ha dado á su hijo único para la guerra.....

Corresponsal de "El Nacional"

Eso es la verdad, aunque un poco exagerada, porque no soy hijo único; pero si mis dos hermanos menores estuvieran en estado de seguir el camino que yo he tomado, lo hubieran hecho, con el beneplácito y alentados por nuestro padre.

Desde el momento que se declaró la guerra solicité el consentimiento de mis señores padres para hacerme soldado: mi padre se adelantó á mis deseos, mi madre se adhirió al deseo de los dos; pero obraba en ella más la resignación que la voluntad. ¿Es acaso contra la natu-

ralera el que las madres quieran más á sus hijos que á su Patria? Lo contrario sí lo sería. Pero si se exceden en el amor á sus hijos, no por eso dejan de amar á la patria; su amor á ésta se encuentra implícito en su amor á aquéllos. Y si hay algún patriotismo más abnegado que otros, seguramente que ese es el de las madres que dan á sus hijos para la guerra.

Llegó el día 16 en que debía embarcarme para ésta, á cumplir mi deber y mi designio. El vapor, que generalmente zarpa á las 7 a. m. para llegar en la tarde á buena hora al Callao, á causa de la mucha carga demoró su partida, dilatando las horas angustiosas de la separación.

No debo omitir que mi padre es agente de la P. S. T. C en Supe, y que yo lo subrogaba en las funciones de la agencia, é íbamos indistintamente él ó yo al despacho de los vapores.

Cuando llegó el momento de embarcarnos, salimos sin despedirme por aquello de que el que se despide no vuelve; salimos mi padre, mi hermano Nicolás y yo. Los tres fingíamos tranquilidad y satisfacción imposibles: yo sentía mi pecho oprimido por mi propia pena y por la pena de mi madre y la de mis hermanas Junto conmigo venían dos muchachos: Guillermo Paico, que se ha criado con nosotros y Angel Arévalo, muchacho de playa, también á nuestros servicio: era el contigente que mandaba mi casa á la guerra.

Repicó la campana del vapor; el huinche del ancla empezó á funcionar, y el ruido ferral de la cadena que se enrrollaba en los cilindros nos decía á cada vuelta que ya era hora de separarnos; un momento más y resuena el timbre de la máquina..... ¡Adiós! ¡adiós! Un abrazo á mi padre, un abrazo á mi hermano: en sus pupilas brillan dos lágrimas que van á aumentar la amargura del océano.....

Suena otra vez el timbre y la hélice del vapor "Coquimbo" empieza á girar y comenzamos á alejarnos del fondeadero. Como si un telón se corriera, va desapareciendo sucesivamente el pueblo: el *rincón*, los primeros ranchos;.....mi mirada se detiene con angustiosa insistencia en los toldos blancos, tras de los cuales se exhalan sollozos que escucho resonar en mi corazón; y desaparecen esos toldos queridos como la dicha que nos abandona..... Todo ha desaparecido, todo se ha alejado; no, soy yo el que me alejo.... ¿Volveré á pisar esas playas en las que tantas veces imprimí mis huellas? ¿volveré á probar esas aguas de las que tantas veces gocé el deleite desu frescura, al hendir sus hondas como el más diestro nadador? ¿Volveré á turbar la paz de los alados habitantes de los campos,

cuya verdura ya no veo, con mis crueldades de cazador?..... ¿Volveré?..... Ay! qué cruel interrogación!.... ¿Quién me la gane? ¿Por qué me la hago?.....

Como si alguien me la hubiera oído escuché una voz que me decía detrás de mí: —Más gente muere en una epidemia ó en un terremoto que en una guerra: ya volverá usted lleno de vida y de gloria á ver á los que deja. ¡Vamos! dejarse de penas.

Había tomado el mismo vapor y con el mismo fin que yo, el teniente coronel don Felipe S. Crespo, y era él quien me dirigía esas palabras. Iba también á ofrecer sus servicios el capitán don Ambrosio Negrón, y con la compañía de ambos se disipó algo la pena de tan dolorosa separación.

* * *

Amaneció el vapor el 17 en el Callao, y apenas puse pie en tierra, me dirigí á la prefectura. El coronel Prefecto es tío de mi madre y, por consiguiente, tío abuelo mío. Traía una carta de aquélla é iba á entregarla. Me advirtieron friamente que era muy temprano para ver al señor Prefecto, y me retiré á esperar hora oportuna. Entre tanto me dirigí á la agencia de D J C. P., agente y amigo de mi padre, para quien también traía carta. Después de leerla, se volvió

á elogiar mi conducta y me dijo que en el batallón Callao se había dado de alta su sobrino Guillermo Win.

Transcurrido el tiempo necesario torné á la prefectura; puse una anotación en el sobre de la carta indicando su procedencia y pedí que se la entregaran al señor Prefecto. Un momento después me hacían pasar, y me encontraba en presencia de mi encumbrado pariente. Su primera expresión, la que se dirige á un muchacho á quien se ha visto crecer.

—¡Qué grande estás! Ya eres un hombre. ¿Con que vienes á la guerra? ¿Cómo está tu madre, tu padre, tus hermanos?....

Después de las frases de afecto familiar, al asunto:

—Me dice tu madre que quieres servir en la escuadra; vamos á ver..... en el "Huáscar" no es posible. Si fueras marino..... Voy á ver con el comandante general de marina, si puedo colocarte en el detall de la "Independencia".....

Comprendo que mi pretensión embaraza á mi protector y no quiero serle pesado.

—Entraré de marinero, digo, no pretendo un puesto que no merezco.

—¿De marinero?.... No sabes lo que es marinero.

Un ayudante había salido á ver si estaba visible el contra-almirante Haza, y

volvió diciendo no estarlo. El Prefecto me dice:

—Si quieres, puedo hacerte entrar de alférez en un cuerpo que se va á organizar para el servicicio de las baterías de plaza.

—También puede entrar en la Escolta de S. E., interpone el capitán Fernandini, ayudante.

—Exacto, agrega mi tío, tu padre tenía muy buenos caballos..... Porque los de la Escolta entran con caballo y se uniforman de su cuenta. Es un cuerpo de jóvenes decentes todos.

Ya iba á aceptar; pero me acordé de mis dos compañeros y objeté:

—Si estuviera solo aceptaría de muy buena gana; pero no han de recibir á mis compañeros en la Escolta y no quiero separarme de ellos; preferiría entrar á uno de los cuerpos de línea que ha de salir á campaña, al batallón Callao.

—Sí, Callao debe salir. ¿Quiéres entrar á Callao?

—Sí, señor.

Dió orden al ayudante de ir al batallón á llamar á uno de los jefes, y minutos después regresaba el comisionado en unión del comandante Díaz, tercer jefe del Cuerpo. Era este la más bella y arrogante figura militar que he conocido, y entre él y el Prefecto se entabló el siguiente diálogo.

—¿Sale Callao á campaña, señor comandante?

—Sí. mi coronel.

—¿Y se admiten cadetes?

—Nó, mi coronel; es clase abolida en ejército.

—¿En qué condición admiten á los jóvenes decentes?

—Como soldados distinguidos.

—Entonces, poniéndose de pié y tomándome de la mano, dijo:

—La madre de este joven, muy querida para mí, me lo manda para que lo entregue á la Patria; ahí lo tiene Ud.—y en seguida, dirigiéndose á mí:

—En cuanto á tí, sólo tengo que decirte, que el soldado no tiene más ley que la ordenanza y la obediencia á sus superiores.

Con esta noble recomendación fuí presentado al servicio de la Patria; pero no era entonces que iba á aprender yo que en la carrera militar, como en todas las profesiones de la vida, la escala del mérito y del saber deben ser las únicas vías accecibles.....por más que en la práctica suceda lo contrario frecuentemente.

Como en este momento se fijara en mis dos compañeros que estaban en la antesala, les dirigió la palabra preguntándoles su oficio—Carpintero de ribera, contestó Guillermo—Playero, el otro.

—Para la escuadra, dijo el Pretecto.

Sin darme tiempo para argüir á su fa-

vor, el comandante se apresuró á reclamarlos.

—Mi coronel, el batallón también los necesita.

Un momento después penetraba por la puerta de la aduana, y al pasar delante el centinela, que echaba al hombro en honor al jefe, quedó consumado el sacrificio incruento de mi libertad: la puerta que acababa de pasar por mi propia y expontánea voluntad, ya no la franquearía sino con el beneplácito demis superiores.

II

A las filas

El comandante Díaz hizo nuestra presentación al primer jefe del batallón, coronel don Manuel Cáceres; y al decir presentación, no debe entenderse en el sentido del acto social así llamado: fué simplemente exponerle lo que ya se sabe. El coronel nos miró ligeramente con toda la superioridad que lo eleva sobre nosotros; superioridad que en nada amenguaba mi parentezco con el coronel Prefecto; parentezco al que, por otra parte, no había recurrido sino para un acto de puro patriotismo. El coronel, después de mirarnos, dispuso que se nos diera de alta.

Pasamos á la mayoría, en donde se nos filió y se nos talló al cartabón; resultando tallas de tercera, y en consecuencia se nos remitió á la 3ª compañía.

Era ese el momento en que se estaba distribuyendo el socorro á la tropa, y hubimos de esperar que se concluyera para ser presentados al comandante de la citada, que lo era el capitán don José Antonio Avilés, quien se apersonó un momento después á recibir las nuevas altas.

De talla mediana, casi baja, ágil y elástico de cuerpo, de fácil, aunque rudo lenguaje, mestizo (como lo somos más ó menos todos) de raza, nos acogió con frases cariñosas en estilo soldadezco y me impresionó favorablemente.

Incontinenti troqué mi vestido de fina flanela inglesa, por la burda tela del soldado No había lista ropa de cuartel y nos uniformaron de parada ó media parada; polaca azul oscuro y pantalón granz; mi sombrero de Jipijapa, adquirido hacía poco en un vapor de Guayaquil, lo cambié por el morrión.

El capitán nos advirtió que podíamos hacer recoger nuestras prendas de paisano; pero casi todos los que veníamos de fuera omitimos hacerlo.

En seguida del uniforme nos dieron la mochila de piel de vaca, una manta de lana del país, dos camisas y dos calzoncillos de tocuyo basto, y un par de za-

patos que devolví después, sin usar. Y luégo las prendas de guerra: fusil y su respectiva bayoneta y armamento: cinturón de cuero con placa de metal, tahalí y cartuchera, porta rifle, cubre-llave y funda; por fin, dotación de cartuchos. Ahora á la cuadra.

El "primero" de la compañía hizo nuestra traslado al "sargento de semana", y éste al "cabo de cuartel", entre el cual y el cuartelero comenzaron á iniciarnos en el manejo y uso de los objetos mencionados: colocar el porta-rifle y poner la funda y el cubre-llave: colocar el tahalí y la cartuchera en el cinturón y ceñir éste al cuerpo; arreglar la maletera y cargar la mochila.

Además de aquellos objetos debíamos procurarnos con nuestro peculio, los siguientes: dos fundas y dos discos para la maletera, dos paños para enjugarnos, tohalla para limpiar la botonadura, cepillo para esto, y otros dos, una de ropa y otra para limpiar el calzado; todo lo cual nos lo daba la cantina y lo pagábamos con un pequeño descuento diario. Por último, debíamos también pagar la costura de la chaqueta y la hechura de la gorra de cuartel.

A las 12 m., al toque de *atención larga*, formaron las compañías para "academia". Tocaba este día "carretilla", es decir, toques de corneta. Al principio me parecía *griego* esa música; pero, más

pronto de lo que imaginaba, dejó de serlo. Seguramente facilita el aprendizaje la letra que se ha adaptado á los tonos. Con el mismo toque se dió término á la academia a la 1 p. m.

Poco después se presentó un oficial reclamando las altas del día, para el efecto que se va á ver. Al mismo tiempo dispuso nuestro capitán que nos uniformásenos de cuartel, para lo cual hubo de hacerse trueque de prendas con otros soldados de la compañía. El cabo Avalos, que lo era de cuartel ese día, cambió su kepí y su chaqueta por mi morrión y mi polaca, y con el cuartelero cambié calzones.

Era el tal cuartelero un pobre diablo, bellaco y cobarde, que ya había deslizado algunas frases de desaliento al descuido en nuestros oídos, y que ahora repetía sin disimulo.

—¡Qué locura, me dijo, mientras verificábamos el cambio, presentarse á pasar trabajos por su gusto.

—¿Y usted también no está por su gusto? le repliqué con tono de reproche.

—¿Yo.....? no soy tan c....ándido—me contestó—á mi me tomaron de leva.

Acabamos de vestirnos, casi podría decir de disfrazarnos por lo que á mí respecta, tan otra era la ropa de la que me hubiera convenido. Como el cabo Avalos era notoriamente más delgado que yo, estaba de la cintura para arriba

como una madama de doble volúmen que se empeña en aparentar la esbeltez de una sílfide; y como el de las bellaquerías y los tristes augurios, no solo era más grueso, sino que llevaba holgados los calzones, estaba de la cintura para abajo hecho un chino recién venido de Cantón. Y con esta indumentaria seguimos tras el oficial.

Salimos del cuartel y nos dirijimos al Central. Por el camino iba yo contemplando mi figura mentalmente rogando á Dios no encontrarme con algún conocido, ya que me era obligado hacer en tal figura la ostentación de mi patriotismo. Viajé por primera vez en mi vida en 2.ª clase, y sólo al desembarcar en los Desamparados me encontré con el capitán Negrón, quien, sin hacer alto en mi grotezca apariencia, elogió la prisa con que había procedido y, acercándose al oficial, le habló algo á mi favor.

Tomamos camino de Palacio y nos condujo el oficial ante el señor Inspector General del Ejército, que lo es el general Rivarola. Nos dirigió la palabra preguntándonos si éramos voluntarios; después por nuestro nombre, edad y condición y nuestra tierra; nos dirigió frases de elogio y de estímulo; recomendó al oficial que se nos diera buen trato, y nos despidió diciéndonos:

—Vayan, pues, hijos á instruirse para vencer á los chilenos.

Este trámite era necesario para que los que nos habíamos dado de alta después de la revista, tuviéramos opción al pré diario.

Cuando regresamos ya las compañías estaban de vuelta del ejercicio y todo era laberinto y jolgorio: los voluntarios han llevado á los cuarteles la alegría con su entusiasmo. Sólo yo y mis dos compañeros estábamos tristones y desorientados todavía, cuando he aquí que derrepente oigo una voz alegre y sonora que decía:—*Tole Tolí* también aquí— El que así me llamaba, evocando reminiscencias del colegio, era mi antiguo condiscípulo Nicolás Serra, y el que me daba era el nombre con que me había confirmado el chino que acostumbraba llevarme y recoger la ropa al colegio. En el acto me presentó á los compañeros con quienes estaba, lo que era invitarme á participar de su alegría y buen humor.

Lo verdaderamente impresionante fué la noche. Comenzó por la academia *servicio de campaña*. Los muchachos, mientras llega el tiempo de que estas cosas se formalicen ante el enemigo, las toman á broma. Después de una hora de desgañitarse gritando ¡alto quien vive! y las otras cosas que simulan distintas actitudes ante el enemigo, tocó la banda *retreta* y en seguida *lista* y *parte*, y después á dormir el que tenga sueño;

advirtiendo que esto último no lo tocó la corneta. ¡Sueño! Era precisamente lo que me faltaba, y si lo hubiera tenido me lo hubieran espantado, de seguro, el *dormitorio* y el *lecho*. Hasta las 10 me estuve enntretenido en la compañía de mis nuevos amigos; pero tocó la corneta *silencio* y cada mochuelo á su olivo, es decir, cada cual á su cuadra.

A la nuestra nos encaminamos Serra y yo; pero al llegar á la puerta retrocedí espantado: á la penumbra de la cuadra, tétricamente alumbrada por una lámpara de aceite, contemplé el más raro espectáculo: encima de las tarimas y bajo de ellas, y en el suelo, sin que la mirada descubriera un lugar claro, estaba tirada la tropa durmiendo. Un soplo cálido se sentía desde la puerta y un ruido en que alternaba, el diapasón de todos los tonos se percibía: la respiración apacible y mansa, el resuello grueso y los ronquidos que semejaban rugidos y bramidos de fiera; y enmedio de esos, otros *ruidos* que no eran ni resuellos ni ronquidos.....y causaban la más ingrata impresión á nuestro olfato.

Ví á Serra encaminarse á tomar su equipo, tambaleándose como un ébrio para guardar el equilibrio y no pisar á los dormidos; pero en vano, y antes de encontrar sitio en que acostarse, tuvo que escuchar la resolana que le dedicaban aquellos cuyo sueño y cuyo descan-

so interrumpía. No me atreví á seguirlo, y me puse á conversar con el *imaginaria*, que no parecía descontento de que le hiciera compañía en su facción; pero después que fué relevado, pasó el cabo de ronda y me exigió entrar, lo que me volvió á intimar en seguida el imaginaria.

Con este motivo se entabló entre él y yo un áspero diálogo y aquél disperto al sargento Mateo Coyantes, quien me amonestó en tono severo, aunque moderado, para que no diera mal ejemplo. Obedecí y me encaminé haciendo la misma maroma que había visto practicar al anterior y escuchando las mismas protestas, á buscar mi mochila, lo que me costó harto trabajo encontrar, y una nueva reprensión del citado sargento (que, es oportuno advertir, también había sido mi condiscípulo), á fin de que tuviera cuidado en saber donde tenía mis prendas, y para que no se repitiera el hecho de venir á deshora á interrumpir el descanso de los otros.

Por fin, después de escuchar nuevas y más agrias palabras, al procurar abrirme un sitio ahí donde apenas tenía cada uno lugar para girar sobre su espipazo, acosté mi cuerpo..... ¿para dormir? Ah! bastaría para hacerme imposible conciliar el sueño la atmósfera de la cuadra.

Es suficiente decir que las plazas del

batallón se han duplicado, para comprender la acumulación de cuerpos en esos locales que acaso no fueron amplios para sus primitivos ocupantes. Figurémonos, ahora, lo que sería esa atmósfera á la que, á la respiración natural de tanta gente, se unen las emanaciones exteriores de cuerpos desaseados por hábito natural, que sudan diariamente la gota gorda en el ejercicio y sólo se lavan cada ocho días; y los *interiores*..... de gentes que llenan sus estómagos con la cocina del rabonaje.

Muy firme debía ser mi patriotismo ya que no vacilaba ante la contemplación del tétrico cuadro que tenía á la vista con su insoportable y pestilente atmósfera, mientras á mis oídos llegaba con eco lúgubre en medio del rumor misterioso de la noche el ¡alerta! de los distantes centinelas. Y era, en verdad, mi velada solitaria ocasión propicia para las reflexiones desalentadoras: ¡cuánta diferencia entre mi vida de sólo 48 horas antes, y ahora!..... Un cuarto ámplio y un lecho mullido; un sueño apacible que nadie osaba interrumpir sino con palabras de cariño ó de respeto;..... ahora, sin haber cerrado los ojos en toda la noche, era el agudo toque de la corneta, primero, y la voz imperativa y brusca de los cuarteleros y clases lo que nos obligaba abandonar el descanso..... y no valía yo, ciertamente, para

el caso una brisna más que el último recluta de leva.

A las voces de ¡arriba! ¡arriba! empieza á desperezarse el enjambre; ¡y hay algunos á quienes se les hace pesado dejar el sucio y duro suelo! Pero la maula de los perezosos no es larga, porque ya vienen los cuarteleros cargando sendos baldes de agua, á regar la cuadra ..... y á los que se han encariñado con la basura.

Al igual de los demás, dí principio á la faena preliminar del día: lavarse y peinarse, limpiar los botones para que brillen como oro, lustrar los botines y el correaje. Si se acostumbrara el baño en los cuarteles ¡qué cosa tan limpia sería la persona del soldado! Pero nada; para la vista oro; para el olfato..... pezuña.

Toda esa faena hay que practicarla á prisa para tener tiempo de tomar agua caliente. Al primer toque de diana á formar y pasar revista personal. Después de las tres dianas de ordenanza, *oración*..... pero no oigo rezar á nadie. El capitán y el oficial de semana, están al frente de la compañía; y sucesivamente á la izquierda el sargento primero y el sargento de semana. Al toque de lista sale el furriel; el sargento de semana dice al primero: "Con su permiso mi primero, se va á pasar li ta"; el primero repite la frase al oficial de semana

y éste al capitán; en seguida el mismo sargento de semana saluda: —Compañía buenos días (ó buenas tardes ó buenas noche) —¡Buenos días! contesta la la tropa. ¡Atención á la lista! ¡Atención! Después de lista, parte y al ejercicio. Desfilan las compañías á trabajar al campo y quedamos en el cuartel los reclutas de pelotón.

El primer día de instrucción, sin armas. Aprender á cuadrarse, á alinearse, á girar á derecha é izquierda, dar media vuelta; á saludar por derecha é izquierda; á numerar alternada y sucesivamente, á doblar el fondo, á formar de á cuatro. El segundo día manejo del fusil, á lo fusilero y á lo cazador. Nuestra instrucción no da mucho que hacer á los cabos: tenemos voluntad y elasticidad y pronto se nos considera aptos para ingresar á la compañía.

El campo de ejercicios del batallón es el mar bravo: desde las 7 hasta las 10 en la mañana, y de 2 á 4½ con intervalos de descanso, duran los ejercicios. Marchas de flanco en dos filas, en columnas de á cuatro, en columnas por mitades, en batalla; en batalla *como una tabla*, al paso regular, ó al redoblado. Puedo asegurar que lo más pesado de aprender es lo que menos sirve para la guerra: el paso regular. Cuando, marchando en batalla, por ejemplo, el instructor nos marca el paso á la voz, en

el intervalo del *doos... uno*, la batalla oscila como si fuera á caerse *la tabla*. Otros días, manejo del arma en el cuartel. Finalmente, ejercicio por batallón mandado por el primer jefe, lo que tenía por objeto prepararnos para la parada.

Efectivamente, cuando sólo hacían siete días que estaba en las filas, hice mi aparición pública de soldado, como quien dice mi *debut*, en la formación del 24 de Abril.

Después de lista de diana, se nos distribuyeron la ropa y *adornos* de parada: morrión y su correspondiente pompón ó escarapela, la polaca azul, las caponas de metal amarillo, el pantalón granz y los escarpines blancos; finalmente, guantes, también blancos, que compramos en la cantina. Toda la tropa se entrega con ardor á la faena: bruñir el metal, lustrar el cuero. Hay que darse tiempo para almorzar, porque la formación es larga. Al medio día *golpes* (llamada de banda); las compañías pasan revista y se arman. En seguida lista y parte.

Como las compañías no son uniformes en número, el ayudante mayor y subayudante (el capitán Varela y el teniente Hidalgo) efectúan el recuento y la distribución de la tropa en seis compañías iguales. Mientras tanto, la oficialidad y clases han dejado las filas al arbitrio de aquéllos; el coronel designa los capitanes, el ayudante mayor los

oficiales y el subayudante los clases; dividido el batallón, ordenan los dos primeros á capitanes y oficiales ir á ocupar sus puestos, y á la voz de: ¡clases á sus..... puestos! del subayudante, dan éstos media vuelta y se dirigen al trote á ellos. Al toque de tropa se unen las compañías y queda constituido el batallón. Desfila éste en seguida á tomar el Ferrocarril Central para dirigirse á Lima.

Tiesos y orgullosos con nuestra magnífica banda desfilamos por las calles de Lima. El batallón entró por Bodegones y al concluir la calle cambió la cabeza de la columna por desfiles y contramarchas y vino á entrar en batalla sobre su derecha. ¡Qué facilidad y qué corrección en esas maniobras que, cuando las veía antes, me parecían cosa de magia!

Lo más útil y lo más difícil de nuestra instrucción es, seguramente, *la guerrilla*. Primeramente se nos explican y se nos hacen ejecutar los movimientos á la voz; después á toque de corneta. Ya estamos bastante adelantados y creo que no haríamos mala postura al frente del enemigo.

III

Ensueños y Remembranzas

Dos días hacía que estaba en el cuartel y me pesaban como dos siglos de cautiverio. En la ausencia y la distancia de mi hogar y de sus seres queridos, deseaba ardientemente abrazar á mi hermano menor que está en el colegio; por eso, cuando transcurrido el tiempo que digo, supe que iban á darnos puerta después de lista de cinco, rebosó mi pecho de júbilo y de impaciencia; pero cuando llegada la hora, me dirigí á la puerta, un breve retraso había sido causa de que ya hubieran salido los de la tercera compañía y se hubiera retirado mi capitán. Ah! no fué el disgusto que ocasiona una simple contrariedad, sino dolor, dolor tan grande como el que causa la herida de la desgracia lo que sentí; ¡todo es relativo en este mundo! Rogué succesivamente á capitanes y oficiales: me contestaban fría é indolentemente: "A su capitán", Sólo llorar me faltaba, y me senté cerca de la reja á contemplar mi dolor y..... á esperar no sé qué. Y no se hizo esperar mucho ese "no se qué". De pronto el centinela, testigo de mis súplicas y de mis cuitas, me preguntó: —¿De qué compañía eres? —De la tercera, respon-

dí. —Vé, ahí está el capitán, llámalo. Y lo ví y lo llamé, y me puse á accionar patéticamente mis ruegos, para que los viera ya que no podía oírlos; y como los vió y no es el capitán Avilés quien deje de hacer un favor por el gusto de no hecerlo, un minuto después pasaba la puerta del Castillo sin que el centinela me gritara ¡atrás! ¡Oh libertad, libertad, que bien tan caro eres y cuán poco te estiman los no te han perdido ni por un momento! Parecía que toda la inmensa mole del Castillo hubiera estado pesando sobre mí y ya no pesaba.

No quería presentarme ante mi hermano y mis tías de uniforme, y como mi traje civil estaba en el cuarto del capitán, resolví proveerme de otro; y con tal fin, me encaminé á un almacén de ropa hecha. No pudo dejar de mirarme con cierto aire que, aunque era natural, me ofendió, el que me la vendía; pues no otra cosa se puede sospechar de un soldado que compra ropa de paisano si no es que se va á desertar, y queriendo disipar su mal juicio, dije:—Soy forastero y necesito hacer una visita y quiero hacerlo de paisano; y aquél me repuso con tono al mismo tiempo de duda é indiferencia:—¿Y vino usted de su casa vestido de soldado? Esta réplica me hirió vivamente y me reservé la intención de demostrarle en su oportunidad que no era mi propósito el que sospechaba. Por lo pronto me hice despachar dos pantalo-

nes de dril blanco en lugar de el del terno, pagando algún aumento, y esto me dió la ocasión de manifestar que los adquiría para que me fuesen útiles como prendas militares. En seguida suscitaba igual sospecha, según me lo imagino, en el que me vendía el sombrero, y como era de más pretender desvanecerla, lo dejé en su error.

Y bien, ya tenía ropa de paisano ¿dónde me la cambiaba por la de soldado? Pues.....el reservado de la estación del Central fué el retrete en donde verifiqué la transformación, cuidando de que no me vieran entrar de soldado y salir de paisano. En seguida tomé mi boleto y me fuí á arrellenar muy tranquilo, con mi uniforme empaquetado, en una de las butacas del coche. ¡Muy tranquilo! aguarda ahí. Pues.....¿quiénes vienen allá? Uno, dos, tres y paré de contar los mílitares que venían por el andén, porque el uno era el coroñel en persona, otro el mismo comandante Díaz, y todos se entraron al mismo coche y tomaron asiento, unos adelante y otros atrás de mí; un sitio en toda regla. ¡Vaya un conflicto! ¿Qué hacer? ¡Chitón! no menearse. Y me recosté sobre la ventanilla para ver el mar, y así seguí como un poeta que se ha sumergido en la contemplación de los campos, procurando ver de cuando en cuando con el rabo del ojo á los que en tanto miedo me tenían hun-

dido; apenas extendí la mano, como si por ella me fueran á reconocer, para entregar el boleto al cobrador; y llegamos á la estación de Monserrate, y á otra y á la de más allá; y sólo cuando en Viterbo el silencio me anunció que el coche estaba desierto, giré tímidamente mi vista al rededor y me atreví á bajar con gran prudencia, y me encaminé hurtándome por las calles al hotel de Europa, en donde tomé una habitación.

El hecho es que mi vanidad ó mi cortedad excesiva, que me había hecho incurrir en un grueso dispendio que después habría de apreciar, me habían puesto en inminente riesgo de ser sorprendido infringiendo una prohibición, que, si es absoluta para jefes y oficiales, eslo con exceso para los individuos de tropa; sorprendido uno de éstos en traje civil, es considerado sin más prueba como desertor. Cierto que hubiera podido alegar mi ignorancia y otras causas presuntas que alejaran la inculpación; pero nada me hubiera librado del primer efecto del encuentro, que hubiera sido el impedir mi ardiente anhelo del momento.

Sin que me pasara del todo el susto, me encaminé á Chorrillos, en donde veraneaba la familia en cuya casa está mi hermano, y sorprendí á todos con mi presencia, y mucho más con la noticia de que ya era soldado, nada menos; porque

como la carta en que les comunicaban mi viaje y mi determinación las llevaba yo mismo, y no acostumbraban fijarse en listas de pasageros, y nadie había ido al Callao ni venido en esos días, el caso lo ignoraban por entero. Después de una hora de agradable expansión, me retiré sabiendo proximamente volverían á Lima, adonde me sería dable ir con frecuencia.

El tren partía ya cuando llegaba a la estación y hube de quedarme para el siguiente. La Luna, en toda su plenitud, iluminaba con su luz de amor la villa, por cuyas calles, estrechas y tortuosas como un laberinto, discurrían, cual Hadas escapadas de sus palacios encantados, las lindas mujeres que la penumbra hacía más atractivas con su sombra de misterio. Sus trajes blancos, que parecían tejidos con telas de la misma luna, sus caras marfilínas ó nacaradas, sus cabellos de oro ó de ébano, su charla y su reír de gracias y de ninfas, hubieran enagenado á un hombre de corazón empedernido como no lo es todavia el mío.....¡No las mires, no, pobre soldado, que no son mujeres de este mundo sino hijas de la Luna! ¡No las mires, no; que son Encantadoras, visiones para tí...! Ah! pero no eran visiones sino adorables y tangibles realidades para los galanes y amadores con los que discretamente discurrían en la penumbra mis-

teriosa.....¡Y no sé por qué me parecía, que cada uno me hurtaba algo.....! No las mires, no, pobre soldado, que son rayos de la Luna: anda á tu cuartel á ver las caras de las rabonas míseras y las de las safias que entretienen á tus compañeros rudos! Y sentí el pito del tren y corrí, y por poco no me quedo al rayo de la Luna y.....al frío de la noche.

Nada de frío: cuarto abrigado, con suelo de alfombra para pisar, no para dormir; para dormir, un lecho de mullidas plumas. Oh! ¿á qué sabrá esto después de dos noches de duro suelo y de triste insomnio? ¿A qué sabrá? á sueño... y á delicia y amor.

¡Amor, amor, cómo vienes y cómo te vas.....! Por que antes de este amor que me inspiró una, no sé cuál de esas hijas .....de la Luna, tuve otro, y no digo otros, porque me refiero solamente al último; con lo cual tampoco quiero decir que el último sea el *último;* porque no sé si lo he oído decir ó si soy yo quien lo dice, que desde los catorce años se empieza á amar y se acaba..... Cuando se acaba si no he oído decir, pero me imagino que se acaba de amar la antevíspera de morirse de viejo. Doy fé de lo primero, porque antes de cumplir los 15 años mi corazón palpitaba por una mi congemela en edad, que solo esperaba cumplirlos para bajarse el traje ¡y lo recuerdo, ay, sin emoción! Oh! corazón ingrato: el último lo recordé hasta antes de esta noche con indignación.

Y miren que era un amor que nació en una Navidad y vivió casi dos. ¡Que amor ese amor mío! Todos los amores que conocía leídos, se quedaban cortos ante la montaña de pasión que había crecido en mi pecho, y aún conservo en no se qué parte el poema en que cantaba sus excesos; sólo faltaba el último, es decir el desenlace: una muerte cruel y sensible, amarga y dulce; cruel y amarga para que viera cuánto había padecido por ella y se ablandara el corazón de la indiferente amada; sensible y dulce porque esta prueba irrefutable del mío arrebataría el suyo para mi eterna memoria; ¡oh dulzura del amor póstumo. Otras veces, cambiando lo trágico por lo idílico, me dejaba llevar por la linda mariposa de la ilusión, y me llevaba y me llevaba hasta un lago muy tranquilo, pero muy grande, porque no se le veía fin, y.....la verdad que me asustaba tanta y tan larga tranquilidad ó dígase felicidad. ¿Me asustaba he dicho? Pues ya pasó el susto; donde hay amor no hay miedo; y cerraba los ojos y seguía amando, con toda esa mi esperanza que ¿saben ustedes en lo que se fincaba y se fundaba? Pues en un *quién sabe si con el tiempo*, (ya que no cuenta con la eternidad), única promesa de amor que había escuchado de los labios de la ingrata de mi cora-

zón; era esa la tablita en la que vogaba mi futura dicha. Y después de todo, es preferible á la barbaridad de despeñarse para que lo amen á uno *in memoria*, soñar ser amado en cuerpo presente. Tampoco contaba con la huéspeda: con que soy hijo de familia. En verdad que á veces se empeña el hombre tanto en su mal que bien merecería la pena de hacerselo; pero esto lo pienso ahora que me ha pasado esa calentura del alma.

No sabré decir con seguridad quién mató esa ternura: ¿fué una vieja con cara de?..... No, no, afuera el insulto; fue buena, á su modo, su intención. ?Fué, enmiendo, una respetable señora, ó fueron dos lindas coristas que venden..... golosinas en el surtido del teatro?

Hacen unos ocho meses, que teniendo necesidad de componerme la dentadura, hube de venir á Lima. Después de calcular con números largos el valor de la obra, agregó mi padre otro tanto para gastos. y en seguida un tanto de los dos tantos para que los empleara en mercadercaderías; y en viaje.

Trabajaba entonces con grandes, aplausos y grandes ganancias en el Principal la compañía de zarzuela de Sanchez Osorio, y una noche entré dándomela de hombre y no pedí á mi tía el favor de que me concediera la llave de la puerta de calle, y me fuí á ver "El Ju-

ramento", recién extrenado. Todavía sentí una punzada en donde se mueve una cosa que dicen que se llama corazón, cuando escuché el famoso duo:

Es el desdén acero de doble filo
Que á unos hiere de amores, y á otros de olvido...

De amor, sí pensé, volviendo mi pensamiento á la ingrata ausente..... pero pronto lo distrajo la presencia de artistas tan bonitas como mandadas pintar sobre las tablas del teatro para olvidarse de todo. Bueno, y se acabó la función y ya me iba á dormir como todo hijo de familia, cuando me encontré con A. F. y otros amigos de él, á quienes me presentó, y juntos nos fuimos á recalar al Café Turco. Estaba el puerto, quiero decir el café, lleno de gente de barba y pantalones que se disputaban tomar el *exquisito café* que allí se toma. Figuraos que eran patronas y sirvientas dos lindas muchachas, que eran también coristas, es decir, que ejercen este arte ú oficio en todas las compañías que vienen á Lima, sin perjuicio, al contrario, con gran beneficio para el negocio de su café turco. La una es francesa; ¿francesa no más? Parisiense; no puede dejar de ser de París, con tanta gracia y no sé qué; y se llama *Juliete* en París y en Lima. La otra es griega; lo afirmo bajo su palabra; y afirmo ba-

jo la mía que se parece á Elena (á quien no llegué á conocer por haber nacido algunos siglos después de ella, como á ustedes les consta) en que es tan bonita que se la raptaría uno si ella, para evitar una nueva Troya, no se diera; se llamaba Jeannette en francés y en griego.....Y es el caso que, con ser voluntarias y voluntariosas, eran para mí....., como las *uvas verdes* que decía el mono. Y no es que me diesen con el desdén, porque, en lo de hacer caritas, eran de lo más equitativas y caritativas; pero tenían tal modo de tocar las campanas, que iba mucha gente á su misa, y á los muchachos sonsos no nos alcanzaba sino lo que á los difuntos: los sufragios.

Bueno, todas las noches me iba á ver la zarzuela; ¡hacía tanto furor Sánchez Osorio! Al diablo Sánchez Osorio! yo iba por ver á las susodichas; y me iba temprano para oírlas cantar fuera de tablas el famoso duo de la zarzuela:

Es el desdén acero de doble filo
Que á unos hiere de amores, á otros de olvido.

De olvido, sí.....y entonces venía á acordarme de la ingrata ausente. Y sucedió que una de esas noches, que no había función, encontré en el café un parroquiano que era más sonso que yo, aunque no lo parecía.

El sonso era un señorito que, á lo que

parece, había contribuido en grande con su bolsa á la prosperidad del "Café Turco", por lo que, en retribución, exigía no sé qué obligaciones ó preferencias. ¡Figúrense ustedes, exigir esas cosas á la libertad en persona! La persona se le reía en las barbas como quien oye chistes, y el sujeto, de tibio se subió á cálido, cuando ella lo esquivó diciéndole: —Déjeme atender á este amigo, y vino á sentarse á mi lado. ¡Ay, señor, y qué sonso yo también para no ver que no era sino una preferencia de ocasión! Pero más sonso todavía el otro que tomó la cosa á pecho.

Fué, pues, debido á un pequeño escándalo el llegar á merecer la amistad de la griega, y después la de la latina; y después al que, sin ser sabido, los engañé dejándoles creer que tenían en mi presencia uno de esos provincianos, en quienes los billetes de 20, 50 y 500 son jabón de lavandera. Pero agregaré que su engaño no fué tan completo, porque lo que es el capital traído para mercadrías..... lo capitalizaron mis amigas; lo que no quiere decir precisamente que perdiera la ocasión mercantil del viaje....., pero las facturas fueron sin cancelar.

Y volví á mi casa cantando:

Es el desdén acero de d ble filo
Que á unos hiere de amores, á otros de olvido

Y entonces, ¡ah! vine á acordarme de la amada, ya no ausente; y reprendí asperamente á mi corazón. ¡Ah, corazón traidor! —le dije— ¿cómo es posible que te haya bastado que se te presenten dos voluntarias de la voluble y pasajera dicha, para relegar hasta el rincón del olvido á la que encendió en tu pecho la llama más pura de amor? ¡Corazón traidor, vuelve á tu dueño! Y de veras creí que había vuelto.

Una noche en que se daba una función de acróbatas *al otro lado del río*, estábamos *yo* y un sujeto á quien había hecho blanco de mis más furibundos celos. En verdad, no creo ahora, que ella manifestara más interés por uno que por otro, y quién sabe si por esto mismo, por darle ocasión de que pusiera de manifiesto el que yo quería para mí, es que dije: —¡Me voy! Y como no dijo: —¡No te vayas, no seas bárbaro, que el río está muy cargado! me fuí.

Tan cargado estaba, en efecto, el río, que yo fuí casi el único que había osado atravesarlo ese día: pues con la noche oscura como, un caos me fuí y lo pasé gracias á que mi caballo es *chimbador* y yo también valgo por un chimbador. Cuando estaba en medio río, que parecía un mar, pensaba: —¡Qué barbaridad he hecho! ¿y si me ahogo, por casualidad?..... Pues si me ahogo, aunque sea de intento, no se ahoga su dicha. ¿Y

qué más prueba quería de su desvío que no haber hecho algo para impedir la barbaridad? La verdad, que sólo después he reconocido, es que no era tal su desamor, ó mejor dicho, su indolencia cruel y criminal: simplemente fué que como aquello era una barbaridad, había creído que lo dicho era una baladronada y me había ido á dormir porque tenía sueño.

Pero el hecho es que ya mi corazón no sufría *tanto* en su desvío; sólo en los momentos en que me imaginaba hubiera un preferido por enmedio, me entraba un amor..... propio terrible. Ahora ya ponía sin escrúpulo en parangón á la griega ó la latina con mi amada, y cualquiera de ellas me parecía qué amable, qué linda, qué graciosa, qué inteligente, sobre todo, y ésta... que devota.

Ese era el estado de mi pasión cuando la Patria me llamó á su defensa. Ahora, es indudable que de todos los amores que me sabía leídos, el único que me faltaba aplicarle al mío era el de Don Quijote á Dulcinea del Toboso. En cuanto me decidí, pues, á correr á los campos de batalla. lo primero que hice fué *escribirle* la más tierna y expresiva carta que caballero andante escribió á su dama, ofreciéndole todos los laureles que iba á conquistar, ya que ahora no se conquistan reinos ni ínsulas; y ella..... no sé si la recibió como la histórica Dulcinea la

del caballero de la triste figura; pero la idea de que mi sentimental misiva la hubiera saboreado con sonoras carcajadas en compañía humorística de ciertas gentes, no cesó por algún tiempo de escocerme.

Y qué cosas digo, le decía yo en mi cartita!..... Ay, por qué no me iría antes de que volviera Sancho!

Pasaba una mañana delante de la casa de doña Manonga, cuando ella, que estaba en la puerta, me llamó: —Oye! Y á ella fuí. —Entra, y entré. —¿De veras que te vas á la guerra? —Sí, señora, le respondí contristado, porque á medida que se acercaba el día de la partida aumentaba mi pena.

La señora me miró con sus ojos garzos sin expresión, y dijo: —¿Te vas y dejas..... á la fulana? Me causó disgusto la intromisión, y le repliqué: —Sí, pues..... no ha de querer irse conmigo. Entonces, ella, con mucha insinuación, pronunció muy segura, sin duda, de su argumento: —No seas cándido, la constancia todo lo vence: yo te prometo que te casarás con..... ¡Maldita sea la lengua entrometida! me dió ganas de decirle, pero me contuve y me limité á responderle con mucha displicencia: ¿Y cree usted que yo pensaba casarme con ella? ¡Y cómo se esponjó para decirme: —No pensabas casarte con ella ¿y qué pensabas entonces?

Lo dicho: no hay palabra mal dicha, sino mal entendida. ¿Qué creyó ella? que yo pretendía ó había pretendido hacer una *tenoriada*, seguramente. ¿Qué creí yo? que se burlaba de mí, in mente pensando: ¡miren al burlador! Y esa misma noche desfogué mi cólera contra la ahora indigna. Le dije, digo, en mi nocturna, que diera mi anterior carta por no escrita y tuviera la presente por mi verdadera *despedida;* que ya no la amaba, ó mejor dicho, que mi amor no había sido sino un equívoco; que no era ... Ay! y era la misma Dulcinea que antes contemplaba y adoraba con los ojos de Don Quijote y ahora veía con los de Sancho..... Pero cuando al siguiente día leí la carta la encontré tan sanchezca que la rompí con la intención de escribirle otra más expresiva y menos cruda; pero ya pasó la misa de una En resumen, doña Manonga no fué sino ocasión de que, sin pena ni regocijo, me diera cuenta de que mi corazón estaba ya libre de esa red amorosa en que se había debatido.

Acostado en mi mullido lecho del hotel, sintiendo el contraste del duro suelo de la cuadra, pensé ahora en la bella chorrillana con su cara de ilusión, y pensando en ella me quedé dormido, y con ella soñé; y la ví acercárseme suave, impalpable y diáfana; y al preguntarle

quién era me contestó: Mi nombre es *Patria*, mi apellido es *Gloria*

¡Diana! ¡diana! salté del blando lecho..... y me quedé como si estuviera soñando: aquella no era la cuadra, y ¿qué diana era la que había oído? Siempre me ha pasado cosa igual: acostarme con la preocupación de una cita ú obligación y dispertarme á hora oportuna.

Me vestí apresuradamente con mi uniforme, y al salir sorprendí al cuartelero que no había adivinado quién era el huésped; alcancé el primer tren y llegué á mi compañía á la hora de *parte*. Y ahora al ejercicio.....y á no ver más que las caras de las rabonas míseras y las de las safias que entretienen á mis compañeros rudos; á no pensar en más amada que en *Patria* y *Gloria*.

IV

La vida del soldado

Soldado, sí, ya soy soldado de veras; soldado distinguido, se entiende. Los *razos* nos llaman *distinguidos* de..... (la palabra de Cambronne es la callada), porque como lo que caracteriza la distinción es estar exceptuados del servicio de baja policía, y lo más característico de esto es el tener que botar diariamente los depósitos de aquello..... de ahí

el mote. Otros nos dicen *distinguidos mataperros*, no por la acepción común del calificativo, sino por el motivo especial que ya veremos.

Repito, pues, que ya me siento soldado; ya no me duele el brazo hasta impedirme manejar la pluma después del ejercicio; ni me apesta la cuadra, de la que hemos cambiado con motivo de la formación de nuevas compañías.

Después de la revista tuvo lugar la reorganización, agregándose dos compañías, la 7ª y la 8ª La octava compañía es la octava maravilla, por componerse de distinguidos, de..... esos; pero como toda compañía necesita hacer sus servicios domésticos de cuadra, estos están á cargo de ciertos individuos que vienen á ser, por motivo inverso, los verdaderos distinguidos.

Es nuestro capitán don Daniel Mendoza, soldado de filas bien instruido en su profesión, según me lo han dicho; y muy sagaz, como escogido para mandar é instruir soldados que no son como los reclutas de leva: es frío, expresivo, irónico, de un aspecto severo como para imponer respeto á gente poco respetuosa sin necesitar llegar hasta las vías de hecho. En lo físico, es alto, de muchos nervios y de muchos huesos y de mucha voz.

Al principio se nos dió por cuadra un cuartucho que está justamente al lado

de los reservados, con un pozo fétido al pie de la puerta; pero á los dos días fué desocupada la cuadra que tenía la artillería de plaza y quedamos magníficamente instalados.

El sábado es el día de la higiene personal: después de almuerzo marcha el batallón á las *Chacritas*. lugar muy pintoresco, lleno de árboles y matorrales, con su suelo alfombrado de césped y cruzado por corrientes de aguas filtradas del Rímac.

La tropa, después de formar pabellones y una vez colocados los vigilantes, se distribuye en los bordes de las corrientes y empieza á lavar. A fuerza de jabón y á golpe de piedra blanquea la ropa primero; el jabón que sobra para lavar el polvo y el sudor de la semana; y hacia la tarde regresa el batallón, si no oliendo, por lo menos sin apestar las calles.

Al siguiente día se endomingа la gente con la ropa limpia y se oye la misa militar. En el lugar más ámplio del cuartel se arma el altar; la bóveda del clelo forma el templo que alumbra desde ella el astro sol, cuyos reflejos vienen á ornar con rayos verdaderos la custodia; templo y lámpara dignos de un Dios de verdad. Señoras y caballeros vienen á oír nuestra misa, más divina, seguramente, que las que se dicen en las iglesias, y que solemniza la espléndida música del batallón con alguna de las misas más célebres del repertorio.

"Callao" forma parte de la división La Cotera, así es que estamos, como dicen, con un pié en el estribo, para marchar al Sur. Parece que una de las causas de la demora ha sido el no estar completamente equipados: nos faltan capotes; pero creo que esto se subsanará pronto, pues en la mayoría están ya los fardos de paño listos paro la tijera.

Entretanto una parte del cuerpo está en campaña activa en la escuadra; salvo el "Huáscar", cuya guarnición la da el "Ayacucho", todos los buques están guarnecidos por "Callao", servicio que absorbe unas 200 plazas de las 800 con que actualmente cuenta el batallón.

Nuestro batallón es también, por ser el único acuartelado en este puerto de su nombre, el que hace el servicio ordinario de cubrir las guardias de plaza. Son éstas, además del de prevención ó cuartel, cárcel, tesoro y hospital y constituyen una variante en la agitada pero uniforme vida de guarnición. La de cárcel, es la más importante por ser la que exige mayor vigilancia, y la primera vez que la montamos los de la 8.ª nos lucimos.

Desde que nos pusimos en contacto con los criminales que íbamos á cuidar, comenzaron éstos á intrigarnos con historias y cuentos que el ánimo nove-

lesco y credulo de mis compañeros aceptaba con toda su exageración. Digo con toda su exageración, porque en el fondo había verdad en lo que contaban: acaba de salir precisamente de esta prisión, un sargento Amat y otros indivíduos del cuerpo, que han expiado su descuido causante de una de esas evasiones verdaderamente extraordinarias; y fué así:

El centinela que se coloca junto á la garita desde la que se vigila á los presos durante el día, se repantigó contra ella, cerró los ojos y se puso á soñar no sé qué; el cabo... por dónde andaría, junto con el sargento, sin duda; pero los presos, que no duermen, pero sí sueñan con verse libres, único pensamiento que no es criminal en ellos, en cuanto vieron al centinela con los ojos cerrados abrieron los suyos, y en menos de lo que un gallo canta, armaron una escalera con el aparato que les sirve para sus necesidades corporales, y hélos ahí volando. Pero el gran silencio, á una hora avanzada en que verificaban su escape, llamó la atención de alguno de la guardia y el hecho fué notado oportunamente: sólo pudieron escapar dos ó tres que tuvieron alas, dejándose caer por la murulla; algunos fueron muertos ó heridos, y los demás fueron vueltos á la jaula á esperar mejor oportunidad; y á hacerles

compañía fueron el sargento, cabo y centinela descuidados.

Nunca tuve la insana curiosidad de visitar esos antros de miseria llamados prisiones, y era la primera vez que contemplaba en su medio el tipo del presidario. Nombrado para escoltar al capitán que recibía personalmente á los presos contados, ví desfilar ante mí el personal entero del presidio: las fisonomías adustas y sombrías, oscurecidas por las tinieblas de su alma, de unos; las de otros que no son adustas, pero sí horribles en su alegría, imbéciles que mataron sin el impulso de una pasión, incapaces de remordimiento, que ríen al recuerdo de su crimen. Otros son los ladrones que no han vertido sangre, desde el ratero hasta el estafador; cínicos que perdieron temprano lo que hace estimable al hombre: la vergüenza.

Después nos fuimos á conocer la parte exterior de la prisión, y desde un punto alto de ella contemplé el repugnante espectáculo que presentan las mujeres criminales; pero me alejé pronto repelido por las cínicas y desvergonzadas palabras con que nos provocaban á conversar con ellas

A las once de la noche me tocó la parada y fuí de centinela á un punto que hace temblar á los timoratas. Era el que correspondía al último número y por consiguiente el más apartado, y lo

que lo hace temido es que da sobre el lugar en el que asegura la tradi ión se daba tormento y garrote durante la época del coloniaje, y en el que se efectuaban las ejecuciones ordenadas por Rodil; el lugar, en fin, en el que se atormentaba y se destruía á la humanidad so pretexto de corregirla. Aun se ven allí restos de objetos que se antoja á la tradición decir que fueron aparatos del verdugo. Destruídos ya, no por el uso sino por el tiempo, informes en la oscuridad, pero evocando en la memoria las ideas y los hechos de que fueron instrumentos; la mente concluye por atribuirles su forma primitiva. No conocía, cierto, ni en imágen, cómo fueron; pero como para la imaginación no hay desconocido ni oscuridad, la mía creó en ese momento lo que fué en el pasado, y surgió la figura del verdugo con su roja vestidura tinta en sangre de víctimas, y su padre el tirano; y las máquinas empezaron á crugir y rechinar; y llegó la víctima que al sentir sus miembros deshechos y triturados sus huesos, comenzó por clamar misericordia y concluyó por maldecir á Dios. Acaso la realidad no superó nunca á esa visión de ruedas que jiran y huesos que se rompen; y de dolores insufribles, agonías y muertes desesperadas; é impasibles espectadores de la tragedia, el tirano que lo ordena y el verdugo que hace jirar las máquinas

para dar la muerte, con la destreza y frialdad con que un maquinista en un ingenio de azúcar. Vino á sacar mi imaginación de ese infernal taller el cabo, porque hacía rato no pasaba la voz.

El sitio era el mismo, pero los tiempos eran otros; y al comparar el castigo que hoy se dá á los culpables con el tormento que entonces se daba hasta á las inocentes, no se puede dejar de reconocer la inmensa diferencia que media entre el hoy y el ayer, entre la tiranía y la libertad.

No es pues sin razón el temor de los supersticiosos á este sitio de recuerdo odioso; y cuando en el silencio y lo negro de la noche, al percibir el ruido de las piedras del foso del castillo, que se desmorona, y esos otros mil ruidos misteriosos, aun que solo le sean porque la oscuridad no permite reconocer la causa, el espíritu timorata se siente sobrecogido del terror de los recuerdos, y la vista espantada ve alzarse la sombra de las víctimas y de los verdugos,

Al salir de mi tétrico ensueño la luna empezaba alumbrar por el Oriente; las crestas de los cerros fueron coronadas por una aureola, y poco después apareció el disco de la viajera eterna y solitaria como el fantasma de un mundo que murió, iluminando la noche serena con su luz suave, diáfana de otro plateado que, al diluirse en el mar flexible, lo hace parecer la sábana inmensa bajo la

cual se cobijan los genios misteriosos cuyos suspiros son brisas y su aliento tempestades.

Sueños de amor y de gloria evoca la solitaria de la noche, pero como lo del amor lo hemos dejado para luego que acabe la guerra, fué ésta la que infundió mi mente en esa hora de ensueños; y vino á contarme la Musa de la Historia el recuerdo de los hechos magnos que hicieron estremecer la mole de este mismo castillo. Sobre el torreón de casas matas me pareció ver descender un buitre negro como una ave del infierno con hambre insaciable de carne de hombres: era la sombra de Rodil, el implacable defensor de la causa perdida de la tiranía.....sin esperanza de victoria, sólo por amor á la tiranía. La Historia, ya que no podrá borrar de sus páginas de gloria los hechos del último defensor del poder español, los execrará severamente, porque la sangre de los hombres no se debe derramar sino por la justicia y la libertad siempre; porque la odiosa obsecación de ese general no era el valor ennoblecido por la justicia de una causa que hace que sacrifiquemos á su salvación nuestra vida y la de los que de nosotros dependen: era la exasperación del espíritu feróz de la tiranía: á él fueron inmolados millares de séres útiles á la humanidad; sin que á su crueldad de chacal conmoviera la angustiosa

súplica de la madre que imploraba ante ese ídolo más duro que la piedra la, vida del tierno infante que pendía de sus senos exangües.

¡Rodil! pensaba yo imaginando ver al soberbio castellano, envuelto en sombría capa, en la plataforma á la que la tradición ha dado su nombre: tu mano de hierro fué el eslabón más duro de la cadena que nos aprisionaba á tu rey, y tu constancia y tu soberbia sólo pudieron ser doblegadas por la fé inquebrantable de los fundadores de la independencia de América; fuiste el enemigo terrible de mi patria, y no por patriota, sino por vasayo leal; porque los sicarios de los tiranos no tienen patria. Por eso fuiste después á ejercer la tiranía en tu propia tierra á cuyos hijos debías amar como á hermanos y no odiar como á enemigos; y por eso caíste escuchando el grito supremo del envilecimiento de aquellos por cuya causa dabas la última gota de tu sangre: *¡Vivan las cadenas!*

Y al sentirme hollando el suelo que fué regado con su sangre. que es polvo de huesos de héroes y de mártires; al acordarme de aquel famosísimo combate del *2 de Mayo*, en que con *cuarenta* cañones montados improvisadamente se rechazó á la más poderosa armada que surcó el Pacífico con sus *trescientas* bocas de fuego; al contemplar esos dos torreones del antiguo "Real Felipe"; y al

sentirme vistiendo el bello y noble traje del soldado de la Patria y cargando el belicoso fusil; al contraponer esos recuerdos pensaba yo: si el amor á un rey, que no es más que un amo; si el deseo de ser tirano, pudo infundir á un hombre solo el inflexible valor que creó la epopeya ¡qué milagros de heroísmo no harán el amor á la Patria, á la Justicia, á la Libertad! Sin duda á las generaciones del porvenir está reservado rememorar acciones tan grandiosas como las de ese glorioso pasado.

El discurso de mi mente fué interrumpido por el oficial de guardia que se acercaba dirigiendo una áspera reprimenda á cada uno de los centinelas, viniéndola á recalcar en mí. Es el caso una mataperrada que costó á todos los que estábamos de centinela, un plantón de cuatro horas. Como hubieran transcurrido unos cuantos minutos desde que la campana del reloj de la aduana tocó la hora del relevo, uno pasó la voz así ¡Alerta, son las tres, relevo! Otro dijo: ¡Alerta, tengo sueño y frio! y el último: ¡Tápate con la capa de tu tío!..... Bueno, dijo el comandante, que se retire el relevo (que ya estaba formado para ir á relevar) y que sigan de plantón hasta que se les quite el sueño y el frío. Que se releve solamente al vigilante de los calabozos y que se le cambie por el último número (que era yo) que es el

que más sueño tiene; y que pasen la voz cada dos minutos. Y en seguida se arrebujó en su capa y andando.

Excusado es decir que á todos se nos quitó frío y sueño; á mí, después de dejar mi fusil en el armero, abrió el sargento la puerta y me hizo penetrar á la galería de las casas matas del Real Felipe, y, recibido el puesto, se retiraron cabo y número saliente, se cerró de nuevo la puerta con llave por fuera y quedé solo en el antro.

Esta facción, como se vé, se hace solamente armado de bayoneta: la razón es que el centinela podría ser sorprendido y desarmado.

La cosa en verdad, no parece fácil, pero examinando atentamente el caso previsto, se ve su posibilidad. Supóngase que dos ó más presos se lancen sorpresivamente sobre el centinela, lo extrangulan, y uno, que finge la voz del victimado, sigue pasándola. Mientras tanto se preparan, y cuando, llegada la hora del relevo, el sargento abre la puerta, se arrojan sobre él y el cabo, se arman de dos nuevos fusiles y se echan todos los presos sobre la guardia. Por supuesto que para la ejecución de semejante empresa se necesitará una audacia poco común en sus autores; pero esto es precisamente lo que no falta entre esos desesperados.

Por sabido, perdí en el trueque; á la an-

40239

cha y luminosa bóveda celeste, reemplazó la bóveda achatada del subterráneo, en cuyos negros muros dos ó tres lámparas contribuían á hacer más pavorosa la oscuridad. En el extremo de la galería abría su boca lóbrega como un abismo el primer calabozo, que se hallaba deshabitado, porque meses antes sus siniestros huéspedes se propusieron desocuparlo de esta extraña manera, que prueba, precisamente, que no hay previsión excesiva con esas idólatras de su libertad. Con el sigilo de hombres que se tienen hecho juramento tácito de silencio, emprendieron á abrirse un paso bajo la muralla que los aprisionaba. ¡Cuánta resolución, cuánta energía y perseverancia no se necesitaba para esa obra verdaderamente gigantesca! Gigantesca, porque debe tenerse en cuenta que para abrir la galería que debía pasar bajo el muro y atravesar hasta llegar al foso del castillo, para esta obra que el ingeniero practica con herramientas poderosas y con conocimientos científicos, esos artífices no contaban sino con instrumentos inofensivos y su ingenio y voluntad.

Pero sucedió que, como no tuvieran con que hacer el enmaderado de la bóveda, cuando ya estaban al alcanzar la meta de su libertad, y siendo el terreno por demás deleznable, cedió aquélla una

noche sepultando, cabe la inmensa mole, á los ingenieros del crimen.

Cuando al siguiente día el comandante de la guardia fué á entregar los presos, faltaban dos, contaron de nuevo y siempre faltaban. Eso era imposible ¿por dónde podían haberse evadido? Interrogaron á los otros presos: unos contestaban: No sé—; otros callaban desdeñosamente. Se pasó lista y se vino en conocimiento de quiénes eran los que faltaban.

El comandante de la guardia hizo reconocer el calabozo: no descubrió nada porque la boca-mina la habían cubierto precisamente con la cama de los sepultados. Exasperado el oficial con la responsabilidad que se le venía, amenazó á los presos con una barbaridad: los hizo formar y sorteó á varios para ponerlos en *confesión*; sólo entonces hablaron: No se han escapado, dijeron; los que faltan están más seguros que nosotros, dijo uno Ya están libres,—exclamó otro más filósofo—se han ido; pero no se confunda capitán, porque no lo comprometen. Pero el capitán se confundía más con esas explicaciones que le parecían burlas, hasta que uno fué más esplícito: Están bajo la tierra, han querido escaparse y la mina se les ha desplomado. Y con esta explicación se comprobaba un momento después lo que queda expuesto.

Mi facción, ahora más solitaria que antes, no era menos á propósito para la reflexión filosófica, sólo que ya no podía filosofar á mis anchas. Las horas de la noche las dedicó el que todo lo sabe al descanso y al sueño; lo que á esas horas pasa sólo—lo sabe el que vela, el que obra: la oscuridad apaña al ladrón y al asesino y lo alienta para la realización de su crimen; en medio de la orgía inspira deseos que no satisfacen los más grandes excesos; á la alma solitaria y poética, ensueños intangibles; al medroso, pavor. Evocando los recuerdos, las grandiosas escenas del pasado y contemplando hechos carne los crímenes más horribles y vergonzosos de la humanidad, comparaba lo grande y lo pequeño que es el hombre: estos mismos calabozos que ahora son depósitos de todas las depravaciones, fueran antaño el tormento de los grandes hijos de la Patria; ahí se extinguieron como lámparas benditas sus vidas meritorias, donde hoy se apagan como las cenizas de incendio devastador, la existencia de los artífices del mal.

¡La noche! ¡qué cosa tan horrible esa mitad de la existencia para el criminal! Si vela, la sombra de su víctima surge de las tinieblas; si duerme, su sueño, convertido en pesadilla, reanima el crimen que ¡ah! quizá quiere olvidar arrepentido. Quién sabe si la conciencia,

apiadada de sus sufrimientos dormitaba en esos momentos cuando, urgido por el cabo, dí comienzo á la más bulliciosa facción.—Ese *uno;* pase la voz,—me decía á cada momento: ese centinela paséese!—Esa voz, más alto! *Y* mi voz resonaba en la concavidades, y mis pasos resonaban secos en el piso de piedra con retumbante eco que iba á turbar el sueño de los miserables. El áspero rumor de sus ronquidos de criminales fué bajando al mismo tiempo que empezaba otro de murmuraciones, que luégo se convirtió en protestas airadas.

—Estos mataperros de la octava se han propuesto no dejarnos dormir, decía allá uno.—Distinguidos de M. no griten tanto! Y el cabo repetía afuera:—Ese *uno*, más alto la voz!

Bien, podían llamarme mataperro y todo lo M. y C. que quisieran; pero no se quedaron ahí, sino que se propasaron á los más soeces y sangrientos insultos que pueden ultrajar á un hombre. Quise imponerles silencio, los amenacé y en el fondo del calabozo empezó á desarrollarse una escena que trajo á mi memoria el recuerdo de los infiernos de la mitología y de la poesía, que me parecían después de comparados, menos horribles que este infierno de demonios vivos que me amenazaban, me retaban y me exasperaban profiriendo las injurias más hirientes.

Cegado por la cólera penetré algunos pasos; un moreno corpulento y vejancón me atajó con estas palabras: No entres, muchacho que te van hacer turumba; déjalos que griten. En cuanto me vieron detenerme, los criminales redoblaron sus provocaciones y varios zapatos cayeron cerca de mí; retrocedí y grité:—¡Cabo de guardia, los presos se sublevan!

Un minuto después se descorrían los cerrojos y retumbaban los pasos acompasados de una patrulla, que, al llegar á la puerta del calabozo, á la voz del sargento descansó sus armas, el golpe de cuyas culatas de acero en el pavés de piedra, sonó como amenaza temerosa que hizo que la griteria se convirtiera en bajo murmurio. En seguida llegó el 2º de guardia y ordenó:—¡Cabo, vaya con centinela y saque afuera á los bochinchero!! y cabo y centinela penetramos á cumplir la orden..... Pero..... quien te vió: ¡si todos estaban echados y durmiendo... y hasta roncando! Sobre todo algunos alzaban tan ruidosamente sus ronquidos al pasar á su lado, que me daba gana de hartarlos á chafalotazos: el hecho es que se burlaron impunemente de toda nuestra energía.

Cumplido el tiempo me relevaron: había entrado con frío y salía con fiebre. Y me acosté pensando: ¡Feliz aquel cuya conciencia tranquila no tiene que

temer á la luz ni á las tinieblas! ¡Feliz aquel que no tiene más enemigos que los de la Patria y los de la Humanidad! Para éste no hay cárcel temible, mientras que para el criminal, si llega á burlar á la justicia, si logra escalar las murallas que lo aprisionan, quedará siempre atado á la cadena perpetua de su conciencia que no perdona ni indulta; y por más libre que se vea, y por másvaliente que sea, jamás se verá libre de ese miedo misterioso, que no es sino el temor á un más allá, que debe ser relativo á la vida que vivimos aquí: si vivimos la vida *progresiva* del bien, llegaremos á un *mayor bien* por nuestra *voluntad positiva*; si vivimos la vida *regresiva* del mal, llegaremos á un *mayor mal* por nuestra voluntad siempre, pero voluntad *negativa*.

Y eso que empecé pensándolo lo acabé soñando: y no era mi roncar de mentiras como el de los otros.

En la tarde me tocó parada en la garita. Los presos, que con toda la oscuridad me habían tomado la figura y hasta las señales, en cuanto me vieron comenzaron á dirigirme unas indirectas muy directas; uno de ellos, para mejor burlarse, simuló con un trozo de papel un anteojo larga-vista, y diciendo: *Caballeros yo soy astromono y voy á ver el eclise*, me enfocó el muy bellaco; y en seguida se fueron pasando unos á

otros el *telescopio*, mientras decian los más soeces chistes sobre el astro observado, que ya ustedes saben quien era. Yo, sordo, mudo, y ciego: no volveria á coger con mis manos ese panal de avispas; pero no pensó lo mismo el cabo, y dando parte al sargento, se impuso al inventor de la burla, ya que no era posible á todos, el castigo merecido.

Esta es la historia; ahora falta el epílogo. El comandante de la guardia dió parte al coronel de la mataperrada nocturna y la lista nominal de sus autores, y éste se la pasó al capitán de la compañía junto con la orden de 24 horas de arresto en la cuadra.—Hay que empezar á sentarles la mano, dijo. Esto es lo que se llama *tras de cuernos palos*

Felizmente al dia siguiente se prácticó ejercicio de fuego, el primero á que yo asistí, y esto hizo pasar desapercibido el castigo.

A la hora acostumbrada de ejercicio después del medio día, nos dirigimos á la mar brava; sobre el ribazo más saliente se colocaron cuatro figuras de soldados, tamaño natural, y á más de 200 metros se desplegó el batallón. Como el personaldel cuerpo es nuevo en su mitad, los soldados de primera fila no disimulaban su aprehensión de que su pareja los chamuscara, cuando menos; aprehensión que se demostraba pasando á retaguardia los que eran ó se consideraban más expertos. Dió principio el ejercicio por "fuego por hileras por compañías": rompieron, pues, á la voz ejecutiva los costados derechos el fuego, y sucesivamente todas las hileras; la uniformidad, que es lo que principalmente persiguen nuestros instructores, se demuestra, por ser las compañías iguales en su número de plazas, con la cesación instantánea del fuego; pero muchos tiros disonaron en el primer disparo; el segundo y tercero resultaron sucesivamente más uniformes. En seguida, fuego por los costados derechos é izquierdos, dos tiros sucesivos con resultado perfecto al segundo, en que los fuegos se apagaron simultáneamente en el centro. Por último, fuego á discreción, cinco tiros: el batallón se envolvió en el humo oscuro de la pólvora; el fuego graneado se prolongó por unos dos minutos, y por un momento tuvimos la visión de la batalla que deseamos con todos nuestros anhelos.

El resultado positivo del ejercicio no fué más allá de lo que podía esperarse, por lo que á los nuevos respecta, de tiradores que cierran los ojos para disparar: de los seis mil tiros, más ó menos quemados, acaso no llegaban á ciento los que dieron en blanco. Sólo una bala torpe, disparada quizá por el menos experto de los fusileros, fué á herir certeramente á "Piuzón", el perro querido de

los soldados viejos y de los nuevos; el perro sabio al que le dábamos centavos que iba á poner sobre el mostrador de la cantina y á recibir en cambio su bizcocho; el veterano de Punyán y de Yacango, fué el único herido y muerto en esta batalla sin sustos. Desde que se rompieron los fuegos, con su bravura de animal y su inconsciencia de lo mismo, se arrojó sobre la zona abrasada, y se le veía á través del humo corriendo y saltando, y se escuchaban sus furiosos ladridos entre el estrépito de la fusilería; pero derrepente no se le vió más ni se le oyó más, y cuando fueron á recoger los blancos, lo encontraron con el corazón atravesado. —¡Los distinguidos!— dijeron los soldados viejos del batallón, sujeridos por la prevención que nos tienen; lo cual no era probablemente cierto: La mayor parte de los *distinguidos*, ya se sabe, disparaban por primera vez un fusil, y si no hubieran podido acertar á los blancos naturales ¿cuál lo hubiera sido á un blanco diez veces menor, como era el perro y que, á mayor abundamiento, se movía rápidamente cien veces en un minuto? Pero no se hicieron este razonamiento los *rasos* y nos aditaron el calificativo de *mataperros*; y el tono injurioso y reconcentrado con que nos dicen: *¡Distinguido mataperro!* manifiesta hasta qué punto ha hecho crecer su encono esa malhadada suposición.

IV

Disciplina y cordialidad en las filas

El 15 del mes de mayo, el teniente Hidalgo, subayudante del cuerpo, fué á nombrar relevo para una parte de la guarnición de la "Independencia"; unos doce ó quince individuos. En cuanto nos enteramos rodeamos y empezamos á acosar al oficial con nuestros ruegos.

—A mí, mi teniente.

—Mi teniente, á mí.

—No, no se necesitan distinguidos á bordo, contestó el oficial;—nosotros insistimos y él también:—A bordo no se admiten distinguidos ¿no saben?

—No importa, haga cuenta, mi teniente, de que no somos tales distinguidos.

—A bordo hay que trabajar: hay que baldear, hacer carbón.....

—Pues baldearemos, haremos carbón.

No encontrando más inconvenientes y allanados aquéllos con nuestra renuncia á la distinción, que era renunciar á un verdadero privilegio, procedió á nombrarnos, y, no habían pasado cinco minutos, cuando ya estábamos forma-

dos, listos para desfilar; pero no debía valernos nuestra abundante diligencia, y quizá si nuestra misma prisa contribuyó á frustrar la realización de nuestro perseguido anhelo cuando ya lo creíamos seguro; porque durante la larga exposición en que estuvimos, fuimos objeto del *análisis* y de la crítica de todos los que nos juzgaban inapropiados para el servicio de guarnición en la escuadra; de lo que fué advertido el comandante de la "Independencia", que era el teniente Casapía. El hecho es que de pronto vimos asomarse á éste, mirarnos por algunos instantes con atención, y retirarse; luégo vimos venir al ayudante mayor, quien hizo llamar al teniente que nos había nombrado, y le dijo con tono desdeñoso: —¿Qué relevo es ese? *Bote* usted á esos distinguidos á sus cuadras y nombre *soldados*.

El tono de desprecio en que dió la orden, hirió las fibras más delicadas de nuestro patriotismo y de nuestra dignidad, y no pudimos oirlas sin protestas.

—¡No somos perros para que nos boten! replicamos en voz alta.

Al oír lo cual el ayudante se dirigió apresuradamente y en actitud amenazante hácia nosotros:

—¿Quién contesta....? dijo, y como nadie replicase, agregó: Hablen ahora.

Nadie contestó, por supuesto, con la lengua; pero pálidos y temblorosos, el

oficial pudo ver en nuestras miradas, en nuestros ojos que vertían lágrimas de despecho, la respuesta á su reto tan torpe como necio, y al insulto cobarde que nos hacía á mansalva de la ley de la subordinación militar.

¡Y qué cosa más injusta, sobre todo! Testigo el teniente que nos había nombrado de nuestra abnegación: acabábamos de hacer renuncia expontánea y grata de esa *distinción* que se nos echaba en cara; sacrificábamos nuestro amor propio, que en hombres de nuestro carácter es más que el amor á la vida; algunos de los que tal hacíamos, nos sometíamos sin repugnancia á practicar operaciones que en nuestras casas las mandamos hacer á nuestros chinos: sabíamos sí, que á bordo íbamos á baldear, á barrer, á hacer carbón.....y sabíamos, también, que á bordo se aplica sin distinción la pena de azotes á los que infringen la disciplina.

Después de retirarnos, el subayudante procedió á nombrar el relevo con soldados rasos que se burlaban de nuestra distinción. Ellos también sienten en sus almas rudas el estímulo del patriotismo, al que se agregaba en el presente caso otro de utilidad: á bordo economizaban el sueldo íntegro.

Los incidentes que rememoro, ponen de manifiesto la antipatía y animadversión de que somos objeto por parte de

los elementos natos del cuerpo. Los soldados rasos tienen razón; es decir, tienen motivo racionalmente explicable para su actitud. Pobres seres tan humanos como todos los humanos, y tan dignos como todos los peruanos del amparo de las leyes tutelares de la Patria, nada, ni ley ni fuerza, los ampara contra la ley anacrónica y antirepublicana de la conquista, en virtud de la cual son arrancados de sus serranías queridas y de sus humildes hogares para encadenarlos á la tiranía de la ley militar, de la ley draconiana que los amenaza y los coacta con cada una de sus letras mientras dura su obligado servicio, que no es, verdaderamente, sino una de las múltiples formas que afecta su secular esclavitud. He aquí, ahora, que, cuando con su pensamiento fijo en la idea de libertarse, de desertarse en la primera ocasión propicia, he aquí digo, que una guerra que no es como las otras guerras en las que, *por lo mismo*, ha probado su indomable coraje y prodigado su sangre pura, viene á despertar su espíritu del triste éxtasis en que se encuentran sumergidos; y á esa idea estática ó negativa de su pobre pensamiento, se sucede la idea dinámica de la Patria en peligro; y miran cómo á las propias filas en las que ellos se encuentran acude, formando legión, la juventud de lo que ellos creen la clase privilegiada de

sus opresores. Ah! es decir que ya no es clase privilegiada; es decir que es cierto que todos son iguales.....ante la Patria? Sí, puesto que están en el mismo nivel militar.....! Pero no; el nivel sólo sirve para probar, para poner en evidencia la desigualdad social: esos son *distinguidos!* Y hé aquí por qué nos encuentran dignos, en su inconsciencia, de ser comprendidos en el odio común hacia sus opresores. Y hé aquí que, como en todos los hechos de su vida, esta es una causa más que justifica el odio que nació con sus primeras intuiciones.

¿Y acaso no nos odian también los oficiales? Hace algunos días que estando el batallón lavando, me entretenía, en unión de otros compañeros en leer bajo una umbrosa enramada. Debo advertir que ya nos habíamos bañado y lavado, y que yo guardaba en mi mochila un pantalón de dril fino blanco que me iba á poner ese día. De pronto cierto oficial, que es uno de los que más se distinguen contra nosotros los distinguidos, se acercó á preguntarnos por qué no lavábamos; á lo que contesté, por lo que á mí me tocaba, que tenía mi ropa limpia en la mochila.—¡Sáquela!—me ordenó, y obedecí.....y lo que hizo fué tomar el pantalón de fino hilo sin uso, echarlo al arroyo y ordenarme de nuevo;—¡Vaya usted á lavar!

Yo no comprendo el por qué ni el pa-

ra qué de ciertas energías. Quién sabe ello obedezca á un fin preconcebido; quizá sea una acción inconsciente, pero tendente á establecer cierta equivalencia entre la condición distinta de los individuos de filas. Si es así, está bien. De todos modos, no es posible creer que los oficiales abriguen el prurito de humillarnos por nuestro patriotismo; no debe ser odio á nosotros, sino amor excesivo á la disciplina; y si es así también, está mejor: será cuestión de método entónces.....sólo que es un método muy delicado para ser aplicado por personas poco conscientes. Pero como á mal que no tiene remedio no hay más que ponerle buena cara.....

¡Y todo lo que se me ha ocurrido para decir que el relevo para la "Independencia" se fué riéndose de nuestra distinción y probándonos que también tiene sus ventajas el ser soldado raso!

Y bien, después de lo dicho, ¿habría alguien dispuesto á creer que no habían verdaderas incongruencias entre el personal inferior de las filas, como seguramente tampoco las habrán en las otras esferas de la vida? Al menos yo ya lo creo así.

Tampoco creería nadie que una *bala* pasada de uso, es decir, que ya no se ha de disparar contra el enemigo de la Patria, que ni siquiera ha de servir para tirar al blanco, pudiera llegar á desem-

peñar un fin tan *altamente* patriótico como aquel del que voy á hablar.

Pues, señor, Serra y yo habíamos sido grandes jugadores de palanquetes en el colegio; de aquí que cierto día que nos encontramos una bala esférica de grueso calibre, nos pusiéramos á tirárnosla uno á otro; pero algunos más se metieron y se formó un círculo; y se agregaron otros y el círculo se ensanchó. Hasta este momento sólo jugábamos el *pasa la bola*, distinguidos; los demás veían solamente el espectáculo con ojos de ganas, pues el juego es atrayente.

De pronto la bala se me escapa y sale rodando del círculo; uno de los soldados espectadores la recoje y me la lanza con gran placer de tomar aunque sea esta mínima parte en nuestro juego. Este sigue, y al volver la bala ó la bola otra vez donde mí, en lugar de arrojársela al que me seguía en el círculo, lo hago al soldado aquél, que de este modo se dió de alta en el círculo; con lo cual otros tomaron confianza y el círculo se ensanchó hasta convertirse en una inmensa parábola que daba vuelta al torreón. ¿Y qué? Que el hielo quedó roto, y que desde entonces reina entre soldados rasos y soldados distinguidos una cordialidad que antes parecía incompatible entre ellos.

Y yo siento un gran placer al ocuparme de éstas, que para los espíritus su-

perfluos ó empingorotados serán pequeñeces; pero que para mí y para muchos que piensan como yo son cosas de entidad trascendental.

Así se desliza la vida del soldado mientras llega la hora trágica de la batalla.

V

Iquique y Punta Gruesa

Aquel día 15, en lugar de ir de guarnición á la "Independencia", nos mandaron de guardia á Tesorería. Me encontraba, pues, de guardia en esa facción el 16, día de gran revuelo en el Callao, porque se iba á embarcar para el Sur el Presidente de la República, general don Mariano Ignacio Prado, Director General de la guerra. Por la carretera llegó sonando sus clarines y luciendo muy vistoso uniforme la Escolta, compuesta de jóvenes acomodados todos, en prueba de lo cual gineteaban caballos criollos, cuyo valor no bajaría de S. 2000. Sucesivamente fueron llegando otros destacamentos, y todo el día se empleó en su embarque, así como en el de diversos elementos de guerra.

Como divisara entre los soldados de

la Escolta á mi amigo y medio paisano Eusebio Napurí, (1) solicité permiso del oficial para salir y hablar un momento con él.

Al referirle como se había malogrado nuestro pretendido embarque en la "Independencia", me dijo:—¡Vente con la Escolta! Pero también se frustró este intento, porque el oficial, más listo que nosotros, olió mi intención y no dió lugar para realizarlo.

En la tarde llegó el General Presidente que fué recibido entre aclamaciones populares de adhesión y entusiasmo, las mismas que le acompañaron en su embarque.

En el lado opuesto á nuestra cuadra, á unos diez ó doce metros del torreón Independencia, se encuentra una pila de balas esféricas de *á mil:* sobre su base triangular firmemente asentada á nivel en el suelo, se alza la pirámide terminada en uno solo de los proyectiles nombrados, tan sólida como si sus gigantescas moléculas no formaran sino una masa. Esta pirámide me hacía recordar mis estudios solitarios de matemáticas, cuando, sin maestro que me las enseñara pasaba en vela la noche silenciosa, pidiéndole á Briot me revelase el secreto de sus fórmulas misteriosas: ahora venía á contemplar desde su cúspide el

(1) Muerto en el asalto de Arica.

Oceano inmenso, cuyos rugidos acaso acallaban en esos momentos los cañones de los beligerantes; y á interrogarle si sus aguas verdes ya las había tornado rojas una batalla de tanta gloria y tanta sangre como la de Trafalgar; pero el Oceano, al contrario del libro algebraico, guardaba inescrutable su secreto.

Cada día que transcurría, desde que el "Huáscar" y la "Independencia" y los trasportes "Oroya", "Chalaco" y "Limeña" surgieron de la rada, aumentaba la inmensa ansiedad que inspiraba el considerar el destino que cabría á tan preciosa expedición. Era el 22 de Mayo y sexto día de espectativas; "diana" tocaban las cornetas y pífanos del batallón; sólo el oficial de semana, el teniente G. Aizcorbe, se encontraba al frente de la compañía, cuando de pronto una agitación desusada vino á perturbar y á interrumpir las faenas preliminares de la lista: era que acababan de comunicar la noticia más extraordinaria, más estupenda, más inesperada: *¡la escuadra chilena frente al Callao!*

Se pasó ista y se dió parte á toda prisa, y se maudó armar las compañías y estar listas para ponerse en movimiento; pues era obvio que estando nuestro cuartel dentro del blanco natural de los tiros del enemigo, teníamos que abandonarlo al iniciarse un ataque. En seguida me fuí á mi ya descrito observato-

rio, que ahora compartía con muchos, y desde él columbré allá por el cabezo de la isla, casi ofuscados por la bruma matutina, las siluetas de las poderosas naves enemigas, que si no infunden miedo á los nuestros cuando se encuentran al alcance de sus cañones prepotentes, menos podían inspirárnoslo á diez ó más millas de distancia. Y para el caso que se acercaran ya estaban listas nuestras baterías.

Pero no habiendo sido éstas el objeto de su viaje, sino nuestros buques "Huáscar" é "Independencia", á los que venían á retar y á echar á pique ó capturar delante de nuestros ojos y de nuestros cañones ..... *pensaban ellos* al ver que no estaban en el puerto viraron por redondo y desaparecieron del horizonte. La cañonera "Pilcomayo" enviada á observarlas, sólo pudo ver el humo de sus remotas chimeneas; pues, se alejaban á todo vapor, dejando atrás á la más remisa de ellas, que á los tripulantes de nuestra cañonera les pareció ser la "Esmeralda" y no era sino la 'O' Higgins", porque la "Esmeralda" estaba ya en el fondo del mar.

Y razón sobrante tenía el almirante Williams Revolledo de deshacer á revienta calderos la derrota que acababa de verificar. Sobre la inmensa llanura del Oceano, tan inmensa que pueden

cruzarse las escuadras sin verse, habían pasado así la escuadra peruana proyectándose á tierra, la chilena abriéndose afuera de las líneas.

Quién sabe si alguna noche, buscando agua segura para sus quillas, nuestras naves se habían acercado á las contrarias, pero velando ahora sus respectivos destinos la oscuridad; pues, como era natural, ambas flotas vogaban como fantasmas, sin luz que revelara su presencia. Como quiera que sea; la coincidencia de haber emprendido los dos beligerantes simultáneamente operaciones sobre el contrario, había planteado una situación á todas luces desventajosa para los chilenos y que problamente *debía* despejarse á nuestro favor. Por un azar de la guerra, una parte de la escuadra enemiga quedaba en una relación de inferioridad con respecto á la nuestra,igual á la en que ésta se hubiera encontrado con la que había venido á provocarla al Callao. Pero había, además, la circunstancia, también favorable á nosotros, de que mientras nuestra escuadrilla hubiera podido esquivar el combate en alta mar y aceptarlo sólo al abrigo de las baterías de tierra, los chilenos que bloqueaban Iquique no tenían sino que aceptar el combate con toda su desigualdad ó rendirse.

Y trascurren veinticuatro horas y to-

davía no se sabe nada; otras veinticuatro, y tampoco hay noticias.

¿Qué pasa? Simplemente que no habiendo telégrafo sino hasta Arica, la comunicación del Cuartel General con el teatro de la guerra se hace con *propios* que demoran dos días muy bien andados, en muy buenas bestias. Supongo que ahora que tenemos un Director de Guerra, casi dos con el general D. Hilarión Daza, se cambiará el sistema.

La tensión de los ánimos ya era insoportable y los pechos se sentían oprimidos de todas las zozobras, cuando por fin, después del medio día del 24, llegó el sensacional mensaje:

—¡"Viva el Perú!—Llegamos bien con Presidente.—Emprenden luego.—"Chalaco" desembarca en "Pisagua víveres y parque.—"Oroya" desembarca en Pisagua seiscientos soldados bolivianos.—"Huáscar" é "Independencia" sorprenden Iquique "Esmeralda", "Covadonga", "Lamar".—"Huáscar" echó á pique 'Esmeralda".—'Independencia" persigue "Covadonga".—El 'Huáscar" persigue 'Lamar".—Se considera segura la caza de dichos buques. Estas noticias llegaron á Arica por medio de expreso".

A júbilo tocaron las campanas y la banda de "Callao" salió á recorrer las calles tocando la «diana» de Yacango; y el

pueblo aclamó á los vencedores y celebró la nueva de la victoria con el ingenuo y excesivo regocijo que acostumbra.

.....

.....

Esa tarde me nombraron de guardia de Tesoro; y como esta oficina se encuentra contigua á la Prefectura, estaba en aptitud de informarme prontamente de las noticias ansiadas. Aunque tenía el permiso otorgado por el mismo Prefecto para penetrar á ese despacho, muy pocas veces hacía uso de él, pero en la ocasión presente no sólo usé el permiso sino me excedí en él, y hasta muy tarde me estuve voltejeando por las antesalas sin que llegaran las buenas nuevas que esperábamos con tantos deseos.

¿Hubo alguien cuyo regocijo se nubló ligeramente con el temor de un fracaso? ¿Alguno soñó esa noche que la buena fortuna nos había vuelto rápidamente la espalda y que la victoria se había convertido en duro y humillante descalabro? No fuí yo, ciertamente, quien sintiera la corazonada, y me acosté pensando en la consumación, ó más bien dicho, en la integración de la victoria, y pensando en lo mismo me levanté con la seguridad entera de que, momentos más momentos menos, pronto recibiríamos la ratificación de lo anunciado la víspera.

Pero como tardara en llegar la grata

nueva y estaba sobrado de sueño por la velada, tendí mi manta y me acosté á descansar un rato.....mientras llegaba aquélla

¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Soñaba que estaba oyendo el ruido de un cañoneo? El ruido me dispertó, y ya no soñaba: vi al negro tambor que golpeaba con rabia hasta romperlo el parche de su redoblante, y al levantar la vista para ver si se había vuelto loco, contemplé su negra cara arrasada en lágrimas y contraída por un gesto de la más trágica emoción.

Así se me reveló la tragedia, porque sólo vacilé en cuanto á la extensión de ella. ¿Era el "Huáscar"? la ¿"Independencia"? ¿Los dos se habían hundido...? —¡La...In...de...pen...den...cia. ...! balbuceó el negro tambor, ahogándose en sollozos.

Ya estaba en la puerta:—La "Independencia" se ha varado—me dijo uno.

Ah! entonces no todo está perdido!

Me introduje en la Prefectura y me encontré en la antesala con cierto capitán de la Artillería de Plaza, pariente inmediato mío y con el cual mantenía íntima familiaridad que disimulaba en público con una ficción de respeto militar; pero no era la ocasión para acordarse de ceremonias, y sin permiso ni respeto me le dirigí:—¿Es cierto...?—Es cierto. ¿No se podrá salvar?—Nó.

Entónces me fijé en la actitud de sorpresa del coro de jefes y oficiales de distinta procedencia que se encontraban ahí, á quienes chocó altamente mi familiaridad, pero como no era yo el llamado á explicársela, no hice sino retirarme *con su permiso*, y con la confirmación de la funesta noticia

De manera que toda la música y los repiques de campana del día anterior habría que borrarlos, si se pudiera, del libro de nuestros júbilos: la jornada del 21 de Mayo era un verdadero desastre acaecido con circunstancias muy mortificantes para nuestro amor propio. Solamente la perturbación y la ofuscación que tan grande como inesperada desgracia es ocasionada á producir, explican el que hayan ilusos que quieran ver una victoria en la mera pérdida de la "Esmeralda"; ni aún con el fin alcanzado de haber hecho levantar el bloqueo de Iquique es una compensación á la pérdida de nuestra fragata.

.....

Al levantarse el sol del 21 de Mayo, pudieron divisar los tripulantes de las naves bloqueadoras y los habitantes y defensores de Iquique, dos humos en el horizonte: eran los del "Huáscar" y la "Independencia" que llegaban á sorprender á la "Esmeralda", la "Covadonga" y al trasporte "Lamar". Mientras la "Independencia" se apróximaba por el

rumbo N., el "Huáscar" lo hacía por el NO, amenazando cerrar entre ambos toda salida de escape. Antes de que se pusieran á tiro de cañón el vapor "Lamar" izó bandera americana y tomando rumbo S., se alejó á toda fuerza de máquina.

No era pública en tierra la noticia de la aproximación de nuestros buques y mucho menos lo sabían los bloqueadores, que tuvieron sólo con su presencia la terrible persuación de que de bloqueadores se convertían en bloqueados. Los dos buques chilenos, la "Esmeralda", primero, y la "Covadonga" por su popa, ambos proa al N., é interpuestos entre la población y nuestras naves, esperararon el ataque que dió comienzo á las 8 y 20 de esa mañana trágica. Durante la primera media hora sostuvo el "Huáscar" sólo los fuegos contra los dos contrarios, hasta que llegó la "Independencia", haciéndose ya desesperada la situación de aquéllos; sin embargo de que nuestros tiros eran muy inseguros, *por lo inexperto de los artilleros* y por encontrarse nuestros buques en la boca del puerto, en donde la marejada es muy fuerte, y al contrario aquellos, que, en el remanso del puerto, nos ofendían con certeza.

Trascurrida una hora, la "Covadonga," aprovechando de su menor calado, salió ciñendo la costa rumbo al S.,

por lo que dispuso el comandante general fuera en su persecución la "Independencia", quedando solos "Huáscar" y "Esmeralda".

En vista de la incerteza de sus tiros por el motivo dado y deseoso de abreviar el combate, supuesto que se negaba á rendirse, el comandante Grau se preparó á atacar á la "Esmeralda" con el espolón; pero la sospecha, comunicada por el capitán del Puerto y de corbeta don Salomé Porras, y el práctico don Guillermo Checle, de que una línea de torpedos la defendía, lo hizo desistir de su primer intento. Entretanto la corbeta enemiga, maniobrando dentro dé un círculo cerrado se debatía más y más desesperadamente, hasta que, obligada á abandonar su situación defensiva por el fuego de cañón y de fusil con que los nuestros la acosaron desde tierra, pudo el "Huáscar" embestirla con su espolón, con un andar de 8 millas. A medio cumplido de distancia, detuve la máquina—dice el comandante Grau—y la "Esmeralda", para evadir el golpe al costado, lo recibió por la aleta de babor en dirección muy oblícua. "Embestí nuevamente con igual velocidad y la "Esmeralda" presentó su proa evadiendo de esta manera nuevamente los efectos del choque" "En ambas ocasiones, á la aproximación de los buques y durante el tiempo que permanecieron muy cerca, reibimos

nutrido fuego de las ametralladoras que tenían en sus cofas, el de fusilería y muchas bombas ds mano á la vez que descargas completas de la artillería de sus costados. El blindaje protegió bien á nuestra gente de los efectos de tan certeros fuegos, muchos de los cuales chocaron en nuestra torre y otros rompian algunas partes de madera ó de fierro muy delgado y permitían sostener igualmente nuestro fuego de cañón".

Una tercera embestida con 10 millas de velocidad acabó con la "Esmeralda" "que se encabuzó y desapareció completamente, sumergiéndose y dejando á flor pedazos de su casco y algunos de sus tripulantes. Eran las 12 h. 10 m. p. m."

"El comandante de ese buque, (continúa diciendo el comandante Grau en su parte oficial) nos abordó á la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes, por el castillo, y en la defensa de este abordaje perecieron *víctimas de su temeraaio arrojo*.

Por su parte el 2º jefe de la "Esmeralda", salvado del naufragio, cuenta: "A las 8 y 30 la acción se hizo general. El "Covadonga" se batía con la "Independencia", haciendo al mismo tiempo rumbo al S, y la "Esmeralda" contestaba los fuegos del "Huáscar" y se colocaba

Subrrayado en el original.

frente á la población á distancia de 200 metros de la playa."

.....

"Nuestra posición era, pues, ventajosa; pero como se nos hiciese fuego de tierra con cañones de campaña, matándonos tres hombres é hiriendo otros tantos, el capitán Prat se vió obligado á ponerse fuera del alcance. En este momento, 10 a. m., una granada del "Huáscar" penetró por el costado de babor y fué á romperse cerca de la línea de agua produciendo un pequeño incendio....."

"Mientras tanto el "Huáscar" se había acercado á 600 metros, y á esta distancia continuó la acción cerca de una hora, sin recibir otra avería que la que dejo indicada.

Viendo el "Huáscar" el poco efecto de sus tiros, puso proa á la "Esmeralda".

"Nuestro poco andar impidió al capitán Prat evitar el ataque del enemigo..... se encontraba sobre la toldilla desde el principio del combate, saltó á la proa del "Huáscar" dando la voz de: *al abordaje*"

"Desgraciadamente el estruendo producido por toda la batería al hacer fuego sobre el "Huáscar", impidió oír la voz de nuestro valiente comandante; y de los que se encontraban en la toldilla con él, sólo el sargento pudo seguirlo: tal fué la ligereza con que se retiró la proa

del "Huáscar" de nuestro costado. El que suscribe, en el castillo de proa, y desde ahí tuvo el sentimiento de ver al capitán Prat caer herido de muerte al pié mismo de la torre del "Huáscar". Inmediatamente me fuí á la toldilla y tomé el mando del buque. Mientras tanto, nos batíamos casi á boca de jarro, sin que nuestros proyectiles hiciesen el menor efecto. En cambio las granadas de éste hacían terribles estragos: la cubierta y entrepuente se hallaban sembrados de cadáveres."

"Volvió el "Huáscar" á embestirnos con su espolón directamente al centro del buque. Goberné para evitar el choque, pero la "Esmeralda" andaba tan poco que no fué posible evitarlo y recibió el segundo espolonazo por la cámara de estribor. Esta vez el teniente Serrano, que se encontraba en el castillo, saltó á la proa del "Huáscar" seguido como de doce individuos. En la cubierta de este último no se veia un enemigo con quien combatir; pero de la torre y parapetos de popa salía un mortífero fuego de fusilería y ametralladoras. El valeroso teniente Serrano y casi todos los que lo siguieron, sucumbieron á los pocos pasos. La ligereza con que se reriraba el "Huáscar" y el poco andar de la "Esmeralda" para colocarse á su costado, único modo como habría podido pasar todo el mundo á la cu-

bierta del enemigo, hacían imposible todo abordaje.....Teníamos más de cien individuos fuera de combate, la "Santa Bárbara" inundada y la máquina había dejado de funcionar. Los pocos cartuchos que quedaban sobre cubierta, sirvieron para hacer la última descarga al recibir el tercer ataque de espolón del enemigo.....

Pocos momentos después se hundió la "Esmeralda" con todos sus tripulantes y con su pabellón izado cumpliendo así los deseos de nuestro malogrado comandante quien, al principiar la acción, dijo:—Muchachos; la contienda es desigual.—Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo: espero, pues, no sea esta la ocasión de hacerlo—Mientras yo esté vivo, esa bandera flameará en su lugar, y os aseguro que si muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber. (Extracto del parte del comandante de la "Esmeralda", teniente don Luis Uribe.)

Este es el primer acto del drama sangriento que ha tenido por escenario la bahía de Iquique y por espectadores á todos los habitantes de la ciudad. De los 200 tripulantes de la "Esmeralda" sólo flotaron 62 que el "Huáscar" cumplió con el deber de salvar. Sobre la cubierta del monitor yacían el cadaver del comandante Arturo Prats, el de su segundo el teniente don Ignacio Serrano y

los de varios marineros. El comandante Grau, con ingénita nobleza honró sus restos, probando así, que si sabe como se vence la obstinación de sus contrarios, es porque sabe, también, como se practica el heroísmo.

Sobre la misma cubierta del "Huáscar" cayó herido de tres balazos, el joven teniente 2 ° Jorge Velarde. Oficial de señales, era su puesto al pié de la driza del pabellón: en él permaneció contra todo el vendaval de hierro y plomo hasta caer junto al mástil que enarbolaba la bandera cuyo fiel custodio fué, y bajo cuyos pliegues moría.

En este mismo buque resultaron heridos el capitán de fragata don Ramón Freire y 6 individuos de la tripulación.

Ahora el otro acto del drama. Hemos visto á la "Covadonga," aprovechando de su poco calado salir barajando la costa rumbo al Sur, teniendo lugar en este momento un episodio verdaderamente bizarro; y fué el abordaje intentado por los fleteros de Iquique. Por su propia y expontánea iniciativa, armándose improvisadamente como cada uno pudo, se embarcaron en sus mejores botes y se lanzaron con admirable gallardía sobre el buque enemigo, que los recibió con nutrido fuego de metralla y de fusil; no obstante lo cual persistieron en su propósito, tan valeroso que ya era temerario, hasta que se convencieron de

que era imposible seguir á fuerza de remos una nave á vapor.

Aventajaba nuestro buque al chileno en andar, y la situación de éste era tan precaria que nada podía hacer esperar lógicamente su salvación. Fuerza es reconocer que en esos instantes críticos su comandante estuvo poseído de un acierto y una serenidad que habían de valerle premio con el que él, ciertamente, nunca soñara siquiera, y que debía procurarle la falta de serenidad del comandante peruano, como muy bien se infiere de su propio parte oficial que extracto á continuación:

"Viendo que el "Covadonga" trataba de fugar pegándose á la isla, goberné en la misma dirección á fin de impedírselo, no pudiendo conseguir mi objeto, porque al llegar á la altura de la isla la había rebasado pegándose mucho á las rompientes."

"Comprendiendo que ponía en práctica el único medio que podía emplear por su poco calado traté de ganarle el barlovento para obligarlo á salir fuera ó retroceder. Esto lo conseguí en la caleta de Chereunate, por lo cual puse proa al Norte haciendo fuego con el costado de estribor; pero el "Covadonga" volvió á dirigirse al Sur metiéndose de caleta en caleta y tuve que continuar el combate siguiendo al buque enemigo que barajaba la costa metiéndose entre las rompientes y en un fondo *insuficiente* para la "Independencia," maniobrando en distintas direcciones."

"Habían trascurrido más de tres horas de combate y viendo lo incierto de los tiros de nuestros cañones por la falta de ejercicio, pues toda la tripulación era nueva, y viendo el efecto que producían las ametralladoras y nutrido fuego de fusilería, que el enemigo hacía sobre la dotación de la fragata que se encontraba sobre cubierta, y una gran parte por haberse estrechado tanto las distancias, acometí con el espolón por dos veces....; pero encontrando poco fondo, tuve que retroceder, lo que dió tiempo al enemigo para ganar al Sur."

"Resolví por tercera vez embestirle con el ariete pegándome á la *Punta Gruesa* para impedirle la salida estrechándolo en la última caleta, y cuando los sondajes repetidos marcaban de ocho á nueve brazas de agua, y siendo limpia la bahía según las cartas. En este momento, notando que se pegaba más á las *rompientes de la punta*, ordené poner la caña á babor para poder rebasarla y atacar así con ventaja por el otro lado, lo que no pudiendo realizarse con la rapidez necesaria por haber sido heridos en este momento tres timoneles por el fuego nutrido de ametralladoras y fusilería que el enemigo nos hacía desde las cofas, mandé dar atrás con toda

fuerza de máquina, contando durante este tiempo los timoneles el mismo sondaje anterior; es decir de nueve brazas de agua."

"En este momento, y cuando tocaba con el ariete á la "Covadonga," se sintió un gran choque y quedó detenida la fragata. El golpe había sido en una roca que no está marcada en la carta, pues se encuentr al último bajo que aparece en ella."

"Por consecuencia de este choque se llenó de agua el buque, se apagaron los fuegos y suspendiéronse los calderos hasta caja de humo; y en un segundo y tercer choque se hundieron completamente las otras secciones. El buque cayó sobre su costado de estribor entrando el agua por las portas de la batería..... Al pasar la "Covadonga" por el costado de estribor haciéndonos fuego con su artillería, *nuestros cañones contestaron cuando el agua casi los cubría*, continué el fuego con las ametralladoras de las cofas y con la tripulación que mandé subir á cubierta armada de rifles y revólveres, *hasta que se agotaron las municiones*, que no podían ser repuestas, pues el buque estaba inundado casi por completo como lo digo anteriormente."

"El "Covadonga" seguía haciendo fuego de cañón ya á mansalva, y una de sus bombas rompió el pico de mesana donde estaba izado el pabellón. *Inmediatamente mandé poner otro en otra driza.*"

"Después del choque hice sondar todo el contorno del buque, marcando la sonda por todos lados 5 y media á 6 brazos; lo que prueba que la roca en que chocó la fragata es aislada y á distancia de los arrecifes de la Punta."

Oigamos ahora á la otra parte.—A las 6 30 m. a. m.—dice el comandante Condell—se avistaron dos humos á seis millas, pudiendo reconocerse al blindado "Huáscar" y momentos después al "Independencia".. ..... El comandante Prat nos dijo al habla: *Cada uno á cumplir con su deber*. A la distancia de cien metros cayó el primer disparo del "Huáscar". Ambas tripulaciones saludaron á esta primera demostración del enemigo con un "¡viva Chile!" y ordenándonos la "Esmeralda" abrigarnos con la población, volvimos al puerto, tomando aquel buque su primera posición, colocándome con el mío en los bajos de la Isla. Colocados así rompimos nuestros fuegos sobre el "Huáscar" que nos atacaba rudamente. La "Esmeralda" dirigía también sus proyectiles al mismo buque, haciendo por nuestra parte abstracción de la "Independencia" que nos hacía fuego por batería, pero cuyas punterías eran poco certeras. Una hora había pasado en este desigual combate, cuando observé que

el "Huáscar" gobernaba sobre la "Esmeralda", dejando pasar por su proa á la "Independencia" que se dirigió á atacarnos..... Estábamos a 50 metros de las rompientes de los bajos, corriendo el peligro de ser arrastrados á la playa; de tierra se nos hacía fuego de fusilería y la "Independencia" se acercaba para atacarnos con el espolón .....Mi posición no era conveniente; no podíamos favorecer á la "Esmeralda" que se batía desesperadamente..... Una bala del "Huáscar" había atravesado mi buque de parte á parte.....Goberné para salir, dirigiendo todos mis fuegos sobre la "Indepsndencia", que á la distancia de 200 metros nos enviaba sus proyectiles".

"Al salir de los bajos de la isla fuí sorprendido por una cantidad de botes que intentaron abordarnos; rechazado este ataqae con metralla de á 9 y fusilería, continué rumbo S. seguido de la "Independencia" que intentó tres veces alcanzarnos con su espolón.....El tercer ataque parecía decisivo; nos hallábamos á 250 metros del enemigo que, sin disminuir sus fuegos, se lanzó á toda fuerza de máquina..... Teníamos á proa el bajo de Punta Gruesa. No trepidé en aventurarme pasando sobre ella rosando las rocas, el buque enemigo no tuvo la misma suerte: al llegar al bajo se varó, dejando su proa le-

vantada. Inmediatamente viré; y colocándome en posición de no ser ofendido por sus cañones *que seguían haciéndonos* fuego, le dirigi dos balas de á 70 que perforaron su blindaje."

Es de notar la concordancia de los partes de los comandantes en la trascripción que hago de sus lugares más notables hasta aquí, y ellos permiten apreciar las características del combate. No hay la menor duda de que el desastre se debe exclusivamente á la imprudencia temeraria del comandante Moore; quien al saguir sobre las mismas aguas de bajos fondos de su contrario que calaba menos, hizo entrever quizá á éste la probabilidad de lo que sucedió, alentándolo más en su resistencia, que, no cabe negarlo, fué valerosa. El hecho de que el escollo de nuestao infortunio no estuviera marcado en las cartas, implica una imputación colectiva muy grave contra nuestro cuerpo oficial de marina y contra la alta dirección del ramo especialmeate, máxime si es cierto que habían prácticos extrangeros que lo conocían, como se afirma del inglés ó americano Stanley, que se dice servía á Chile á bordo de la misma "Covadonga."

Hay que reconocer como causas generales del desastre, la impericia de los artilleros, á lo que debe agregarse que la instalación de dos colizas, una

de 150 á proa y otra de 70 á popa, hecha últimamente, había alterado el metacentro de la fragata y tornádola muy inestable; y la posibilidad, supuesto que nuestros marinos ignoraban su destino, de que en cualquier momento se presentara el grueso de la flota enemiga. Fué la exasperación ante la ineficacia de su potente artillería, y la consideración de que su débil enemigo se le escapara por la llegada de aquélla ó de que no pudiera destruírla sin la ayuda del "Huáscar", lo que exaltó su fogosa impacieneia, lo ofuscó y precipitó al infortunado comandante Moore; dicho sea sin intención de excusa; pues hubiera sido preferible que la "Covadonga" se salvara huyendo, á que se salvara cantando victoria. Victoria, en verdad muy suya, para nuestra desgracia; porque las circunstancias fortuitas que deciden el éxito en combates como el de que se trata, son golpes de fortuna de que se incauta el vencedor. Me parece jactancioso, aunque no banal, la afirmación del jefe chileno de que maniobró para lograr hacer encallar la "Independencia": maniobró así porque supo apreciar con serenidad el únieo terreno en que podía sostener la acción, máxime desde que habiéndose apercibido de la torpeza de los artilleros peruanos, vió que el peligro que más urgía evitar era el ariete de la fragata; lo que lograba al

mismo tiempo que ganar terreno, navegando en aguas inaccesibles al calado de ésta; y lo que le facilitaba el último recurso, cual hubiera sido el resultado sin la ofuscación del comandante Moore, de librarlo de caer en nuestro poder varándose Naturalmente el elegir ese terreno para su defensa, implica el que contemplara la posibilidad, más aún, la seguridad, de que su enemigo se perdiera si lo seguía en él; pero de esto no se deduce que se metió en las aguas en las que él mismo peligraría, si la contingencia no fuera una solución también, para obligar á que le siguiera su perseguidor. Es por reconocerlo así, sin duda, que el comandante Condell no insiste en un segundo y más extenso parte, en esa afirmación.

Digo, ahora, que esa afirmación es jactanciosa pero no banal, porque sería pueril desconocer él mérito de nuestro enemigo que supo no desesperar del socorro de lo imprevisto que es la Fortuna.

Pero hay otra afirmación del comandante enemigo que suscita, no ya nuestra cólera, sino nuestra indignación: "*Logrado esto* (que se varara, dice), *volvimos y disparamos hasta obligarla á rendirse, y de viva voz me lo expresó el comandante pidiendo le enviase un bote á su bordo.* Creo que es no solamente mezquino, indigno del que acaba de conquistar una

gloria inesperada, sino hasta indecoroso pretender denigrar al enemigo infortunado con una calumnia. El comandante More, cuya grandeza de espíritu se reveló en esos momentos de infortunio irremediable, se aquilató en él; comprendió que sólo el martirio de una muerte gloriosa podía redimirlo ante la Patria cuya victoria había frustrado, y se sometió á su destino con una entereza que lo agiganta ante la contemplación de propios y extraños. Nadie lo niega ni ha pensado en negarlo: luchaba contra un enemigo inferior al que tenía la más firme intención de hundir en las aguas; pero en el instante en que el dedo del destino clavó á nuestra nave sobre la roca, *la situación se trocó*: la nave hasta esos instantes fugitiva se trocó en prepotente, y el comandante Condell, no sólo no demoró, sino que se apresuró á asumir su situación superior con toda *la seguridad* que le permitía la inmovilidad de la "Independencia". Bien que fuera una crueldad impuesta por las necesidades de la guerra, por la urgencia de inutilizar completamente nuestro buque antes que llegara el "Huáscar" á salvarlo, si creyó que esto era posible; pero que conste que nuestro infortunado comandante aceptó el funesto trueque con la entereza y la dignidad del que, aún vencido por la fuerza incontrastable de la fatalidad, no se rinde. La situación

de nuestra fragata vino á ser con respecto á la corbeta enemiga, muy mucho inferior á la recíproca á que sucedía: luchaba entonces ésta por salvarse .. y el varse era su último recurso de salvación; los nuestros sólo tenían que salvar el honor, y salvarlo con el sacrificio cierto de la vida. Por eso, aun cuando la cesación del combate se imponía ante el naufragio de uno de los combatientes, lo continuó el jefe chileno..... porque el jefe peruano siguió quemando su pólvora antes de que el mar la mojara toda, disparando sus cañones antes de que el mar llegara hasta su línea á ahogarlos. Si una vez la bandera bajó del mástil, fué por la obra de un proyectil enemigo, y para ser alzado nuevamente.

Por otra parte, el joven y valeroso oficial don Carlos Bondy explica y aclara el incidente del diálago: fué él el que contestó con palabras gruesas y rugientes, á otras que no pudo entender, pero cuyo significado interpretó, que le dirigían de la 'Covadonga;" contestación que ésta *replicó* con *una furiosa descarga*.

Eso sí, no me parece oportuno lo que dice el mismo oficial, de que "*la Independencia solo quería hacer uso de su espolón, lo mismo que se emplea para ciertas gentes la punta del pié;*" porque dicho á propósito de acabar de experimentar desastrosamente que *no hay enemigo chico*, resulta soberanamente ridículo,

El noble comandante Moore, herido en los sentimientos más delicados de su alma por las aseveraciones, tan faltas de hidalguía como de verdad, de su contrario, después de protestar de ellas con toda dignidad, lo emplaza ante el juicio supremo de la Historia con estas solemnes palabras: "la guerra quizá se prolongue, en cuyo caso *no es dudoso* que el desgraciado comandante de la "Independencia" tenga oportunidad cualquiera sea su condición, de probar á usted y á Chile, de cuanto es capaz el que nunca faltó á sus deberes ni como caballero ni como patriota."

No es de admirar, después de lo dicho, el tíroteo recíproco de sangrientos piropos á que se ha entregado la prensa de ambos pueblos. Por natural que ello sea, fastidia y disgusta el que se desfiguren y se denigren sistemáticamente hechos del más alto mérito. Tal han hecho en Chile con los náufragos de la "Independencia;" tal hacen aquí con los de de la "Esmeralda". Los náufragos de este buque, cuando se vieron salvados por el mismo terrible enemigo que los había hundido, profirieron en exclamaciones de gratitud expontáneas y muy naturales: algunos escritores de aquí, incapaces de apreciar el significado de esas palabras en labios de los que acababan de cumplir con su deber de luchadores sin rendirse, se las

entrostran con una intención humillante que no tuvo ese acto, Si yo pudiera, les diría que eso es *escupir al cielo* y les aconsejaría que dejaran el privileglo á los de allá.

. . . . . .

. . . . . .

Hemos perdido, pues, nuestra hermosa fragata, casi la mitad de nuestra fuerza naval, y muy preciosas, muy nobles y meritorias vidas. En primera fila, el alférez de fragata Guillermo García y Gárcía, arrancado á su lozana juventud por una bala enemiga, tres bravos soldados de «Callao», Elías Gutiérrez, Mauuel Silva y Manuel Huamán; unc de la «Columna Constitución», Manuel Carrillo; y nn timonel no nombrado; total, un oficial y cinco individuos de tropa muertos. Heridos: el capitán de corbeta Ruperto Gutiérrez, el subteniente Luis Ballesteros, y veinticuatro individuos de tropa y marinería; de los primeros, tres del batallón «Callao».

VI

En alas de la fortuna

El comandante del "Huáscar," cumplida su doble misión, la de la Patria destruyendo al enemigo, la de la huma-

nidad, salvando á las víctimas del desastre, puso proa al Sur á ver como cumplía su comatido la otra nave de su mando. ¡Cuánta no sería su sorpresa y su despecho al ver á ésta inmóvil sobre la roca y á la enemiga que después de escarnecerla con sus cañones se ponía en salvo al verlo aproximarse! Su primera intención fué sustituir al buque perdido en la persecución; pero después de tres horas en que no logró acortar las diez millas que lo separaban del enemigo, desistió de su caza creyendo que la noche que se aproximaba la frustraría. Esto, como se verá luego, no era muy probable, porque si bien el buque enemigo pudo en un principio conservar su andar de fuga, bien pronto se vió á un paso de perderse por efecto de las averías sufridas y casi incapacitado de seguir navegando.

Pero es evidente, por otra parte, que era de mayor urgencia ir á salvar la "Independencia," si con su auxilio era posible realizarlo, ó destruirla completamente; cualquicra de ambas cosas antes que fuera á regresar el grueso de la flota enemiga, cuya superioridad quedaba desde este momento enormemente aumentada. Fué la segunds alternativa la que se vió obligado á poner en práctica el jefe de la primera división naval: era trágicamente irónica la tarea final que se le imponía realizar ese día de

tantas emociones y contradicciones. Así, pues, que se hubo convencido de que la fragata no podía ser salvada, mandó recoger á sus náufragos y dió orden de poner fuego á sus restos á fin de que en ningún tiempo pudiera el enemigo aprovechar algo de ella.

Mientras el comandante Moore quedaba atribulado pidiendo al cielo quisiera concederle la ocasión de expiar con gloria para su patria la ofuscación de un momento, y Grau contemplaba sin asombro cómo había crecido la misión que el Perú le había encomendado, porque se sentía á la altura de su gran destino, bogaba la nave de Condell llevada en alas de la Fortuna. de su gran fortuna, ansiosa de recibir el abrazo de la gratitud de su publo. Pero cuando vió alejarse al "Hlascar", y con él el peligro de su pérdida casi inmediata, pues no era probable que se interpusiera otra roca en su ruta, ni que el comandante Grau incurriera en otro rapto de ofuscación, la perspeetiva de hundirse por efecto de las averíus sufridas, vino á torcer su alegría. El agua penetraba en cantidad tan abundaute que las cuatro bombas del buque que funcionaban sin cesar, apenas podían retardar su pérdida si no lograba llegar á puerto de socorro; su andar descendió hasta tres millas, y eso que se largaron las velas. Por fin en la madrugada del día 23 llegó á Tocopilla, donde

un centenar de sus habitantes le llevaron los primeros vítores de ovación y sus brazos salvadores, los que, armados de baldes unos, reemplazando en el manejo de las bombas otros á sus exhaustos tripulantes, lograron eliminar el peligro por el momento.

Puesto nuevamente en marcha á las 8 de la noche, su andar apenas fué de una milla; sólo el 24 pudo llegar durante algún tiempo casi á su andar normal. Antes de amanecer el 25 recibió el auxilio que le enviaban de Antofagasta con el "Rimac", que le dió remolque, navegando siempre lo más cerca de tierra en previsión de ser alcanzado por su enemigo; cosa que se hubiera realizado á no ser la previsión del capitán de otro de los trasportes zarpados de Antofagasta en su busca y socorro.

El capitán Stewart del "Itata", inglés, pero adicto y al servicio de Chile, al encontrar al "Covadonga" remolcado por el "Rimac", en lugar de unirse á ellos aumentando el convoy inútilmente, siguió su rumbo al Norte hasta alcanzar la distancia conveniente al plan que se propuso y supo realizar. En efecto, el "Huáscar", el enemigo temido apareció en el horizonte en forma de un humo en las primeras horas de la mañana; en cuanto el capitán Stewart sospechó de esa aparición tornó rumbo al Oeste; y al reconocer el "Huáscar" un buque enemigo que huía, se abrió mar afuera á cortarle la ruta; de esta manera logró aquel servidor de Chile desviar á nuestro monitor del camino sobre el que indefectiblemente, hubiera tenido que encontrar al maltrecho buque que llevaba á Condell y su fortuna. Y ya era tiempo.

VIII

ANTOFAGASTA

Encuentro con el "Blanco Encalada"

De vuelta á la bahía de Iquique, desembarcó el "Huáscar" los muertos, heridos y prisioneros á órdenes del General en Jefe del ejército, y luego, por medida de prudencia aconsejada por la situación, se hizo á la mar, á pasar la noche. Habiendo en la madrugada siguiente avistado al "Chalaco" conduciendo tropas para desembarcar en Pisagua, carbón para la escuadra y apreciando que era más conveniente hacerlo en Iquique, lo ordenó así.

El 24, una vez que se hubo provisto de carbón del citado trasporte y del que se encontró en una lancha perteneciente al enemigo, zarpó rumbo á los mares enemigos.

El 25, avistó por el sur y gobernó en su demanda, un vapor que al parecer era el "Itata" de la Compañía Sud Americana, cuyas primeras evoluciones fueron bastante sospechosas y que terminó por huir á toda fuerza". Era esta la maniobra del capitán Stewart para desviar al "Huáscar" de la ruta de la "Covadonga"; maniobra que tuvo el más feliz éxito, pues mientras nuestro monitor emprendía durante cuatro horas la caza de aquél, éste recalaba en puerto seguro.

El mismo día hacía la represa del pailebot peruano "Recuperado", que navegaba hacia Antofagasta, como presa enemiga, y no siendo posible distraer gente del monitor en servicio extraño á él, hubo que hundirlo en el Océano. Poco después penetraba en el puerto de Mejillones de Bolivia, en donde sin la menor resistencia, se apoderaba de treinta y ocho rollos de alambre telegráfico, material de guerra precioso por las circunstancias mencionadas; destruía en seguida todos los elementos navales que hallaba á flote, así como la goleta "Clorinda" presa peruana del enemigo también, que por la razón dada anteriormente, no le era posible devolver á su dueño y á su bandera.

Al amanecer el 26 de mayo, día de gloria y de fama para nuestro egregio marino, el puerto de Antofagasta vió

penetrar hendiendo sus aguas y provocando á sus cañones al gallardo monitor que iba á decirles: —*Aquí estoy y estoy solo.* Dejaré en este punto que hable el mismo Comandante, quien con su lenguaje parco, nos narra sus acciones gloriosas con más expresión que la que emplearía yo glosando sus palabras:

"Salí del puerto de Mejillones con destino al de Antofagasta, en la noche de este mismo día (25) y en la mañana del siguiente, frente á este último puerto avisté un vapor mercante, al parecer el 'Rímac", que salía á toda fuerza por el lado del Sur. Le perseguí cuatro horas y convencido de que su andar, á vela y máquina como iba, era mayor que el del "Huáscar", me dirigí nuevamente á Antogasta."

"A mi llegada se destacó de él otro vapor hacía el N.: era probablemente el "Itata" de la víspera; llevaba el pabellón chileno y huía á toda fuerza. Me dirigí á él forzando la máquina, y le perseguí durante dos horas haciéndolo algunos disparos; pero tampoco pude tomarlo."

"Al emprender la persecución de este último vapor se hicieron varios disparos de las baterías de tierra contra el "Huáscar", los que no contesté inmediatamente por el empeño en que me hallaba; pero convencido de que no era posible dar caza al vapor mencionado, regresé al puerto y me mantuve con el

buque sobre la máquina en el fondeadero y muy próximo á tierra. Así permanecí media hora reconociendo y estudiando las defensas del puerto."

"La cañonera "Covadonga", que desde el principio se movió á espía para cubrirse con los buques mercantes, terminó por introducirse en la barra del puerto para ponerse á salvo. En esta disposición podía hacer uso de su artillería en defensa del puerto. Tres baterías en tierra situadas, respectivamente, en el norte, centro y sur de la población, las tres razantes, con cañones al parecer algunos de grueso calibre y montados á barbeta, completaban dicha defensa."

"Visto que á pesar de la proximidad de que me encontraba de ellas, no se repetían los disparos, ordené romper los fuegos sobre las máquinas condensadoras situadas en el norte de la población, y entonces fuí contestado por las baterías de tierra y por la "Covadonga", trabándose desde este momento el combate en ellas hasta las 7 y 15 p. m., en que después de sostener el fuego durante dos horas y de que el último disparo del "Huáscar" no fué contestado, me retiré para pasar la noche fuera del puerto."

"Hubiera podido continuar con el bombardeo de la población desde que á él había sido provocado; pero la consideración de lastimar intereses neutrales y de que este ataque se dirigía contra los pobladores indefensos, aunque no me correspondía la responsabilidad de los resultados, me decidieron á no emprenderlo."

"Había hecho 16 tiros con los cañones de á 300, y ocho con los de á 40 dirigidos á las baterías; juzgo que el enemigo hizo más de ochenta."

"En la mañana del 27 me dirigí nuevamente al fondeadero con el intento de rastrear y cortar el cable submarino. Me aproximé con tal fin..... para largar las rastras, y no obstante de que en tierra se notaba mucho movimiento de tropas y muchos preparativos de defensa, arrié mis embarcaciones y con ellas por un lado y el buque por otro, pude tomar el cable y cortarlo sin ser absolutamente molestado durante la operación..... Avistado un vapor por el norte, me moví en su demanda y reconocí que era el vapor inglés "Ayacucho" que se dirigía al puerto; regresé y permanecí hasta las 9 p. m. frente á las baterías y á muy corta distancia; pero no habiendo novedad me retiré, después de la salida del "Ayacucho", é hice rumbo al norte."

La narración que nos hace nuestro glorioso Comandante de su expedición tan pródiga en episodios, viene á hacernos lamentar más la pérdida de la

"Independencia" que hizo abortar la campaña estratégica más fecunda que nunca pudiera imaginarse, cuyos frutos hubieran sido, fuera del hundimiento de los dos buques bloqueadores de Iquique, la captura ó hundimiento, lo menos, de dos de los magníficos trasportes del enemigo y probablemente, también, una gran cantidad de las tropas que condujeron á Antofagasta.

Emprendida la vuelta de su gloriosa excursión, á las 4 a. m. del 28, avistó el "Huáscar" á la escuadra enemiga, de regreso de su estéril correría al Callao, frente á la roca Abtao de la punta de Mejillones. Penetró á Cobija y destruyó seis lanchas del enemigo Como avistara una vela en el mar, se dirigió en su demanda, encontrando á su paso la represa "Coqueta", que con su tripulación menos atareada ya, remitió á Arica. Alcanzada la primera vela avistada, resultóser la barca "Emilia" cargada de metales. Usaba el pabellón de Nicaragua, sin patente legal, y como toda su tripulación era chilena, se consideró buena presa y fué enviada al Callao á cargo del teniente don Melitón Rodríguez, dos aspirantes y tripulación correspondiente.

Visitó Tocopilla y Patillos en vía de inspección y llegó de nuevo á Iquique el 29. Después de desembarcar 25 rollos de alambre telegráfico de los 38 que tomó en

Mejillones al enemigo y de recibir las órdenes del Supremo Director de la Guerra que se encontraba en visita de inspección en ese puerto, en previsión de una sorpresa por parte de la escuadra enemiga, zarpó á pasar la noche en mar libre; previsión que resultó justificada; pues cuando al amanecer del siguiente día se encaminaba nuevamente á la bahía, se avistó el convoy de tres naves enemigas incluso uno de sus blindados, los que persiguieron durante siete horas, sin lograr poner al alcance de sus cañones á nuestro débil monitor, que hubiera indefectiblemente quedado reducido á la impotencia por su gran superioridad en número y calidad; pues ya se sabe que son seis los cañones de grueso calibre de cada uno de los blindados y sólo dos los del "Huáscar", y muy superiores aquéllos en fuerza de penetración y calidad de proyectiles; á lo cual debe agregarse que mientras los buques enemigos son impenetrables para nuestros proyectiles con sus nueve pulgadas de blindaje, el nuestro con sólo cuatro y media en sus secciones más vitales, resulta una cáscara de nuez para sus tiros. Estas consideraciones son las que obligan á nuestros valientes marinos á rehuir un encuentro que, si demostrara el heroísmo de que son capaces, sólo conduciría á hacernos perder el medio de disputarles el dominio del océano; y de conseguir por la

habilidad, la audacia y la sorpresa, lo que la inferioridad de elementos nos veda perseguir de frente en batalla campal.

Esta caza por parte del enemigo sirvió para apreciar el andar máximo de sus acorazados, que resultó ser de nueve y media millas.

A las cinco de la tarde del mismo día 30 puso el "Huáscar" su proa hacia un buque avistado que, por su parte, practicaba igual reconocimiento, lo que aceleró su aproximación recíproca: resultó ser un trasporte enemigo que, al ver nuestra bandera largó una embarcación que conducía á remolque y huyó hacia el sur forzando su máquina, lo que le valió para librarse de la caza con que hasta que se perdió en la oscuridad lo persiguió nuestro monitor.

Al medio día del 31 daba fondo el "Huáscar" en Ilo para hacer carbón, faena que lo retuvo fondeado en él hasta la noche en que se hizo nuevamente á la mar para llegar á Arica á las diez de la mañana del siguiente día 1º de Junio. Al ponerse el sol zarpó poniendo rumbo á Pisagua, adonde llegó á media noche en punto; y después de enviar comunicaciones telegráficas al Supremo Director de la Guerra, zarpó nuevamente por precaución de guerra, manteniéndose fuera del puerto hasta amanecer el 2 y volver al fondeadero á hacer carbón, en cuyo

embarque se ocupaba la gente, cuando á las 7 p. m. se hizo de tierra la señal de peligro convenida, y en consecuencia abandonó el fondeadero media hora después. Avanzó con rumbo al S. O; estuvo frente á Iquique á 15 millas de distancia y al amanecer se acercó nuevamente á la costa.

Eran las primeras horas del 3 de junio, cuando al divisar una vela y al acercarse á reconocerla, avistaron dos humos que venían á su encuentro: un momsnto después se reconoció en ellos al "Blanco Encalada", el buque insignia del Contra-Almirante William Rebolledo, y á la "Magallanes" que emprendieron inmediatamente sobre el "Huáscar"

Era aquello una cuasi sorpresa para nuestro monitor: sus cañones de popa, que aunque de reducido calibre constituyen una arma ofensiva para la retirada, no podían ser usados porque toda esa parte de la cubierta estaba obstruida por el carbón ensacado que se había recibido en Pisagua; y el que en esos momentos se estaba quemando era de tan inferior calidad, que la máquina no daba andar mayor de nueve millas, de manera que el enemigo empezó á entrar notablemente ganando terreno. Agravaba la espectativa la hora temprana en que comenzaba la caza: las 5 h. 45 m. a. m., que daba á aquéllos todo el espacio de un día entero para su persecución.

El comandante Grau, con su invariable serenidad y con su inerrable pericia, puso su buque proa al O., procurando evitar un encuentro en que, por causas ya dichas y repetidas, el resultado no podía dejar de sernos funesto; pero los enemigos siguieron ganando terreno, y á la 1 del día, á la distancia de 6,000 metros rompió el blindado enemigo sus fuegos con dos cañonazos sobre el "Huáscar", que los contestó con su cañón de á 40 de popa que ya había sido aclarado. En estos momentos hizo el Comandante Grau formar á la gente y los arengó así:

"Valientes del "Huáscar":

"La suerte nos coloca por tercera vez "al frente del enemigo y dentro de bre- "ves minutos nos empeñaremos en la lu "cha.

"No excito vuestro arrojo y sereni- "dad porque ya habéis probado elocuen- "temente que os sobran para combatir "y confundir á los enemigos.

"No importa que sus fuerzas sean su- "periores, porque tenéis un corazon aún "mucho más fuerte blindado por el pa- "triotismo, y venceréis porque nuestra "causa es santa, y porque defendemos, "no sólo la honra de nuestra querida "patria, sino la de una república herma- "na y aliada, injusta y alevosamente "mente ofendida por los mismos enemi-

"gos ¡Tripulantes del "Huáscar", viva el Perú!"

Un ¡viva! como salido de un solo pecho vibró sobre el espacio inmenso del mar: los tripulantes del "Huáscar" aceptaban el reto con todas sus desventajas.

Como las falúas de estribor, que además estaban muy averiadas desde el combate de Iquique, interceptaban las punterías de las torres, se mandaron arrojar al mar, y acto continuo rompieron el fuego los cañones de á 300: eran las 2 h. p. m. El "Huáscar" hizo sucesivamente cinco disparos; el "Blanco" hasta nueve; y sucedió que desde el momento en que se entabló el cañoneo el buque enemigo empezó á perder terreno: es que la situación de sus baterías lo obligaba á dejar el rumbo de caza á cada disparo, lo que dió lugar á que nuestro monitor aumentase la distancia hasta quedar fuera de tiro á las 3 p. m.

El "Huáscar" no experimentó más pérdida material á causa de este encuentro, que la de las falúas que se vió obligado á echar al mar para franquear su campo de tiro; pero en su personal sufrió una pérdida por demás sensible, y más conmovedora aún por las circunstancias que la rodearon.

En momentos en pue la salvación del monitor, de la única fuerza eficiente de nuestra defensa marítima, dependía de

ponerse fuera del alcance de los proyectiles del enemigo, se dejó oír la voz fatídica de: ¡Hombre al agua!—al mismo tiempo alguno de losque fué testigo del trágico incidente arrojó al náufrago un enjaretado del que se prendió desesperadamente alzando los brazos demandando auxilio. ¿Quién era el infelíz á quien un destino aciago arrojaba al mar en esos momentos.....? En esos momentos creyóse que habría sido algún marinero bisoño la víctima lamentable; pero cuatro horas después del funesto lance, cuando pasada la inminencia del peligro los ánimos estuvieron más serenos, se vino á saber que el que faltaba era el joven Antonio Cucalón. El más profundo dolor causó el conocimiento de la víctima que pertenecía á una distinguida familia limeña, que, al mismo tiempo que servía como corresponsal de un diario, tomaba parte en las acciones de guerra como sirviente de ametralladoras.

Siendo este un incidente, aunque sin importancia nacional, eminentemente trágico para nosotros, no es de extrañar que los chilenos quieran darle un sentido cómico al sobrenombre de *cucalones* con que han confirmado á los corresponsales de la prensa en campaña, en celebridad de su tan lamentado como distinguido colega.

El acorazado enemigo, con todo, insistió en la persecución de nuestro monitor

hasta las doce de la noche, hora en que la abandonó después de hacer, á guisa de despedida, un último é inútil cañonazo: estaban frente al Morro de Sama.

De aquí enderezó el "Huáscar" su rumbo á Mollendo, en donde su ínclito comandante, su bizarra oficialidad y sus entusiastas tripulantes, recibían la ovación, tres veces merecida, con que los acogían en todos los pueblos de la República, como un arranque expontáneo de admiración por su valor y de gratitud por su patriotismo abnegado.

De allí, después de comunicarse con el Presidente de la República por medio del telégrafo, cuyas líneas había contribuido á extender, como lo hemos visto, zarpaba á las 9 de la noche con rumbo al Callao, á satisfacer el impaciente anhelo del primer puerto de la capital de la república, de ver y aclamar al que en tan pocos días se había hecho acreedor á que el mundo lo proclamara *Héroe del Pacífico*.

Advertencia

La extensión é importacia de los sucesos nos obliga á aumentar nuestra publicación con cuatro partes más, que serán: el presente;—*Angamos*—*Tarapacá*—*La Alianza y el Morro*, todos de un volumen más ó menos igual al presente.

ERRATAS NOTABLES

PAGINA	LINEA	DICE	LÉASE
3.....	7	que	en que
4.....	20	T...	N
6.....	4	gace	hace
10.....	23 á 24.....	parentezco..	parentesco
11.....	17	soldadezco	soldadesco
30.....	31 á 32.....	y una noche, entré ..... dandomelo de hombre y nó	y una noche, entre dándomela de hombre y no,.....
34.....	14	estabámos yo...	estábamos presentes, yo
33.....	12.....	en su desvío.....	con su desvío
45.....	32	otro plateado...	oro plateado
47.....	2	más duro que la piedra la,	más duro que la piedra, la
60.....	25	protestas..	protestar
66.....	19	ginteaban	jineteaban.

INDICE

Materias

		PÁGINA
I	A la Guerra	
M	A las filas...	10
III	Ensueños y remembranzas	23
IV	La vida del soldado	38
V	Disciplina y cordialidad en las filas...	59
VI	Iquique y Punta Gruesa.....	66
VII	En alas de la fortuna	93
VIII	Antofagasta — Encuentro con el "Blanco Encalada"	97

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

La batalla de San Juan

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE
Calle de Polvos Azules No. 173

1911

INDICE

PAG.

I.—En campaña 3
II.—Año nuevo, ... 17
III.—Páscuas y vísperas..... 23
IV.—Batalla de San Juan 43
V.—Chorrillos 62
VI.—Después del desastre y en vísperas de otro..... 71

RECUERDOS
DE LA GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

LA BATALLA DE SAN JUAN

I

EN CAMPAÑA

Diciembre 23.—¡Al fin! es la exclamación que se oye á todos los que anhelan por el momento de verse al frente de los chilenos. Ya se acercan; parece que quieren venir á pasar Páscuas en Lima. Vamos á ver quién da albricias á quién.

Al medio día llegó al cuartel del teatro la nueva del desembarque de los chilenos en Curayacu, cerca de Lurín, y la impaciencia más grande, una agitación intensa, se apoderó de los entusias-

tas y patriotas reservistas del No. 2. Desde el coronel hasta el barbilampiño adolescente, en todos semblantes se pintó la más viva y enérgica resolución. ¡A campaña! era la voz que se oía doquiera.

Mi resolución estaba tomada de antemano y la he cumplido; he abandonado á mis compañeros de la Reserva y me he dado de alta en el Ejército de línea. Quiero ser de los primeros; acaso la Reserva, á pesar de su entusiasmo y de su valor, no sea necesaria ó su acción sea secundaria.

A las tres de la tarde, con el permiso correspondiente, tomé calle y me fuí á comunicar á mi tía X. X. mi resolución; aunque no la sorprendió me hizo sentidas reflexiones para que desistiera y continuara en la Reserva; pero viendo que no cedía, lamentó el que no hubiera cumplido con su consejo de confesarme y nos despedimos ofreciéndome encomendarme en sus oraciones. ¡Si la volveré á ver.

Vacilaba entre volver á mi antiguo batallón "Callao" ó darme de alta en el "Concepción", cuando la suerte vino á decidir: este batallón marchaba con su acostumbrada desenvoltura al compás de la "La Hija del Regimiento",

Merecía mi predilección por la marcialidad con que siempre se distingue en los ejercicios y maniobras, que acreditan, si la inteligencia y constancia de sus jefes y oficiales, la voluntad y decisión de su tropa. Su primer jefe, es el joven y acaudalado hacendado de Concepción, D. Juan E. Valladares, que, exceptuado por la ley militar y por su posición de tomar participación en el sangriento drama de esta guerra, ha renunciado á ese derecho y á su situación previlegiada, y ha aprovechado de su influencia social y de sus riquezas para organizar el batallón que lleva el nombre de su tierra natal, y al frente de él ha abandonado las dichas de un hogar sereno y risueño, y las tareas de una industria proficua, dando un ejemplo de civismo que, si no es único, no es tan general como el patriotismo lo aconseja.

El batallón que, como he dicho, se ha distinguido siempre por su destreza en simulacros y paradas, tiene cierta referencia al antiguo *Clan* escocés; entre casi todos sus jefes y oficiales hay relaciones de parentezco, ó comprovincialismo, y estas relaciones son más estrechas entre la tropa; salvo unas cuantas decenas de reclutas agregados á última hora y menos de una docena de distin

guidos limeños ó de otros lugares, todos son de Concepción; y este lazo de solidaridad viene á complementar la acción del patriotismo y de la disciplina. Verdad es que á esa organización del Clan escocés le hallaron en Inglaterra algunos inconvenientes; pero como no se han revelado entre nosotros en el presente caso, no hay para qué traerlos á mención

Haciendo cola al batallón seguí hasta la estación de la Encarnación y tomé el mismo tren en que se embarcó; bajamos en Miraflores y ahí me presenté al coronel, con mi traje de la Reserva todavía; llamó éste al capitán y le ordenó: — Dé U. de alta á este joven como distinguido en su compañía.

24. Hemos pasado la noche en la pampa que hay al lado de la estación. Lo intempestivo del momento en que me dí de alta fué causa de que no se me diera la manta y el capote de reglamento; pero no ha hecho mucha falta, porque el sargento Alvarez, joven voluntario y entusiasta como yo, partió su lecho conmigo; no había cuidado de que nos cayeramos de la cama. Tomamos como cuartel durante el día un casuchón viejo, y al caer la tarde nos dirigimos por la carretera á Lima, adonde llegamos al anochecer alojándonos en el cuartel de Guadalupe.

25. Triste Pascua le ha llegado á Lima. A las 7 de la mañana dejamos el cuartel de Guadalupe, formamos todos los cuerpos de la 5.ª División en la plaza de la Exposición, y siguiendo el girón de la Unión primero y el de Junín después, hemos recorrido, por última vez quizá, los barrios más poblados de Lima. ¡Triste Pascua, sí! Apesar de lo temprana de la hora los balcones y ventanas estaban llenas de mujeres en cuyos rostros se veía, no la fatiga de una noche de fiesta, sino las huellas del insomnio, de la inquietud y del dolor: esas caras tan risueñas de ordinaria, nos miraban ahora sin sonrisas, con los ojos preñados de lágrimas que algunas no podían contener, y corrían por las mejillas de las jóvenes no marchitadas sino empalidecidas por el dolor; por los rostros de las madres que ahogaban su augusto dolor para no turbar la marcha de los que iban á guardar los baluartes de la Patria de sus hogares. Saliendo por Barbones hemos venido á tomar rancho en Monterico chico, en donde parece vamos á pasar la noche.

26. Una fantasía.....como de Pascua es todo lo que tengo que recordar hasta

este momento. No sé que horas serían cuando abrí los ojos.....¿qué veía? El *techo del cuarto* en que dormía estaba lleno, como una criba, de agujeros por los que se veían unas luces tan claras tan brillantes.....y el cuarto tan oscuro. Estuve inmóvil un momento contemplando esa prodigiosa criba, y vine de mi fantástica imaginación, cuando el ruido del aliento de los miles de hombres que dormían como yo en el regazo de la madre que nos ha llamado á su defensa, me hizo observar.....que el cuarto en que dormía no tenía más techo que la bóveda del cielo con sus estrellas, que es lo que estaba viendo.

¡Llamada.....tropa.....y trote ¡Qué hay! ¡qué pasa!.....Es una partida Chilena que se acerca.....¡Vamos á darles la bienvenida!.....

.....

Estamos de regreso, y después del rancho que hemos calentado en la barriga, voy á escribir lo que ha sido ello. Claro que no han sido chilenos.

Después de formar apresuradamente desfilamos al trote, y cuesta arriba, desplegándonos sobre la arista de la cadena de cerros que tenemos á la vista. Viniendo de Pampa Grande y entrando al valle, vimos que venía una fuerza de caballería; como un escuadrón. ¿Eran esos los chilenos?

Hay entre mis compañeros un joven bastante instruido que no quiero nombrar ahora, que adolece del pésimo prurito de la porfía, y nada le contraría tanto como no tener la razón, cosa que les pasa con frecuencia á los porfiados; y no está lo malo en que sufra cuando ve su sinrazón, que algo le podría aprovechar, sino en que lo que sufre es cólera contra el que tiene la razón. Ahora van á ver á este.....don Porfías en acción.

—No son chilenos, dije yo cuando ví desembocar la partida tomando camino á La Molina.

¿Entonces para qué cree U. que nos han traido.....á pasearnos? replicó don Porfías.

—Hombre, en previsión, así conforme no son podrían haber sido.

—Pues yo le digo que son chilenos ¿quiere U. hacer una apuesta?

—Nada, no quiero ganarle.

—No quiere U. ganar.....es que sabe U. que va á perder.

Como para confirmar sus palabras apareció en este momento otra tropa también montada, y la alarma creció y.....ya ibamos á preguntarles quienes eran.....por boca de nuestros fusiles,

cuando ellos tuvieron por conveniente, en vista de nuestra actitud, sin duda, destacar un oficial á hacernos conocer que eran nuestros.

Entonces mi don Porfías, sin esperar que yo le dijera nada, se volvió hacía mi echándome una filípica de invectivas que, por lo mismo que era inmotivada, no podía merecer mi enojo. Luego que calló, con el fin de restablecer la armonía, quise explicarle el fundamento de mi opinión: — La manera como se presentaba esa partida, le dije, si hubiera sido chilena, hubiera revelado de su parte una ignorancia supina de los más elementales principios militares, porque al internarse en nuestra zona de acción, sin un apoyo, sin una fuerza numerosa que la sostuviera, venía á un contraste seguro; pues aunque la otra fuerza de caballería que apareció después hubiera sido chilena poco ó ningún apoyo le podía prestar; y de ser ésta peruana y aquélla enemiga, su destrucción era más segura.....

No tuvo más paciencia mi contrincante y se desató así:

—Vé U. quien viene á dar lecciones de táctica...el más recluta, el último mono

—Yo empecé á perder los estribos y le contesté medio atufado:

—Entonces U. cree que yo vengo á aprender á terciar ahora? Sepa U. que he sido soldado en el veterano Callao.....

¿Y no es U. siquiera cabo 2.°? interrumpió con sorna D. Porfías.

—¿Y U., señor veterano,—repliqué en el mismo tono, - es U. siquiera.....cabo de vela?

Yo no sé lo que iba á pasarle, porque lo ví demudarse, pero en ese momento la corneta tocó "atención", y nos pusimos en marcha al campamento, adonde llegamos á tomar nuestro rancho frío, pero sabroso por el hambre. Los rancheros han sido ásperamente reprendidos por esto, pues no había porqué lo dejaran enfriar en medio de tanta leña. Está bien para que nos cuiden mejor.

Ahora se cargan las pailas y demás útiles; vamos á marchar ¡cáspita! sobre una arena que quema y bajo un sol que arde.

Hemos acampado á unas pocas cuadras de la casa de la hacienda San Juan sobre la falda de las colinas de arena. Parece que este será nuestro lugar definitivo en la línea.

Tenemos á nuestra espalda, al alcance de nuestras manos, un campo de caña en sazón, y mientras la caballada y mulada dan cuenta del cogollo nosotros.....mo-

lemos la caña. Por cierto que, al paso que trabajan estos trapiches de dientes, dentro de poco no habrá más caña.

31. Hemos entrada en plena vida de campaña. Pasamos el día dentro del cuadro del que sólo, por un favor y una confianza especial á los distinguidos, nos permiten salir por corto tiempo. El sol nos calienta más de lo que quisieramos desde que amanece, y apenas nos alivia de su molesta lumbre el cobertor que nos procuramos haciendo con nuestras mantas pequeñas tiendas de campaña. Medio sofocados, encogidos dentro de ellas, procuramos distraernos de la monotonía de esta vida jugando, charlando y haciendo comentarios sobre la próxima batalla. Cuando llega la tarde nos alivian sus frescas brisas, y durante la noche las mantas que resultaron insuficientes para cubrirnos de los rayos solares, tampoco son bastante abrigo para un frío más que regular.

En cuanto la noche llega el cuadro acorta las distancias, quedando así reducido á muy poco más del espacio necesario á la cabida de los quinientos hombres del batallón formado por compañías en masa. Cierto que ni así resulta estrecho, porque lo que nos falta en superficie nos sobra de altura. De esta

manera la vigilancia se activa en la noche. Los centinelas, en lugar de pasar la voz de la manera come se hace en los cuarteles, se limitan á golpear ligeramente sobre sus fusiles con la mano ó con algún pequeño cuerpo duro lo suficiente para que sea percibido por el otro centinela.

Es enteramente prohibido durante la noche quitarse la menor prenda, y dormimos con nuestro armamento al cinto, de suerte que en cualquier momento no tenemos que hacer más que ponernos de pié y estamos listos para marchar ó batirnos.

A las tres de la mañana, cuando estamos en lo más profundo y apacible del sueño, la voz imperativa de los oficiales nos dispierta; acto continuo abandonamos el caliente suelo, el sueño triste ó dichoso se disipa y se olvida, rompemos pabellones y marchamos á ocupar las posiciones en las que esperaremos á los Chilenos. Una compañía, que será la primera que reciba el empuje del enemigo, se despliega á vanguardia, sobre el borde de una hondonada, ocupando un frente igual al del batallón formado en una sola fila.

Don Porfías ha vuelto á disgustarse conmigo, por supuesto con tanta razón

como la que siempre acostumbra. No sé si en toda la línea, pero en cierta parte se ha empezado á levantar un parapeto. —Vea U. que buena trinchera están haciendo, me dijo,—Eso no es trinchera, sino parapeto, tuve la mala idea de decirle, porque no debe discutirse, cuando se quiere conservar la apacibilidad, con los que creen que todo lo tienen ya sabido. Bastó mi sencilla rectificación para que mi contrincante se irritara, y me contestó sin miramiento alguno :—Qué tal, ¿no sabe U. que trinchera y parapeto es una misma cosa ?—Tuve la prudencia, la santa prudencia de no contestar sino con el silencio á mi ignaro compañero; pero él lo atribuyó á desprecio y de hecho me desafió, no á la bayoneta, sino á las trompadas; pero lo dejé con sus ganas de que le rompieron algún diente de su boca lijera, ó vice versa, y más irritado todavía, por que habiéndose enterado el subteniente Bustíos de la disputa y de sus causas, dió la razón al que la tenía.

Hacen dos días le tocó servicio de avanzadas á mi compañía. Como ya habíamos sido designados por la orden general, á hora temprana todavía nos alistamos, y cuando ya las sombras de la noche eran bastantes para que no

viera el enemigo nuestro desfile, salimos conducidos por un capitán del E. M. Como media hora marchamos en la dirccción en qne esperamos el enemigo al paso del caballo de nuestro guiador, y ahí nos dejó con nuestra consigna en plena pampa, á una distancia que me pareció exagerada, opinión que guardé para mí. Pero es lo cierto que también el comandante de la avanzada lo creía así como lo comprobó el hecho que luego veremos. Como se estila en esta facción, se tomaron las más delicadas medidas de vigilancia. No se veía sino un oscuro horizonte y ningún montículo ni accidente del terreno se ofrecía como base para la posición de la avanzada, de manera que el jefe de ella no hizo sino desplegarla sobre su propio terreno, colocandoá la distancia conveniente los centinelas que debían sentir si el enemigo se aproximara. A ..... don Porfías y á mi nos hicieron dragonear de cabos. Sería más de media noche, cuando se acercó un sargento á la avanzadilla que yo tenía á mi cargo y me dijo :—¡ Atención ! ¿no siente U? En ese momento el centinela también se volvía á mí y exclamaba : —¡Mi cabo, caballería viene !—Ocultarse bien y estar listo—volvió á decir el sargento y se encaminó á los otros vigilantes.

En el silencio profundo y solemne de la noche sólo se percibía el silbido sutil de un viento frío que helaba la pampa, y un sisío que fué creciendo sucesivamente hasta convertirse en ruido alarmante: era el paso de una numerosa caballería que se aproximaba. Con nuestros fusiles listos hundíamos nuestras miradas en las tinieblas por el sitio de donde venía el ruido, pero ni una sombra se distinguía. La oscuridad era tan densa que no veíamos ni al grueso de la avanzada que estaba á tan corta distancia, ni á los otros centinelas. El ruido seguía creciendo, prueba de que la partida seguía avanzando. ¿Venía el enemigo á ciegas á chocar con nosotros? El sargento se acercó rápidamente y nos dió esta orden:—Retirarse á sus puestos. Nos incorporamos pues á la compañía para esperar el choque. Llegó hasta escucharse rumor de voces, pero nada se distinguió y el ruído fué disminuyendo, alejándose hasta convertirse otra vez en vago sisío y después sólo se oyó el silbido del viento. Inmediatamente volvieron á constituirse los centinelas; á mi me relevaron del primer cuarto y quedé en las filas.

Ahora bien, aunque no se ha verificado el choque, éste ha sido tan inminente

que bien puede juzgarse de nuestro espíritu al frente del enemigo: la situación ha sido caracterizada por una serenidad y un aplomo recomendables; ni una voz ni una orden intempestiva, precipitada ó mal ejecutada, y no hay duda de que si el enemigo sigue en su avance, no lo hubiera pasado muy bien. Gracias á lo voluminoso de su masa y á lo corto de la distancia nuestras primeras descargas hubieran sido certeras y bastantes á ponerlos en derrota, si no estaban inmediatamente apoyados. En caso de estarlo, mientras se rehacian de la sorpresa, nosotros hubieramos formado el cuadro y resistido hasta que nos llegara refuerzo.

Por primera vez he visto en el terreno de la razón á mi compañero Porfías.—Diga U., me dijo buscándome la boca—yo creo que el Capitán ha hecho mal en no mandar anunciar lo que ha pasado. Yo no quise contestar por miedo de que me dijera en secreto, porque hablabamos despacito, las lisuras que acostumbraba decirme en voz alta, pero accedí porque me repitió su interpelación en un tono amistoso que nunca había observado en él antes. — Me parece, le contesté, que en los momentos en que el encuentro parecía

inminente hubiera sido demás destacar un soldado que haría falta para la defensa, porque la noticia la hubiéramos dado más pronto al romperse los fuegos; mas ahora que el enemigo se ha alejado, sí creo que es una novedad buena para comunicarse en el momento y no esperar hasta mañana. — Lo mismo digo yo, enganche, me dijo mi compañero á guisa de reconciliación; pero creo que muy luego se arrepintió de su muestra de amistad. Como para confirmar lo certero de mi primera opinión, el Capitán destacó á un cabo á la línea á dar noticia de la ocurrencia, y, como hombre prevenido que era, comprendiendo que le sería muy fácil extraviarse, le ordenó se quedara en ella.

La oscuridad que hasta más de la media noche había sido tanta á causa de los nubarrones que entoldaban el cielo, como éstos se disiparan, empezó á disminuir, y cuando las estrellas se aclararon, su resplandor nos permitió observar y orientar nuestra posición, y me pareció estar demasiado cerca de los cerros sobre los cuales habíamos visto varias veces á los vigilantes chilenos. Por supuesto que mi observación era in pecto; pero con mayor razón no podía pasar inadvertida para mi capitán

que nos encontrabamos en una situación que, con seguridad, no era la que el E. M. había tenido en mente asignarnos. En efecto, el Capitán hizo retirar los centinelas y en seguida dispuso contramarchar unas cuantas cuadras, hasta una hondanada en cuyo fondo descansó el cuerpo principal de la avanzada, mientras en la ceja del frente se situaron los centinelas.

—Ahora sí, dijo Porfias, creo que el Capitán ha infringido su consigna.....

—Nada de eso, le repuse, un jefe tiene siempre facultad para proceder conforme convenga al mejor cometido de su consigna.....

—¡ Qué tal !—me interrumpió mi interluctor—¿así es que un jefe tiene derecho para abandonar la posición que debe defender? ¡ Qué bién comprende U. la disciplina.....

Lo que comprendí es que mi amigo volvía á sus anteriores rebeldías contra mi amistad, y me excusé de continuar la discusión. Era, por lo demás, inconveniente discutir sobre un asunto sobre el que mi contrincante tenía conocimiento tan superficial que lo exponía á apreciaciones tan falas

Cuando amaneció pudimos comprobar cuán cuerdamente había procedido

nuestro Capitán, al ver en una altura dominante una fuerza como de cien chilenos que al desfilar observamos llevaba cada uno un infante á la grupa.

Se nos han *concluido nuestras haciendas de caña* ! quien nos dijera que no habrían de quedar ni rastrojos! Lo que hemos dejado se lo ha comido el ganado del servicio del ejército.

Estamos perfectamente bien tratados en lo que se refiere al rancho. A la hora de diana una copa de ron con cascarilla y un puñado de coca (que yo cedo á mis compañeros andinos), en seguida una cazerola de café y un *torpedo* (un pan enorme y sabroso); á las 11 el primer rancho, una sopa de menestras y legumbres y un gran trozo de carne y su torpedo; por la tarde el segundo ranchо, repetición del anterior.

En resumen, comida abundante, como para gente que tiene mucha hambre; carne gorda; y todo distribuido con exactitud y puntualidad. Y cuidado que no somos cuatro gatos; somos *treinta mil* hombres, contando la Reserva que también está en campaña.

Se nos ha dado una ametralladora, la que corre á cargo de la banda, ahora están los músicos aprendiendo á tocar este instrumento para hacer bailar á los

Chilenos. Según entiendo se ha hecho igual cosa con todos los cuerpos de la línea de batalla. Y he aquí un nuevo motivo de confusiones para las críticas del elemental don Porfías.

—¡ Qué disparates hacen á veces los jefes ¿dónde se ha visto darle á manejar artillería á la infantería.....y á los músicos todavía ?

—Pues mi amigo, le contesté, está U. muy poco enterado: sepa U. que en los ejércitos europeos la ametralladora es arma propia tanto de la infantería como de la caballería y de la misma artillería.

—¿ Y como ha sabido U, eso ?

Pero hombre, leyéndolo en obras militares sobre la organización de los ejércitos europeos.

—¿Usted lee obras militares ? con razón sabe U.....

—Y U. no lee y con razón no sabe, porque nadie nace sabiendo—y volví la espalda para evitar controversias inconducentes.

El campamento está asediado, verdaderamente, por multitud de sacerdotes que nos inducen á la confesión. Ya he manifestado por mi parte con todo respeto á uno de estos justos sacerdotes, que no tengo intención de prác-

ticar por miedo á la muerte una cosa que no he practicado antes. Es muy natural y será muy meritorio que se confiesen las personas piadosas; pero es indudable que los misioneros están practicando en estos momentos una propaganda muy opuesta á la salvación de la Patria; están probando que, si conocen muy bien lo que es necesario para salvar una alma del Infierno, no conocen nada la naturaleza humana de esa alma, su sicología; si la conocieran ser an verdaderos traidores ó aliados de los Chilenos. La mayor parte de nuestros indios ignaros sólo tienen de religión las supersticiones más groseras; la mayor parte nunca se ha confesado, y cree y sabe que sólo se confiesan los que van á morir; la idea de la confesión está tan indisolublemente asociada en su inteligencia á la de la muerte que la una supone la otra. Si hubiera medio de hacerles conocer antes otras verdades de hechos, tales como la de que en una batalla, cuando es muy sangrienta, rara vez cae más del veinte por ciento de los cambatientes, y, por consiguiente, si todos los que entran en un combate tienen igual posibilidad de morir, la probabilidad está sólo en razón de 80 á 100; si hubiera medio de hacerles comprender que sucede con frecuencia que los más valientes salen ilesos después de haber estado en lo más sangriento del combate, y los cobardes, los que huyen, son alcanzados por las balas y muertos sin mérito para Dios ni para su Patria, después de esto la confesión no sería tanto una causa de desaliento para nuestros soldados del interior; pero dado el espíritu que requiere la fe de esos misioneros, no hay que esperar que esas consideraciones mundanas se mezclen en su propaganda religiosa, creerían quizá profanar su misterio, creerían de cierto, que era contrario á su objeto presentar mayor probabilidad de salir ileso en la batalla que de quedar muerto; creerían dar más valor á esta vida que á la otra: lo único que quieren, y deben quererlo de corazón, es hacer la muerte más amable que la vida, ofreciendo, mediante la confesión en este mundo, las glorias del otro; pero los buenos sacerdotes, no se encuentran ya con la malicia de la ciencia humana que desmienta ó desacredite sus principios, sino con la misma ignorancia y con el instinto de la vida.

La fe requiere ó la ciencia ó la ignorancia; la fe de la ciencia es verdadera (hasta donde puede el hombre alcanzar á

conocer la verdad) objetiva y subjetivamente; la fe de la ignorancia sólo es verdadera (necesariamente verdadera) considerada subjetivamente; y si fuéramos á medir el grado de una calidad por la firmeza del sujeto, ninguna fe más verdadera que la de la ignorancia, así como no hay formas más invariables que las que el ciego ha llegado á atribuir á los objetos. El indio, ese ciego de espíritu, ha sabido que la muerte es el fin de los únicos bienes que conoce y la cree mala; cree que es un dolor y le teme, cree que hay un Infierno de sufrimientos horribles, tan horribles, que sobrepujan el límite de sus concepciones, sabe que de esos tormentos se librará sencillamente confesándose, cuando ésta falte, mediante un acto de contrición, ¿por qué, pues, encuentran los padres una resistencia pasiva, de parte los soldados indígenas sumisos y creyentes? Ah! es porque, lo repetimos, para él no hay confesión sin muerte, y porque teme la muerte teme la confesión; la ingenuidad de su espíritu, de su creencia, le hace comprender la confesión en estos momentos en algo así como un compromiso de muerte, compromiso que no acepta en lo íntimo de su conciencia, que no quiere

contraer, porque si puede creer conveniente y lícito engañar á los otros, *no* puede engañarse á sí. Por eso estamos viendo que no son muchos los que acuden expontáneamente á los pies de los sacerdotes; y para estos el acto es verdaderamente meritorio; por eso vemos que la mayor parte no la aceptan con voluntad: no quieren confesión, porque no quieren contraer el compromiso de morir, porque quieren aprovechar la ocasión de huír, y al confesarse sin su voluntad, obligados, no se creen ligados por el compromiso que el acto verdadero significaría para él; pero sí cree en la inminencia de la muerte precisamente porque lo obligan.

La mayor parte de los Padres que han venido no son peruanos, y, sin dejar de ser amigos de nuestro país, no son, naturalmente, patriotas. Lo que para nosotros sería un motivo de desesperación y de dolor inimaginable, para ellos podría convertirse en una causa buena para tornar ovejas extraviadas al redil. Si fueran peruanos de corazón, rogarían á Dios con toda su fe, con todos sus clamores, á Dios cuya Sabiduría y cuya Misoricordia es tan grande que no se mide, rogarían á Dios para que aceptara sin confesión á las almas de

esos inocentes dos veces víctimas, á quienes los hombres que rigen los destinos de la Patria han creido útil tomar su cuerpo para sacrificarlo en las batallas de la defensa nacional; á quienes los sacerdotes encargados de la dirección de su espíritu han creído útil, para conservar su entereza de espíritu, no ofrecer la confesión, siendo esta la causa de morir sin ella; y Dios que ve las cosas con su Sabiduria, y ejecute con su Misericordía aceptaría gustoso los dos sacrificios. Pero tal no sucederá, y nuestros soldados seguirán mirando esas sombras negras que anuncian próxima muerte, sugiriendo en su inteligencia al mismo tiempo el deseo de huir de ella.

Lo repetimos; la manera de que la confesión no fuera un principio de desaliento en la hora actual para nuestros soldados indios, sería el que los confesores pudieran ejercer una acción moral virilizadora en su espíritu; más para que esto pudiera suceder, sería necesario que la inteligencia de unos y otros tuviesen punto de contacto que pudiera establecer medio de acción moral. Desgraciadamente no es así: falta completamente la afinidad psicológica entre sus respectivos espíritus,

y la disparidad de idiomas ha establecido como una solución entre uno y otro: nosotros, dándole á la idea toda su extensión, no conocemos el idioma del indio y no podemos penetrar en su espíritu que se nos antoja un antro sin chispa de luz; el indio, si algo conoce de el nuestro, es sólo lo necesario para servir de instrumento de oposición.

II

AÑO NUEVO

Se acabó; se agotaron en la corriente de los tiempos los días del año sangriento: 1880; y fué á hundirse junto á su igual, el de 1879, en el abismo de la eternidad; sus días no han sido sino sucesión contínua de desastres: ¡vergüenza y martirio! ¡Sé tú, oh año nuevo, el año de la reivindicación y de la victoria; el del triunfo de la justicia: ¡de esa victoria que nos sonríe en medio de nuestras visiones patrióticas..... y nunca alcanzamos, y se aleja y se aleja como la sombra impalpable del ensueño.....! ¿Es que no somos dignos de la victoria? ¿No es justa nuestra causa? Justa es, y la justicia es el único fin lícito de la guerra;

el único fin que puede justificar el que se arrebate al hogar al padre y al hermano; el que se arrebate á los campos y á las ciudades el brazo que labra aquéllos y fomenta la industria de éstas: el que se vierta sobre el suelo en que nacimos, torrentes de sangre y diluvios de lágrimas.....

Hemos cambiado de campamento y estamos ahora en Santa Teresa.

Una nueva disposición suprema ha introducido cambio en el orden anterior de las fuerzas, y á consecuencia de ella ha pasado el 2.° cuerpo de Ejército á ser cuerpo de Reserva.

Formamos este 2.° cuerpo de Ejército la 4.ª y 5.ª Divisiones del Ejército del Norte. La 4.ª, cuyo comandante general es el coronel don Buenaventura Aguirre, ha sufrido una lijera alteración por haber permutado su batallón N. 21 "Libres de Cajamarca", por el 17, "Huánuco"; de manera, que queda formada por este batallón, mandado por el coronel don Pedro Mas, "Paucarpata" N, 19, mandado por el coronel Chariarse y "Jauja" N. 23, su jefe Arias y Aragüés. La 5.ª, cuyo comandante general es el coronel don Juan M. Pereira, se compone de "Ancash" N. 25, coronel Manuel Cáceres, "Concepción" N. 27, coronel

provisional don Juan E. Valladares, "Zepita" [antes "Zuavos"] N. 29, su coronel Zevallos. El comandante en jefe de este segundo cuerpo de Ejército es el veterano coronel don Belisario Suárez, Jefe de Estado Mayor del 1er. Ejército del Sur, que, como tal, compartió con el general Buendía la dirección de la batalla de Tarapacá, cabiéndole, por consiguiente, la mitad del mérito de la victoria.

Se han restablecido los ejércicios diarios, aunque no tan prolongados como en los tiempos ordinarios; lo que nos hace creer que no se espera un ataque próximo del enemigo. También practicamos ayer ejercicio parcial de tiro para enseñar á las últimas altas, y por ser yo del número de éstas, y porque se concedió también el ejercicio á los distingnidos, tomé parte en él. A falta de otro blanco, se colocó un periódico prendido en cañas que se afirmaron en el suelo. Mis primeros disparos fueron tan certeros, que dejé á todos sorprendidos; pues sin necesitar hacer punto detenido, se veía por la proyección del tiro en la falda del cerro, que no fallaba uno.....Pero he aquí que no sé quién tuvo la diabólica ocurrencia de traer unos pobres perritos que ningún mal habían hecho para po-

nerlos de blanco. Una vez atados los animalitos se pusieron á ahullar desesperadamente, como si supieran que los iban á fusilar sin ser traidores á la Patria; mientras que por allá venían corriendo diciéndonos insultos las rabonas sus dueños. Los que pretendían divertirse de tan torpe manera, nos excitaban diciendo: ¡Apunten bien..... pronto! ..... Pero ya mi pulso no fué certero, y llegaron aquéllas y se llevaron los perritos.

Le he escrito á mi madre. Antes de salir me procuré sobres timbrados, y previendo que no siempre tendría tinta, los tengo con su nombre y dirección exacta, de antemano. He escrito con lápiz solo cuatro letras, excusando mi laconismo con mis ocupaciones de campaña; ¿qué se le puede decir á una madre en vísperas de una batalla?

Con motivo de la corta marcha que hicimos de San Juan á este campamento de Santa Teresa, hemos podido probar cuán molesto es el sistema de morrales para cargar municiones. Sin duda la alta dirección del ejército ha tomado en cuenta que no tenemos que practicar marchas largas, y esto sólo nosotros los del cuerpo de reserva, que lo que es el resto del ejército ya está en sus posiciones.

He olvidado consignar un incidente que pudo tener consecuencias algo sangrientas, y que tuvo lugar antes que dejáramos la línea de San Juan. Eran las primeras horas de la mañana y estábamos formados en batalla en nuestra posición, cuando, hacia nuestra derecha, apareció entre las brumas matutinas un escuadrón de caballería. Como estaban bastante lejos y no nos enfrentaban, no hacíamos más que observarlos, casi con la seguridad de que eran de los nuestros, cuando de repente, de un lugar de la pampa, en donde parecía no hubiera una alma viviente, vimos surgir, como una explosión sucesiva, penachos de humo, de humo, y acto contínuo percibimos el ruido de un graneado fuego. Afortunadamente la hostilidad no fué sino de un momento y no hubo sino un caballo ligeramente herido; pues la caballería era el escuadrón que manda el mayor Rondón, que se retiraba de su facción nocturna.

Ya que ha llegado el momento de hablar de hostilidades, consignaré el rumor que corre de que el regimiento "Rimac" fué sorprendido y destrozado por los chilenos. ¿Será cierto? No tengo medio de comprobarlo ni me atrevo á preguntárselo á nadie, por no contribuir á pro-

pagar una bola mal intencionada, si es falsa, ó una noticia desalentadora, si es cierto.

Como creo haberlo ya dicho, hemos dado fin á nuestras haciendas de caña; ya no tenemos más golosinas que las que nos procuran por nuestro dinero las rabonas y otras vivanderas que recorren en gran número los campamentos. Lo que dificulta el comercio de estas mujeres, es el cambio de billetes de cinco incas con que con frecuencia nos pagan, y para conseguir lo cual tenemos que comprar más de lo que necesitamos, y hasta objetos que no necesitamos. Demás es decir que bizcocheros del género no se conocen; todos son soldados. Hombres, sólo algunos europeos, muy conocidos y garantizados, penetran en nestra zona de campaña.

Uno de estos europeos incurrió en sospecha de ser espía y estuvo á punto de ser puesto en confesión..... militar; pero tuvo la buena fortuna de ofrecer oportunamente testimonios que aseguraran su fidelidad y su amor al Perú.

No ha sido lo mismo con un chino que fué descubierto culpable de espionaje de una manera muy sagaz por un individuo de tropa, según me han contado. Fué encontrado ese sujeto viniendo en una

dirección dudosa, lo que explicó diciendo haber ido á traer sandías y zapallos á un lugar en donde las hay, y en prueba de ello las llevaba en sus alforjas. Después de haber sido registrado hasta los pliegues de las orejas, ya iba á pasar como inocente el muy espía, cuando se le ocurrió al ladino soldado examinar atentamente una á una esas frutas, y ahí estaba ello: vió que una sandía estaba *calada* como se acostumbra hacer para conocer si está madura; quitó la caladura y..... encontraron la podredumbre: papeles escritos en clave, que nadie supo descifrar ni saber á quién se dirigían, porque el espía, fiel á su compromiso, murió sin confesar.

III

PASCUAS Y VISPERAS

Enero 6. Santa Teresa. — Bien está, porque todo está en empezar. Hoy han venido los chilenos á darnos..... y á recibir pascuas, ya que no lo hicieron por Navidad.

Una crecida fuerza enemiga se avistó en el camino de Villa y bien pronto se trabó una reñida escaramuza de artille-

ría y fusilería. Sostuvo ésta el veterano "Callao", que salió al encuentro del enemigo, recibiéndolo en plena pampa. Una de sus bombas vino á reventar cerca de nuestro campamento, sin causar daño. Parece que esta vez no nos han sacado sangre los chilenos.

Parece, también, que sospechando que uno de los planes del enemigo era tomar el alcance de nuestrs cañones, los artilleros hicieron adrede sus tiros cortos.

12. San Juan. — He aquí que vuelvo á tomar la pluma y á escribir, cuando creía que no lo volvería á hacer..... *hasta después*

Grande ha sido la alarma y el movimiento en que lo hemos pasado desde el 8 hasta ayer noche; á cada instante esperaba escuchar la voz de los fusiles enemigos buscándole la boca á los nuestros, y á los cañones queriendo acallar con sus lenguas de bronce ó de acero el diálogo de aquéllos; pero como aún no ha sucedido eso, hay que aprovechar el descanso y la calma para recordar y apuntar lo que ha pasado; porque ¿quién sabe si de aquí á mañana esta mano que ahora maneja el lápiz y el fusil habrá quedado crispada é inanimada, y los ojos que ahora leen lo que escribe esa mano,

habrán *visto* ya la verdad en el mundo de los misterios.....? Bien; lo que ha de suceder, sucederá: vamos á lo que ha sucedido.

Domingo y 8 de enero era, y esperábamos que se acabara de armar el altar para oir la misa, cuando al toque de atención en el cuartel general, corrimos á las filas, rompimos pabellones y emprendimos rápida marcha hacia la izquierda. Por San Juan estábamos, cuando se dejó oir el trueno del cañón de Vásquez y la corneta tocó *trote*. ¡Ahora sí era de veras!

Pronto empezó la gente débil á fatigarse y á arrojar prendas de vestuario para aligerar la maletera; yo..... también hice lo mismo; me deshice del pantalón de la Reserva y de la ropa interior de tropa. Los oficiales de retaguardia empezaron á dar la mano á los rezagados ayudándolos á cargar sus rifles, municiones ó equipos; algunos se echaban á la grupa á los más fatigados. Se hacía sentir sobremanera el morral con cien cápsulas colgado al costado; y siguiendo el ejemplo de los soldados viejos, me lo puse á la espalda. Esta operación la realizábamos sobre la marcha con ayuda del compañero de retaguardia.

Por fin nos detuvimos en los primeros

potreros de Monte Rico Chico; habíamos hecho dos leguas largas en una hora corta, y aunque con bastante esfuerzo y algo á la cola, había podido yo seguir con el batallón. Antes de que cambiara la situación de mi morral de municiones, mi fatiga era tanta que por momentos sentía las angustias de la asfixia.

Mientras se cocia el rancho, tuve oportunidad de enterarme del lance de guerra del día por un antiguo condiscípulo y muy amigo mío: el alferez Manuel Silva, sobrino del general J. de E. M. G. y del mismo cuerpo él. He aquí el lance:

Una fuerza enemiga, cuyo número se aprecia en más de cinco mil, vino por Pampa Grande y cayó sobre el batallón "Pachacamac", que cerraba el paso de dicha pampa al valle de Lima. A pesar de que el armamento del citado batallón es el antiguo Minié, resistió denodadamente á sabiendas de que jugaba á pérdida segura; pero comprendiendo que su sacrificio se imponía para prevenir al resto del ejército: en efecto, diezmado por la infantería primero, fué destrozado á sable por la caballería chilena después; pero cuando el enemigo desembocó al valle, fuerzas de la Reserva se encontraban ya en posiciones de defensa y nosotros marchábamos al trote á reforzarlas; pero bastó que los cañones de Vásquez escupieran su metralla sobre aquéllos para obligarlos á retroceder.

Verdadero disgusto nos causó el saber que el enemigo había retrocedido después de su fácil victoria sobre una fuerza diez veces inferior y de armamento nulo; pero ¡paciencia! ese no había sido sino un reconocimiento en grande escala, preludio, sin duda, de la gran batalla; sólo la esperanza de que ésta estaba ya muy próxima, nos pudo consolar de la decepción sufrida.

Ah! pero el entusiasmo que fué alas para nosotros, fué muerte para el más débil de nuestros compañeros. Tierno como un niño era el distinguido Romero de la 5.ª: catorce años no más tenía y quiso ser fuerte como un hombre: su debilidad estaba en contradicción con su espíritu animoso y entusiasta. Desde el principio le ordenaron marchara á retaguardia con el parque; pero él se empeñó en seguir en las filas. Cuando la fatiga empezó á agobiarlo, recibió nueva é imperativa orden de marchar á retaguardia; pero de nuevo desobedeció y redobló sus esfuerzos, é hizo otro esfuerzo..... y otro más; ¡no quería perder

ni el principio del combate! Y su último esfuerzo fué su último aliento: cayó muerto al pié de la acéquia en donde pensaba reanimarse: no sólo de bala se muere por la Patria!

Apenas habíamos acabado de tomar el rancho, cuando otra vez tocó la corneta atención, y emprendimos de nuevo marcha ligera á la izquierda: era que el enemigo se dejaba ver otra vez por Pampa Grande; pero antes que llegáramos nosotros á divisarlo, se perdió de vista.

Después de tomar el segundo rancho contramarchamos, y cuando ya había cerrado la noche, tomamos posición del suelo en la Pampa del Cascajal. Antes de que amaneciera nos despertaron y nos desplegaron como para entrar en acción.

El día 9, repetición de la maniobra con excepción de la marcha al trote: de derecha á izquierda y de izquierda á derecha como un cerrojo. Bien entrada la noche emprendimos marcha de Monte Rico á San Juan. Era tan grande la fatiga y el sueño, que la tropa se caía dormida; y después de cada alto de reglamento costaba verdadero esfuerzo despertarla. Media noche sería cuando ocupamos el Cerro de Pamplona. Me mandaron dra-

gonear de cabo y me tocó el primer cuarto..... ¡Dios santo, qué facción! Sentía caer sobre mis ojos una cortina de plomo que me los cerraba; sentía que el pensamiento se detenía..... que mi cerebro dejaba de obrar..... ¡y había que obligar á los ojos á ver, y que obligar al cerebro á la vigilia! Dios sabe los esfuerzos que tuve que hacer para sobreponerme al sueño; me agitaba como un energúmeno; me abría los ojos con los dedos; me tiraba los cabellos como un desesperado!..... También los centinelas se caían de sueño; pero se relevaron á la hora. Por fin, después de dos horas, fuí también relevado, y no había trascurrido un minuto de haber dado parte de la entrega de mi cuarto, cuando ya estaba en los deliciosos brazos del dulcísimo Morfeo. ¡Qué placer, qué delicia, sí, es caer sobre el suelo, cerrar los ojos para no ver ni pensar en el enemigo que nos asecha, y para no sentir ni el frío, ni el hambre, ni el cansancio, ...ni la muerte misma si le place venir á esas horas.

Antes de que fuera de día nos despertaron y nos desplegaron en batalla. El rato de sueño dormido había restaurado nuestras fuerzas, y en esa actitud esperamos que viniera el enemigo á recibir

el albazo que le teníamos ofrecido. Amaneció el día, y disipadas las brumas matutinas pudimos contemplar la pampa limpia á nuestra frente. Disipado el peligro con la luz, nos dirigimos al campamento á saborear el ron, el té y el pan del desayuno. ¡Y otra vez á marchar á la izquierda.....!

Con gran vergüenza y humillación tuve que darme por vencido: ya no podía con mis piés. Estaba completamente despeado y la causa era que mis botines estaban completamente deatrozados. Con harta vergüenza, pues, repito, puse de manifiesto mi estado á mi capitán y..... salí de las filas para ir á la impedimenta.

Emprendimos luego la marcha lentamente tras del cuerpo, pero á eso de medio día nos hicieron contramarchar y acampar en este lugar, al que llegó todo nusstro cuerpo poco después, y en el cual escribo estas líncas.

Dos días de descanso han aliviado mis lastimados piés; pero tendré que recurrir al calzado de tropa, que han de repartir de un momento á otro á los que lo necesitamos, para no verme reducido otra vez á la triste condiciónde rezagado. Si me dieran permiso para ir á Lima, no habrían más cuitas; pero no quise solicitarlo cuando era posible para no repetir la penosa escena de la despedida, y ahora no nos es permitido alejarnos ni media cuadra del campamento.

Parece por todo esto que el gran día se acerca. Un compañero nos decía hace un momento, viendo el festín con que nos regalábamos Alvarez, Porfías y yo:

—Engordar, engordar, muchachos, para aguantar el empuje de los chilenos!

—¿Crees? agregó Alvarez, tengo por seguro que si de aquí á tres días no han venido, vamos á su encuentro.

—Tengas boca de ángel! — y seguimos el festín.

Pues, sí, y lo que celebrábamos era la llegada de ña Facunda, la negra famosa por su famoso sanguito y los famosos frejoles y no sé qué otras cosas comestibles dignas de pasar á la historia, pregonadas por la misma trompa. Y es que la tropa había recibido su alcance del mes anterior, y al olor de la miel iban las moscas: ña Facunda y toda su parentela (viniéndole el parentezco por el fogón) llevándonos todo le por comer conocido y por conocer, con ánimo bien dispuesto á llenarnos la barriga y vaciarnos los bolsillos.

Vaya! ¿y para qué otra cosa sirve la

plata con un hambre de campaña? Otros la guardan..... nuestros compañeros los indios: si hicieron bien, lo sabrán cuando se acabe la guerra. Pero ello no les impide el hartazgo, porque el rancho anda hoy bobo, y no es cosa de dejarlo perder.

En cuanto á este que escribe, ni gasta ni guarda, y la razón es que no habiendo pasado la revista anterior, no ha tenido alcance; lo cual, como se vé, no ha obstado. Alvarez me dijo: — Vamos á comernos íntegros estos cinco incaa, porque si mañana me matan, no quiero que peleen mis herederos.—Me adhiero, dijo Porfías, y de ahí el festín. Pero nuestros deseos, juntando los míos con los suyos, no se han cumplido: habíamos calculado mal la cabida de nuestros estómagos, y cuando los billetes estaban por la mitad todavía, aquél estaba ya lleno hasta la boca. Como no tenía cambio, ña Facunda se ha llevado los billetes para traer el vuelto mañana.

II

BATALLA DE SAN JUAN

13 DE ENERO.

¡Demain est Waterloo!
¡Demain est Saint Héleine!
¡Demain est le tombeau!

VICTOR HUGO. (1)

Enero 22. — ¡Mañana! ¡Quién puede pronunciar con seguridad esta palabra, y quién puede fiar nada en vísperas de una batalla! Hacen diez días que cerraba con ella mi nota diaria, y sólo hoy vuelvo á abrir mi libro; sólo hoy he podido hacer un esfuerzo de voluntad suficiente para poder consignar en él los hechos que, antes que recordar, quisiera olvidar para siempre jamás. ¡Días funestos, imposible olvidarlos, imposible borrarlos del cómputo de los tiempos! Lo que fué fué y ya no puede dejar de haber sido. Podemos creer que el acontecimiento por venir puede evitarse ó modificarse; pero el acontecimiento pasado ya es in-

(1) Mañana es Waterloo — Mañana es Santa Elena — Mañana es..... la tumba!

variable: los muertos por la Patria ya no se levantarán y nuestra sangre ya no lavará la vergüenza, la humillación de la derrota. ¡Dichosos los que en San Juan y Miraflores han cerrado los ojos para no ver las vergüenzas ni laa desdichas de la Patria!

Peor que para la mujer seducida por los apetitos de la vida ha sido la seducción que ésta ha ejercido sobre nosotros los que hemos salvado; porque aquélla va al lago amargo por entre un valle de flores y nosotros hemos caído en él sin vanas compensaciones siquiera. Y ahora que estoy afligido, inconsolamente afligido, ahora que estoy intranquilo ante mi conciencia ¡ay! me pregunto si no fué un afán loco el buscar la vida que tantas amarguras guardaba; y me parece que sería una felicidad dormir con los otros ese sueño sereno de la muerte, después de haber vertido toda la sangre que, por no haberla vertido, hoy se agolpa á mi rostro y á mi corazón y me avergüenza y me ahoga. Creo que así como hoy maldigo á los que con sus manos enemigas mataron á mis hermanos, los bendeciría, si me hubieran sembrado en los campos de desolación, para que algún día blanquearan en ellos mis huesos como una flor de heroismo.

. . . . . .

Y ahora que estoy afligido, inconsolablemente afligido, ahora que estoy intranquilo ante mi conciencia; voy á reconstruir los hechos que he presenciado y en los que he tomado la participación que estas memorias consignan, para recordarlos como una pobre compensación si algo hice por mi Patria, como un remordimiento si pude hacer más y no lo hice.

. . . . . .

Un gran general ha dicho que las impresiones que quedan de una batalla no difieren mucho de las de un baile, refiriéndose á la diversidad de puntos de mira y á la divergencia que esta causa introduce en las apreciaciones históricas del acontecimiento. Después de apuntar el juicio vertido por uno de los maestros en la guerra, por el vencedor de Napoleón I, es claro que yo, simple soldado, que apenas conozco el teatro de la guerra, y ni aun toda la línea de batalla, y mucho menos los planes que se han frustrado, es claro que no pretenderé en estas memorias hacer el juicio profesional ó filosófico de los acontecimientos, sino sólo consignar mis impresiones individuales, y las apreciaciones generales que el sentido común y mis

pocos conocimientos en la profesión militar me permitan.

.....

Una luna hermosísima nos alumbró la primera parte de la noche del 12, y nos convidaba á pasarla en vela. Así estuvimos hasta las diez, celebrándola con cuentos y cantos. Pero ni el sueño ni las órdenes superiores nos permitían prolongarla más. Me dormí, y tuve un sueño triste, tan triste que si hubiera sido supersticioso me hubiera parecido un presagio: soñé que mi hermano Nicolás, muerto hace más de un año, me llamaba. Desperté enternecido por un recuerdo tan triste, y no se me ocurrió tomar como mensajero de mal agüero el espíritu de un sér tan querido.

La luna en su ocaso ya no brillaba en el cielo y las miriadas de estrellas fulgurosas rutilaban su luz como si fueran las pupilas amorosas é inquietas de las madres de nuestras almas. Me incorporé y contemplé con emoción extraña é intensa el campamento dormido. Apenas se destacaba en el suelo el relieve de los que yacían sobre él; pero el confuso rumor que se elevaba de los cuadros anunciaba la vida exhuberante que en ellos reinaba: era un coro in crescendo confuso para el órgano vulgar de la

audición, pero armónico y elocuente para las percepciones íntimas del espíritu.

En esas horas solemnes del misterio, cuando el cuerpo duerme sordo y ciego á las relaciones de afuera, el alma aislada se contempla en su soledad; y ya arrobada en los deliquios del amor que la ata á la tierra, ahora soñando los dolores de su martirio; bien reproduciendo la imágen risueña ó sombría de sus ambiciones, de sus enemigos, de sus cóleras, el alma en el sueño da su tono al pecho en que alienta. Aquel cuya respiración se exhala suave como un suspiro, y en cuya faz, si la viéramos, contemplaríamos una sonrisa dulce como un reflejo de la estrella que está en el cenit, aquél está soñando con la cholita querida y deliciosa que dejó allá en una choza escondida de la serranía, y que ahora guarda sola las ovejas que los dos cuidaban juntos; ese otro, con su respiración angustiosa, sueña que una pobre mujer, que es su mujer, y unos pobres cholitos, que son sus hijitos, no tienen ya esposo ni padre; pero sí amo cruel é inflexible que cobra á la viuda y á los huérfanos la deuda que dejó el soldado que murió por la Patria, sin querer saber por qué murió; el que más

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

allá alienta rugidos, sostiene brazo á brazo lucha mortal con un chileno. Todos duermen y sueñan, sueñan..... ¡y llegará un momento en que su sueño sea interrumpido..... y muchos se volverán á acostar, pero ya no volverán á soñar, y ya no se volverán á levantar! y pensé, sin poder dominar un estremecimiento que quién sabe yo sería uno de ellos.....! Pero el sueño, esa panacea para las penas del alma y para las del cuerpo, recobró pronto el tiempo perdido y me dormí de nuevo.

.....

Volví á despertar; y ahora no era el espíritu de mi hermano el que me llamaba, sino la voz imperativa de oficiales y clases que decían: Arriba! arriba! El sueño del soldado en la guerra es ligero, y apenas pronunciada esa orden las filas acostadas se irguieron, como alzadas por un resorte, y el batallón estuvo listo. Eran mas ó menos las cuatro de la mañana, la luna ya se había puesto y el fulgor de las estrellas que enviaban su postrera luz, no alcanzaba á esclarecer las tinieblas. Un silencio solemne reinaba y era seguro que millares de hombres cubiertos por dos banderas enemigas se acechaban para exterminarse. Sólo de cuando en cuando se sentían los pa-

sos rápidos de los jefes y oficiales del E. M., cuyas sombras cautelosas veíamos aparecer y desaparecer, llevando ó trayendo órdenes. Nos mandaron descansar en nuestro propio terreno y nos sentamos sobre las maleteras.

Era indudable que el día decisivo había llegado: nuestros corazones palpitaban al impulso de las emociones contradictorias que una espectativa tal suscita; hablábamos poco, y cada cual parecía querer ocultar con su silencio la intensa inquietud que precede á la batalla.

Un poco á la derecha de las posiciones que habíamos ocupado al principio, se habían alzado en un mástil que habíamos notado de día una luz roja, una luz blanca, otra luz azul: los colores simbólicos de Chile que anunciaban la presencia real de su ejército por derecha, centro é izquierda.

Una hora ó más trascurriría desde que nos despertaron, cuando unas detonaciones aisladas primero, y descargas sucesivas después, se percibieron bastante apagadas por la distancia, en nuestra ala derecha. Como los desgarramientos de las nubes en las tormentas andinas, el bronco ruido de los cañones se dejó oir luégo y el relampagueo

de la explosión nos indicaba el sitio del ataque. Pero no nos entretuvo más el lejano espectáculo; porque así como un castillo cuyas guías de fuego han sido hábilmente dispuestas por el pirotécnico para un efecto instantáneo, un vivo resplandor, como una aureola; se extendió por todas las colinas de San Juan, y un fuego graneado de fusilería nos anunció que la batalla estaba empeñada en toda la línea. Si graneado se inició el fuego de la infantería, el de la artillería con sus resplandores más extensos y más intensos, se rompió también con rabia, y su contínua sucesión expresaba la impaciencia, el coraje y la serenidad de los que manejaban los cañones.

Un ¡viva el Perú! expontáneo y extentóreo, respondió en nuestras filas á los ruidos del combate: nuestro pabellón fué sacado de su caja, enarbolado en su asta, y el porta, subteniente Ugarte, tomó la insignia del batallón para no soltarla mientras no lo obligara una bala enemiga.

Rayaba la aurora cuando se rompieron los fuegos. Algunas balas de rifle y cañón enemigas pasaban en sus grandes parábolas sobre nosotros, sin atemorizarnos, porque la vista de nuestro estandarte y el olor de la pólvora habían

entonado nuestro ánimo y disipado esa indecisión que siempre precede, como un reclamo de la vida, al momento en que nos vamos á lanzar á arrostrar la muerte.

Ya era de día cuando se dió orden á todo el 2.° Cuerpo de Ejército para que fuera á ocupar un lugar más próximo á las posiciones en que se batían los nuestros. Desfilamos sin demora, atravesando por le plazoleta de la hacienda San Juan, y fuimos á desplegar los seis batallones á retaguardia de las colinas arenosas hasta los gramadales que vienen á quedar á retaguardia del centro de batalla. Una arista cárdena, una humareda que nunca se desvanecía sobre la ondulosa arista de las colinas, semejaban éstas á un volcán de inmenso cráter. De entre el ruido atronador del combate percibíase claramente la música de *San Mignel de Piura*, que tocaba probablemente el batallón de este nombre para unir en esos instantes supremos el pensamiento de la Patria chica al de la Patria grande. Otros cuerpos tocaban diana, y era patente que nuestros soldados, nuestros reclutas, puede decirse, hacían buena cara al enemigo aguerrido.

Pero no era un espectáculo gratuito

el que contemplábamos; una batalla no se ve de cerca impunemente. Las grandes parábolas que los proyectiles enemigos describían alejando sus efectos de nuestras filas, fueron acortándose á medida que rectificaban sus punterías; muchas bombas reventaron en un lugar pantanoso ó anegado, salpicándonos con el lodo que sublevaban; una reventó entre la cola del batallón Ancash y la cabeza del nuestro, y fué una fortuna que no causara más que un herido, un soldado del Ancash, que recibió sobre la espalda un casco que le ocasionó una herida grande, pero no grave, pues aunque bañado en sangre lo ví alejarse rápidamente sin necesidad de ajeno auxilio. No pasó mucho tiempo de esto cuando sentí un ligero chasquido cerca de mí á retaguardia; todas las miradas convergieron hacia ese punto, y si la situación y la causa no fueran tan graves, riéramos de la cara espantada y grotezca que ponía un ranchero de mi compañía, al mismo tiempo que exclamaba:—*Me han heredo*. En efecto, un hilo de sangre le corría por la mejilla derecha y por la izquierda le salía una masa verde-sanguinolenta. Sin duda la bala le penetró en trayección horizontal en momentos en que introducía la coca

y había pasado por el vacío sin tocarle la lengua.

Seguido de un numeroso estado mayor, cuyo selecto personal no podía ser disimulado, el Jefe Supremo, tan impasible al silbido de las balas como á las aclamaciones de los soldados, pasó delante nosotros, dirigiéndose á la derecha en donde la acción se hacía cada momento más severa.

El efecto eventual de los proyectiles perdidos del enemigo no había sido con todo hasta este momento de daño tan grave como para inspirar temor; pero la acción entraba ya en su periodo álgido y nuestra situación se modificaba con gran desastre. De pronto una onda agitó toda nuestra línea, y una voz siniestra cundió de boca en boca: ¡Los chilenos, los chilenos! ¡Miren cómo avanzan! Sí; envuelta en la bruma del humo y el polvo del combate, avanzaba una numerosa fuerza enemiga á apoderarse del abra por donde viene el camino de Lurín á Chorrillos; y avanzaba y avanzaba incontenible, era de verlo y no creerlo; pues ¿qué hacíamos ahí nosotros.....? Transcurrió espacio de tiempo inestimable y perdido para nosotros, cuando ví llegar á toda carrera al general Silva y hablar, accionando enérgicamente, con el coro-

nel Suárez; partió luégo á escape un ayudante, y poco después el batallón de la cabeza, el "Huánuco", se desprendió de la línea y avanzó á reforzar la posición; pero se encontró con el reflujo de los que venían en derrota, y vaciló. Luego se desprendió el veterano "Paucarpata", y abriéndose en guerrillas al mismo tiempo que avanzaba, marchó sobre el enemigo; pero fué inútil su resolución y su serenidad, porque interceptada la muchedumbre de nuestros dispersos al enemigo, antes de poder hacer uso de sus armas fué también dominado por la corriente de la derrota, sufriendo la suerte de ser destrozado, sin poder causar daño al enemigo. Había sido herido el Comandante General Coronel Buenaventura Aguirre de la 4.ª división; lo había sido mortalmente el Coronel Chariarse del "Paucarpata" y de gravedad el Coronel Pedro Mas del "Huánuco".

¿Qué hacían entre tanto los otros cuatro batallones del cuerpo de reserva? El "Jauja", que se encontraba más inmediato al lugar de la catástrofe, se desconcertaba; "Ancash", "Concepción" y "Zepita" («Zuavos») continuaban inmóviles en su formación, recibiendo, no ya las balas perdidas, sino los tiros

directos del enemigo que encontraba un blanco seguro. Todos los Jefes, el Coronel Suárez, el Coronel Pereira de la división y los jefes de los batallones, con una serenidad admirable, puesto que, estando montados, constituían los blancos predilectos del enemigo, todos se esforzaban por igual en infundir su aliento á los que mandaban. Nuestro jefe, el Coronel Valladares, decía á sus soldados que empezaban á dar indicios de vacilación: *Que no se diga que los hijos de Concepción han corrido*; palabras que me hacen acordar de aquella expresión de admirable sublimidad que Lord Wellington dirigía á los batallones ingleses que sucumbían luchando con heroismo en otro campo famoso de "San Juan": — *¡Hijos míos! ¿Qué dirán en nuestra vieja Inglaterra si nos dejamos derrotar?* Palabras en mi concepto más sublimes que las del gran general vencido en esa misma batalla de Waterloo: *De lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan;* porque son éstas la expresión del orgullo y de la soberbia de un tirano odioso, y aquéllas la manifestación de un patriotismo verdaderamente filial. No abrigo la menor duda de que si nos hubiéramos encontrado en circunstancias iguales á las de

los batallones ingleses, las palabras de nuestro jefe hubieran producido idéntico heroismo; pero ¡ah! que nos había cabido en suerte el lote más desgraciado de la batalla: el de sufrir la acción destructora del enemigo, sin poder hacerle daño.

Siento en mi mente la confusión de esos instantes, y necesito volver otra vez atrás para percibir de nuevo su rápida sucesión.

El espectáculo más depresivo del valor del soldado bisoño es, sin duda, la contemplación de los efectos de las balas enemigas en los otros; ver caer muertos á sus compañeros, verlos heridos sangrando como un manantial, pálidos, agonizantes, clamando un auxilio ó rogando los acaben de matar, para no quedar expuestos al *repase* del enemigo. El presentimiento de esos tormentos, la idea de que un momento después podrá quedar ahí tendido ¡qué felicidad si fuera muerto! pero no, herido, abandonado, no ya á la zaña de un enemigo impío, sino á su propio dolor, á la sed, tormento que el infierno anticipa á los mártires de la guerra; sin una mano piadosa que lo socorra y lejos hasta de la mano del enemigo, cuya misma crueldad sería piedad ante su desesperación;

estos presentimientos, digo, sugeridos por la contemplación de los efectos de las balas en los otros, ejercen la acción más depresiva en el soldado bisoño; le hacen pensar en peligros que son mayores en la imaginación que en la realidad. Pero cuando se está batiéndose, la atención del enemigo no nos permite contemplar ni mirar siquiera á los que caen, ó el coraje encendido por su presencia ó el ansia de exterminarlo nos hacen insensibles al terrible espectáculo; ¡pues qué, hemos de compadecer la vida de otros, si estamos despreciando la propia nuestra! Mas cuando todo eso se ve como nuestra situación nos obligaba á contemplarlo, con el arma descansada, formados en batalla como un blanco expuesto á las balas del enemigo que no podemos ofender, entonces sólo las altas sugestiones del patriotismo y las imposiciones de una disciplina enérgica pueden sobreponerse á la impresión terrible de una situación semejante.

Desde que ocupamos la retaguardia de la línea de batalla, una interminable procesión sangrienta pasaba por delante y por detrás de nuestras filas; unos heridos iban todavía con paso firme y prometían llegar á la ambulancia; otros,

con pasos vacilantes, no tardarían en caer; los abnegados ambulantes no se daban abasto para recoger su piadosa cosecha, y pasaban y repasaban incesantemente, penetrando hasta las mismas filas del combate. Varios de estos meritorios soldados cayeron cumpliendo con exceso con su deber de peruanos y de cristianos.

Nuestra posición, repito, me permitía observar detalladamente este aspecto triste de la batalla: á nuestro frente, á menos de 200 metros, teníamos los cerros de San Juan, y á cada momento veía aparecer esos heridos que después miraba pasar á nuestro lado; otros eran sacados por los mismos soldados de las filas del combate y puestos en lugar seguro para ser socorridos por la ambulancia.

He dicho ya que las balas perdidas del enemigo no nos causaban en un principio gran daño ni temor: dos ó tres muertos y otros tantos heridos, cuyos claros se cerraron inmediatamente en las filas, fueron todos los que ví ó de los que me enteré en el espacio de media hora, mas ó menos, que trascurrió desde que llegamos hasta que se inició la derrota; pero desde este momento á las raras balas que rebalsando nuestra pri-

mera línea, nos causaban pérdidas más raras aún, se agregó el fuego de enfilada que empezó á llover de la derecha, y que bien pronto se convirtió en verdadero huracán de plomo.

Pero no era sólo allá donde los nuestros cedían el terreno al enemigo: derrepente empecé á ver aparecer de detrás de las colinas de San Juan, por nuestro frente, individuos cuya ligereza indicaba no estar heridos; luégo ya no fueron individuos aislados sino grupos, pelotones; de pronto se oye un toque inexplicable en esos momentos: el de *cesar el fuego*, y un momento después era toda la línea de San Juan la que abandonaba sus posiciones.

Es este el instante de mayor desfallecimiento que he tenido en mi vida, y fué ese el momento más difícil para conservar el orden y la formación en los tres batallones que aún los guardábamos: sacando la cabeza de las filas podía verse caer sus individuos como los granos de una mazorca de maiz, como las hojas de un árbol. Un sargento y un distinguido de los cuatro que escoltaran el estandarte están ya acostados en el suelo; un momento más y vemos que el mismo estandarte se inclina y cayera si otros no corrieran á sostenerlo: es que ha fal-

tado el brazo que lo sostenía, es que está herido el subteniente Ugarte. Los más atrevidos del enemigo que ha asaltado las posiciones de San Juan aparecen en las alturas y apuntan..... nó, no apuntan; disparan no más, que todo es blanco. Fué éste, repito, uno de los momentos más infelices de mi vida y el más crítico de la batalla; los soldados nerviosos, frenéticos, agitaban sus fusiles, y los oficiales apenas podían impedir que hicieran fuego y aumentaran inútilmente la confusión de la derrota, cuando oí que el mismo General Silva daba la orden para la retirada. Habiendo llegado á hora temprana para tomar buena parte en la batalla, nos retiraban tarde para evitar sus efectos desastrosos.

Sonó la corneta el toque vergonzoso, y desfilamos al trote por la izquierda; pero las balas enemigas nos seguían con su mortal tenacidad, pues aunque el boscaje del camino ocultara el bulto, el polvo les enseñaba el blanco. El teniente Arroyo, que hacía de capitán de mi compañía á falta del propietario del cargo, cayó gravemente herido; alzado y colocado sobre un caballo con un individuo que lo condujera, fué alejado rápidamente del campo. Antes de separarse vivó

al Perú con el aliento que le quedaba y nos exhortó una vez más á que cumpliéramos como debíamos. Después de dejar un reguero de muertos y heridos en el camino, nos vimos al fin á cubierto de las balas enemigas.

NOTA. — Todas las relaciones de esta batalla, con excepción de la de la Historia del Dr. Mariano F. Paz Soldán, que implícitamente da la situación verdadera, al insertar el parte del General Silva, todas dan al 2º Cuerpo de Ejército, que era la reserva en esa batalla, como actuando en la Escuela de Clases de Chorrillos. La situación de la reserva, lo saben hasta los que no son militares, es cosa fundamental en una batalla; por motivo de ese dato falso, pues, y por la escasa atención que los historiadores han prestado al papel que desempeñó el 2.º Cuerpo de Ejército, que comandaba el Coronel Dávila, la historia de esta batalla ha sido notablemente falseada; como que se ha edificado sobre una crítica falsa é incompleta.

V

CHORRILLOS

Había concluido el primer acto de la gran tragedia, y sin correrse el telón comenzaba el segundo. El estruendoso rugido del cañón del Morro Solar había anunciado á la Reserva que la primera parte de la batalla estaba perdida, y habia llevado la consternación á los hogares de Lima.

Al abrigo de la Escuela de Clases, como he dicho, los maltrechos batallones de la 4.ª División del Norte, y los diezmados de la 5.ª, menos "Zepita", que sobre la marcha recibió orden de ir á reforzar la derecha, rehicimos completamente nuestras filas. "Huánuco", "Paucarpata" y "Jauja" estaban reducidos á la mitad ó poco menos. Una gran parte de ellos con los primeros jefes de los dos primeros, otros jefes y oficiales, habían caído en los gramadales de San Juan ó en la retirada; otros estaban prisioneros y algunos se habían dispersado. Los batallones de la 5.ª no habían dejado prisioneros ni habían tenido dispersos; sus bajas no se debían sino al plomo, y

con todo no eran menos de cien los que en "Ancash" y "Concepción" no respondían ya á la lista. Pero á pesar del estrago sufrido y del espectáculo desmoralizador que habíamos contemplado, el ánimo de la tropa estaba entero; y esta actitud resuelta era más digna de elogio en los restos de la 4.ª División. Deberíase ello, en parte, á que los tímidos y acobardados habrian huído lejos, sordos á las órdenes y súplicas de sus jefes y oficiales, y habían quedado en filas los que sostenían su resolución de disputar palmo á palmo el terreno al enemigo, y, ya que no arrancarle la victoria, vendérsela cara.

Mientras estábamos concertando nuevamente nuestras filas, llegó el Jefe Supremo; impartió al Coronel Suárez sus nuevas disposiciones y siguió á Chorrillos, en donde ardía la batalla.

Sin demorar, pues, más tiempo que el indispensable para rehacer ó rectificar su formación, salieron de su abrigo los batallones de la 4.ª y 5.ª División á ocupar nuevos puestos de combate

La línea se extendía ahora á todo lo largo de Chorrillos y desfilaron sucesivamente á ella el "Huánuco", en el que marchaban imponiendo á sus soldados su energía y su entusiasmo mis antiguos

capitanes en "Callao" Mendoza y García, al primero de los cuales ya no volvería á ver, y en seguida "Paucarpata" y "Jauja"; luégo siguió "Ancash" que se desplegó de la Escuela á la derecha, y "Coneepción" á la izquierda Puede decirse que eran estos dos batalloues los que en este periodo de la acción guardaban la llave de la batalla; pues si el enemigo rebalsaba nuestra izquierda, todo el ejército quedaría encerrado en Chorrillos.

Conforme íbamos abandonando nuestro abrigo, éramos descubiertos por el enemigo, que nos enviaba sus mensajes de muerte. *Empezó otra vez la música celestial,* oí decir cerca de mí con un metal de voz entero, y en tono de chiste; me volví y ví que era Porfías el que había hablado.

Si ya no se hubiesen disipado las nubes que en un principio oscurecieron nuestras relaciones, su actitud en San Juan me hubiera hecho olvidar agravios ó resentimientos Siempre he creído que el más bello tipo del valor es aquel ánimo sereno que, sin alardes que á veces lo confunden con la charlatanería de matones cobardes, contempla la muerte como una conocida que no inspira odio ni temor. Así me gustaría ser valiente

á mí; y así he procurado serlo dominando el temor de perder mi vida. Pues bien, el modelo que yo hubiera querido imitar, el ideal de ese valor verdadero estaba realizado en Porfías. Es signo característico de este valor, la convicción de que es una facultad natural que todos poseemos en el alma, y que su ejercicio sólo depende de que haya necesidad de él; por eso esta clase de valientes son mansos en su vida normal, porque el peligro no es frecuente en ella; por eso no hablan de *valentía,* porque no es objeto de discusión, porque no dudan del valor de nadie; por eso entre las muchas disputas que había tenido con otros ó conmigo, jamás había traído á discusión este tema. Sólo una vez, pero no promovido por él, le oí hablar de esto. El distinguido T. hablaba un día de una manera despreciativa, que siempre usaba sin empacho, de la poca confianza que le merecían *los serranos;* yo me aparté un tanto, porque en general me disgustabe atravesar palabra con una persona que si entonces me era desagradable y repulsiva, hoy me es odiosa [si no ha muerto] por el crimen de que parece ser autor.

También Porfías parece que sentía repulsión por este sujeto, pues, contra

la costumbre que me ha hecho darle el nombre con que lo llamo, jamás sostuvo porfía alguna con él; pero esta vez estaba tan procaz y tan torpe T, que no pudo menos Porfías que acercarse y tomar la defensa de los serranos.—Sí, le dijo, muchos correrán, porque no les importa nada la capital de los viracochas que los insultan cuando no pueden..... cuando tienen miedo de hacerles algo peor; pero los serranos que sabemos que estamos defendiendo la Patria..... yo quisiera ver si les da U. siquiera á la rodilla, U. que tan valiente es..... con la boca;—y le volvó la espalda sin hacer más caso que el desprecio merecido de las palabras de T. que lo provocaba diciendo:—Vamos á fuera del cuadro..... para que veas á donde te doy.

He visto, en efecto, confirmadas las palabras de Porfías: muchos de esos indios, sin concepto alguno patriótico, sin sentir la necesidad de exponer su vida por lo que no existe para ellos, han huido de la muerte en cuanto les ha sido posible libertarse de la fuerza que los obligaba á arrostrarla; pero muchos, también, conscientes de lo que hacían, muchos de esos indios de cara mansa y apacible, los he visto magníficos en el combate, y recibir heróicos un balazo

en el pecho ó en la frente, ó caer atravesado por una bayoneta enemiga.

Me he detenido más de lo que me lo hubiera permitido la manifestación que voy á seguir narrando, la situación de verdadero valor de Porfías al exclamar: *Empezó otra vez la música celestial.* ¡Cuánto se encerraba en esa frase de apariencia trivial! Lo decía por el silbido especial de las balas que tanto impresiona al soldado bisoño especialmente, siendo que, por el contrario, no debería inspirar ningún temor, porque la bala que silba es la bala que pasa sin ofender; sólo que ella anuncia también que otras vienen atrás, y el soldado sabe que *la que viene derecho no trae arruga.*

La acción se había vuelto á empeñar con más encarnizamiento por nuestra derecha; "Ancash" y los restos de los otros batallones que he citado, recibían ahora el empuje decisivo de los chilenos y derramaban con un objeto más útil la sangre que no habian ahorrado en la triste participación que nos había cabido en San Juan. En cuanto á "Concepción", que ni antes ni después debía dar motivo á las apreciaciones injustas que algunos hicieran, le tocó en este periodo de la lucha una participación, si importante por su objeto, mucho menos san-

grienta. Colocados en la extrema izquierda, era nuestro papel impedir que el enemigo la rebalsara y nos flanqueara, encerrando á todo el ejército en Chorrillos, como logró hacerlo con una parte de él; pero los chilenos, que no podían ignorar que teníamos un ejército de reserva en Miraflores, que podía caerles por la espalda, llevaron su ataque á fondo por el centro y la derecha, limitándose á mantener por nuestro frente guerrillas con el objeto de no perder nuestro contacto y observarnos; guerrillas con las cuales nuestra acción se redujo á un tiroteo intermitente y poco mortífero.

Sosteniendo esta actitud estuvimos mas ó menos hasta las diez de la mañana, hora en que abandonamos el abrigo de las tapias tras de las que estábamos y tomamos camino de Chorrillos: se había recibido orden para tentar un postrer esfuerzo para auxiliar ó librar á nuestras tropas de la derecha que peleaban ardorosamente en el Morro Solar y en la población. Una vez más renacieron los bríos del batallón, y acallando con nuestros gritos de entusiasmo el ruido de la batalla, penetramos á la población. Acosados por todas partes, sordos al silbido de las balas que

caian como granizo, ciegos á la vista de la muerte que marcaba nuestra marcha con huellas de sangre, llegamos en tan resuelta actitud hasta la iglesia del Buen Pastor..... Pero ¿por qué se retiraba nuestra gente que cubría el frente (que en nuestro desfile teníamos á la derecha)?..... También por las calles de la población pasaba el tropel de los nuestros en sentido contrario al del enemigo. A la altura del Buen Pastor flanqueamos á la derecha y penetramos por la boca-calle al corazón del pueblo; imaginé que esto tendría por objeto cubrir nuestra maniobra ofensiva; pero muy pronto supe que era para contramarchar algo á cubierto de los fuegos con que éramos ofendidos.

¿Había sido por falta de fuerzas que apoyaran y secundaran el ataque lo que impidió llevarlo á fondo? ¿ó había sido una maniobra para atraer la atención y el fuego del enemigo sobre nosotros y pudieran retirarse nuestras tropas de la derecha? Sólo en este caso resultaría útil nuestra acción, porque, en efecto, una parte de las tropas que se batian allí, se abría paso á punta de bayoneta por la calle de Lima; al mismo tiempo que soldados del "Concepción", dando la mano á los del "Ancash", rescataban

un jefe y varios soldados capturados por chilenos del "Esmeralda", que á su turno quedaban prisioneros. Fué en este momento que cayó con una estrella en la frente el subteniente Goret.

Frustrado el último esfuerzo ó llenado su único objeta, y dejando en las veredas de Chorrillos nueva y más honda huella de sangre y de cadáveres, emprendimos la retirada que se nos ordenaba á Miraflores; quedando, por efecto de la maniobra indicada, cubriendo la retirada, con nuestras filas cerradas y listas para rechazar la persecución del enemigo .....

.....

¡Y miéntras nos retirábamos, contemplabamos llenos de despecho y de vergüenza los esfuerzos heróicos de los defensores del Morro Solar, cuyos flancos se iban cubriendo de un hormiguero de enemigos que, diez contra uno, marchaban á abatir la bandera que ondeaba entre el humo de la batalla desesperada é inmortal, con que los soldados de Iglesias y de Billinghurst querían aleccionar á los que tomábamos por el camino contrario al de la gloria.....

.....!

No nos persiguió el enemigo inmediatamente sino con su artillería; pero

emplazados sus cañones de modo que no nos enfilaban, lo que hubiera sido fácil, ó torpemente dirigidas sus punterías, no nos causaron daño apreciable; sus disparos cruzaban diagonalmente nuestra línea de retirada, y sus granadas rebotaban ó reventaban por nuestros flancos.

VI

DESPUES DEL DESASTRE Y EN VISPERAS DE OTRO.

Un sol de enero nos abrasaba y el polvo de la marcha nos asfixiaba cuando llegamos á la línea de Miraflores: era medio día.

Al desfilar por el 2.° Reducto me dijo Porfías:

—¿Has oído?.....

—Sí.....

Había oído, entre los comentarios que se hacían en un grupo de soldados de la Reserva, estas palabras que, en esos momentos más que en ningún otro, tenían un sabor por demás amargo:

—Estos se han venido íntegros en masa.....

Cuando un momento después se pa-

saba lista en el potrero inmediato al Reducto, no respondieron á ella cinco oficiales y más de un centenar de soldados.....

Cierto que esta pérdida era insignificante comparada con la que experimentaron otros cuerpoa: el "Piérola", en la pampa de San Juan, en donde, negándose á rendirse su jefe Reinaldo Vivanco, caía al filo del sable de la caballería enemiga, no quedando ileso *casi ninguno* de sus oficiales y salvando sólo unas cuantas decenas de sus soldados; el "Pichincha", á quien cupo suerte igual y muerte igualmente heróica á su jefe el Coronel Pastor Sevilla; los valerosos restos que con los coroneles Noriega y Rosa Gil, se abrieron paso por la calle de Lima; pero no había sido por voluntad nuestra el que la acción del batallón se desarrollara en zona en la que el combate no asumió las proporciones sangrientas que en otros; no fué elección nuestra las diversas situaciones en que asistimos á la jornada. Nó, no creíamos merecer el vituperio de la crítica que encerraba aquella: habíamos soportado imperturbables sin poder hacer un tiro y sin que se desordenaran nuestras filas, viendo caer á muchos de nuestros oficiales y compañeros, el

fuego de exterminio de San Juan, hasta que nos hicieron retirar; habíamos cumplido nuestra consigna impidiendo el flanqueo por nuestra izquierda en Chorrillos, que hubiera dado al desastre mayor magnitud; y, finalmente, habíamos emprendido la última ofensiva contra el enemigo; acciones todas que habían tenido nuestro espíritu en larga y agudísima tensión; y sin embargo, sólo en obediencia de una orden superior, habíamos abandonado el campo, sin perder por un momento nuestra formación. Y era esta circunstancia, notada y elogiada por los militares entendidos, lo que impresionaba á los reservistas, y los hacía verter la frase que tan hondamente venía á herir nuestra susceptibilidad patriótica. Cierto que no estaban aquéllos en aptitud moral de emitir juicio; doblemente moral, porque no sabían lo que hablaban, y porque con el mismo criterio y con la misma razón podíamos haber dicho nosotros: Estos no se han movido de su reducto.

Ah! pero estos argumentes que ahora se me ocurren no se me ocurrían en esos momentos; y ¿cómo se me iban á ocurrir? Me encontraba en ese estado de ánimo confuso y despechado de la infe-

liz doncella á quien los arrebatos de la pasión arrastraran á la cita misteriosa, y de la que saliera incólume por la frialdad de su amador, pero perdida ante el concepto de las gentes. ¡Y qué argumento poner ante el espectáculo de la batalla del Morro Solar, cuyo fragor llegaba á nosotros como una condenación inapelable.....!

Sólo conociendo la magnitud del desastre podía explicarse la actitud de los que debían acudir en auxilio de los combatientes: de los 18 000 hombres formados esa mañana en la línea de San sólo seis mil, una tercera parte, formaron en la de Miraflores; en otra tercera parte se apreciaban los muertos, heridos y prisioneros.....una cantidad igual se había disipado, se había colado por entre las filas de la Reserva que se desplegó para cerrar el paso á los dispersos.

Eran las dos de la tarde cuando se arrió nuestra bandera en el Morro Solar sobre sus defensores muertos ó rendidos por falta de municiones y de auxilio, y surgió la de la estrella de Chile; pero, como si sus soldados no la juzgaran digna de lucir en el cielo puro y sereno de la gloria, bien pronto se ofuscó entre el humo del incendio,

Cansados por la acción física, pero más por la fatiga moral, señalado el lugar de cada batallón en la nueva línea, nos tiramos sobre el suelo que hervía con el sol. El calor y la fatiga irritaban nuestra sed, que sólo muy tarde pudimos aplacar, pues ya no teníamos cantinas, y en los primeros momentos no se pudo atender al servicio de proveernos de agua. Se nos repartió también pan; ese mismo pan que antes nos sabía á dulce, y que ahora parecía amasado con acíbar.

Cuando llegó la noche con su luna triste y pálida, se destacó trágico el escenario de Chorrillos. Cundía el incendio y cien hogueras alzaban hasta las nubes sus lenguas devoradoras, que iban reduciendo á cenizas las moradas donde antes se anidaban las Gracias y el Amor, en donde todas las Furias estaban desencadenadas ahora. Un tiroteo intermitente, que por momentos se convertía en fuego nutrido, llegaba á nuestros oídos como el hervor de aquel infierno y nos anunciaba la espantosa confusión que reinaba entre los vencedores; confusión promovida por la embriaguez de la soldadezca enajenada, que se había entregado á la matanza y al saqueo, y aumentada por los nuestros, que ha-

biendo podido ocultarse durante el día, aprovechaban la noche y la confusión para escapar.

Un compañero nos refirió los lances y peripecias que corrió para poder salvar de esa vorágine. Nos habíamos refugiado, dijo, en una casa siete soldados dispersos; habíamos cerrado y atrancado la puerta y esperábamos la noche para escapar; las horas transcurrían, y aunque sentíamos en la calle los pasos y el alarido del enemigo, y los golpes de las puertas vecinas que derribaban, ya nos hacíamos la ilusión de que la nuestra iba á pasar desapercibida, cuando le llegó el turno. Ya la tarde estaba entre dos luces, y nos preparamos para defendernos ó vender caras nuestras vidas; y, franqueada la entrada, aparecieron los primeros chilenos y nuestros rifles dieron cuenta de ellos. Vinieron otros y se trabó un combate mortal por espacio de un cuarto de hora, haciéndoles muchas bajas, mientras que de los nuestros sólo murió uno, siendo otro levemente herido. — ¡No hay cuartel para estos cholos de.....! — gritaban, y como sabíamos cuál era su intención sin que necesitaran molestarse en decírnoslo, les correspondíamos con la contraria. Por las voces con que se llamaban y se

animaban supimos que eran *niños* del "Santiago", *niños cuartinos* (del 4.º de línea), niños del "Atacama" y del "Esmeralda". Pero como la travesura les estuviera saliendo cara á los *niños*, desistieron del capricho de exterminarnos á plomo y resolvieron quemarnos como á ratones. En efecto, cesaron de disparar sobre nosotros que, dicho sea de paso, estábamos en la oscuridad; pero al cabo de un momento empezamos á percibir el olor del incendio, é instantes después vimos que la calle se iluminaba y un montón de trapos ardiendo eran arrojados sobre el dintel de la puerta, próximos á la cual se encontraban los cuerpos de los chilenos á quienes habíamos hecho morder el polvo. Pero he aquí que uno de ellos no había estado muerto, y volviendo de su desmayo al contacto del fuego que lo abrasaba, empezó á lanzar rugidos de dolor y á clamar por auxilio; lo que por cierto era muy en vano, porque nosotros, aunque pudiéramos, no queríamos auxiliarlo; y los suyos, aunque quisieran, no podían; y he aquí que era el primero en sufrir el suplicio que nos preparaban.

Pero no, antes morir luchando. Yo y otro compañero nos internamos en la

casa para ver si había algún escape; con auxilio de una escalera me subí al techo..... y me bajé corriendo á noticiar á los otros de lo que había visto.—Toda la calle está ardiendo, les dije; hay que abrirse paso..... Y no había tiempo para pensar y menos para deliberar, porque los chilenos empezaban á trancarnos la puerta, echando sobre las llamas todo lo que encontraban á la mano. Lo que entonces pasó y sólo Dios vió, no lo olvidaré nunca: — Hermanos, dijo uno de nosotros, antes de salir despidámonos; ya no nos veremos más.....; y uno á otro nos fuimos dando el abrazo final, conteniendo los sollozos que se nos querían escapar: nos acordábamos de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestras amadas.....¡Adios! y recobrando nuestro furor, nos lanzamos á buscar la muerte.

Los chilenos nos recibieron para cazarnos como á fieras: sólo teníamos lugar de hacer el tiro que teníamos cargado y arrojarnos á la bayoneta. Salimos..... ¿mis compañeros?..... ya no me ocupé más sino de mí. Franqueada de un salto la cortina de llamas, disparé sobre seguro, y me fuí de frente; avancé como veinte varas y se me atravesó un chileno con el fusil alzado; antes que cayera sobre mí lo atravesé de parte á parte; seguí unos pasos más, sentí un golpe en la cabeza y, el ángel de mi guarda me inspiraría la idea, me dejé caer fingiendo el muerto. La calle, iluminada por el incendio, estaba como el día, pero ya no me miraron más los enemigos. Una hora, dos, tres, ¿cuánto tiempo pasó? Quién sabe! Dos veces escuché la voz de sus oficiales que los llamaban al orden á sus campamentos. *Niños* del Santiago, decía uno, vamos á descansar para poder entrar mañana á Lima; pero á las órdenes, á las insinuaciones y hasta á los ruegos respondían los soldados con insolencias é insultos, y los oficiales tenían á bien irse porque corrían riesgo, si insistían, y aun sin insistir: su presencia no hacía sino exaltar la ira de aquéllos.

Cuando las partes fronterizas de las casas estuvieron quemadas, la calle se oscureció con el humo, y entoncos empecé á arrastrarme adelante; avanzaba muy poco y me parecía que ya iba á amanecer y el día me iba á encontrar allí mismo. No habían ya muchos chilenos por esa parte de la calle, pero en un momento en que alcé la cabeza, ví uno que venía, y cada vez que encontraba un cadáver..... quizá algún moribun-

do, levantaba su rifle y lo descargaba sobre él, ó bien le disparaba un tiro ó le hundía la bayoneta en el cuerpo; se realizaba lo que estaba temiendo desde el principio..... Sin moverme del sitio saqué un tiro y esperé, y cuando el chileno llegó á veinte pasos y alzaba su fusil sobre un muerto, me incorporé, cargué rápidamente y antes de que se diera cuenta lo tendí. A pesar de que habían grupos adelante y atrás hasta unos cincuenta metros, noté que nadie se había dado cuenta de lo que había hecho, y esto me infundió valor casi temerario, porque seguí disparando mi arma; todos tiraban y nadie se ocupaba de averiguar quién lo hacía. Entretanto seguía arrastrándome, y al fin llegué á una zona bastante oscura; me puse de pié y continué lo más rápidamente posible hasta que estuve en la última boca-calle que atraviesa á la de Lima. Suponía que siguiendo derecho tropezaría con alguna avanzada enemiga y volví por ella. Percibí en estos momentos unos pasos broncos y luégo divisé la silueta de uno que venía; me introduje en un vano para observar, y cuando ví que no era más que ese uno, me dirigí resueltamente á él, sonando también mis pasos. Seguramente no sospechó

al principio, pero el roto teniá ojos de lince y se detuvo derrepente, diciéndome: *¡Alto ahí, quién vive!* — *Mire pu que soy cuartino, niño!* Pero apenas tuve tiempo para concluir la frase, á la que sin duda no pude dar el tono conveniente, porque aquél bajó rápidamente su fusil para cargarlo, mientras exclamaba—Mire al cholo..... y nada más; yo estaba más listo que él porque mi rifle estaba cargado, y le quité el habla y sospecho que la vida..... Veo en este momento pasar como una exhalación una sombra por la calle de Lima; un fogonazo, y un tiro pasa sobre mi cabeza; me había echado al suelo y cargaba rápidamente....., pero no hice fuego; otra sombra había pasado y otro tiro había sonado y otra y otro, hasta cinco ó seis: acabé de darme cuenta de lo que pasaba: ¡eran peruanos, eran hermanos mios! Salté y corrí y al llegar á la esquina grité: ¡Viva el Perú! Pero no me contestaron ¡ya estaban muy lejes y en salvo! Un momento después corría cuesta abajo por los baños de agua dulce y me embriagaba respirando el aire de la libertad, de la vida.

Así escaparon muchos de los que habían quedado encerrados en Chorrillos; pero fueron muchos más los que perecie-

ron entre atroces martirios. Sólo los combatientes del Morro Solar alcanzaron las garantías del prisionero de guerra: mandados por jefes como el Ministro de Guerra don Miguel Iglesias, como el coronel D. Guillermo E. Billinghurst, jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte; los de igual clase don Isaac Recavarren, don Justiniano Borgoño, don Carlos de Piérola y otros tan abnegados y valerosos, los chilenos tuvieron que ahorrarlos á su saña, porque su victimación les hubiera costado sacrificio igual de vidas cuando menos.

Durante la noche se hacía sensible sobremanera la pérdida de nuestros equipos; aunque de enero, las noches eran frescas por el aire del mar. Como se sabe estábamos con uniforme de verano, pantalón de bayetón y chaqueta de dril, y para dormir nos tapábamos la cara con un paño Alvarez, Porfías y yo: arrimados contra la pared con el primero al medio, estirábamos el paño todo lo que daba de sí; mientras estábamos despiertos la combinación resultaba, porque el sargento Alvarez desde el medio mantenía la equidad en los extremos, pero en cuanto nos dormíamos, como el trapo no daba más de sí, acontecía que al tirar para mí, quedaba al

aire la cara de Porfías, y cuando éste tiraba, salía al aire la mía. Pero, después de todo, no era el frío tanto como para constipar á hombres ya endurecidos; y desde luégo sólo podía impresionar á los costeños, que lo que es para los serranos esa brisa marina era un airecillo insignificante comparado con el cierzo helado de las punas andinas. ¿Y qué era, después de todo, comparado con el suplicio que en esos mismos momentos sufrian muchos de nuestros hermanos? Un poco de calor que pasa, un poco de fatiga que halla descanso, un poco de hambre ó de sed que se aplaca, un poco de frío que no hace daño.....

Al amanecer del dia 14, nuestras avanzadas capturaron algunos soldados chilenos que, desorientados y extraviados, vinieron con sus propios pasos á entregarse.

Al media día marché al pueblo, en compañía de un oficial, á cumplir cierta comisión. Estaba esperando en la estación la vuelta de mi superior, cuando reconocí en un grupo de jefes al Comandante don Felipe S. Crespo, que mandaba el nuevo batallón "Canta"; por su modo de accionar comprendí que se trataba de una batería rodante que estaba á cierta distancia. ¡Las baterías rodan-

tes! yo tenía mi idea propia á cerca de ellas ¿cómo manifestarla? ¿cómo comunicarla á los jefes un simple soldado que no debe tener más idea que la orden del superior? ¡Cuánto lamentaba entonces no haber admitido la clase de oficial cuando pude obtenerla! Pero he aquí una ocasión y no había que perderla. Me acerqué, pues, al citado grupo de modo de llamar la atención; el Comandante Crespo me vió, me miró; luégo me llamó por mi nombre y me abrazó, y en seguida hizo un elogio de mí á sus compañeros. Entonces creí llegado el momento de meter mi pico.—Mi comandante, si se embarcara un batallón, dije, y cayéramos de sorpresa sobre los chilenos..... No concluí mi pensamiento, del que la muestra sólo era un reflejo, porque en ese momento apareció el Coronel Cáceres y otros jefes superiores; pero ví dibujarse una sonrisa en los labios del Comandante, y comprendí que mi idea no hacía fortuna.

El incendio, extendido ahora hasta el Barranco, alumbró también esta noche el campo enemigo. Muy entrada ella, de lo profundo de nuestro sueño, salimos al sobresalto y al desconcierto más extraordinario. Una fuerza situada á retaguardia había abierto un fuego cu-

yas balas silbaban sobre nuestras cabezas; y los gritos de ¡no! ¡no! ¡no hagan fuego! y las órdenes de los oficiales para que no se desconcertaran nuestras filas, formaron por un momento un coro alarmante en sumo grado. Hubiera bastado, en efecto, que algunos de los de nuestras filas, al salir del sueño, desorientados, hubiesen contestado esos fuegos, para que los que por error lo hacían, nos hubieran tomado por verdaderos enemigos, y entonces el cuasi pánico se hubiera convertido en algo muy serio. Felizmente, como se ve, el lance no pasó de una impresión desagradable que muy pronto disipó el nuevo sueño.

FIN DE LA BATALLA DE SAN JUAN.

RECUERDOS

DE LA

GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

POR

JOSE T. TORRES LARA

La batalla de Miraflores

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE C. PRINCE
Calle de Polvos Azules o. 173

1911

RECUERDOS
DE LA GUERRA CON CHILE

(MEMORIAS DE UN DISTINGUIDO)

I

LA BATALLA DE MIRAFLORES

Lo que cantaban los pájaros y lo que pensábamos nosotros la mañana de Miraflores

En cuanto el Sol se alzó sobre las crestas de los Andes desarropándose de sus albos mantos de nubes, nos alzamos también nosotros del suelo en demanda del abrigo de sus rayos suavizados por el frescor de la mañana; y nuestros cuerpos friolentos los absorbieron con placer hasta que, aumentando sus reflejos, se convirtieron en focos ardientes é insoportables.

Cantaban los pajarillos su canción siempre alegre, como si quisieran convidar á la paz, á la dicha y á la vida á los que habían ido á turbar la tranquilidad de sus campos con los ruidos atronantes de la guerra, y á tronchar las ramas de las que pendía el nido de sus amores y de sus polluelos con el horrible vendabal de plomo y hierro con que se exterminaban.

Sí; esos pequeños seres humildes y tímidos en las alturas en que viven, que se alzan sin soberbia hasta las nubes, siempre contentos en sus ramas, parecían decirnos:

—No os matéis, hombres, no os matéis: Dios nos dió la vida para la alegría, para la paz, para el amor; para que gozáramos sus criaturas: él nos la dió, dejemos que él nos la quite.

—¿No os convida á la fiesta de la vida ese Sol que se ha levantado ya á fecundar la tierra y á regocijarla? ¿Por qué en lugar de alistaros para nuevas matanzas no uncís la yunta y rompéis el seno de la tierra que estáis manchando con sangre para echar en ella la semilla que después será cosecha ubérrima? Porque no es la tierra, nó, la que os veda sus frutos; sois vosotros los que os los ve-

dáis unos á otros ó la hacéis estéril arrasándola.

No seáis ingratos con Naturaleza que nos da sus campos fecundos y sus días brillantes; sus fuerzas para el trabajo; el amor para la dicha y el sueño para no ver las horas tristes y negras de la noche; y después de cumplido el feliz destino, la muerte como un sueño más dulce todavía.

¡Ea, hombres! contemplad ese astro resplandeciente y escuchad nuestro consejo: —Desechad vuestra cólera é id á buscar á vuestras hembras, y en lugar de hacer de este día un día de luto dando la muerte á vuestros semejantes, hacedlo de fiesta dando la vida á otros seres que mañana os llamarán padre: ¡Alegría, amor, paz!

Ah! pero no era esa música dulce y deliciosa la que podía llegar hasta nuestros duros corazones de guerreros, sensibles sólo al brocíneo son de las cornetas que tocaban diana: ni estábamos para oír discursos de pájaros; ¡que hombres éramos, y tan hombres, que ardíamos en deseos de irnos de nuevo á las manos con los chilenos y contramatarlos ó que nos contramataran de una vez!

Pero en verdad que este nuestro ardiente deseo era vivamente contrariado

por la noticia ó el rumor, más bien dicho, de que se habían iniciado ó se iban á iniciar arreglos de paz; y en verdad también que la tranquilidad de las primeras horas de la mañana parecía presagio de ese anhelo de las almas tímidas como la de los pajarrillos cuyo lenguaje he traducido.

Pero el desfile de nuestra caballería, unos trecientos jinetes, de derecha á izquierda, empezó á variar la tranquilidad de la espectativa.

Cuando se disipó la nube de polvo levantada por los caballos, escudriñando el campo enemigo desde la tapia sobre la que estábamos sentados, pudimos notar grande y bien ordenada actividad en él; y ya estaba bastante entrado el día, cuando observamos que, efectivamente, se ponía en marcha hacia el Barranco. ¡Qué! ¿iban sus tropas á acampar entre las hogueras que exprofeso habían prendido y que les negaban ahora el abrigo de un techo?..... Pero bien pronto la vanguardia, que era compuesta por su artillería, descabezó el pueblo y continuó avanzando en medio de densas nubes de polvo hacia nuestra linea. Al mismo tiempo sus naves de guerra habían surgido de la rada de Chorrillos y

venido á ocupar la enfilada de nuestra línea de batalla.

Sentados siempre sobre la tapia, con nuestros rifles entre las piernas, sin sentir ya el calor del Sol del medio día, continuamos mirando atentamente los movimientos del enemigo.

¿Se rompería el armisticio?... pensábamos; y lo deseábamos con la irreflexión de nuestro entusiasmo y de nuestro patriotismo exitado por el recuerdo de la derrota.

El sargento Arroyo, mozo serrano crudo y valientazo, hermano de mi capitán caído en San Juan, como caería él en Miraflores, se acercó á Porfías y á mí, diciendo:

—Miren la gracia de los chilenos, mientras su ejército nos va á atacar por el frente, sus buques nos flanquearán por mar..... ¡Cobardes!..... Miserables!

—No me llega el susto al pecho, le repliqué, como no nos llegarán sus bombas.....

—Y á mí aunque lleguen, interrumpió con su bravío tono el sargento.

—¿No llegarán?..... interrogó Porfías.

—No, le contesté con seguridad, porque la distancia á que tendría que obrar su artillería rasante para lograr ángulo

de tiro sería superior al alcance de sus cañones.

—¿Y con sus obuses?

—Sucedería lo contrario, tendrían que acercarse á tiro de la batería "Alfonso Ugarte" que ya los tiene escarmentados.

Mi aplomo y mi seguridad, que desde luego trataba de infundir á los que me rodeaban, para prevenir la depresiva influencia que la actitud de la escuadra enemiga podía ejercer en su ánimo, no eran, en verdad, fingidos, porque lleno de vanidad, creía saber mucho: todavía no había comprendido cuánta era mi ignorancia en un ramo que, si no creía conocer á fondo, imaginaba saber de él lo bastante para expresar con seguridad verdadera la opinión que afirmaba.

II

LOS HÉROES SIN TUMBA

De pronto interrumpieron nuestras observaciones sobre el campo chileno, la aparición y la voz desfallecida de un soldado de aspecto cadavérico que, con una mano apoyándose en la tapia y con la otra sujetándose las pantalones, se acercó á nosotros interrogando:

—¿De verás chelenos veniendo?

A lo que otro le contestó:

—Sí, ya vienen; anda vete mejor, Ramos: tu uo puedes pelear y te van á matar sin defensa.

—No matarán sen defender—contestó el enfermo exaltándose—todavea podiendo con refle.....

¡RAMOS!..... ¿Quién era Ramos? Un indio bruto que ese día dió su vida, infeliz, enferma por la patria; un indio bruto que como muchos miles de indios brutos, dió ese día un mentís solemne á los que hablan de la degeneración irremediable de la *raza nacional;* un indio bruto que dió un ejemplo que imitar hasta á los que no son indios ni brutos.

¿Pero quién era Ramos? Ya lo he dicho: un indio bruto. A causa de la caña verde que había comido en San Juan le había acometido una disentería, que se agravó con la agitación y los alimentos de campaña. Después de San Juan empeoró su gravedad, al extremo que creyeron los jefes humano darle de baja, no siquiera al hospital, sino de baja total; pero cuando fueron á decirle que podía irse, él contestó llorando:

—Yo no querer baja ¿qué haciendo? ¿por qué querer botar mí?

Le contestaron que no lo hacían por

botarlo, sino para que fuera á curarse, y él replicó:

—Cuando acabando guerra, corando; no quetame refle.

Y tuvieron que dejarlo por no echarle á la fuerza, á pesar de su extremada gravedad.

Era tanta ésta, en efecto, que apenas podía moverse para practicar la operación que determina esa enfermedad, y como ella se repetía con inusitada frecuencia y tuviera que pasar al otro lado de la tapia, había concluido por quedarse allí .....

.....

Y allí se quedó..... y se quedó para siempre ese que fué dos veces heroe, porque despreció deliberadamente las dos muertes que amenazaban y acabaron con su vida.

III

VOLAR YA!.....

Dos ó tres horas llevávamos ya de intensa espectativa: el enemigo, aprovechando del tácito armisticio, puesto que no se había pactado aún éste expresamente, y abusando de una situación in-

cierta, siguió avanzando con su artillería solamente al principio, y después de algún tiempo con su infantería. hasta una distancia de trecientos metros. colocándose así en situación de ser batidas, aniquiladas con ventaja sus columnas espesas antes de pasar del orden de marcha al de batalla; pero, y es prueba cierta de nuestra buena fe en las negociaciones de paz que se iniciaban, el que no aprovechásemos tan ventajosa ocasión, no obstante la malicia que revelaban las maniobras de ellos.

Una voz, una llamada muy interesante en esos momentos vino á perturbar mi atención en este punto. Como al cuerpo que estaba á nuestra derecha, que era el "Zepita," le habían proporcionado una paila en la que habían cocido un rancho envidiable por lo apetitoso; y como les resultara un exceso de caldo, los rancheros generosos pasaron la voz á los vecinos inmediatos.

—Los que gusten tomar un poco de caldo, vengan—fué la voz—y yo me acordé de aquel consejo de soldado viejo: *el soldado debe tener siempre un sueño y una comida adelantados.*

No era, por cierto, hora de pensar en lo primero, porque, al contrario, debíamos estar con los ojos muy abiertos;

pero la invitación llegó á pelo para el cumplimimiento de la segunda parte del consejo. Me presenté, pues, entre los convidados y pidiendo una cacerola prestada, me la sirvierou colmada de caldo gordo y conchudo. Como estuviera caliente per demás me puse á esperar á que se enfriara un tanto, cuando se dejó oír la corneta del cuartel general que tocó *atención larga*, muy larga, como preludio del solemne y en esos momentos más solemne toque de *Generala:* "Volar ya—volar ya—con las armas á formar—Volar ya—Con silencio é igualdad. Volar—volar." Una llamarada salida no sé de donde hizo arder toda mi sangre y apuré de un trago el caldo que hasta frío me pareció ya, y volé, volé sí, ya que obedecer á la voz de la corneta no era sino seguir al más vehemente de mis anhelos. En lo que sí no obedeció nadie fué en aquello de *con silencio*, porque un clamor de entusiasmo recorrió como un eco toda la línea de derecha á izquierda.

Después de esto se prohibió á la tropa que subiera á las tapias; pero ya no necesitábamos de ningún mirador para ver al anemigo. cuyo despliegue indicaban sus banderas y la ligera línea que coronaba las tapias, detrás de las cuales se efectuaba; ó bien era denunciado por el polvo que su paso levantaba.

IV

MI CAMPO DE ACCIÓN

Antes de entrar en la narración de esta tan desastrosa como memorable jornada, de lo que hice y ví entre el fuego y el torbellino de la batalla, voy á pocurar hacer la descripción del campo en que se desarrolló la parte del combate en que actué.

A unos quinientos metros adelante de la estación de Miraflores, se encontraba el segundo reducto, que fué el núcleo de la resistencia en la sección en que yo me batí. Se componía éste de un sector ó media luna formado de un recio parapeto de sacos de tierra, con un muro capaz de resistir no sólo la acción de la fusilería, sino los fuegos de la artillería enemiga; su altura es mucho mayor que la de un hombre, y se eleva sobre tres tramos. si no recuerdo mal; de modo que, mientras que en el superior se batiera una parte de la tropa, en el inferior podía esperar el resto su turno con toda seguridad; pues el recinto que

comprende se halla totalmente desenfilado por sus flancos, y por la gola suple el parapeto una tapia que, aunque no paralela á la cuerda, cierra la retaguardia de la obra; más su oblicuidad contribuye á la seguridad del fuerte; y ciertamente que hubiera sido fácil hacerlo aún mucho más, levantando con los mismos sacos de tierra su altura hasta cierta parte. Su frente se había hecho inaccecible con una honda zanja ó pozo anegado de mayor profundidad que la talla de primera de un hombre, y de una anchura insalvable. La izquierda está además flanqueada por una huaca que, á la vez que al reducto, desenfila á partir de ella, recíprocamente la izquierda y la derecha de la línea. Al pie de ella, y siempre hacia la izquierda, estaba situada la artillería volante ó una parte de ella; en el mismo orden seguía el resto de lo que fué el batallón "Zepita" y después mi batallón, el "Concepción;" estas tres fuerzas dentro de un gran potrero cuyo frente arrancaba de la citada huaca. A la altura de la 3ª compañía de mi batallón, el potrero forma un ángulo recto saliente, lo que, en mi concepto, contribuía á la solidez de esta parte de la línea. Seguía después la tapia la dirección general; no siéndome posible

dar detalle alguno de la línea más allá de la izquierda de mi batallón, por no serme conocida. En el frente que ocupábamos, finalmente, algunos soldados abrieron con sus bayonetas huecos que, á manera de troneras, sirvieran para apuntar sus fusiles.

A la derecha del reducto, pasados los rieles. había un parapeto ó fortín, creo que artillado; luégo la serie de potreros, de los cuales sólo conocí dos durante la aceión, no siendo el ancho de cada uno de ellos más de cien metros á ojo de buen cubero. También en esta parte de la línea se habían oradado las tapias.

Puedo decir, sin riesgo de equivocarme, que nuestra línea de batalla en toda su extensión estaba constituida por la serie de potreros, cuadriláteros de un ancho variable entre 100 y 200 metros, que puede decirse otros tantos campos parciales con tapiales por parapetos á su frente y con sus flancos desenfilados por iguales tapias.

Esta constitución de la línea procuraba, en mi concepto, una gran economía de fuerzas y sustituía, con sus ventajas estratégicas las deficiencias tácticas de nuestro ejército y su inferioridad personal respecto á los chilenos.

El frente había sido despejado, aunque

no perfectamente, de tapiales que favorecieran al enemigo; no perfectamente, decimos, porque algunos trozos habían quedado en pie, y los adobones volteados no habían sido completamente deshechos para que no prestaran abrigo á los asaltantes. Además, todo el campo estaba sembrado de trecho en trecho, de mogotes ó huaquitas de piedra que á su turno aprovecharían los combatientes.

Finalmente, perpendicular á la línea de batalla corría la línea ferrea: precioso elementoo cstratégico que hubiera podido acercarnos á la victoria *á paso de locomotora;* pero cuya importancia quizá sólo ho sabido apreciar un soldado que no tenía más atribución en la batalla que la que determinaba su fusil.

V

LOS PRIMEROS FUEGOS

Los chilenos efectuaban su despliegue, como ya he dicho, á trecientos metros cuando mucho de nuestra línea, y en partes se aproximaban hasta mucho menos de ella. Haberlos dejado colocarse á tan corta distancia, había sido por

nuestra parte renunciar al triunfo parcial que se nos brindaba, el que bien podía ser que nos condujera á un triunfo completo. Pero por haber permanecido quietos y mudos nuestros cañones y nuestros fusiles, el triunfo parcial fué para el enemigo; pero este triunfo parcial, con todo, no hubiera sido para él camino á la victoria total y completa, sino un rechazo sangriento, si un destello de genio militar, que desde luego no hay obligación de exigir, hubiera encendido la inteligencia del jefe que mandaba el ala derecha de la línea; supuesto que el enemigo tenía descontada la victoria por los medios doctrinarios de la táctica y de la estrategia.....

.....

¿Pero por qué habían avanzado los chilenos con tanta confianza? Por aquella misma ceguera que los había llevado al desastre en Tarapacá. Creyeron entonces, como creían ahora, que la derrota nos había amilanado completamente, y cuando vieron que los habíamos dejado posesionarse á tiro corto de rifle con gran ahorro de sangre, lo atribuyeron á eso, y no como era, á un exceso de lealtad y de consideración al cuerpo diplomático que había intervenido, y que precisamente comenzaba en esos momentos sus tratos con el Jefe Supremo.

¿Fué ese concepto de nuestro apocamiento ó fué el deseo de provocar inmediatamente la batalla, lo que determinó la conducta de los jefes chilenos? No sabremos decirlo.

He aquí ahora que, como si no bastara el que les hubiéramos consentido todo lo ya sabido; he aquí que aparece un grupo á caballo, esto es, un jefe con su escolta respectiva, y avanza tranquilo como quien va á visitar á un amigo vecino; luégo se detiene y se pone á observar con un anteojo, cuando más desde una distancia de trescientos metros, lo que tanto le interesaba; y al notar que se lo facilitaba nuestra mansedumbre, quiso ver más.... sin duda el número de nuestros shakos ó los botones de nuestras chaquetas..... y picó el corcel blanco..... y adelante. Era llegado el caso de decirle al guaso:

—*No seais leso, pú ñor Baquedano*, porque él era, el mismo! desde el principio lo habíamos conocido, por eso... por lo huaso.....

Sonaron en este punto tiros repetidos; el pelotón enemigo volvió grupas apresuradamente; uno de los jinetes cayó y su caballo solo siguió disparado. El tiroteo se hizo, en seguida, más nutrido, y dos minutos después la acción estaba reciamente empeñada á la derecha de la

vía ferrea. Achaques quiere la muerte: ¿era esto lo que querían los chilenos? Pues ya se daban gusto; ..... pero el gusto no era para ellos solos: nosotros también nos dábamos gusto..... por lo mismo.

VI

ESCENAS CÓMICAS Y TRÁGICAS

Había comenzado la batalla de Miraflores, y rotos en tierra los fuegos, los buques chilenos no demoraron sino el tiempo necesario para cargar rápidamente sus cañones para entrar también en acción.

Desde los primeros momentos de la batalla el fuego de la artillería era casi tan nutrido como el de la fusilería: tronaban los cañones de gran calibre de la escuadra enemiga; tronaban los cañones de nuestra batería "Alfonso Ugarte" y tronaba la artillería de ambos ejércitos: la batalla era un trueno prolongado.

Suprimido, por lo corto de la distancia, el combate preliminar de las batallas, ésta se empeñó desde su comienzo con toda la rabia de dos ejércitos, uno

que enorgullecido y envalentonado con sus victorias quería coronar la serie de ellas y concluir la guerra con un éxito final; otro que, vencido y humillado, ansiaba vengar el ultraje ó ensangrentarlo más.

Surcaban los proyectiles de los cañones enemigos nuestro campo en direcciones que se cruzaban, vinieran del mar, ya de tierra: sus grandes bombas semejaban gigantescos buscapiques, é iban en sus rebotes levantando oleadas y torbellinos de tierra, y cuando daban en alguna huaca ú otro lugar pedregoso, multiplicaban mortíferos proyectiles, sea que explotaran ó no.

Habíanos encontrado la hora del combate con ánimo batallador y sereno y la muerte quiso divertirnos con sus ironías. Venía el ordenanza del mayor Peñaloza halando su yegua, cuando una bomba que estalló casi debajo de ella la hizo desaparecer lo mismo que á su conductor; pero un momento después vimos ponerse de pie á éste con las riendas en la mano todavía y mirar con sorpresa y estupor á su alrededor..... para reconocer, sin duda, entre qué clase de gente se encontraba en el otro mundo; pero el mayor le hizo observar que todavía estaba en éste, preguntándole:

—Ordenanza! ¿dónde está mi yegua?

Y el ordenanza le respondió con simpleza:

—Se ha volado me mayor.

También nosotros habíamos roto los fuegos, y aunque teníamos al enemigo á nuestro frente, se nos ordenó oblicuar á la derecha. Se comprende que nuestra izquierda se encargaría de ofender á aquéllos.

Pasado algún tiempo se ordenó calmarlos, de modo que sólo de rato en rato nos acercábamos á la tapia y disparábamos.

En uno de estos intervalos, cierto compañero profirió en estas palabras:

—Caballeros, un cigarro.

Corrimos á la llamada, y distribuidos los cigarros, nos pusimos á fumarlos con toda tranquilidad, cuando el sargento Coz, que estaba entre los invitados..... reventó..... sí, reventó, no una, sino dos, tres, no sé cuántas veces, y al mismo tiempo que reventaba, se arrojaba al suelo exclamando:

—¡Jesús, qué es esto! ¡Jesús, qué es esto!

Era, simplemente, que una bala chilena había penetrado por una de las troneras abiertas en la tapia, y dando sobre el morral de municiones había hecho estallar algunas de ellas. Para hacer

más raro el suceso, nadie sufrió ni un rasguño.

Un momento después me acerqué á la tapia á disparar. Como el enemigo, parapetado también, sólo ofrecía un blanco diminuto y fugaz, apuntaba detenidamente tratando de que mis disparos fueran útiles. Una vez más iba á hacer esto, cuando en el instante en que iba á sacar la cabeza, me cayeron al rostro y me segaron las migajas de la tapia rota en el sitio que señalaba la aparición de mi cabeza: un regalo que quiso hacerme un chileno á quien no conozco.

Incidentes como los referidos pueden decirse la sal de la batalla; pero otra cosa es el acíbar. En otro lugar de la misma tapia, el cabito Monasterio de la 5.ª, al asomar la cabeza para apuntar recibía una bala en su frente de 14 años. Cayó, decía un soldado viejo, como un angelito sin decir ni ¡ay! Pero su padre, el teniente de la misma compañía, enloqueció de dolor al ver tendido y ensangrentado al hijo amado que la gloria le había arrebatado.

En otro sitio, un proyectil de artillería mutilaba horriblemente, dejándolo muerto á un soldado, ó mejor dicho á dos, pues el otro fué retirado con un

brazo arrancado de raiz con hombro y todo. Por toda la línea empezaba á verse ya gente estirada en el suelo.

VII

¡A LA CARGA!

Rodeado de su Estado Mayor, que atraía la atención del enemigo, pasó el Jefe Supremo, imperturbable, bajo el diluvio de balas que aquél dirigía. Al verlo proferimos en ¡vivas! al Perú; algunos gritaron ¡viva el jefe supremo! y él nos contestó con tono de lección ó de reproche: ¡Viva el Perú! ¡viva el Perú!

Nuestra acción hasta estos momentos había sido secundaria y no correspondía al ardor belicoso de que nos sentíamos poseídos desde el principio de la batalla; ¿iba á desperdiciarse, á despreciarse torpemente nuestro entusiasmo, ó á aprovecharlo, como en San Juan, cuando ya fuera tarde para la victoria?

¡Con qué impaciencia llegaban á nosotros, corriendo por las filas, las noticias de lo que estaba aconteciendo en otros lugares de la línea!

"Marina", había cargado á la bayoneta; "Guardia Chalaca", había seguido

idéntico movimiento, y también el "Canta" y el "Jauja"..... y nosotros, tras de nuestras tapias, empotrerados como potros chúcaros.....

Por eso, cuando poco después de haber pasado el jefe supremo la corneta dejó oír el belicoso toque de *armar la bayoneta*, un clamor que llegaría como mensaje de reto y de muerte á las filas enemigas. lo acogió, y un minuto después saltábamos la tapia y avanzábamos al trote, al toque de:

"A la carga cazadores,
con brío y con valor.
A la bayoneta,
á la bayoneta,
id al campo del honor".

Enardecía más nuestro coraje exitado por el belicoso toque la presencia de una fuerza enemiga, que á su vez había saltado la barrera que defendía sn campo y nos venía al encuentro.

A nuestro frente, un poco á mi derecha, marchaba el capitán Sotillo, de la 2.ª, apuntando con su espada al enemigo. Detúvose éste, parapetándose en unas huaquitas de piedras y tendiéndose por el suelo; pero no tuvimos nosotros la marcha por eso y el enemigo empezó á retirarse así que estuvimos á una cuadra, más ó menos, de ellos; pero para

parapetarse en otros montículos iguales más allá.

Mientras tanto, habían ido cayendo el capitán Sotillo. que herido de gravedad en el rostro, fué llevado á la línea por dos de sus soldados; un sargento Bravo de apellido y no menos de condición, y un soldado de mi compañía de nombre español, Vargas, pero indio bravo de raza, también cayeron cerca de mí..... y los demás que no ví, porque cuando se marcha adelante no se ve á los que caen.... y en retirada no se les mira.

Al pisar el terreno ocupado hasta pocos momentos antes por el enemigo, un chileno, que parecía muerto, se incorporó repentinamente y disparó sobre uno de los nuestros dejándolo sin vida; pero tampoco quedó con ella el temerario y no necesitó fingir otra vez el muerto. Ultimados á plomo y acero lo fueron igualmente algunos que quedaron cortados en uno de los parapetos referidos.

Contrastando con los hechos de emoción intensa que caracterizan semejantes situaciones, exitó verdaderamente mi admiración el ver que uno de los nuestros sacaba sus botas á un muerto enemigo, y tras del montículo, se quitaba sus zapatos viejos y se las calzaba. Posteriormente pude comprobar que no

era singular el hecho en mi batallón; y bastante que me pesó después no haber sido de los que cometieron igual despojo y puéstome las botas sobre el mismo terreno; sólo que quizá no las hubiera encontrado á mi medida en la zapatería donde calzaban los soldados chilenos sus patasas.

El enemigo, como he dicho, se había detenido parapetándoss de nuevo en las naturales defensas que el terreno le brindaba; igual cosa hicimos nosotros, pues era un hecho del que al principio no me apercibí, que sólo habíamos emprendido el ataque la 1.ª, 2.ª y unos cuantos soldados de la 3.ª; pues yo, que formaba en las primeras hileras de esta compañía, me encontraba de los últimos de la izquierda. Seguramente la orden de ataque se había dado para las dos primeras compañías, y los de la 3.ª nos habíamos plegado á él sin advertirlo; pero es lo cierto que advertidos hubiéramos hecho otro tanto.

Es indudable que, emprendido el ataque con toda la fuerza del batallón, el éxito contra la enemiga que combatíamos hubiera sido completo, echándolo, no ya de las huaquitas, sino hasta más allá de las tapias; pero fué lo contrario lo que sucedió.

Las tapias del campo enemigo se cu-

brieron de pronto de uniformes negros, y un número de tropas notablemente superior al nuestro avanzó en bien nutridas filas á reforzar á los suyos; su línea mucho, más extensa, rebalzaba con con gran exceso nuestra izquierda.

No había, pues, más remedio que la retirada; no podré decir si la iniciativa se dió en nuestras propias filas ó si la orden la recibimos de la línea por el órgaùo de la corneta, porque hay momentos en que las percepciones son tan fugaces que se confunden con los actos: todo lo que sé es que la emprendimos al trote, pero con calma y orden, sin dejar por un momento de hacer frente al enemigo. Demás es decir que éste sufría también los fuegos de nuestra línea, que no lo dejaron avanzar mucho terreno.

VIII

EN EL HERVOR DE LA BATALLA

No sé si porque al emprender el avance hubiéramos oblicuado nuestra marcha á la derecha, ó porque en la retirada lo hubiéramos hecho á ls izquierda, resultamos al llegar á la línea un poco á la derecha de nuestra posición, por el

lugar donde estaba situada la artillería que flanqueaba la izquierda del reducto N.° 2; y como ésta se batía también, he aquí que iba á abocar ya uno de los portillos por donde asomaban su boca los cañones, cuando advertido por el ¡atrás! de uno de los artilleros, en el instante mismo en que tiraban el estopín, me detuve rápidamente, librándome de ser *cañoneado* á boca de cañón. Pero el efecto de la detonación en el tímpano auditivo me dura aún al escribir estas líneas (1): un silbido tenaz que no cesa un momento y que al principio me atormentaba al extremo que poco me faltó para enloquecer. Pero en esos momentos, pasada la emoción instantánea, ese efecto desapareció confundido con los mil ruidos del combate.

Ahora bien, ese cambio en la dirección de nuestra marcha, determinó el que una parte, si no toda la fuerza del "Concepción", pasara á batirse á la derecha.

Pues es el caso que como al penetrar en la línea nuevamente nos encontramos con el batallón "Unión" que desfilaba á la derecha, creí yo, y sin duda todos, que era la línea la que se corría, y seguimos todos la misma dirección.

---

(1)—Y perdura aún, ahora que las publico.

No me pesó este error, porque él me permitió tomar en la batalla la parte que yo hubiera deseado.

He hecho notar ya en el capítulo: *Mi campo de acción*, que el segundo reducto estaba flanqueado por su izquierda por una huaca, así como también las condiciones estratégicas de ésta; pero al efectuar nuestro paso al reducto, por una falsa dirección, por precipitación ó sea por desconocer el camino cubierto que iba por su base, lo hicimos por su cima, exhibiéndonos en nuestro desfile al enemigo, que en un momento la cubrió de muertos. Imagino que el error fué enmendado inmediatamente con la lección.

Lo primero que observé al penetrar en el reducto fué un grupo de soldados del "Unión" y de mi batallón arremolinados al pie de un rimero de cajas de munición; al punto me imaginé que pertenecían al batallón N.° 4. cuyo armamento, como se sabe, era Remington, y corrí á advertirles su error, que podía acarrear consecuencias funestas, y en seguida llamé la atención de un señor oficial de la reserva hacia el mismo hecho.

La animación que en esos momentos reinaba en el reducto es indescriptible: la confianza y el entusiasmo se veían re-

flejados en todas las fisonomías, y los labios proferían en exclamaciones que anunciaban la más enérgica resolución. La banda, que tocaba el ataque de Uchumayo, daba su nota más alta en aquel concierto belicoso. Mi propio entusiasmo fuera motivo bastante para agregar á ese clamor patriótico mis ¡vivas! al Perú; mas aparte de esto necesitaba llamar la atención allí donde, según he referido, se había comentado desfavorable é inmerecidamente, como bien se ha visto, la conducta de mi batallón.

Procuré pues hacer bastante para ser notado aún en ese momento de álgido entusiasmo, lo que en parte conseguí; pues mi actitud en esos momentos fué recordada posteriormente por varios de los que me conocían y me reconocieron. Y fué el primero entre éstos el subayudante Arturo Flores, mi íntimo y cordial amigo desde nuestros más tiernos años, como ya lo he dicho. Al encontrarnos en ese momento nos estrechamos con un abrazo de amistad y patriotismo, y en seguida le pregunté por sus hermanos Ernesto y Oscar.

—Vélos, me contestó señalándome el sitio de la cortina en que se estaban batiendo como dos veteranos.

Le interrogué luégo por mi tío, el capitán Rocavero, y me lo señaló á la derecha del reducto; y siguiendo mi camino me dirigí á él. Allí estaba, sí; por más señas fumaba su puro de costumbre, un rico habano cuyo grato perfume y su humo blanco eran absorbidos por el ambiente acre y el humo negro del combate, pero que conservaba íntegra su corona de ceniza. Señal de la buena calidad del tabaco, dicen los aficionados; señal de que no temblaban ni la mano que lo tenía ni los labios que lo fumaban, digo yó. Pero se conmovió profundamente cuando me reconoció, abrazándome con efusión, y al desprenderme de él me retuvo ligeramente, diciéndome:—Quédate aquí, hijo;—pero comprendiendo que no debía insistir, me dejó continuar mi marcha—diciéndome con voz emocionada y cariñosa:—Cúidate, hijo, cúidate!

Salí por el extremo derecho del reducto en unión de un soldado de mi batallón, llamado Poma. Al lado de la línea ferrea me encontré con un coronel que estaba con algunos individuos de tropa tras el parapeto, y le interrogué, ó mejor dicho, le pedí órdenes: me indicó que la acción se sostenía á vanguardia, y entonces uno exclamó: ¡muchachos, á la bayoneta! y como no era baladronada lo que decía, saltamos el parapeto y nos echamos campo adelan-

te: me seguían Poma y varios otros. Tomamos indeterminadamente por la izquierda de los rieles y muy pronto estuvimos en lo más ardiente de la acción.

Todo el campo estaba sembrado de gente acostada por el suelo; pero no toda se batía;..... no se batía porque estaba muerta. Uno sólo de mis compañeros, el inseparable Poma, estaba ya conmigo. ¿Los otros?..... Se habrían dispersado buscando abrigo para batirse; algunos habrían caído. Los dos nos dirigimos á uno de los tantos montecitos de piedra que he citado: varios muertos lo rodeaban, y á su abrigo se quejaba un herido cuyos clamores no nos lastimaban, porque ¡ah! en el fragor de la batalla se pasa sobre los muertos y no se escucha la súplica de los heridos. Uno sólo, un muchacho de ánimo sereno, que es la prueba más elocuente del valor, se batía allí. Al encontrarse con nuestro refuerzo y oportuna compañía, nos señaló una bandera enemiga diciéndonos:—Apunten allá.

Ondeaba aquélla tras de la tapia humeante con el fuego que nos hacían los fusiles enemigos que vomitaban oleadas de muerte; pero en cambio, advertiré de paso, nos encontrábamos libres del efecto de la artillería enemiga, tanto de mar

como de tierra; lo que no es necesario detenerse á explicar.

Por algunos momentos observé la advertencia del compañero, dedicando mis fuegos á aquella insignia odiosa; pero reflexionando luégo que muchos estaríamos haciendo igual cosa, y que el abanderado se hallaría á cubierto burlándose de nuestras laudables intenciones, torné mi mira á punto más seguro. La lluvia de balas, entretanto, era tan constante y tan bien dirigida, que no cesaban de salpicarnos los pedruzcos y guijarros que levantaban.

Pasó algún tiempo, cuando un chasquido distinto del producido por el choque de las balas en el suelo, me hizo volver la cabeza á la izquierda, y ví á mi compañero que se incorporaba y en seguida caía con un chorro de sangre en la frente; se agitó un instante convulsivamente y quedó inmóvil: había acabado su tarea, su juventud y su vida. Otro rato más pasó hasta que el único compañero que me quedaba exclamó:—Ya cayó! ¡ya cayó! En efecto, la bandera ya no se veía; pero un momento después reapareció á este lado de la tapia al frente de los suyos que avanzaban. El mismo, más advertido que yo, me hizo observar en este punto la situación en que nos encontrábamos.—Distinguido, crec

derecha ha retirado, me dijo en su lenguaje incorrecto; y mirando con toda atención á esa parte del combate, pronto me cercioré de lo oportuno de su advertencia; pues reconocí, en efecto, que fuerzas chilenas batían ya nuestra línea casi á la misma altura en que nos encontrábamos; en consecuencia emprendimos la retirada sin más dilación.

El Reducto había abierto totalmente sus fuegos ante el avance de los chilenos, y al volvernos á la línea parecía un volcán en erupción.—¡Capaz van á matarnos.....! exclamó mi compañero expresando un temor que yo también abrigaba: entre la espesa nube de humo y polvo que nos envolvía, no era difícil de que alguna parte de la línea nos confundieran con el enemigo.

Y no consistía en esto solo el peligro: sabía yo perfectamente que habían muchos, quizá la mayor parte, que no hacían sino sacar sus fusiles y tirar adelante. Con el fin de cubrirme y salir de la zona batida por el Reducto, me introduje, todavía seguido de Poma, por la zanja que hay al lado de los rieles; pero parecía que aquella era el lecho de un río, un río, sí, de plomo: ¡aquello sí era correr bala! Volví á salir y, pasando los rieles, me encaminé diagonalmente á la izquierda (derecha de la línea), precisamente á donde estaba todo el hervor de la batalla. Ya Poma no me seguía: habría caído ó habría continuado por la misma zanja.

Los chilenos, que avanzaban ya en gran número, no se fijaban en mí, como sucede con frecuencia en la confusión de los combates, ó no me juzgaban blanco digno de hacer punto, avanzando, como lo verificaban, á fuego rasante. Yo continué á la carrera llevando mi shakó en lo alto y agitándolo para prevenir la confusión cuyo temor he expresado, llegando por fin á la tapia, que pasé de un salto, escuchando la voz del cabo Rodríguez de la 1ª. de "Concepción" que me decía: Compañero, te había visto y desde lejos te conocí; y siendo recibido ó mejor dicho contenido mi impulso al saltar por éste y otro soldado, á fin de que no hollara al caer el cadáver de un joven teniente que yacía al pie de la tapia. Con la parte superior del rostro, donde estaba la herida, cubierta por un pañuelo, sólo se le veía al muerto la parte inferior, sobre la que, contrastando con la palidez cadavérica, resaltaba un bigote negro y fino, casi un bozo todavía, que indicaba su juventud tronchada.

No pasaré adelante sin hacer una rectificacación de justicia, por más que el único causante de la falta de ella fuera

él mismo sobre quien cayera la omisión. He nombrado al cabo Rodríguez: ¿Qué ha sido de él? ¿tuvo como yo la fortuna de librar su vida de la hecatombe de la derrota ó cayó y su nombre va á quedar borrado de la lista de los que dejaron sus despojos en el campo? Ah! si le cupo tan gloriosa suerte, sépase que esos despojos que ahí se confundieron en la misma huesa con los de amigos y enemigos, no son los despojos de ningún Rodríguez, sino los de Maximiliano Arboleda, un muchacho creo que trujillano, que se había venido escapado del colegio á sentar plaza en el batallón "Callao" al principiar la guerra, y que, por no sé qué causa ó qué capricho, encontré con el nombre cambiado en el "Concepción".

IX

LA HEROINA

Descansaba un momento de la fatiga de la batalla, cuando ví por la derecha una mujer que iba con un balde de agua, apresurando el paso para esquivar á los muchos que le pedían. Yo estaba por

demás sediento y corrí hacia ella, que en ese momento echó á correr también, para llegar á los suyos con algo de su precioso líquido: la alcancé ya en el punto donde la esperaban, que era más ó menos la parte tercia del potrero (partiendo de la derecha; y apunto este detalle para explicar lo que va á suceder). Dió de beber primero al que debía ser su marido; y después á sus amigos: casi al último, y cuando ya había perdido la esperanza de humedecer mis fauces ardientes por el sol de enero y el fuego de la batalla, se volvió hacia mí, y alcanzándome mi parte me dijo:—También hay para usted paisano.

Durante los momentos distraídos por esa causa á la atención de la batalla, ésta continuaba con todo ardor; pues los chilenos avanzaban por nuestro frente con notable resolución; no había, pues, tregua ni descanso posible, y me arrimé de nuevo á la tapia á seguir mi tarea que ya se iba haciendo larga; pues debo advertir, lo que he omitido antes, y es que en las retiradas que he referido, por dos veces había recogido el morral de cápsulas de otros tantos caídos. Al continuar ahora la tarea, que ya se duplicaba, digo, la batalla llegaba á uno de sus momentos más agudos. Como olas de un mar tempestuoso venían avanzando

los chilenos, arremolinándose entre torbellinos de humo y polvo: de pronto un jinete en un caballo polvoriento y de belicosos bríos, surgió magnífico como una aparición del fondo oscurecido, llevando en alto y agitando su bandera, tras de la que se precipitaron las filas que á las nuestran avanzaban; pero como una aparición se hundieron jinete y caballo fulminados por nuestros fusiles El enemigo había sido una vez más rechazado, ó mejor dicho contenido, y sucedió un momento de calma, como un sagío en la borrasca.

Yo estaba excesivamente cansado y el hombro derecho, por efecto de lo recio de los culatazos del Peabody, me dolía ya bastante; motivos ambos por los que me senté á descansar sobre el borde de la acequia ó zanja que corría cerca de la tapia. La mujer que nos había dado su agua, y que ahora nos daba sus bríos, puesto un sombrero de junco con cinta de los colores nacionales, el traje enrollado en la cintura y su dotación de tiros en su falda, y su rifle en la mano, se me encaró diciéndome:—¡No nos ganan los chilenos ¿diga paisano?—No, si todos se paran firmes..... como Ud.,—agregué; pues era la única galantería que podía dirigirse en esos momentos á semejante

hembra.—¿Han oído lo que dice? Parar-se pues, c.....

Ni aunque tuviera, ni aunque usuarpara, quiero decir, la libertad de un Víctor Hugo, escribiendo con todas sus letras la palabra indicada con esa inicial, podría sugerir su elocuencia magnífica en aquellos momentos en que ó anonada como un trueno, ó reanima como una corriente eléctrica.

En la misma expresión profirió un soldado agregando:—Otra vez, se atracó el rifle.....! y sacando la baqueta empezó á desembarazar su ánima.

He dicho que había sobrevenido un momento de calma; esto es, los fuegos eran un poco menos intensos, porque unos nos habíamos apartado momentáneamente de la tapia para descansar y para que se enfriaran nuestros rifles, motivos ambos que concurrían generalmente; y porque los que los sostenían lo hacían con menos celeridad. En el intermedio de esta calma fué que una vez más se le había atracado el casquillo á aquel soldado, al que me acerqué yo diciéndole:—Lo que pasa es que han tomado municiones de Remington en el reducto.....; vamos escogiéndolas pronto,—y me acercaba para ayudarlo..... cuando alzando la cara ví un soldado que estaba mirando á la derecha; su mi-

rada atónita, sus pupilas dilatadas, su expresión toda de una impresión intensa, me revelaron lo que inmediatamente después confirmaron estas palabras:

—¡C....., ve los chilenos dónde están ya.....!

De un salto estuve en pie.—Es el batallón Callao que se retira, dije—¡Qué Callao ¿no ve la botamanga? Sí, y la bota también la veía ya. Estaban pasando en ese momento por delante del portillo del lado opuesto del potrero de nuestra derecha, y esta fué la revelación de que la línea había sido rota y de que el enemigo iniciaba un movimiento envolvente.

—¡A la tapia, á la tapia! gritamos varios .....; es decir, á la tapia del costado para cubrir el flanco derecho...., pero en ese mismo instante la del mismo potrero de la derecha (del frente) se cubrió de enemigos que saltando sobre ella penetraban al potrero y avanzaban sobre la misma que corríamos á cubrir, como si nos citáramos para un duelo á *rifle mordido* sobre ella. En ese mismo instante se dejó oír la voz dura, singularmente enérgica de la muger que gritaba.

—¡Qué es eso..... por qué corren.....!—á la que hacíamos coro los que queríamos llevar la defensa á la tapia citada; mas en vano. Los de la derecha; los que, á juzgar con un criterio simple y vulgar

debieran ser los primeros en apercibirse del avance envolvente de los chilenos, y eran los últimos que los descubrían, en lugar de correr á amparar la tapia del flanco amagado, se ponían en salvo: es que al dispertar tardíamente su atención habían visto más de lo que nosotros estábamos viendo.....

.....

X

EL PRINCIPIO DEL FIN

La ponderación de la vida en ciertos instantes es inconcevible al discernimiento normal;—y sólo mediante un poderoso esfuerzo mental puede uno reproducirse lo que en esos instantes pasó, más como una imaginación que como recuerdo de una realidad: así fué el cuadro que por un instante se desarrolló ante mis ojos y un instante después desapareció, como esas pesadillas, como esos sueños cuyas imágenes espantosas, fugitivas é inverosímiles, se ofuscan, al despertar, en la memoria.

Los chilenos habían penetrado en

nuestra línea y llegado casi sin sentirlo hasta nuestro costado ¿cómo explicarse tan extraordinaria sorpresa? Lo que una técnica vulgar explica solamente por la táctica y la estrategia, tiene, ante todo, una generación sicológica. Seguramente pueden los técnicos mencionar como causa inmediata y eficiente de la derrota, el hecho de que el ataque del enemigo, impulsado por su iniciativa y presionado por sus costados por el fuego convergente de los reductos, había dado como resultante mecánica una clava, una cuña encajada en la parte media de los Reductos 1o. y 2o.; explicándose con ésto y con la falta de oportuno refuerzo la rotura de la línea peruana y su derrota consiguiente; y aún se puede agregar, que el descuido ó el aturdimiento de los jefes, causa de la falta de vigilancia, tan necesaria en la batalla, lo fué también de que no se efectuara una retirada en orden, cuando las condiciones naturales del terreno facilitaban sobremanera efectuar con gran daño para el enemigo; como lo prueba el hecho de que aún *sin orden* fuera el final de la batalla tan hostil por nuestra parte como lo había sido su principio; porque Miraflores fué una batalla especialmente estratégica.

Vamos ahora á la explicación sicológica.

El espíritu de asociación, que en el curso normal de la vida procede por reflexión ó raciocinio, ó por hábito, al llegar uno de estos momentos anormales, excepcionales, vuelve á ser el instinto gregario que originó esa facultad. El fuego del enemigo, más avanzado á nuestra línea en la zona neutra ó menos hostilizada por el oblícuo de los reductos, era más mortífero para las tropas nuestras que se le oponían, y conforme éstas mermaban, por un movimiento de contracción instintivo se iban replegando á derecha é izquierda, atraídos por los núcleos de resistencia; hasta que la línea adelgazada se rompió; porque sus últimos defensores fueron inmolados en su puesto, ó al ver su abandono se retiraron, no ya hacia la derecha ó la izquierda, sino hacia retaguardia, á Miraflores. De esta manera se estableció allí una solución de continuidad; y la tapia que antes fué nuestra defensa, era ahora el parapeto para el enemigo. Este que, por instinto, avanzaba arrastrándose por depresiones del terreno y por otros accidentes, esquivando nuestras balas, encontró, pues, abrigo seguro, mientras tomaba aliento y aumentaba su número para el paso final.

El soldado en la batalla, como aquellos de quienes se dice que no ven más allá

de sus narices, no ve sino donde apunta su fusil: he ahí la explicación final del lance trágico, de la situación que sobrevino; y lo que sobrevino, debo advertir una vez más, fué tan rápido, tan fugitivo, que ni aún los chilenos pudieran abarcarlo en todas sus fases.....

.....

La línea se rompió instantáneamente en mil pedazos, como un objeto de fino cristal dejado caer sobre un pavimento de piedra; y en medio de esos instantes de ponderación infinita en que la vida se cotiza por fracciones de segundo, ... ví que una parte, la mayor parte, sin duda, se corría á la izquierda, al portillo del que yo me encontraba azaz distante; me parece que vi otros que, agachados tras la misma tapia, escapaban *bajo las propias narices de los chilenos;* y otros, en fin, que, á gatas, pegándose al suelo, se iban á ganar la tapia paralela á retaguardia. Seguí por instinto á éstos, y acerté en mi camino, pues no había otro que seguir, salvo la resolución heroica de quedarse á vender cara la vida..... Procurando cubrirme con los bordes de los surcos de un campo cosechado ¡vana defensa! por momentos esperaba el golpe que me clavara en el suelo por el que iba arrastrándome; pero, cosa que en

esos momentos no hubiera podido explicarme, no recuerdo haber percibido ni el silbido de una bala: ¿sería efecto de la honda perturbación que en aquellos momentos debía embargarme? ¡Cuando recuerdo que recorí así una cuadra ó más, á la distancia de 50 ó 60 metros de donde estaban parapetándose los chilenos, fusilándonos á mansalva, me parece sueño la vida que vivo.....!

Los fenómenos que en esos lances extraordinarios se nos presentan como inexplicables, como milagrosos, no son al cabo sino muy naturales: es que los signos en la vida se invierten, ya lo hemos dicho, como en el álgebra, y sólo el análisis nos puede revelar su valor verdadero inexplicable es á la simple vista, Y, cosa singular, que fueran los que estaban más inmediatos á ellos los últimos que se apercibieran de la aproximación de los chilenos; pero esto se puede explicar simplemente por el hecho de que la tapia limitaba su perspectiva; y cosa más extraordinaria parece ser el que éstos, aparentemente más expuestos á las ofensas del enemigo, tuvieran más espacio y más tiempo para escapar; pues he aquí que nada fué natural.

Una de las fases de la confusión de esos instantes, consistió en que la ma-

yor parte de nuestra gente sorprendida sólo atinó á correrse instintivamente á la izquierda, hacia el portillo de comunicación de la línea, en donde arremolinada y confusa se obstruyó mútuamente el paso con su aglomeración, formando una masa compacta: era esto lo primero que veían los chilenos que iban llegando con todo el furor de su odio extraordinariamente excitado, y fascinada su mirada por ese espectáculo, por el rico festín que se ofrecía á la boca de sus fusiles, no miraban más: apuntaban, disparaban y se inclinaban á cargarlos otra vez rápida, frenéticamente para no perder la presa que trataba de escapárseles.

A esto hay que agregar otra causa, matemática diremos: la altura y el ancho de la tapia determinaban una zona cegada á sus miradas, un ángulo muerto, dentro del cual, seguramente, se deslizaron algunos.

Pero nuestra seguridad sólo duró hasta el momento en que nos pusimos en pie para saltar el nuevo parapeto, en que empezaron á cobrarnos con usura la tregua que nos habían dado para llegar hasta allí: ¡paf! ¡paf! ¡paf! sonaron en este punto al estrellarse contra la tapia las balas que llovían, y que ¡ah! no llovían en vano; porque muchos no lle-

garon á montar sobre ella desplomándose á mitad de su ascensión, y otros iban á caer precipitados, aventados al otro lado. Cuestión de más ó menos agilidad al saltar; quizá, también, algo de suerte.

No bajaríamos de 20 á 30 los que nos encontramos ilesos al otro lado de la tapia; ilesos de cuerpo, diré, porque hay en las batallas otra herida más desastrosa que las mortales: y esa herida que se llama pánico, ya empezaban algunos á sentirla. Un capitán del "Canta", con el brío y la energía de un héroe, retuvo la mayor parte de esta gente y continuamos allí la lucha: fieles á la consigna del deber y obedientes á la voz del capitán, nos repusimos inmediatamente y nos cuadramos de nuevo ante el enemigo.

La batalla en esta parte, había tomado todo el aspecto de una partida de ajedrez dentro del cuadro de los potreros. Al extremo de la diagonal del ángulo en que estábamos, se encontraba el portillo desastroso, delante del cual se veía el tendal de muertos y heridos palpitantes; y detrás de la tapia chorreada de sangre, asomaban las cabezas de los que habían salvado por esa parte, y se veían los fogonazos de sus fusiles, ansiosos de venganza. Nosotros tomamos á los que acababan de ocasionarnos el desastre

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS

por una oblicua insignificante, pero la tapia, que casi se confundía con ella, nos impedía ofenderlos como deseábamos, cuando nuestro bravo capitán nos indicó, pasando él el primero sobre el adobón volteado un poco á retaguardia, al potrero de la derecha, desde el que abrimos un fuego de enfilada tan seguro y tan mortífero sobre los que pocos momentos antes nos habían fusilado impunnemente, que en menos de dos minutos despejamos la tapia: los que no quedaron tendidos al pié de ella la abandonaron precipitadamente.

Nuestra acción había sido eficaz; pero desgraciadamente no pudo prolongarse; porque ahora nos tocaba la recíproca. A su vez aparecieron los chilenos por nuestra derecha, anunciándose con sus fuegos de flanco que nos obligaron á correr á buscar el amparo de la tapia, dejando en un minuto buena parte de nuestra gente que cayó también bajo su fuego de enfilada. Parapetados nuevamente, y formando martillo sobre los dos lados del ángulo de la esquina, continuamos hostilizando al enemigo por frente y flanco; pero sus fuegos, sobre todo los del flanco, se hacían á cada momento más insoportables. El soldado que se batía á mi derecha cayó, como caían casi todos, muerto de un balazo

en la cabeza: —"Quítele las municiones y démelas" me dijo el capitán; pero apenas había empezado á ejecutar la orden, cuando lo ví doblarse por las rodillas, caer on cuclillas y estirarse mirando al cielo con los ojos fuera de sus órbitas: había recibido una bala en la sien derecha, y murió sin quejarse como un heroe.

La posición era, en verdad, insostenible: reducidos al ángulo del potrero, los proyectiles de los fusiles enemigos afocados á él habían reducido nuestro número, que no bajaría de doce ó quince al iniciarse su defensa, á seis ó siete; todos los demás habían caído muertos ó moribundos, incluso nuestro jefe, y exceptuado un herido que no lo estaba mortalmente, en un espacio de tiempo que no llegaba á veinte minutos.

Resueltos á retirarnos, los soldados del "Canta" quisieron cargar con el cuerpo del capitán; pero con mejor criterio y más humanidad, optaron por alzar al compañero herido que les rogaba no lo abandonaran. Nos retiramos, pues, corriéndonos sobre la izquierda hasta la tapia desde la que se había reanudado el combate de flanco. Los compañeros del herido siguieron retirándose con él para ponerlo á salvo, decían; y aunque no hubiera ningún motivo, no había ya autoridad que pudiera hacer batirse sino á

los que buenamente quisieran seguir haciéndolo: las piezas nobles de nuestro tablero iban desapareciendo, quedando solamente peones. De este número éramos los cuatro que nos quedamos allí.

Nuestra situación (la de los cuatro) era bastante segura y nos pusimos á tirotear á los chilenos, diagonalmente á la izquierda al principio, al frente luego, cuando se presentaron por él aquéllos. Pasados algunos momentos, la izquierda, quiero decir, la línea principal á esta mano, abandonó la tapia emprendiendo rápida retirada: habían descubierto á tiempo una maniobra embozada del enemigo semejante á la anterior; de lo que tuvimos muy pronto la prueba cierta.

Como la posición de nosotros los cuatro era la misma esquina de un potrero de los que estaban en segundo orden, es decir, á retaguardia de la línea de batalla, no teníamos sorpresa alguna que temer, por lo que no nos movimos, y antes activamos más los fuegos á fin de facilitar la retirada de aquéllos. Pudimos, pues, ver con bastante seguridad, para mayor eficacia de nuestra acción, que el enemigo que enfrentaba á aquéllos, al notar que se alejaban, saltó la tapia, con gran contento de nuestros fusiles que por un momento hicieron su

agosto; por un momento, digo, porque oportunamente tuvimos á nuestro turno què correr á ampararnos de la otra tapia. Pero habíamos tenido en este último trance la fortuna de hacer daño muy apreciable al enemigo sin experimentar ninguno. Al saltar la tapia y al penetrar por el portillo, los habíamos afocado con nuestros cuatro rifles con el más eficaz efecto, repito, pues, indecisos y desconcertados por dos ó tres minutos, muy pocos de los que se habían aventurado en la maniobra pudieron regresar al parapeto.

Nos encontrábamos ahora, después de la dura labor realizada, en la penúltima de las posiciones que nos tocara defender durante el sangriento torneo. Era ésta la tapia corrida á la derecha de la línea férrea; y fuimos á formar el extremo derecho, una especie de sostén, mejor dicho, de los que en esta parte contenían al enemigo, que se encontraba ya sobre la tapia contraria, en número notoriamente superior al nuestro; toda la tapia de ellos humeaba como si se estuviera incendiando y la nuestra parecía que se iba á venir abajo desmoronándose: habían lo menos tres fusiles contra uno, y apenas sacábamos la parte del cuerpo necesaria para apuntar, una lluvia de balas nos soplaba su

aliento cálido. Soldados expertos del enemigo, con la seguridad que les proporcionaba su mayor número, observarían, tal cual sabíamos hacerlo también nosotros, la aparición de nuestra cabeza con la puntería tomada.

Aconsejé á mis compañeros no aparecer dos veces en el mismo sitio, lo que no dudaron en poner en práctica; y uno, excediéndose de listo, recurrió á este ardid, en verdad, ingenioso: sacaba el shakó sobre la tapia, é inmediatamente después la cabeza por un lado para tirar; pero no hay treta que engañe á la implacable homicida, y como encolerizada contra el mortal que pretendía burlarla, he aquí que primero una bala arroja lejos el shakó, y luégo otra arroja de espaldas con la frente rota al esquivo soldado, que descansó de su noble tarea, sin dolor, sin agonía.

Un cuarto de hora más duraría este desigual duelo, durante el cual no sólo nos mandábamos balas, sino que nos gritábamos sendas desvergüenzas é improperios. Nuestro número disminuía á cada momento por los tiros del enemigo que casi no herían sino para matar, y el desaliento empezó luego á morder el alma acerada de los últimos combatientes. Una parte de éstos venía corriéndose á la derecha, y al llegar á

donde estábamos quise inducirlos á que no abandonaran el campo; me contestaron que apenas tenían municiones é iban á buscarlas. Pretexto ó verdad, yo no podía detenerlos; pero si no era lo primero, todavía encontrarían campo útil por allá.

Entre los tres que quedábamos de los cuatro que habíamos sido, se había soldado esa alianza tácita que une á los hombres, cualesquiera sea su condición, cuando una causa común exalta en ellos el mismo sentimiento. Media hora antes no conocía á ninguno; media hora después, despojados del uniforme y lavadas las caras del humo y del polvo de la batalla, no hubiera sabido quiénes eran; pero en esos momentos el más noble y desinteresado sentimiento de amor patrio bacía de los tres uno solo: tal es la virtud de las pasiones nobles y elevadas, así como es propiedad de las bajas y ruines la disolución.

Siguiendo dirección contraria á los que se retiraban del combate, nos corrimos á la izquierda, hacia el reducto, y nos encontramos un momento después al pie del portillo que daba salida al potrero, ante el cual habíanse detenido los que verificaban el mismo movimiento; es que el pasar delante de él era en

aquel momento una suerte que tenía más probabilidades en contra que en pro. Todo el fuego de los chilenos se había concentrado allí y su mortífero efecto lo ponían de manifiesto como media docena de muertos y otros tantos heridos..... que pronto lo serían también. Los que habían logrado pasar ilesos, así como los que esperábamos el turno, apenas osábamos apuntar rápidamente nuestros fusiles, y menos pasar delante del vano mortal: nos hallábamos en uno de esos momentos de desfallecimiento moral que sobrevienen como consecuencia de la tensión de un esfuerzo continuado. De pronto uno se animó y exclamando: —¡Que tanto miedo!..... se arrojó y..... su cuerpo fué á dar allá pesadamente, á aumentar el número de los que medían el suelo.

Se volvió á nosotros contrayéndose de dolor y nos dijo: —¡Hermanitos, no me dejen padecer, acábenme de matar!

La indecisión y el desaliento aumentaron con este incidente, y cuando ya varios proponían emprender la retirada á Miraflores, ví que uno colgaba su morral y ponia su shakó sobre el cañón del rifle; en seguida lo presentaba y acto continuo pasaba de un salto: había sacado la suerte lomismo que seis ú ocho que instantáneamente nos precipitamos

tras de él. He dicho mal; no todos sacaron la suerte: uno más había ido á aumentar el número de muertos, y mi último compañero de "Concepción" tuvo la mano derecha destrozada. Saqué mi pañuelo sucio, y desgarrando una tira, le lié fuertemente el antebrazo para limitar la hemorragia, y con el resto le cubrí la herida.

En seguida le aconsejé que se retirara inmediatamente; y era mi intención que lo hiciera por el reducto, rodeando para librar de la zona más batida; pero vimos mudos, estupefactos por la sorpresa, que, sea aturdimiento, sea resolución extrema, se volvió y atravesó con paso inseguro y sin recibir el menor daño, el vano de la tapia delante el cual ya nadie osaba pasar; pues los pocos que habían quedado del otro lado, se corrían ya hacia Miraflores, si bien no dejaban de hostilizar al enemigo con sus fuegos.

Es demás decir que era de la mayor necesidad no desamparar la tapia que flanqueaba el Reducto á 50 metros de su costado derecho, y que debíamos continuar defendiéndola siquiera los pocos que habíamos quedado; pero, como no había ahí nadie que mandara, uno á uno se fueron desprendiendo todos, dirigiéndose á ese centro de la ac-

ción, y no era cosa de quedarse solo: se quedaron únicamente los infelices cuyas heridas los tenían postrados Ah! y si el nervio de la sencibilidad no estuviera adormecido en aquellos momentos, hubiera sido cosa de echarse á llorar al escuchar las invocaciones que nos dirigía un pobre herido que; para completa desgracia suya, se encontraba del otro lado del portillo, cuyo vano habíamos pasado rápidos y esquivos para salvar nuestras vidas, y no íbamos á arrostrar otra vez una muerte inminente para intentar salvarlo. Al alejarnos le dije para no dejarlo sin consuelo:—Voy á hacer que venga la ambulancia—; y cuando ya me encontraba á la entrada del Reducto, oí su voz desesperada que se elevaba diciendo: ¡Que apure la ambulancia!

XI

LA ÚLTIMA OLA

Al penetrar por segunda vez en el Reducto, ya no alentaba en mi pecho el brío de la esperanza, ni la animación que en él reinaba era la misma que la ante-

rior; la banda no tocaba ya sus belicosas notas porque los músicos se estaban también batiendo; y contrastaba con el ruido atronador del combate el silencio siniestro de los labios, que expresaba con más elocuencia que las palabras cuál era el secreto que querían guardar: el pensamiento de la derrota.

Por todo el Reducto se veían soldados de línea que se habían replegado á él tras duro batallar; acostados en el suelo ó en el tramo inferior de la obra, revelaban el consancio que los agobiaba y el desp[illegible]cho; algunos se batían arriba, al lado de los reservistas, y otros no se batían por falta de municiones. Uno, cuya fisonomía no me era desconocida, en actitud de meditación ó atonía, atrajo mi atención y me dirigí á él; al verme se anticipó á decirme con aire de sorpresa y admiración:

—¡Compañero, ¿usted también se escapó.....?—¿Y la mujer? le interrumpí. —De seguro la han matado, me contestó, porque no la he visto escapar. ¡María Santísima! el portillo se atrancó con muertos....—¿Y cómo pudo salvar? volví á interrogarle,—Trepándome por la tapia....

No pude continuar el diálogo, que era con el de las municiones trocadas, ni descansar un momento, porque una

voz alarmada dijo desde arriba, que el enemigo nos entraba en gran número. Subí al tramo superior, desde el que se dominaba un amplio espacio, y contemplé el espectáculo imponente que voy á procurar recordar.

Era el avance arrollador de los chilenos que daban la carga á fondo de la jornada; un regimiento, dos ¿quién sabe? una ola enorme; la ola que nos iba á ahogar. Desde el punto dominante del que contemplaba el grandioso espectáculo, mi mirada se extasiaba tratando de fijarse hasta en los detalles de ese vórtice indescriptible; como que no lo vería nunca quien no lo viera entonces. En su marcha oblícua á la brecha abierta, desfilaban á la carrera, y sus costados derechos se acercaban hasta una cuadra del Reducto. Veía unos que hincaban la rodilla y apuntaban con fijeza; pero la mayor parte disparaban de su costado á la carrera y sin detenerse. Y veía otros que se hincaban también... pero no para apuntar, sino porque sus rodillas se habían doblado al írseles la vida; y otros caían de bruces; y otros caían de espalda abriendo los brazos como buscando donde apoyarse; y otros se arrastraban heridos en demanda de algún abrigo..... ¡Qué cuadro aquél!

¡Qué grandiosa, qué terrible es la cólera del hombre!

Y avanzaban y avanzaban como un torrente incontenible por su cauce. ¡Incontenible...! ¡Qué! ¿No habría medio de contenerlos en su impetuosa carrera, de poner dique al torrente arrasador.....? Venían los regimientos asaltantes por la carretera á cuyo lado, como se sabe, corre la línea ferrea, y, acosados por nuestros fuegos, se introducían entre las zanjas abiertas á sus costados, tratando de cubrirse con el alto relieve del terraplén; luego desbordaban por su izquierda, siguiendo el cauce abierto á su irrupción.....

Ah! si en aquellos momentos en que aún la batalla rugía á la derecha; en que los restos de la línea rota disputaban palmo á palmo el terreno, como lo demostraba el fuego intenso que se percibía del lado de Miraflores, y desde el segundo Reducto hacia la izquierda la línea intacta se batía con furor; si en aquellos momentos, digo, hubiera aparecido una de nuestras baterías rodantes convertida en Reducto movible, y como un monstruo invulnerable se hubiera metido entre sus filas vomitando la muerte á diestra y siniestra, ¿cuál hubiera sido el efecto terrible, desastroso que esa maniobra extraordinaria, esa

carga á paso de locomotora hubiera producido entre aquéllos, tan castigados ya por nuestros fuegos? No es difícil imaginar lo que á ciencia cierta hubiera acontecido: como las invencibles legiones de Roma al verse acometidas por los elefantes de las falanjes de Pirro en los campos de Heraclea y Ascalum, sus regimientos hubieran sido rotos con fracaso sólo comparable al ímpetu de su acometida por ese monstruo, por ese *elefante de hierro* invulnerable é inaccesible, más terrible y destructor que cien elefantes de carne y hueso. Y como semejante pensamiento, al brotar de la mente de alguno de nuestros caudillos, no hubiera brotado solo, las fuerzas cuya animosidad se probaba en esos momentos de pugna desesperada hubieran sido lanzadas á empujar, á precipitar con la punta de sus bayonetas al abismo del desastre el enemigo que ya se creía vencedor. Sí, sí había un dique que oponer al torrente que parecía incontenible.....

Despierto de mi ensueño para seguir narrando el duelo sangriento á cuyo fin vamos llegando; sueño, sí: el pensamiento que hubiera podido ser el pensamiento de la victoria, sólo brotó en esa hora en la mente de un soldado que no ejercía en la batalla más función que

la que el lector ha visto y va á seguir viendo.

¿Creíais acaso que había subido á mirar y contemplar? No, sino que requiriendo mi rifle, reemprendí con más ardor que antes la tarea de la jornada, haciendo al principio fuego rasante, porque, como ya creo haberlo dicho, el hombro y el brazo derecho los tenía en extremo doloridos; pero luego lo continué con intención y puntería, porque no era tiempo de sentir dolor; ¿cómo desperdiciar el blanco y la ocasión?

Cuando estaba allá..... en mi casa, en paz y amor cen todo el mundo, sin pensar en matar más que patos, lobos y palomas, tenía un amigo inglés que hubiera querido estuviera á mi lado en la jornada que estoy refiriendo; y van á saber por qué. Solíamos juntarnos al medio día para tomar un vaso de cerveza y después decidir quien debía pagarla; lo que disputábamos á balazos.... Pues, concluido de beberla, la poníamos de blanco á la distancia á unos cien metros, se jugaba á la suerte quien había de tirar primero, y el que salía de segundo decía á ése:—Ya sabes que si te la tomas toda la pagas. Quiere decir, que al primer tirador no le era permitido botar sino la parte superior, dejando la parte inferior para el segundo. A

veces perdía el primero, porque era posible dar al blanco en punto inferior al de gravedad; pero era considerado como chiripa, como caso extraordinario, el que alguno perdiera por no dar al blanco.

Ahora bien, y he aquí porqué hubiera querido tener á mi amigo á mi lado: lo general era que el juego saliera tablas y que la paga la decidiera la suerte. Pues ..... si los chilenos se acercaban hasta una distancia igual á la de la botella y eran un blanco *algo* más grande ¿cuántas veces daría en él? Descontadas las fallas por la precipitación al disparar, el movimiento del torbellino, la alteración del pulso por causas que se comprenden, creo que si me fueran á tomar en cuenta los homicidios que cometí en esa jornada, tendría penitenciaría para siglos.

Con intención y puntería, he dicho, me batía, y con tanta rapidez que en un momento mi rifle, ya bastante caliente, por el fuego poco interrumpido q' venía haciendo desde el principio, se puso en estado de casi no poder tenerlo; quemaba hasta la caja, que parecía iba á entrar en ignición, y amenazaba reventar; pero el remedio no estaba lejos. Me volví al compañero del diálogo, que permanecía donde lo dejé, á pocos pasos,

y le dije:—Ya usted no tiene municiones, páseme su rifle que el mío va á reventar. Vaciló un momento, pero luégo extendiéndomelo, me contestó:—Hasta que se enfríe el suyo, nada más.....; cariño del soldado al arma que guarda su vida y su consigna, ¿pero iba á haber tiempo para que se enfriara? Eso es lo que vamo á ver.

Ocupé de nuevo mi puesto con arma fresca, expedito para continuar sin temor de quedar desarmado por aquellos motivos; pero antes ¡ah! como sintiera muy menguado el peso de mi último morral de municiones, cogí un puñado y las puse en el bolsillo del pantalón.... para la retirada; y otra vez al fuego.

Tenía á mi derecha, casi en el extremo del Reducto, un mozo reservista que se batía con verdadera magnificencia; ni se ocultaba para cargar y tiraba al blanco; pero en cambio, á mi costado izquierdo se encontraba otro que no les enseñaba ni las manos á los chilenos: ponía el rifle al canto y tiraba al cielo. El de la derecha, que lo había tenido al lado hasta que yo me interpuse, le estaba increpando á cada momento su manera inútil de batirse, y al volverse con tal objeto, me miró y abrazándome rápida y fuertemente, me dijo:— ¡Compañero, dónde nos hemos venido á en-

contrar.....—y en seguida, dirigiéndose al otro:—Saque el cuerpo como nosotros..... La que viene derecho no trae arrugal Es fatalismo, pero fatalismo de valientes. Pero no lo oía, ó no le hacía caso, hasta que yo, impaciente por lo mismo, asenté rudamente la mano sobre el cañón del rifle en el momento preciso en que disparaba, diciéndole:—¡Tire abajo, ¿crée usted que los chilenos están bajando del cielo.....? Y el retroceso del rifle le dió tan fuerte golpe en el rostro..... que enmendó su puntería. Lo que sí no logré fué saber quién era mi desconocido amigo, cuya fisonomía ofuscada por el humo y el polvo de la batalla, no me era dable reconocer en ese momento..... en ese momento en que llegaba el término del horrendo naufragio.

Cinco, diez veinte minutos, ¿cuánto tiempo duraba ya esta acción de la batalla? Imposible me sería decirlo; en esos momentos ó se pierde la noción del tiempo ó la facultad de apreciarlo.

La avalancha enemiga, entretanto, semejante al impetuoso huaico, empezaba á agotarse; alguna fuerza destinada á entretener nuestra atención, ó las últimas reservas ó los rezagados que iban á la zaga esquivos, semejaban los últimos filetes de la avenida, y como aquéllas

deja charcos y despojos sobre la tierra que ha arrasado, así habían quedado los caídos en el asalto. ¿Pero dónde estaban los que no habían sido exterminados por el plomo de nuestros fusiles?.... No se los había tragado la tierra.

Derrepente sentí que me tiraban de la pierna de los pantalones, y al volverme impaciente á ver quién y por qué me interrumpían..... «¡mi rifle!» me decía, cogiéndomelo rápidamente y dejándome el mío, que aún estaba bastante caldeado, el dueño del que tenía en la mano. Como explicación de su exabrupto proceder, ví que la tapia, de atrás se había cubierto de gente de línea que hacía fuego sobre la tapia ya referida, que nos flanqueaba por la derecha; y ví, también, un grupo de jinetes, y entre ellos al comandante general don Pedro Correa y Santiago; quien, empinándose sobre los estribos y con el revólver en la mano, miraba con la más grave atención hacia ese lado. No necesité sino volver la vista para saber lo que tan ansiosamente miraba: los chilenos estaban ya allí.

XII

ESFUERZOS VANOS

No tenía por qué sorprenderme este suceso, pero tampoco podía ocultárseme que el terrible desenlace se aproxmiaba. Los chilenos asomaban furtivamente y disparaban. Debían ser pocos, pues sólo aparecían por el ángulo del potrero y no podían ofender sino á los que estábamos en la derecha; pero tan luego como aumentara su número y se corrieran á la izquierda, los defensores del reducto serían tomados de revés y fusilados por la espalda. Cierto que de la tapia que he citado, amparada por gente de línea veterana y voluntaria, se hacía buena labor; pero esto no hacía sino aplazar por breve tiempo el desenlace, y desgraciadamente no hubo ningún jefe con serenidad bastante para aprovechar los instantes y organizar una retirada que previniera la inmolación segura é inútil de más de un centenar de reservistas y soldados de línea, ó el pánico lo hizo imposible.

Con el corazón oprimido, lleno de rabia y de despecho, procuraba aprovechar mis últimos momentos en el reducto y mis postreros tiros, que apuntaba á los esquivos enemigos que aparecían y desaparecían instantáneamente tras la tapia..... Derrepente ..... algo extraordinario, muy extraordinario, de que en el momento no pude darme cuenta, paralizó mi acción; igual impresión experimentaba mi desconocido amigo, quien, al mismo tiempo que yo, se volvía á la izquierda preguntando: ¿Qué es eso?, lo que repitió gritando: ¡Qué es eso! ¡Qué es eso!

Así como cuando se está en soledad y silencio, un ruido atronador que sobreviene súbito causa sorpresa y estupor, si en medio de un ruido ensordecedor éste cesa súbitamente, la impresión es recíproca. Sólo que nuestra sorpresa en el caso presente fué consternación al mismo tiempo.

Era, he dicho, ese el momento en que podíase aún y debíase emprender una retirada útil, eficaz, que hubiera mantenido en respeto al chileno y ahorrado muy preciosas vidas: al abrigo de la misma tapia á cuyo amparo íbamos á salir fugitivos, hubiérase podido ir con rapidez, sí, pero sin la indecible confusión que se va á ver; y hubieran podido salir todos los defensores del reducto, todos sin excepción, así como pudieron salir

en medio del más funesto pánico, con sus brazos armados para la última cita de sangre, no ya para defender el suelo santo de la Patria, sino para defender la propia vida.....

Porque lo que había dejado en suspenso nuestra acción y hecho preguntar á mi amigo: ¿qué es eso? es que repentinamente los fuegos descendieron dor una escala rápidísima hasta cesar casi completamente; y lo que le hizo repetir en tono herido: ¡Qué es eso! ¡Qué es eso! Era que la masa de los defensores del reducto escapaban ya en tropel arrastrando á los últimos,que descendimos también rápidamente de nuestro puesto de combate; y era lo peor y lo que me dejó consternado, que casi todos se iban dejando sus armas; algunos alzaban sus maleteras, pero no todos sus rifles; y marchaban, así, inermes, con rapidez extraordinaria, como si tuvieran prisa por entregarse á un sacrificio barato y seguro para nuestro enemigo implacable.... ¿Cómo no preveer que esa muchedumbre sedienta de nuestra sangre que habíamos visto pasar ante nuestros ojos, nos iba á tomar, si no nos había ya tomado de revés...? La solución suprema de la vida se me presentó en esos momentos de indecible confusión con la exactitud de un pro-

blema geométrico de doble solución: ¡Quedarme....! ¡renunciar á la vida, decidirme á morir luchando como un héroe contra cien enemigos, testigos únicos de mi gloria!... ¡Huir....! ¡Morir fusilado por la espalda! ¡siempre la muerte cruel! pero sin mérito y sin gloria; castigado quizá con el martirio postrero del repase.....

Pero.... *video mellora, proboque; deteriora sequor*.....Sí, ya lo había dicho el filósofo:—*veo lo mejor y lo pruebo; pero me inclino á lo peor.*

¡Qué es eso! había gritado mi amigo, saltando al mismo tiempo que lo hacían aquellos á quienes increpaba; y yo también había saltado gritando como un loco: ¡Las armas, las armas, no boten las armas.....! ¿Escuchó alguno el eco de mi voz...?

Lo actos que nacen del instinto, en los que la reflexión no interviene, son irresistibles, sean que procedan del animal hombre ó de otra especie de animal, por eso es que los movimientos colectivos son incontrastables y generalmente funestos. ¡Ay del hombre cuando esa fiera que se llama instinto se escapa de la jaula de la razón...!

No era yo menos hombre que ninguno de los otros para sustraerme á la voz natural que en ese momento se sobre-

ponía á todo sentimiento de honor; sólo que no arrojé mi arma, como seguramente tampoco la arrojarían otros en quienes el instinto no llegó hasta aniquilar la razón, la reflexión; y... ¡sólo que todavía tuve que detenerme.... que detenerme en aquellos momentos de incontenible fuga... y no para hacer frente á los chilenos una vez más...!

Seguramente el lector conocerá el origen de aquella frase: ¡*Mi reino por un caballo!* Y si no lo conoce, no importa, que no es de urgencia saber historias ajenas, ni ocasión de contarlas: sólo quiero decir que no hubiera podido imitar al que la profirió, en ocasión parecida á la presente, diciendo: ¡*Mi reino por un par de zapatos!* no tanto porque no tenía reino que ofrecer, sino por que no hubiera tenido tiempo para ponérmelos... Es, pues, el caso, que mi tío, mi nunca olvidado y nunca bien lamentado tío el capitán Rocavero, me había aconsejado repetidas veces:

—Si te das de alta y sales á campaña, lo primero que debes hacer es llevar tu par de botines de repuesto.

No oí su consejo. ¡Por qué no lo oí! Y tuve la temeridad de llevar la miseria al extremo de no hacerlos traer al campamento con el chino que diario venía á ver lo que se le ofrecía; ¡y todo por

qué? por encontrarlo nuevecitos como los dejé... para que se los pusiera otro que llegaría primero.

Ahora, los que llevaba puestos, como ya lo he dicho antes, estaban en extremo usados: el uno se había abierto completamente por la punta; el otro se había gastado enteramente por la planta, y de ambos modos el cascajo del camino se me introducía, me impedía andar con libertad y me despeaba. Naturalmente había acudido á remediar el desperfecto con artificios: había tratado de reemplazar la suela gastada con trozos de pellejo; pero éstos ó se pudrían ó se ponían tiesos y agravaban el mal, por lo que tuve que recurrir á tapar con papeles ó trapos el hueco, expediente momentáneo que tenía que repetir varias veces al día; y trataba de mantener adherida la suela del otro con pitas ó tiras, lo que también tenía que hacer continuamente; pero las pititas y las tiritas se acabaron pronto ese día de fuego y torbellino..... ¡y ved aquí á qué hora venían á hacer falta.....! ¿No os ha sucedido alguna vez el que se os hayan introducido entre la suela y vuestra piel pedruscos ú otros objetos angulosos que hieren vuestra planta como clavos y que como clavos *clavan* vuestros piés impidiendoos dar un solo paso hasta que los

extraéis...? ¡Pues esto es lo que me sucedió en ese momento en que tenía que dar, no un paso, ni veinte, sino quinientos para que no me mataran... Sentir aniquilado el valor que me había hecho arrostrar con serenidad y con placer la muerte cien veces ese día; no haberme podido sobreponer al grito del instinto que me gritaba: ¡sálvate...! y no poder dar un paso...! ¿Que sólo para mí habían abrojos en el camino...? El demonio me los ponía, sin duda, para llevarse mi alma... porque iba á morir por la espalda y desesperado con el deseo infinito de vivir...! Pero si tal era su intención, por esta vez no se saldría con la suya, se quedaría con sus ganas. Un destello de lucidez me iluminaba aún en ese momento de perturbación general y me quedaba un poco de serenidad: comprendí que era perderme seguir con una trampa en mis pies y me senté..., no, me dejé caer; con mano pronta y firme arranqué el botín del pie izquierdo, y.... la mitad del derecho... El diablo lo haría para divertirse, ya que no podía llevarse mi alma, para divertirse viendo correr á un hombre con dos pies con medio zapato.

¿Cuánto demoraría en los cuatro rápidos movimientos que hice? Segundos

solamente; pero ya iba á debir, no ciertamente como el poeta:

¡Dios mío, que solos se quedan..los vivos!

Al abandonar el reducto volví el rostro y aún no entraban los chilenos; un momento después miré otra vez por sobre la tapia, y vi uno que saltaba la de allá en ese momento y unos tres ó cuatro que parecía no se atrevían á saltarla; y esto vino á confirmarme cuán fácil hubiera sido efectuar una retirada medianamente ordenada, ofendiendo siempre al enemigo como lo hacía yo al dispararles mi último tiro desde donde acababa de verlos.

Por allá, por la parte central del potrero, en gran confusión también, pero haciendo vivo fuego, se retiraban las tropas de línea (1); el enemigo nos lo hacía á su vez por retaguardia, causando gran estrago en aquéllos; pero sea porque dada la situación de la batalla sus fuegos fueran muy discretos, ó porque la huaca situada á la izquierda nos cubría, y quizá por ambos motivos juntamente, los que marchábamos arrima-

(1) Hay en esta parte de la batalla, como es natural, una gran confusión, que sólo mucho después me ha sido posible aclarar en parte, como se verá en su oportunidad.

dos á la tapia no sufríamos casi sus efectos. No sufríamos *casi* digo, porque fué entonces que cayó la víctima más sentida para mí de la batalla.

Apenas me había alejado unos cuantos pasos del reducto; un joven oficial de la artillería de reserva marchaba un poco adelante hacia la derecha: derrepente se fué de bruces como si hubiera tropezado: había sido herido en la pierna. Se incorporó luégo luégo, dando saltos extraños. Una mula mora ó blanca pasaba en ese momento disparada, enloquecida por el pánico. ¡Esa mula, esa mula... atájenla...! gritó el herido. ¡Infeliz! en esa hora sólo se salva el que puede. Pero he ahí que, como si obedeciera á un conjuro misterioso, el animal se detuvo. Ah! es que había pisado el cabestro que iba arrastrando, y un momento deapués seguía su arrebatada y loca carrera. Pero otra vez pisó el cabestro, y, más á firme ahora, dió lugar á que el herido se aproximara hasta ella. De un salto, con uno de esos esfuerzos de que es capaz el hombre sólo en los instantes de desesperación en que el dinamismo de toda una vida se concentra en un acto supremo; de un salto, digo, estuvo muy poco menos que sobre la grupa de la bestia; pero ésta también dió un salto y safó al pobre he-

rido, que en vano permaneció por un instante prendido de los arreos: la bestia enfurecida, desembarazada nuevamente de su traba, lo despidió á coces, anticipándose quizá al repase del enemigo.

XIII

¿UN MUERTO QUE SALVA A UN VIVO?

Seguramente que es necesario que las escenas de sangre que en esos instantes se desarrollan lo sean muy inmediatas á nosotros, ó que tengan un relieve muy pronunciado, para que fijemos en ellas nuestra vista atenta sólo á buscar el camino seguro de la salvación; ó bien que la víctima que cae sea de aquellas que, ligadas á nosotros por los vínculos estrechos del amor ó de la sangre, no podamos contemplarla sin sentir nuestra alma desgarrada por su pérdida irremediable.... Y ahora, todavía no se apartaba mi vista de la terrible escena del joven artillero, cuando miraba tendido en el camino otro herido; y era ¡ah! un herido á quien yo no podía abando-

nar, á quien no podía negar el auxilio de mi brazo..... Sobre su costado izquierdo, con la faz descolorida por la lividez de la muerte, no sé si contemplando el último panorama de la existencia ó viendo si llegaba alguno que alzara su herido cuerpo, yacía el capitán Rocavero, que después de inútil esfuerzo para contener la dispersión, primero, para ordenar la retirada de su compañía, luégo, se había retirado de los últimos. Yo llegué y lo alcé. Era algo instintivo lo que hacía, aunque no, seguramente, de instinto de conservación; porque éste, así como la reflexión, si hubiera meditado el acto que realizaba, me hubieran aconsejado todo lo contrario..... Pero he aquí que, por una contradicción más aparente de la lógica, el esfuerzo inútil que iba á practicar para salvar al pobre herido, iba á ser, no diré causa inmediata de la salvación de mi vida, porque nadie puede afirmar lo que no ha llegado á convertirse en hecho; pero al menos causa probable.

Van á ver los que esto lean, qué estrañas contradicciones se entretejen en nuestra existencia.... Qué extrañas, sí; porque este hecho no tuvo para mí solamente la contradicción que refiero.....

Alcé al herido pasándole por debajo mi brazo izquierdo y atrayéndolo fuer-

temente á mí. Un soplo de esperanza lo reanimó al escuchar palabras de aliento, y al sentir que un brazo amigo hacía esfuerzos por salvarlo, trató de agregar los propios suyos; pero eran ¡ah vanos, porque la vida se le escapaba con la sangre cuyo calor sentía en el brazo con que lo tenía.

En el primer momento se sostuvo de pie; pero muy luégo su ser flaquó y fue casi arrastrando que pude hacerlo avanzar unos cincuenta ó sesenta metros, sintiendo angustiado y oprimido, qne ese cuerpo pesado como un plomo..... tendría que dejarlo para salvar una de las dos vidas que idéntico peligro unía en el momento en que se iban á separar para siempre en este mundo.

¡Un esfuerzo! ¡valor para salvarnos...!

—No puedo..... no puedo más..... Sálvate tú.....—fueron las últimas palabras que escuché de sus labios.

Pero el enemigo..... ¿no había entrado al reducto? ¿no venía á la zaga? En medio de la angustia que me causaría situación semejante; en el último extremo de la indecisión entre abandonar ya al herido ó cargarlo y seguir con él; en ese instante, que puedo llamar el *divortium* de la vida y de la muerte, no podré decir si fue porque percibí el rugido aterrador de la matanza, ó para o-

El Capitán Manuel Rocavero y el autor del episodio

rientarme, que alcé la cabeza sobre la tapia..... Entonces ví..... ¿Ví?..... Sería mejor decir adiviné la última escena, la que ya había presentido en el instante en que se inició la dispersión..... Ví allá, casi al llegar á la estación de Miraflores, un torbellino de gente envuelta en un torbellino de polvo: ví que en vez de seguir, retrocedían..... y no ví más; no ví á los chilenos, pero adiviné que estaban emboscados en la estación ó en las tapias de los potreros próximos y desde allí exterminaban á los míos: era, sí, la matanza inerme que había presentido..... á cuya cita marchaba inconsciente siguiendo el camino emprendido por todos, aunque no para morir inerme, sino resuelto á abrirme paso con mi rifle y mi bayoneta ó morir luchando hasta lo último; pero he aquí que los minutos que había creído perdidos en ese plazo funesto por auxiliar al herido, resultaban ser el descuento del peligro, cuando no el descuento de la muerte.

Solo, el último de todos los que se retiraban del reducto, había recobrado por fortuna toda mi serenidad: deposité al herido en el suelo que iba á ser ¡ah! su lecho de muerte y de martirio, armé la bayoneta y cargué mi rifle con toda la rapidez que el momento demandaba,

y me abrí á la derecha tomando por la diagonal.

Un instante después pasaba junto á la mula blanca, que ya no corría sino que, tirada en el suelo, agitaba violentamente sus cuatro remos como si creyera seguir todavía su enloquecida fuga.

Un momento más, y escuchaba á mis espaldas el grito ominoso: *¡Cómo arrancan!* en que profería el enemigo, seguido de una lluvia de balas que zumbaban en mis oídos; y aún un instante, y mi rifle volaba de mi mano arrebatado por una bala en la culata Y yo también caí..... y aquéllos creerían que era muerto; pero no, me agazapé para recogerlo, y antes de levantarme me volví: sobre la huaca había un grupo de enemigos que tiraban desaforadamente, no ya sobre mí porque me creían asegurado; pero yo sí lo hice sobre ellos é inmediatamente salté y continué mi camino; mi camino que ¡ah! era asaz largo.

Al punto volví á percibir el zumbido mortífero; sin detenerme cargué de nuevo mi rifle y echándomelo sobre el hombro, disparé, y otra vez más practiqué por única vez en mi vida esta especie de tiro.

Allá, al otro lado de la tapia á la que me dirigía, veía asomar la cabeza y los rifles de gente que no podía ser sino

nuestra; veía sus fogonazos á cada momento; ¡pero qué lejos me parecía!

Por fin estuve á cincuenta, á veinte, á diez metros.... ¡y todavía no había caído! ¡ni una gota de ese diluvio mortal me tocaba! Ahora estoy á dos metros: arrojo adelante mi fusil, que con el impulso de la carrera vuela sobre la tapia; y tocándola apenas con mis manos, vuelo yo tras de él. ¡Sálvado...! No. ¡Perdido....

No fué el placer, la dicha suprema de ver mi vida libre de la muerte que me había venido siguiendo, lo que experimenté al verme del otro lado de la tapia, sino la desesperación; esa desesperación infinita que había visto reflejada en la fisonomía de los que había encontrado caídos.

¡La rótula destrozada; la herida que imposibilita y no mata en el instante! Y junto con el dolor agudo, intenso en la rodilla izquierda, sentí que enloquecía de desesperación.

Alcé mi faz angustiada y me encontré con la de un soldado de la Escolta, que se batía desde su caballo y se había vuelto para mirarme. ¡Sálvame! exclamé, ¡échame á la grupa...! y arrebatado por el rapto en que proferí mi impetración, me puse en pie; y tuve con esto la intuición de la realidad y sentí restablecido

mi equilibrio y restaurada mi esperanza.

El de caballería me dijo:

—Dame municiones para proteger tu retirada.

Me quité el morral y se lo dí; no me quedaba vino con las municiones que me había puesto en el bolsillo del pantalón. Al recibirlas aquél, volvió á decirme:

—Ahora anda vete por ese potrero..... y apúrate ligero.

Yo no podía ver el campo de batalla porque la tapia era, para favor de los que nos cubríamos con ella, bastante alta para que pudiera batirse un hombre á caballo; sólo hacia la izquierda una elevación del terreno permitía á unos cuantos infantes dar su despedida al enemigo; pero la última advertencia y lo que había visto antes; y, más que todo, lo que creía mi herida, aunque no la creyera ya grave, me indujeron á seguir inmediatamente la dirección indicada.

XIV

ESCENAS DE LA RETIRADA

Apenas había avanzado media cuadra, cuando sentí el galope del caballo de aquél, que pasó á mi lado como una exhalación diciéndome:

—¡*Ya están ahí!*

Y un momento después me daban alcance y me hubieran dejado atrás, la media docena de infantes que se habían estado batiendo en la misma tapia, y que se retiraban por el mismo motivo que el de á caballo, si no hubiera sido porque el sargento á quien obedecían como jefe y acompañaban como amigo, se les iba quedando atrás; de suerte que llegaron aquéllos y llegué yo mismo antes que él á la tapia inmediata.

—¡Apúrese, por Dios, mi sargento? gritaron aquéllos, que lo esperaban; y un momento después llegó el sargento, un hombre viejo y obeso, ahogándose de fatiga. Uno le recibió el rifle; otro le tomó una mano, y aunque la tapia no era muy alta y ofrecía estribo en que apoyar el pie, aún hubo necesidad de que acudiera en su ayuda otro de sus compañeros y redoblar sus esfuerzos..... En vano: cuando oscilando sobre la tapia iba el viejo soldado á descender, fué arrojado bruscamente de bruces, y un chorro de sangre, que se elevó como un surtidor á más de un metro, le brotó del cerebro.

Aunque era la centésima muerte que miraba ese día, y aunque profundamente afectado por el herido que acababa de dejar moribundo, me causó sensible

impresión la muerte del viejo soldado, así por las circunstancias en que tenía lugar, cuanto porque su edad lo hubiera hecho eludir su presencia en la batalla, si no fuera el patriotismo quien lo había hecho acudir á la defensa de la patria por la que moría. Mayor aún fué la pena de sus compañeros, cuyo afecto acababan de probar; y se detuvieron todavía un momento más para extraer de sus bolsillos objetos que serían reliquias de amistad y patriotismo. Yo recogí unas cuantas cápsulas que se habían esparcido por el suelo; uno alzó el rifle del moribundo, que en sus últimos momentos arañaba el suelo desesperadamente, y continuamos nuestra retirada.

Sentíase en aquellos momentos hacia la izquierda el fragor de la refriega: era el tercer reducto que hacía la última, pero la más heroica resistencia del día: era el *N. 6 de la Reserva de Lima*, *el batallón mártir de Miraflores*, que al cerrar el paso al vencedor, quedaba la mitad en el campo junto con su primer jefe, don Narciso de la Colina, y su segundo, don Natalio Sánchez.

Tras de la tapia siguiente se habían detenido expontáneamente algunos dispersos y hacían fuego; nosotros nos adherimos á ellos para contribuir á la sal-

vación de aquellos que aún se batían en primera línea.

Pasados algunos minutos los fuegos se fueron calmando allá, reduciéndose al fin á un traqueteo extenso pero poco intenso, que nos anunció que la resistencia había cesado por parte de los nuestros, y que esa prolongación de los fuegos era sólo el epílogo natural de todas las batallas de esta guerra sin cuartel: la ultimación de los heridos.

Ibamos ya á retirarnos, cuando el resoplido de un tren nos detuvo, y un instante después lo vimos pasar hacia la estación, arrastrando su negra cola de humo como un estandarte desplegado de guerra á muerte; sentimos en seguida el estridor de sus cañones y un nutrido fuego de fusilería. Redoblamos también nosotros nuestra acción; pero no pasó mucho tiempo cuando vimos volver sobre los rieles el convoy guerrero, cuya acometida extemporánea había sido rechazada En esos mismos momentos resonó el prolongado y agudo toque del clarín de la caballería chilena, y comprendimos que era hora de alejarnos del todo; lo que hicimos previo el pacto verbal de no separarnos, á fin de poder defendernos en grupo si nos alcanzaba la caballería.

Mas tranquilo un momento después,

examinaba mi rodilla dolorida, y me daba cuenta de lo que me había sucedido: al saltar la tapia, que ya he dicho era bastante elevada, había caído con todo el peso del cuerpo sobre ella, ocasionándome la fuerte y dolorosa contusión, que, con ser un poco más seria, me hubiera inutilizado de veras y hubiera sido causa de que me perdiera irremediablemente donde debía salvarme.

Prosiguiendo nuestra retirada por entre los potreros, alcé un rifle que hallé botado en mi camino, imitando á otros que también llevaban dos á cuestas; pero al poco tiempo se me acercó un jovencito de la Reserva suplicándome se lo cediera á él que no llevaba arma. Uno de mis compañeros se oponía diciendo:—No se lo des; que se.... ¿porqué botó el suyo? El jovencito insistía en sus ruegos; decía ser uno de los defensores de Arica y nos mostraba la cicatriz auténtica de un balazo en la pantorrilla. En verdad que no merecía mucha severidad por haber arrojado su arma una criatura ó poco menos, cuando tantos hombres robustos habían hecho cosa igual; pero si cedí no fué por consideración á él, sino á mí mismo; pues es lo cierto que si no se lo hubiera dado, lo hubiera vuelto á votar mas allá; porque á medida que andaba y mi pierna contusa recobraba toda su habilidad, mis pies descalzos recobraban su sensibilidad que la inminencia del peligro parecían haberles hecho perder y se me hacía más y más difícil caminar.

¡Miren! exclamó de pronto uno con el brazo extendido hacia el Oriente; y todos nos volvimos á mirar allá: un hermoso arco iris ostentaba sus divinos colores sobre el azul celeste de la bóveda del mundo....

¡Y todavía resonaba el tiroteo como el estertor de la agonía de la batalla...!

¡Paz! ¡Si, paz para los nuestros.....!

Sonaron otra vez tiros, no ya en el campo de batalla, sino adelante, vemos los fusiles que se han bajado y el fogonazo y el humo..... ¿Qué nueva escena de carnicería? Apresuramos el paso y llegamos al lugar de ella; un pobre diablo yace en el suelo acribillado y muerto; á su lado, una botella agotada; mas allá, una piara de cinco ó seis mulas cargadas de municiones y una de montura. La explicación surge: ese miserable era un soldado del parque que conducía ese cargamento, que en día tal era un tesoro; se había emborrachado y la justicia impersonal de los vencidos lo había hecho pasar del sueño de la borrachera al de la muerte.

Un grupo de rezagados conducía á

un pobre herido que á cada momento exclamaba: ¡Agua! ¡agua! En esto pasábamos por delante de un gran portón á medio abrir, y ahí un chino que preguntaba con afán:—¿Viene chileno? ¿Viene chileno?—Agua, agua! volvió á clamar el herido, y uno de sus compañeros separándose del grupo, se dirigió hacia la puerta diciendo:—Saca agua, chino. El chino lo miró un instante, una impresión de espanto se pintó en su fisonamía, y, retirándose rápidamente, cerró de golpe la puerta..... pero junto con el ruido del cerrojo que se corría, sonaron varios disparos y la puerta fué acribillada á tiros ¿Y el chino.....? Estaba harto de ver sangre y muertos, y me alejé sin averiguar el final de la escena.

La que en cambio contemplé mas allá fué una escena edificante, llena de unción patriótica, y de grandiosidad en medio de su sencillez. Unos reservistas que conducían también á un herido se habían detenido á la entrada de un potrero en el que pastaban varias bestias; me llamaron y me instaron para que cogiera una de ellas á fin de facilitar la conducción de su preciosa carga; pero hube de convencerlos de que no era por falta de voluntad el que no cumpliera sus deseos, sino por la imposibilidad de

poderlo hacer por no haber un lazo á la mano.

Estaba, entretanto, el herido reclinado en el suelo que enrojecía con su sangre: era un señor ya anciano, á quien sus respetuosos compañeros daban el título de doctor, y que ni aún en esos momentos demostraba la debilidad que los años y la herida debieran naturalmente acarrearle.

A unos pasos de él yacía uno de los enormes proyectiles de los blindados chilenos, que había llegado rebotando hasta ahí sin explotar; y al ver á esos dos *seres* acostados sobre el mismo suelo, me parecía contemplar el símbolo de la pugna en la que ambos acababan de caer: el uno era la representación animada del deber, del amor á la patria, eternos en el corazón de los hombres; el otro era la fuerza inanimada, que puede vencer y sojuzgar en un momento dado, pero nunca prevalecer contra aquéllos...

Después supe que el herido había sido el doctor don José Manuel Pino, vocal que fué de las cortes de Puno y Lima, antiguo prefecto y periodista; al caer herido era consejero de estado, y pocos días después moría de la herida, legando el elemplo más elevado de lo que es el deber y el patriotismo; el deber y el patriotismo que renuevan el vigor de la

vida rejuveneciendo á los ancianos, é inspirando á los jóvenes las ambiciones más sublimes.....

Era ya noche cuando penetré á la carretera por el lado derecho; había pasado, sin apercibirme, durante la retirada de un lado al otro de ella Iban ya sólo los rezagados y los heridos, unos conducidos á cuestas, otros en mantas ó camillas de la ambulancia, ó bien ayudados á marchar por algún compañero los que no lo estaban de gravedad; llenaban el aire los clamores que les arrancaba el dolor; mas en medio de él ¡cuán felices los que habían encontrado un brazo amigo que los alzara y los retirara del campo de la matanza!

XV

MATER DOLOROSA

Llegamos á la Exposición. Un pelotón de jinetes en espera de los dispersos los encamina á sus respectivos cuerpos. Delante de la puerta del parque diviso una mancha de gente tirada en el suelo.....

un poco más de ciento... ¡el batallón!.... ¿Los otros? Unos duermen allá sobre el lecho rojo de su sangre, en el regazo de la madre querida que pronto los abrazará en su seno para no más soltarlos, ó gimen en los hospitales..... Los cobardes tomaron desde temprano el camino del remoto terruño. Acaso sólo los nativos de Concepción y los voluntarios como el que esto escribe, acompañaron al abnegado coronel Valladares hasta el fin de la batalla.

¡Cuántos han caído! El mayor Peñaloza, el capitán Pérez, el capitán Sotillo, el teniente Dianderas;..... no recuerdo los nombres de los otros, pero pasan de seis aquellos de quienes hay constancia de estar muertos ó heridos entre jefes y oficiales; de otros no se sabe el paradero, y es de presumir estuvieran aumentando ese número.

En cuanto á la tropa era imposible apreciar las bajas ni aproximadamente; pero dado el hecho de que la parte del batallón que salió fuera de parapeto y después se corrió á la derecha, había sufrido pésdidas de gran magnitud, y el que la parte que no se dispersó mantuvo sus posiciones hasta el fin de la batalla, puede presumirse que su pérdida fué doble de la experimentada el 13.

La luna, como una lámpara funeraria

encendida en el cielo por los genios de la Patria y de la Gloria para velar el mortuorio del campo de batalla, iluminaba la ciudad cuando penetramos por sus calles. Sombríos y mustios por el dolor por los muertos, y por la vergüenza de no haber muerto, nos deslizábamos por la penumbra, silenciosos, temiendo escuchar de las ventanas sin celosía los de nuestos de las mujeres cuyos hogares no habíamos sabido defender con la victoria, y me parecía que iba á oir de los labios de las madres y de las hermanas, de las esposas y de las hijas de los que habían caído, esta terrible imprecación:

—¡Cobardes! ¿Por qué no han muerto ustedes también.....?

No, no, no eran esas sus palabras; más piadosas acaso que nuestra propia conciencia, pensarían que la muerte no nos había querido y por eso volvíamos vivos; algunas nos ofrecían pan y agua; y todas lloraban; unas á sus muertos queridos, otras á su patria perdida.....

Después de permanecer un largo espacio en palacio, tornamos á ponernos en marcha al estado mayor. En una de las calles del tránsito salió á su puerta á nuestro paso una mujer. Vestida de negro por el luto de la patria, que ya era también luto de su hogar, la luna iluminaba su rostro pálido como el marfil y

hacía brillar las canas, quizá prematuras, que chispeaban entre su negra cabellera. ¡Bella y triste como una Dolorosa era! Al pasar ante ella nos interpeló con una voz trémula, como si temiera escuchar la respuesta: ¿Vienen aún otros atrás? Y como nadie respondiera á su primera interrogación repitió con acento más trémulo aún:—Díganme, por el amor de Dios ¿vienen otros atrás? El mismo silencio se prolongó algunos instantes como si nadie quisiera preferir la palabra que iba á dar la última puñalada al corazón de la madre hasta que una voz clara y dura como el acero salió de las filas.—¡No! La mujer alzó al cielo su pálida fisonomía para queviera Dios el dolor infinito con que la había herido, ahorrándola á su misericordia, juntó las manos para implorar y se oyó un grito, el desgarramiento del alma de la madre que ya no verá á su hijo. Otra mujer la estrechaba tiernamente en silencio, convencida de la impotencia de la lengua para consolar tan gran dolor; y al alejarnos y al escuchar su llanto inconsolable pensé yo:—¡Llora, sí, llora, porque los que no han llegado ya no llegarán!

Era la media noche.

XVI

ULTIMO DIA DE CAMPAÑA

En el Estado Mayor nos distribuyeron ración doble de pan. ¡Qué amargo el pan del desastre! Uno de mis compañeros al verme con los panes en la mano se me acercó:—Si no los quieres dámelos—me dijo, y se los dí.

Soldados de distintos cuerpos habían arrojado sus fusiles en la fuga: duramente censurados por sus jefes, procuraban armarse nuevamente aprovechando del descuido de los que los habíamos conservado; y sin duda se proponían velar nuestro sueño, que era la ocasión propicia para realizar sus fines.

Era, pues, necesario cuidarse mucho de esos merodeadores que voltejeaban como zorros; y discurriendo sobre la manera más segura de hacerlo, me procuré una porción de alambre; lo pasé por uno de sus extremos por el ojo de la baqueta, y el otro me lo enrollé con doble vuelta sobre el puño; hecho lo cual extendí mi rendido cuerpo sobre el suelo

procurando dormirme, seguro de que nadie podría arrebatarme la prenda más preciosa del soldado. Pero mis nervios, intranquilos naturalmente, no me permitían el ansiado reposo; el ruido del va y ven en escaleras y corredores, el tropel de los caballos en los patios, me dispertaban sobre-saltado apenas empezaba á dormirme; la precaución resultaba, pues, superabundante.

Pero, sea que la resistencia de mi cerebro llegara á su extremo, ó que se calmara el movimiento, el silencio se hizo; el silencio que no se siente, el silencio del sueño. ¡Qué dicha olvidar la infelidad presente, dormir sin soñar como si nada existiera en el mundo! Y dormí, dormí sin soñar nó sé cuanto tiempo; después..... soñé..... soñé que estaba en el colegio: era el dulce murmullo de las santarositas que evocaban entre sueños el recuerdo de esas mañanas en que, más madrugadoras que nosotros, se levantaban al alba, y nos decían con su graciosa armonía que no fuéramos holgazanes. Ah! y píaban ahora con su alegría eterna ¿qué les importaba la desdicha de los hombres inhumanos que, no contentos con matar á los animales como ellos, se entretienen en exterminarse recíprocamente....?

Y luégo tras el ensueño de la infancia,

la memoria, el recuerdo, el presente; la víspera trágica: la batalla, el entusiasmo, la locura de la guerra; la lucha desesperada, la derrota, la persecución, el moribundo abandonado; el mustio y vergonzoso desfilar por las calles de Lima á la ambigua luz de la Luna; el llanto de las mujeres, la madre inconsolable; el Estado Mayor..... los cobardes que habían arrojado sus rifles y ahora ronceaban en torno nuestro como corsarios para quitárnoslo al descuido.....

¿Sí.....? lo que es á mi no será, porque lo aseguré perfectamente; aquí siento en el puño el alambre.....; y al mismo tiempo que recojo la una extiendo la otra mano para acariciar á mi fiel y querido rifle.... Aquí lo tengo.....

¡No, no! ¡no lo tengo, tengo sólo la baqueta! Y salto sobre mis pies estropeados y corro como si viera que se me escapa; y al ruido que hago con mis gritos despiertan todos, y veo mi espejo en la fisonomía de otro á quien le han jugado la misma; y todos empuñan sus rifles y me rechazan al acercarme y me amenazan con sus culatas.....! Un oficial, cuyo sueño bienhechor he interrumpido con mi alharaca, me impone ásperamente silencio. Me calmo, pero no me resigno: hay que buscarlo, hay que encontrarlo, hay que recuperarlo.

Con esta intención y con el mayor disimulo dí principio á mi investigación: al fin me cercioré de que no estaba mi rifle por ahí. Bajé la escalera, y lo primero que se me presentó á la vista fué un soldado que dormía en un rincón muy abrazado á su rifle, ¡ah! y no tenía baqueta; miro abajo y veo la culata envuelta en un trapo: ¡ese es mi rifle! ¿Pero cómo quitárselo? No me lo permitirían.

En esto veo venir un mayor del Estado Mayor; me le cuadro y le digo..... todo un discurso patriótico: que me había batido con toda resolución; que había quemado doscientos tiros, y creo que muerto la mitad de otros tantos chilenos; que estaba resuelto á volverme á batir y hacer otro tanto y más..... pero mi rifle..... —¿Dónde está su rifle? —Mi Mayor, me quedé dormido, y..... —Al camarón que se duerme se lo lleva la corriente..... —Mi Mayor, le interrumpí á mi vez, con todo respeto, pero muy calurosamente, ¿cómo es posible que los cobardes, los que no han sabido cumplir con su deber se armen á costa de los que hemos estado y estamos resueltos á cumplirlo hasta el sacrificio?.... —¿Pero, qué quiere usted que haga yó? interpeló el indulgente jefe, á quien había logrado interesar. —Ante todo

le diré, mi Mayor, mi rifle está sin la baqueta, supuesto que la tengo yo; las dos últimas cifras de su numeración son 47; y, señal particular inerrable, está despostillado al pie mismo de la plancha de la culata y marcada además la huella de la bala..... —Pero dónde está? volvolvió á inquirir el jefe.

Entretanto, el ladrón y el cobarde, como había pasado la mayor parte de la noche en vela para cometer su hurto, le había llegado á su vez la de dormir, y estaba á cuatro pasos muy ajeno de pensar en lo inútil que le iba á resultar su velada y su hurto; pues al verme apoyado, y al preguntarme ese jefe: ¿Dónde está su rifle? —Aquí está, le contesté, y abalanzándome sobre aquél, recuperé sin gran esfuerzo mi arma.

Y fué tan rápida la escena y tan repentina, que cuando los oficiales y el mismo soldado se dieron cuenta de ella, ya yo estaba trepando la escalera.

Había recuperado con mi rifle la mitad de mi eficiencia; la mitad, porque hasta que no calzara mis pies estropeados no podría entrar en mi integridad combativa. A este fin se encaminaron en seguida mis instancias; y después de dar mi palabra de soldado y de patriota..... y de caballero..... ¿pues que no pueden haber caballeros sin zapatos?

después de dar mi palabra de que no demoraría sino el tiempo estrictamente necesario para ir á casa y calzarme, me encaminaba á la puerta, con el respectivo permiso, cuando se presentó seguido de su ayudante el coronel don Justo Pastor Dávila. Su llegada podía ser indicio de alguna grave resolución y volví apresuradamente á las filas.

Pasó el citado jefe una rápida revista á las tropas ahí acantonadas; al ver á los cholos de mi batallón con botas chilenas exclamó: *Estos se pusieron las botas.....*; después confundió con una mirada díscola y anonadó con la amenaza de fusilar á los miserables que estaban desarmados y..... se fué sin matar á nadie; sus palabras no llegaban hasta la intención.

Después del medio día se introdujeron al cuartel varios soldados de la guarnición del Callao, y sumamente exaltados se pusieron á perorarnos contra los chilenos y también contra los cobardes, que era necesario fusilar; á uno, de intención ó de casualidad, se le escapó un tiro, y esto puso término al incidente, pues fueron desarmados.

No había resuelto insistir en salir á mi casa, porque me enteré oportunamente de que ya no se pensaba hacer resistencia al enemigo y que luego íbamos á ser

licenciados. En efecto, las tropas se fueron retirando del cuartel desde antes del medio día, y al caer la tarde nos llegó el turno. El coronel Valladares hizo formar su reducida columna y después de entregar nuestras armas, los que nos quedábamos en Lima, desfiló aquél con su poca, pero buena gente: era el resto del clan de Concepción; eran los que fieles á la consigna patriótica y al ejemplo que les había dado su digno y abnegado jefe, lo habían acompañado sin vacilar en las funciones de armas sucedidas, en el desastre y en la retirada

Con verdadero pesar me había deshecho de mi rifle; objeto material, sí, pero al que parecía unirme en esos instantes un lazo doloroso al romperse; y vivamente contristado, ví en seguida alejarse á aquellos con quienes había compartido las penalidades, las emociones y los peligros de la guerra.

En seguida me encaminé, paso á paso, al hogar consternado del capitán Rocavero, á reanimar con mi presencia el duelo acerbo de la viuda; de la viuda que ¡ah! pensaría en el egoismo de su dolor, que por haber faltado voluntad á mi brazo es que era solamente mensajero de sus últimas palabras.....

.....

Cuando poco después tomaba un baño para aseo de mi cuerpo, encontré en él una mancha que no limpiaba el jabón: era una extensa mancha negra que cubría la parte derecha y musculosa del pecho y del brazo del mismo lado: eran, en fin, los doscientos culatazos del Peabody que había soportado.

.....

Apenas aclaró el siguiente día me hicieron dejar el lecho á pesar de mis protestas contra semejante inhumanidad. Me dijeron que á la media noche habían hecho esfuerzos inauditos, pero vanos, para despertarme, por motivo de que durante toda ella habíase sentido un fuerte tiroteo, gritos y habían tenido lugar muy graves desórdenes. Ahora debíamos ir á presentarnos á la autoridad que existiese para acudir, no ya á defender la patria contra los chilenos, sino á sofocar esos desórdenes, que aún continuaban; pues, se sentía el traqueteo intermitente de la fusilería.

Sólo el hecho de que se pusiera al frente el mayor de nuestros parientes, nuestro tío don José M. Rodríguez Ramírez, pudo hacerme aceptar sin murmurar la nueva situación: me era en verdad duro exponerme á recibir un tiro de la gente perdida que íbamos á someter, después

de haber tenido la fortuna de salir ilesos en las duras jornadas referidas.

Afortunadamente no fué necesaria nuestra cooperación, y regresamos á casa después de contemplar las huellas de esos sucesos vergonzosos. Había visto muchos muertos, sobre todo en los alrededores de Palacio; almacenes saqueados. Uno de éstos, en la calle de Melchormalo; sus escaparates completamente vacíos. ¿Dónde estaban sus dueños?.....

Ah! sus dueños ya no existían; allá en los reductos de Miraflores estaban sus cadáveres enlazados, como un símbolo del patriotismo y del afecto fraternal: era el almacén de los hermanos Maximiliano y Carlos Piñateli, á cuyo hogar, huérfano por la guerra, llevaba la miseria la infame y vil canalla.

XVII

¡GLORIA A LOS MUERTOS!

El 17 intentamos ir al campo de batalla el padre mercedario Espinosa, confesor de las mujeres de la casa, y el que suscribe; pero sólo el 18 nos fué dable cumplir con el último deber que nos imponía el glorioso muerto.

Componíase la fúnebre comitiva del mayor de los deudos de la víctima don José M. Rodríguez Ramírez, del hermano político y otros dos más de la familia con el que esto escribe; y además el religioso nombrado antes. En la estación se nos unió un individuo natural de Miraflores llamado Camacho, creo, que poseía una propiedad en la desdichada villa é iba con el objeto de verla. Estaba este sujeto sumamente emocionado, lo que naturalmente atribuíamos á la situación.

Desde medio camino ó antes, comenzaron á percibirse las emanaciones del campo de batalla, y á medida que nos aproximábamos se iban haciendo más insoportables, á pesar de las esencias que llevábamos para contrarrestarlas. Poco despnés comenzábamos á ver por las ventanillas los despojos de nuestros muertos en la carretera y potreros adyacentes.

Al desembarcar, la exitación de nuestro acompañante era ya extrema, pero aún lo atribuimos á un exceso de sensibilidad. Atravesamos guiándonos él por entre los chilenos, cuyos rostros no mirábamos para no encontrarnos con su insolencia, y nos dirigimos á su casa situada en uno de los girones perpendiculares al camino. El llegar á ella fué lle-

gar también nuestro sujeto á un grado de exitación ya inexplicable. ¿Qué le pasa? le preguntamos, y él nos contestó balbuciente: —Véan que no venga algún chileno—y al hablar miraba un trozo de tapa de cajón tirado en el suelo en el zaguán; luégo se inclinó, levantó la tabla y alzó.... ¿qué? ¡Pues una talega! ¡Qué es eso! exelamamos abalanzándonos á él. —El trabajo de toda mi vida, nos contestó.

Era el hombre de tan raro suceso, un sujeto que cifraba ya en los sesenta; había pertenecido á la zona de Miraflores y se había batido como bueno hasta el último momento. Perdida la batalla, se había encaminado á salvar su tesoro, pero al salir de su casa se encontró bloqueado. Tuvo la inspiración..... ó el aturdimiento de arrojar la talega al suelo y botar sobre ella ese trozo de tabla; en seguida se escapó por detrás á una huerta y allí se estuvo encomendándose á Dios y á sus santos hasta que las tinieblas y el conocimiento del terreno le facilitaron la salvación. He aquí un hombre que puede decirse que salvó en una tabla, y que, sin hipérbole, salvó su tesoro en una tabla. Y he aquí también uno, seguramente el único, para quien no había sido una romería enteramente fúnebre la ida á ese campo desolado.

Provistos de herramientas para abrir la fosa, y cargando su tesoro aquél, nos encaminamos á buscar los despojos por cuya causa íbamos. Trazaban nuestra ruta el tendal de muertos que sembraban el suelo hasta el portillo que desembocaba hacia la carretera y la estación. La mayor parte de esos despojos pertenecían á reservistas del batallón "Riveiro" (N.° 4) víctimas de su abnegada obstinación en la defensa del reducto 2.° Por más que íbamos contemplándolos atentamente, se hacía difícil reconocer quiénes fueron en vida. ¡Ah! los que habían sido cumplidos y galantes caballeros, hermosos y delicados mancebos, eran ahora monstruos jigantezcos de faz violada ó negruzca, pertenecientes á una raza ignota venida de no se qué antros misteriosos..... Y pensaba yo: Si pudieran oir los clamores que el amor y el dolor unidos arrancan á los suyos; si se levantaran y volvieran..... ¡Ay! la esposa que llora al pie del tálamo, frío desde que su amante compañero lo abandonó para acudir á la llamada de la patria, la esposa tierna y desolada, huiría espantada del lecho de sus amores á la aparición del que antes lo entibiara con el calor de sus caricias..... ¡Ay! la casta y tierna prometida cuyos labios juraron la promesa de un amor eterno,

huiría del sitio de la cita antes dichosa, á la presencia de ese fantasma aterrador.....

Sólo uno fué reconocido por mi tío: —Este es Arrís, exclamó: hace un mes se despidió alegre y entusiasta como para acudir á una fiesta.... ¡Cómo te vuelvo á encontrar, pobre amigo!.... Por esta parte del gran potrero de tantos recuerdos para mí, no habían muchos muertos; uno que otro solamente jaloneaba la fúnebre ruta; por el centro, con sus patas estiradas, tamaña como un elefante, la mula blanca del episodio. A una cuadra ó poco más del reducto, estaban los despojos que buscábamos; un arco de sangre señalaba en la tapia el sitio en el que lo recliné un momento, y la traza de su cuerpo al descenderlo para acostarlo. Ahí estaba, sí; enormemente crecido, negro como los otros de la raza misteriosa, rechazándonos con sus manos crispadas, su aspecto hórrido y con sus emanaciones, el que antes nos atraía con su afecto; *lleno de muerte* el que contemplábamos lleno de vida.

Después de contemplarlo un momento profundamente emocionados, dimos principio á la fúnebre tarea de abrir la fosa; pero la tierra era dura, todos estábamos trastornados por el ambiente, y la tarea se hacía larga y pesada.

Dentro del potrero habían dado suelta á una caballada, sin duda con el objeto de que se refrescara; pues el alimento, si no se lo daban en pienso, no lo hallaría ahí ni aún cabando la tierra. Cuidaban los caballos dos soldados que al vernos se aproximaron, el uno directamente, el otro con disimulo. El primero, con fisonomía abierta y aspecto no antipático, después de saludar con un respeto verdaderamente chocante, dijo á mi tío: —¡Cuánta *jiente* muere en la *guierra pú ñor!* —Cuánta! contestó mi tío; cuántos huérfanos, cuántas viudas.... —Pero siquiera tienen el consuelo de enterrarlos, pu ñor, mientras que á los chilenos no los pueden recoger sus familias. Si esto no lo hubiera dicho en tono de lamentación, hubiera sido el caso de contestarle lo que merecía.

Un momento después, al ver que uno de mis primos dejaba la herramienta y se tiraba al suelo desvanecido, exclamó: —Mire, que no van á acabar nunca, y echando mano al azadón se puso á romper la tierra, recordando, sin duda, su oficio nativo de labrador. Su compañero, entre tanto, se había aproximado y lo miraba; al contrario de él, su osca fisonomía, que hacía más severa una barba negra é hirsuta, decía por sí sola lo hostil de su carácter. Mi tío al verlo

se dirigió al primero, diciéndole:—Llame á su compañero para que le ayude..... le daré una gratificación.

Cuando ya tenía la fosa la profundidad necesaria, vimos que se aproximaba un oficial El de la barba hirsuta dejó el azadón y se alejó; el otro continuó y mi tío le dijo: —¿No se molestará su jefe?..... —Por qué pu ñor, contestó; toos somo cristianos. El oficial llegó y se puso á contemplar la labor.

Estando ya la tierra lo suficientemente ahondada, procedimos al sepelio. El que nos presidía pronunció una oración piadosa, que todos repetimos con recogimiento y fervor; dimos el adios postrero á los restos echando sobre ellos un puñado de tierra y desapareció de este mundo el que había sido Manuel Rocavero.

....
....

Me faltaba ahora dar el último adios á los que estaban allá; á los compañeros gloriosos que habían caído cuando yo combatía á su lado.

—¿Se puede ir?..... interrogué al oficial que había cambiado con mi tío algunas expresiones de respetuosa urbanidad.

—¿Como nó? me contestó; ¿no han venido á ver á sus muertos?—Y agregó:

—Vaya á ver lo que no volverá á ver en su vida. Y en seguida agregó: —Voy á enseñarle el fenómeno más raro de la guerra; y pasando él la tapia y yo detrás, nos encaminamos hacia la que flanqueaba el costado derecho del reducto. Al llegar al portillo que tan peligroso había sido en los penúltimos momentos de la batalla, reconocí por su posición, que no por su figura, al que con tanta desesperación había clamado por la ambulancia; y llegamos ante el *fenómeno*.

¡Qué odiosa profanación; hacer de un muerto, de un héroe quizá, un histrión! .. fué mi primer pensamiento; pero no, no podía ser una broma infame y sacrílega.

Estaba el muerto con la cabeza hacia abajo y sólo se apoyaba en el suelo con la mano derecha y en el borde de la tapia con la corba contraria; la otra pierna surgía recta apuntando al cielo con el pie. Su cabeza, que purgaba por todos sus capilares, semejaba la cabeza de Medusa con sus mil sierpes encrespadas; de su boca abierta en toda su extensión, parecía que íbamos á escuchar no sé si una oración de blasfemias que accionaba con su mano siniestra crispada y recta hacia nosotros, ó una carcajada infernal; y en las cuencas de sus ojos veíase no sé que brillo siniestro, como el reflejo

de una luz en las aguas de alguna laguna Estigia.

—Este era un cabo del regimiento Santiago, me explicó el chileno; al saltar la tapia recibió la muerte y quedó sobre ella en equilibrio. Después, durante la noche, seguramente la tapia se desmoronó y el cuerpo, que ya había adquirido la rigidez cadavérica, se deslizó suavemente, quedando en la posición en que se encuentra.

En la zanja del terraplén de la línea ferrea contemplé otro fenómeno de estática, aunque no tan raro. Era un chileno, también; tenía una rodilla en tierra y avanzaba la otra pierna en la actitud de tirador, en la que seguramente fué muerto: con su faz violada, en la que se reflejaba, no la cólera sino el dolor, con su vista vidriosa alzada al cielo y con sus brazos extendidos como en actitud de súplica; parecía, salvo el traje, un verdadero Nazareno.

Avanzamos un poco más y nos encontramos en el terreno en el que había tenido lugar lo más tempestuoso de la lucha; casi no había ahí un palmo de tierra que no hubiera sido regado con la sangre de algún peruano ó con la de algún chileno. Para abarcar mayor espacio nos encaminamos, pasando por delante del reducto, á la huaca que sobresalía en esta parte del gran escenario; atravesé por entre los muertos con la cabeza descubierta para que me perdonaran la profanación al pisar su glorioso lecho.

Lo primero que miré al llegar á la meseta fué el cadáver de un chileno, y vinieron á mi memoria los incidentes consecutivos al momento en que tuve que abandonar al herido: los gritos de reto y agravio que escuché; el balazo que me arrancó el rifle de la mano; el arrojarme yo al suelo á recogerlo y el volverme á responder por la boca de mi fusil al reto y al agravio. ¿No sería el matador del que yacía á mis pies?.....

Sentí que mi pecho se dilataba henchido de una emoción inefable, y balbucié con voz ahogada: ¡Gloria á los muertos!..... ¡Gloria á los muertos! repitió el chileno.

Tenía ante mis ojos el campo en el que había sido toda la gloria de la batalla; sólo tres veces se había puesto el Sol sobre él; todavía estaban insepultos los esforzados que cayeron ¡pero cuán distinto el espectáculo de entonces de el que ahora contemplaba lleno de recogimiento y de veneración, de amor y de gratitud!..... El tronar de los cañones y de los fusiles; las músicas marciales, las cargas impetuosas, los gritos de los combatientes..... la exaltación suprema

de la vida;.... ahora..... la quietud, el silencio infinito de la muerte!..... Sólo por allá, por el linde del campo, el golpe seco de los enterradores y el polvo ligero que levantaban las palas, osaban turbar la solemnidad del silencio, el reposo de los héroes que dormían su último sueño.

¡Qué contraste, sí! Ahí donde los batallones peruanos y los regimientos chilenos se habían abalanzado unos contra otros, como olas encrespadas de un mar ensoberbecido por el huracán; en donde habían vibrado como cuerdas de acero los nervios de los guerreros y palpitado los corazones al impulso del odio impío de la guerra, y rugido los pechos con todas las cóleras del patriotismo; donde había sido el torbellino y el furor de la matanza..... ni un suspiro, ni un aliento ya!..... La muerte segó las vidas como mieses y heló las olas encrespadas por el huracán!.....

Por todas partes la muerte con su espantosa vejetación, con su imponderable lujuria, con su omnipotente prepotencia!.....

A la izquierda se perfilaban las tapias que habían sido la posición de mi batallón: hasta donde alcanzaba la mirada al pie de ellas la fila de muertos, que parecían dormir esperando que la Patria

los dispertara para morir otra vez por ella. Ahí estaba Ramos, el soldado enfermo que esperaba se acabara la guerra para curarse, gozando de la gloria de su doble martirio; ahí estaba Porfías con una estrella roja en la frente, contemplando á su alma viajera en otra estrella por los mundos en donde los ideales son las realidades; ahí su padre, que quería morir para que resucitara su alma en el espíritu de su raza.

¡Sólo muertos.....! ¡Todos muertos!.... Y al verlos rodeados de la aureola de su gloria ¡qué hermosos me parecían! ¡qué divinamente bellos esos semblantes en los que miraba juntas la majestuosa serenidad del no ser y la exhaltación estática de la pasión y del pensamiento supremos que sólo la muerte sabe esculpir .....! Al contemplarlos con su figura y su actitud hieráticas. me parecía estar en un templo gigantezco de cuyos altares hubieran sido derribados los Dioses por no sé qué sacrílegos iconolastas.

Ah! no tenía el arpa de David para entonar la endecha inmortal que merecía su memoria; pero mi alma, sublimada por la grandiosidad de la escena, balbuceaba su gratitud y su admiración.

¡Gloriosos sean eternamente los campos que fueron regados con vuestra sangre generosa, los campos sobre los que caistéis destrozados, y gloriosa sea eternamente la memoria de los esforzados! Porque fueron traspasados vuestros pechos fué la Patria vencida, y por eso visten de duelo vuestras esposas y vuestras madres, vuestras hermanas y vuestros hijos; y por eso lloran tristes endechas las quenas en la serranía solitaria!

Sí, eterno sea vuestro recuerdo, para que sea imitado vuestro ejemplo cuando la patria llame otra vez á sus hijos á la defensa de la justicia y de sus leyes, de su íntegridad y de su honor.

FIN DE LA BATALA DE MIRAFLORES

SALA DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOTECAS

FE DE ERRATAS

Pág	Línea	Dice	Léase
13	12	se encontraba	se encuentra
13	15	se componía	se compone
13	17	con un muro	casi un muro
14	25	arrancaba	arranca
16	17	ho	ha
22	11	segaron	cegaron
27	5	rebalzaba	rebasaba
34	18	de que	que de
45	19-20	inexplicable es á la simple vista, I	Inexplicable es á simple vista, y
43	7	al potrero	el potrero
49	5	on	en
53	20	bacía	hacía
60	22	el	al
63	9	vamo	vamos
66	24	corazós	corazón
68	10	dor	por

SALA DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

INDICE

MATERIAS — Pag.

Recuerdos de la guerra con Chile (memorias de un distinguido)—La batalla de Miraflores..... 3

I Lo que cantaban los pájaros y lo que pensábamos nosotros la mañana de Miraáores.

II Los héroes sin tumba..... 8

III Volar ya!..... 10

IV Mi campo de acción..... 12

V Los primeros fuegos..... 16

VI Escenas cómicas y trágicas.... 19

VII ¡A la carga!..... 23

VIII En el hervor de la batalla..... 27

IX La heroína..... 36

X El principio del fin..... 41

XI La última ola..... 56

XII Esfuerzos vaños..... 66

XIII ¿Un muerto que salva á un vivo?..... 75

El capitán Manuel Rocavero y el autor del episodio (grabado)..... 78

XIV Escenas de las retirada..... 82

XV Mater dolorosa..... 90

XVI Ultimo día de campaña..... 94

XVII ¡Gloria á los muertos!..... 102